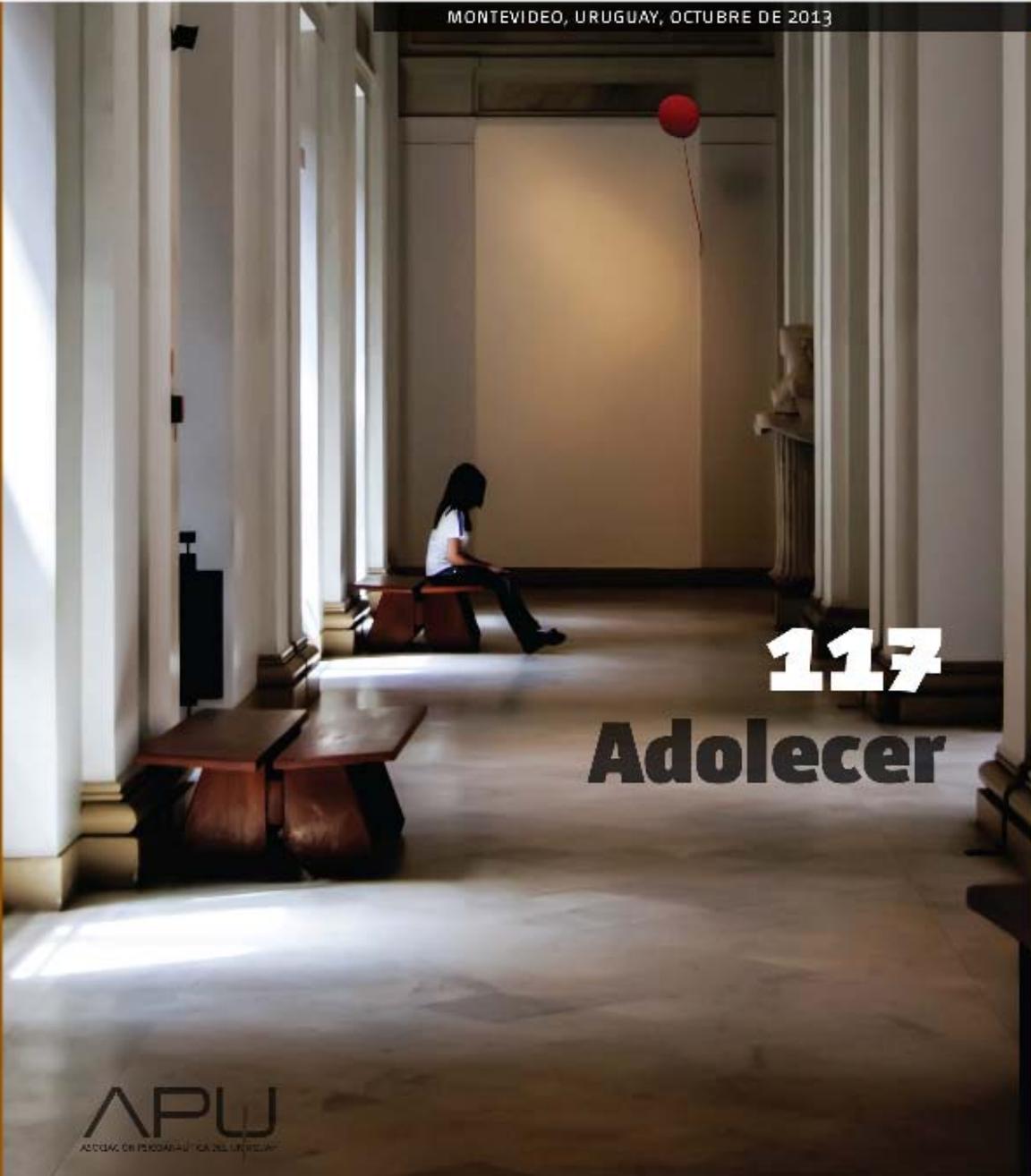


RUP

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

MONTEVIDEO, URUGUAY, OCTUBRE DE 2013



117
Adolecer

APU
ASOCIACIÓN PSICODIDÁCTICA DEL URUGUAY

RUP | 117

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

Editada desde 1956. 2 números por año. Fundada por Gilberto Koolhaas.

Publicación oficial de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), integrante de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API) y de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL)

© OCTUBRE DE 2013, APU

COMISIÓN EDITORIAL

Dirección

MAGDALENA FILGUEIRA
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

Secretaría de Redacción

ZULI O'NEILL
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

AURORA POLTO
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

Comité de Redacción

ANA DE BARBIERI
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MARTA DÍAZ
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

LUIS GRIECO
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MARÍA MARTHA MONTES
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

WALKIRIA NAVARRO
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

CORINA NIN
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

Comisión de Lectores Nacionales e Internacionales

MARINA ALTMANN DE LITVAN
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ANA BALKANYI HOFFMAN
(Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de San Pablo, Brasil)

GUILLERMO BODNER
(Sociedad Española de Psicoanálisis, España)

ALBERTO CABRAL
(Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

BEATRIZ DE LEÓN DE BERNARDI
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ALDO LUIZ DUARTE
(Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre, Brasil)

GLADYS FRANCO
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

JAVIER GARCÍA
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

SUSANA GARCÍA
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

VÍCTOR GUERRA
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ENRIQUE GRATADOUX
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

SILVANA HERNÁNDEZ
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MARIANO HORENSTEIN
(Asociación Psicoanalítica de Córdoba, Argentina)

MARTA LABRAGA DE MIRZA
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

CRISTINA LÓPEZ DE CAIAGA
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

FANNY SCHKOLNIK
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MÓNICA VÁZQUEZ
(Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

SILVIA WAJNBUCH
(Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)

LAURA WARD DA ROSA
(Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de Porto Alegre, Brasil)

Comisión de Indización

ANA DE BARBIERI

MIREYA FRIONI (Coordinadora)

MARtha GÓMEZ DE SPRECHMANN

AÍDA MIRALDI
ROSA PICCARDO
STELLA PÉREZ

Corrección

MARÍA LILA LTAIF

Colaboradores

PATRICIA FRANCIA

MARTA LABRAGA DE MIRZA

PEDRO MORENO

ADRIANA PONZONI DE TEUTEN

LOURDES VILLAFAÑA

Corresponsales en el exterior

GUILLERMO BODNER
(Barcelona)

EDMUNDO GÓMEZ MANGO (París)

ESPERANZA PÉREZ DE PLA (Ciudad de México)

Biblioteca

MARThA GÓMEZ DE SPRECHMANN

Biblioteca virtual

PATRICIA FRANCIA

Enlace con sitios web

MARThA DÍAZ

LUIS GRIECO

MARÍA MARTHA MONTES

Redacción y Administración

APU: Asociación Psicoanalítica del Uruguay
Canelones 1571 / Casilla de correo 813 / CP 11200 / Mvd-Uy / Telefax: 2410 7418
e.mail: revistauruguayapsi@gmail.com / www.apuruguay.org

Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores y no comprometen necesariamente la opinión de la revista.

ISSN 0484-8268 / Depósito legal 357 193-2012
ISSN 1688-7247 (en línea)

Comisión del Papel, edición amparada en el decreto 218/96

Ilustración de portada

MANUEL GAYOSO

Maqueta, diseño y armado

MANOSANTA, Desarrollo Editorial
Zelmar Michelini 1116
CP 11100 / Mvd-Uy
Teléfono y fax (598) 2902 7681
manosanta@manosanta.com.uy

Impreso en Uruguay

por MASTERGRAF S.R.L.

Tabla de contenidos

EDITORIAL..... 9

TEMÁTICA

Violencia materna

Silvia Flechner..... 19

Adolescente Onetti

Juan Carlos Capo..... 33

Sufrir en otro. Historia de un secuestro

Vivian Rimano.....47

Dolor y crecimiento por entrelazamiento

Ampliaciones del espectro observable

Leandro Stitzman 63

Edipo. Un modo de pensarlo en el mundo de hoy

Susana García Vázquez..... 85

Con la navaja del padre. Adolescencia y cuestión del padre

Mariano Horenstein..... 104

Los adolescentes, la declinación del patriarcado
y las nuevas estructuras familiares

Javier García 129

Avatares de la estructura familiar en el siglo XXI

Función paterna: declinación/transformaciones

Marcelo Viñar137



POLEMOS



Tiendas y contiendas. Del dolor de trabajar juntos.....	163
Echando alguna luz sobre la «Babel psicoanalítica actual» <i>Ricardo Spector</i>	165
Comentarios sobre el trabajo de Ricardo Spector <i>Carlos Barredo</i>	175
Polemizando en torno al trabajo de Ricardo Spector <i>Fanny Schkolnik</i>	179

DE UNO Y OTRO



La presencia y la palabra del analista tienen función de tercero <i>Vida Maberino de Prego & Magdalena Filgueira</i>	185
---	-----

CONVERSACIÓN EN LA REVISTA



Con Fernando Cabrera <i>Walkiria Navarro & Aurora Polto</i>	201
--	-----

RESEÑA DE JORNADAS



Transmisión, publicación, biblioteca <i>Marta Díaz & María Martha Montes</i>	217
Marcas de vida, marcas de muerte <i>Zuli O'Neill</i>	230
Tertulia peatonal en Microcentro. VI Jornada «Lacan en IPA» <i>Beatriz Pereira</i>	234

A LA MEMORIA



Adolfo Pascale
Ángel Ginés..... 242

RESEÑA DE REVISTA

Calibán - Tiempo
Gladys Franco..... 245

RESEÑA GRÁFICA

Tebas Land
Natalia Mirza Labraga 249

NORMAS DE PUBLICACIÓN..... 251

Editorial

Adolecer: ‘padecer alguna dolencia’, sentencia la lengua en su estado de quietud, estado de diccionario. Adolecer es, asimismo, compadecerse del otro, condolerse del semejante. Significa, tomando su filiación etimológica, crecer.

Adolecer es el nombre de esta *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* con el cual realizáramos la invocación a la escritura que pudiera dar vida al verbo. El lector irá encontrando en los textos que en ella se publican múltiples vértices desde los cuales el adolecer fue abordado. A través de las voces de los autores, que van dando puntadas con hilos conceptuales a partir de diferentes entramados teóricos, se abre la posibilidad de pensar el adolecer humano, en el presente de la sexualidad infantil, en el atemporal momento adolescente, en toda faceta vital, así como en la cultura. Cada quien toma aquellas nociones que le son más caras, para intentar con ellas iluminar y escribir sobre ese dolor psíquico que es a la vez fuente y manantial de enriquecimiento. Dolor cincel, herramienta de trabajo, tanto del analizante como del analista. Cincel con el cual ir labrando nuevas marcas, que partiendo de las anteriores hiciesen coyuntura para transformarlas.

Invitamos entonces al lector a ingresar a la *Revista* traspasando su portada, que ilustra la interpelación al sujeto moderno y su ideal: poder abarcar totalidades. Adolece acaso la cultura posmoderna de hallarse ubicada en los límites del clasicismo, del romanticismo moderno, y por encontrar, a cambio de totalidades, fragmentos que nos indican que algo del orden de la verdad habría estallado.

Ilustración de partida: imagen visual captada sobre un escenario. De la cueva de Altamira a la remozada Pinacoteca de San Pablo, *el hombre va pintando su existir en globo*. Antorcha en una mano y brocha en la otra. Muestra fragmentaria de un sujeto, niña, niño, adolescente o simplemente sujeto frente a la espera, sujeto adolecido ante la enigmática esfinge.

Los textos del eje temático, así como los de las secciones fijas de la *Revista*, van surcando ese sujeto, haciendo surco y a veces saliéndose de él. Sujeto enfrentado al modo radical de existir, que halla a cambio una fragmentaria síntesis, en la cual no siempre le asiste la razón, con declinación y transformaciones del consuelo de la superación. Se ve atravesado por la incertidumbre que deriva de la suspensión, quizá pérdida de aquel lugar diáfano, moderno espacio de transparencia y por tanto poderoso.

Fotomontaje que ilustra ese juego entre luces naturales, oblicuas, refractarias, que penetran por las ventanas, y las de los focos de luz de artificial, las del techo. Ambos modos de hacer luz y sombra componen por igual el escenario humano contemporáneo, que ya no apoya totalmente sus pies en esa tierra firme.

Sujeto ante el destino —escrito de antemano—, aquel que surge con el nacimiento de la tragedia. El oráculo y la esfinge han sido el lecho de origen del sujeto trágico, que pudiera estar dando paso a un sujeto inerme, sujeto del desvalimiento que clama en busca de amparo. Se encontraría ante su adolecer, dada la crisis del resguardo que le brindasen los «grandes relatos», como metarrepresentaciones culturales, como organización simbólica de la experiencia. Sujeto que pudiera encontrar calma, en su esperanzada espera, al hallar a cambio una forma fragmentaria de inscribir su experiencia; como la luz de la portada sobre el telón de fondo.

Quizá sea por esto, entre muchas otras cosas, que los psicoanalistas echan mano a la escritura para hacer puntada con ese adolecer.

Tal es la crudeza del padecimiento, del *pathos humano*, que Silvia Flechner, con su certero estilo y sustentándose en otros autores, trabaja la «Violencia materna», acercándonos punzantemente a los bordes del abismo insondable, límites de la capacidad de poner palabras a la experiencia de tan intenso dolor psíquico. Propone pensarla a través de dos viñetas. Pía no pudo dar más «crédito» a la palabra en el encuentro con su analista. Mara buscaba emprender una y otra vez, con sus intentos fallantes, simbolizar la violencia materna, la que en el tramo clínico presentado se hizo patente a través de un brutal acto fallido.

Juan Carlos Capó apela una vez más no solo a la escritura sino al escritor, y nos acerca al «Adolescente Onetti». Parte de esa morada universal de la infancia que es la siesta, muchas veces obligada, ese «lugar mortecino más umbrío que soleado, más lluvioso que seco, más ventoso que calmo...

y después...». Dice Capó: «Onetti será más explícito sobre el escribir: “[El escritor] escribirá porque sí, porque no tendrá más remedio que hacerlo, porque es su vicio, su pasión y su desgracia”. “Que cada uno busque dentro de sí mismo, que es el único lugar donde puede encontrarse la verdad y todo ese montón de cosas cuya persecución, fracasa siempre, produce la obra de arte”». Capó nos acerca al tema recurrente de los jóvenes «onettianos»: la pérdida de la inocencia en la peripecia existencial del hombre y la mujer, sobre todo de la mujer, en los años de infancia y juventud.

«Sufrir en otro» titula Vivian Rimano su texto. Es la «Historia de un secuestro», aludiendo a cierta abolición de la subjetividad de Pedro; para restituirle lo que le era sustraído, en transferencia construirá, a partir del mundo del niño, el árbol genealógico transgeneracional en el que se hallaba «secuestrado».

Toca en sus confines con el artículo de Leandro Stitzman, que anuda en su texto «Dolor y crecimiento por entrelazamiento» redoblando su apuesta al convocar al lector a las «Ampliaciones del espectro observable».

Susana García Vázquez nos llama en esta oportunidad a volver a Edipo, pero con «Un modo de pensarlo hoy». Trabaja la figura de Yocasta, figura materna en *Edipo rey*, de Sófocles. Propone que el Edipo es también estructurante, y no está fuera de los cambios y avatares de la cultura en que cada sujeto está inmerso. Recorriendo una vasta bibliografía, va dialogando con diversos autores, tomando aquellos que, como Laplanche, plantean que el Edipo es una creación cultural y en tanto tal puede cambiar o desaparecer. Considera valiosos los planteos de Rosine Perelberg, que separa la historia de Edipo como expresión del asesinato del padre del complejo de Edipo vinculado con la muerte del padre, distingue padre asesinado de padre muerto.

Y si ya no encontrásemos aquellos metarrelatos que tuvieron al padre como figura central, con los que tallar un destino con el estilete del sujeto trágico, Mariano Horenstein, con la maestría propia de su estilo, nos incita a pensar ese sujeto que, al constatar que no ha sido marcado con su sino, lo hará a mano propia «Con la navaja del padre». Interpela el lugar del analista y pregunta qué posición ha de ocupar, si la de un padre sustituto que por la vía de una experiencia emocional correctiva emparche la vacancia de un padre eficaz agente de su función, la de una marioneta complaciente del designio materno, «¿o alguien que, mediante la encarnadura transferencial paterna,

propicie que el sujeto, con los vestigios significantes del padre siempre algo desfalleciente, fabrique su propio corte?». Su espigado texto ofrece viñetas de analizantes jóvenes que dan cuenta de la «Adolescencia y la cuestión del padre», como subtítulo de su rico texto. No soslaya una mirada social, política, pública, que pudiera dar razón del adolecer del Otro, desfallecimiento del registro simbólico como tesoro de los *significantes* de la cultura.

Javier García —recientemente premiado por la Asociación Psicoanalítica Internacional por su vastísima trayectoria en lo que hace a la formación de psicoanalistas en el mundo— trabaja «Los adolescentes, la declinación del patriarcado y las nuevas estructuras familiares». Postula que falocentrismo y patriarcado van juntos e implican un apoderamiento del imaginario fálico por el hombre y el padre. Jalona su texto con una deconstrucción histórica del modelo tradicional de familia que surge de la primera revolución industrial, constituida por la pareja heterosexual con uno o más hijos que conviven todos en una misma vivienda. Sigue los avatares de la autoridad patriarcal y las limitaciones que va padeciendo, como la patria potestad restringida primero por la Iglesia y luego por el Estado. Toma planteos de varios autores, se destacan los de Derrida, de falocentrismo y falologocentrismo, y constata que el poder del padre en la familia ha venido disminuyendo históricamente. Sobre todo por la sucesiva y progresiva adquisición de derechos por la mujer y los niños consecuente con las demandas de trabajo femenino y las necesidades de consumo del mercado. Propone que hablar de «adolescencia» no es hablar de un hecho natural sino de un constructo adulto bastante joven históricamente y no necesariamente consensuado. Plantea que se trata de una creación cultural en la que lo social y lo político están muy presentes, como lo están en la vida del adolescente.

La clausura del eje temático le corresponde a Marcelo Viñar, quien nos brinda un texto a través del cual caminar hacia lo abierto, andar hacia lo incierto de los «Avatares de las estructuras familiares el siglo XXI». El autor sostiene que pensar lo paterno y materno en el intervalo de la diferencia anatómica de los sexos y la diferencia de géneros como construcción cultural es siempre controversial y algo a ser interrogado en cada tiempo y geografía cultural. Viñar nos advierte de que se podría confundir la igualdad de derechos con una homogeneidad de sensibilidades en un gesto que desconozca las diferencias fundadoras como opuestos complementarios

que se enriquecen recíprocamente. Se adentra incisivamente al abordar la «Función paterna: declinación/transformaciones» en el cruce con el psicoanálisis. Enfatiza que entre la fuerza centrífuga del deseo y la fuerza centrípeta de la ley se genera el sujeto humano descentrado, que es precisamente el que estudia el psicoanálisis. Hijos de esta época de cambios acelerados, pero herederos de milenios de linaje y de cultura patriarcal.

Se detiene a preguntar cómo entonces no hemos de sentir también como amenaza la emancipación de la mujer. Revisitando conceptos como la envidia del pene, interpela con agudeza si ella es un hecho de observación clínica o una percepción condicionada por la captura ideológica. Insiste en este sendero de la interrogación al preguntar si no habrá también envidia de un cuerpo —el femenino— capaz de albergar en su interior la semilla del proyecto de un ser humano, único consuelo a nuestra condición de seres efímeros. ¿Habría envidia —pregunta— ante el dictamen de Tiresias cuando sanciona que el orgasmo femenino es siete veces más intenso y menos fugaz que el masculino?, ¿se envidiaría acaso que las mujeres puedan ir a la cópula sin el temor a la erección insuficiente o la eyaculación prematura? Concluye que se envidia lo que no se tiene, o lo que no se sufre o lo que nos falta, dando respuestas a las preguntas que fue formulando.

«Polemos» en *Adolecer* tiene como eje el texto del psicoanalista argentino Ricardo Spector, con el cual el colega va «Echando alguna luz sobre la “Babel psicoanalítica actual”». Nos presenta con una generosa apertura el caso Valeria. «Acepté su reclamo, con la sensación de que esto implicaba el comienzo de un abandono del tratamiento», expresa. Valeria había comentado ya en el inicio del análisis que tenía serias dificultades para formar pareja, había sufrido mucho con la única pareja duradera que había tenido, sobre todo en la ruptura. Tenía dificultades para relacionarse con su madre, le costaba mucho no ser fría con ella y tendía a pelearse por motivos menores. Produce en ese preciso momento transferencial una neoformación del inconsciente, cuando habla de su temor a «quedarse sola como ella». La madre era en realidad viuda, dado que el padre de Valeria había fallecido cuando ella tenía doce años.

Polemizan y comentan el texto de Spector el analista argentino Carlos Barredo, quien halla la oportunidad de desarrollar la cuestión babélica dentro y fuera del psicoanálisis, y la analista uruguaya Fanny

Schkolnik, quien hace hincapié en que en nuestra tarea se apunta más a lo que se entiende por sentido en semiótica. Los sentidos varían de acuerdo al contexto y las circunstancias, son siempre móviles y relativos al lugar, el momento, los interlocutores y el objeto de que se trata. Es más lo que se construye que lo que se descubre en ese entre-dos del encuentro tan particular marcado por la transferencia, concluye en este punto.

Inauguramos una nueva sección, «De uno y otro», que alberga en esta *Revista* las reflexiones de Vida Maberino de Prego, analista que revisita sus vastos años de labor clínica, que propicia y brinda con generosidad en una nueva entrega su experiencia cuando ha pasado ya con holgura los noventa años de vida. Plantea a cielo abierto en este texto que «la presencia y la palabra del analista tienen función de tercero». Retoma las reflexiones que sostuviera en un diálogo clínico mantenido diez años atrás en un encuentro con analistas en formación organizado por Ocapu. Reflexiones en torno al material de un niño pequeño, Juan, de tres años y medio, que entraba con el padre a las sesiones. Motivo actual para homenajear a través de la RUP a tan entrañable psicoanalista.

La «Conversación en la Revista» es con el músico Fernando Cabrera, invitado a pensar cómo se vincula el dolor psíquico con la creación artística. Cómo puede pensarse el adolecer que anuda el padecer y la pasión en la creación artística. Cabrera va construyendo respuestas a partir de su propia experiencia como adolescente, en la que la creación vinculada al adolecer fue a la vez fuente liberadora de inspiración, hasta ahora en su vida. Habla del adolecerse desde una vertiente de creación como forma propia de condolerse del prójimo.

Adolecer posee variados formatos para reseñar las diferentes jornadas de trabajo que se llevaron a cabo en este lapso de tiempo. La «Jornada de transmisión, publicación y biblioteca», que ofició como motor inicial para esta Comisión de Publicaciones en la escucha atenta de posturas y expectativas de los integrantes de APU respecto a la escritura, la publicación y la transmisión acaudalada.

La jornada «Marcas de vida, marcas de muerte», organizada por la Comisión Directiva de APU, a la que fuera especialmente invitada Janine Puget a brindar su conferencia «Marcas actuales y pasadas». La psicoanalista argentina trabajó en torno a las marcas que se traen cuando se cons-

tituye una pareja o una familia a través de la historización de la estructuración psíquica personal de cada uno de sus miembros. El otro invitado fue el Espacio Interdisciplinario de Medicina Forense, Arte y Psicoanálisis, un proyecto del Departamento de Medicina Legal de la Facultad de Medicina de la Universidad de la República, cuyo coordinador es el profesor Hugo Rodríguez. Se pudo escuchar a Ravel en boca de la saxofonista Alejandra Genta, así como también ver una yuxtaposición de textos, relatos, escenas ambiguas desde los diferentes discursos y posiciones disciplinares, que en su montaje daban una posibilidad fecunda de construir un diálogo entre diversos saberes. Montaje que busca rescatarse de un racionalismo empecinado que muchas veces oculta, para no ver, lo que la realidad tiene de sutil, de esquivo, de equívoco.

Tiene su reseña asimismo la VI Jornada de «Lacan en IPA» de una manera muy peculiar, dado que se nos brinda en forma de una tertulia en el Microcentro bonaerense.

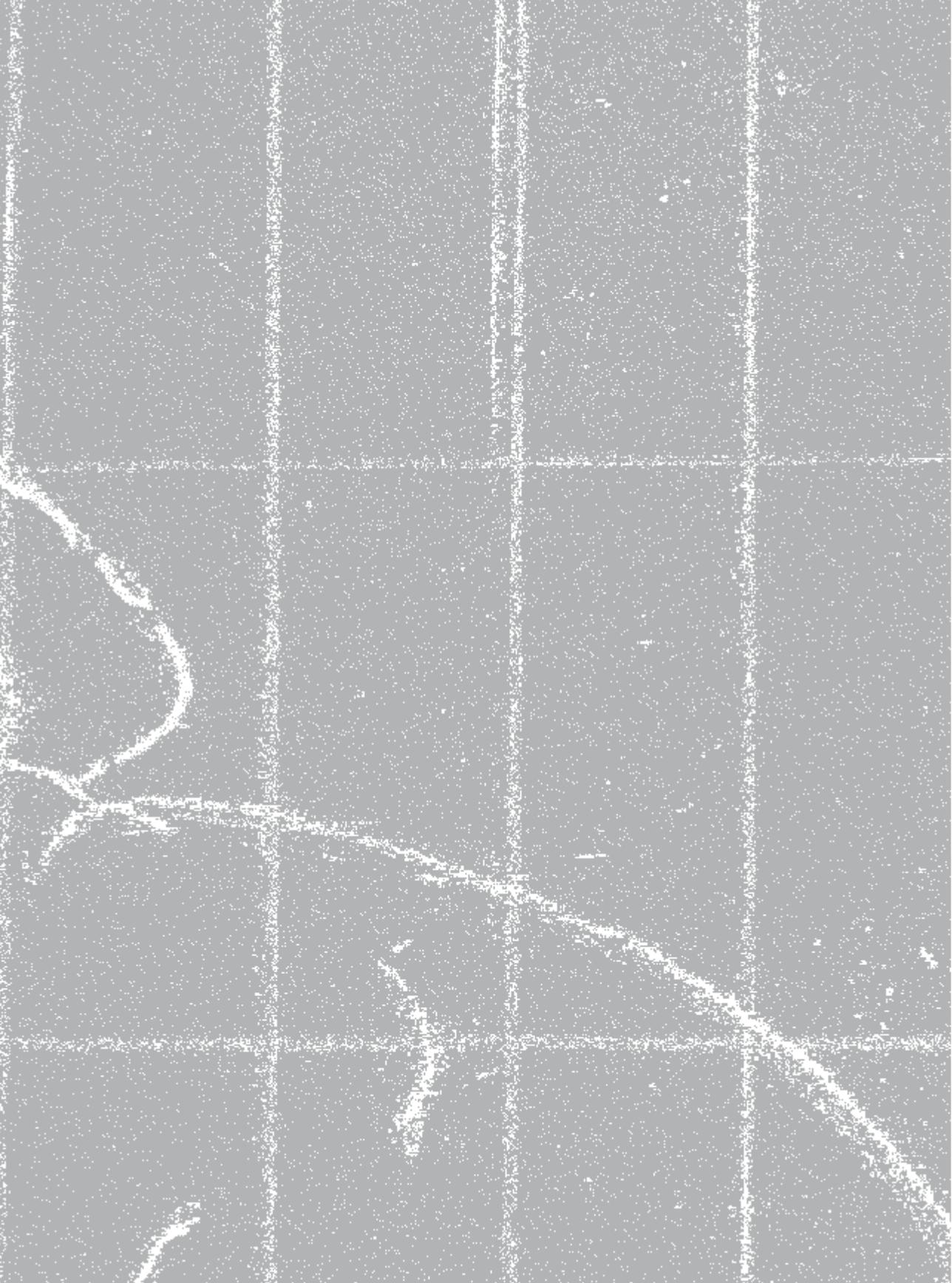
Presenta esta RUP una original reseña gráfica manufacturada por Natalia Mirza del encuentro en torno a la puesta en escena de la obra de teatro *Tebas Land*, que incluyó un diálogo posterior con el autor y director, Sergio Blanco, y los actores Bruno Pereyra y Gustavo Saffores, que organizara el Centro de Intercambio de APU.

Hacemos nuestras las palabras de Ángel Ginés, que recuerda la figura señera del psicoanalista uruguayo Adolfo Pascale, recientemente desaparecido. Ginés enaltece el valor de lucha y resalta lo pujante y entusiasta de Pascale a la hora de crear nuevos caminos en la formación de los médicos en el Uruguay.

Se brinda una reseña de *Calibán*, publicación hermana a la que saludamos cálida y fervorosamente desde la RUP, como *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, en su segundo número *Tiempo*, que sigue a *Tradicción-Invencción*, su primer volumen de esta nueva etapa, que fuera tan cuidado y bellamente editado en la primavera del año pasado. ♦

MAGDALENA FILGUEIRA

*Directora de la Comisión Editorial de la RUP
Directora de Publicaciones de APU*





TEMÁTICA

Violencia materna



SILVIA FLECHNER¹

La variedad de situaciones que vivimos en la clínica como psicoanalistas se van albergando en forma de marcas-huellas en nosotros. Algunas pueden ir desvaneciéndose con el tiempo, mientras que otras necesitarán ser tramitadas de diferentes formas, ya sea en diálogo con colegas, iniciando un nuevo análisis o en forma de transmisión de vivencias contratransferenciales que han resistido el paso del tiempo, interpelándonos con la intención de transformarlas-metabolizarlas de diferentes modos, en este caso mediante la escritura.

Podríamos reflexionar acerca del proceso de tramitación que cada analista da a sus vivencias, tomando en cuenta las transferencias con sus propios analistas, supervisores y en la comunidad de colegas que nos rodean, aportando un fino entramado a la identidad de analista que se va gestando a lo largo de la formación.

Intentar dar cuenta de esas huellas implica re-vivir una vez más las sensaciones, los sentimientos, las emociones que pueden resultar abigarrados, difíciles de transmitir. Intentaré referirme a algunas situaciones que me han conducido a cuestionarme, a partir de la clínica, con respecto a la articulación de un primer tiempo entre la madre y el recién nacido y nuestro quehacer en la clínica. Muchos de los ejes teóricos que me sirvieron de apoyo para la escritura definen esta situación como «lo materno» (Abensour, 2011; Anzieu-Premmereur, 2011).

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. silvifr77@gmail.com

Lo materno no es en sí un concepto psicoanalítico, sino que podría enmarcarse más bien en un amplio espectro que incluye la maternidad en torno al objeto materno, sus funciones, sus locuras, sus transformaciones, teniendo en cuenta que lo materno no es solamente la madre, sino también el padre, que aun ausente complejiza siempre como tercero en función de corte esa situación. La identificación primaria, intimidad fusional y la capacidad para separarse se encuentran en la matriz de lo materno.

Matriz de lo materno, concepto difícil de definir, quizás porque produce una inquietante extrañeza de lo que viene a confundirse con lo incognoscible de los orígenes.

Comparto la pregunta que me ha motivado a escribir, como antes a otros analistas: ¿cómo abordar lo materno desde los orígenes del psiquismo del *infans*? ¿Qué es aquello de lo materno que comunica e incluye disimulando lo sexual del peligro, de lo enigmático que vuelve a la representación realizadora de un auténtico y necesario trabajo psíquico a partir de un material pulsional en bruto? (Abensour, 2011; Anzieu-Premmereur, 2011).

Tal vez lo más difícil sea acercarnos a los aspectos menos nombrados, los más oscuros y terroríficos que se presentan en ciertas ocasiones, situando en lo materno ya desde Freud «la conjunción entre el hecho biológico de la concepción y del nacimiento y el hecho simbólico de la filiación entre el “acto salvaje” del coito y la existencia de la tríada madre-niño-padre» (Laplanche y Pontalis, 1967). Eso materno representaría lo pulsional, que genera un trabajo entre lo biológico y lo psíquico, lo extraño y lo familiar, entre el amor y el odio (Abensour, 2011).

Siguiendo a Freud, notamos que lo paterno es su potencia fálica, el padre edípico se impone, pero las transformaciones familiares, socioculturales y tecnológicas, entre otras, nos llevan a preguntarnos sobre el tipo de transformaciones que podrían estar operando en la función paterna. Nos preguntamos entonces: ¿estos cambios pertenecen a un registro escenográfico, sociocultural pronunciado aunque perteneciente a una época, por lo cual siempre pueden tener algo de contingente, o son más bien solo un cambio de ropaje?

Pero ¿cómo dilucidar la posición de Freud, que afirma la necesidad de un pasaje de lo sensorial al pensamiento, de lo materno a lo paterno como marca de progreso de la civilización? En *Malestar en la cultura*, el mismo

Freud (1930) escribe: «son esas mismas mujeres, que al principio, por las exigencias de su amor, han depositado los fundamentos de la cultura».

La noción de represión originaria de Freud nos aclara en su definición que es un proceso hipotético como primer tiempo de la represión, y que tiene por efecto la formación de cierto número de representaciones inconscientes o «reprimido originario» (Laplanche y Pontalis, 1967). Los núcleos inconscientes así constituidos contribuyen a la represión propiamente dicha, por la atracción que ejercen sobre los contenidos a reprimir, junto con la repulsión proveniente de las instancias superiores. Este postulado de Freud tan fundamental ha dado lugar a varias interrogantes e interpretaciones por distintos autores posfreudianos. Quizás, entre otras causas, porque el término «no representable» consistiría en albergar aquello que emerge como desconocido.

La figura materna que aparece en la obra de Freud podría considerarse básicamente edípica. La conflictiva inherente al poder de la madre seductora y agresiva no aparece totalmente desplegada en los escritos freudianos dedicados a la feminidad y la sexualidad femenina. Tal como nos dice Green (1997: 47-50): «Es cómodo acusar de falocentrismo a Freud, como a otros autores de sexo masculino, porque desde que las mujeres decidieron hablar ellas mismas de la feminidad, no se puede decir que la cuestión haya sido en modo alguno, zanjada definitivamente». Sin embargo, el Edipo le permite a Freud pensar el deseo y lo prohibido de la realización del incesto. Si consideramos que el Edipo es el organizador de la vida psíquica, ¿cómo pensar en aquellas acciones incestuosas que lo obstaculizarían?

La madre es el único término del triángulo edípico que mantiene una relación con el cuerpo de cada uno de los otros dos. Ella es, por lo tanto, vínculo sexual y vínculo instaurador de la diferencia entre ternura y sensualidad, así como entre pulsiones directas y pulsiones de meta inhibida. Lo trágico de la vocación materna está en que, tras haberlo hecho todo para favorecer la mayor proximidad, debe consentir la distensión de la relación con el cuerpo del niño y su transformación radical por efecto del superyó. El «destino materno» de la niña se manifiesta innegablemente en la infancia. Lo cierto es que todo lo que atañe a la vagina, al presentimiento del útero en la futura mujer y a su vocación ulterior está probablemente teñido de un sentido, de un misterio sagrado (Green, 1997).

Por su parte, Racamier (1995) introduce la noción de «lo incestuoso» como medio para diferenciar el incesto a nivel edípico del incesto primordial, explicita que no está elaborado como un fantasma, sino que conduce a la extinción de las excitaciones pulsionales y externas. Propone pensar en «la corriente agresiva natural» que refuerza el sentimiento de rechazo del niño-intruso sobre el cual la madre tiene un poder de muerte. Sería una aproximación que se ubica sobre la vía de lo prohibido, del horror al incesto materno. Incesto que no debe confundirse con el del nivel edípico, sino, como expresa Racamier, incesto primordial, de hecho punto de huida de todo acercamiento que engolfa por parte de la figura materna.

Susana García (2010), refiriéndose a las identificaciones, retoma a Daniel Gil (1995) y nos remite a la identificación primaria, que es constitutiva del yo (nuevo acto psíquico), identificación como un amplio y complejo proceso que incluye la maduración neurofisiológica, los deseos, las vivencias, los acontecimientos, las fantasías gestadas en la interrelación niño-medio; destaca los estímulos sonoros, táctiles, la agresión, la ternura del otro constituyendo el yo del niño, e incluye también la identificación de género.

El primer contacto es aquel que une y separa a la madre del hijo. Hablamos de fusión, de indiferenciación, de simbiosis, pero también consideramos que se oculta el miedo a un incesto que genera violencia y horror, que puede producir confusión, a veces desde épocas tempranas. Lo materno como prolongación sin límite del recién nacido generará una continuidad indivisible, corriendo el riesgo de apropiarse del *infans*, que de esa forma no llegaría a tener un estatuto propio de sujeto.

¿Cómo definir las cualidades y funciones del sujeto «materno» que permiten el reencuentro con lo originario esencial? ¿De dónde proviene este investimento? (Anzieu-Premmereur, 2011).

Freud (1914) escribió refiriéndose a «His majesty the baby»: «los niños satisfacen nuestro deseo de inmortalidad». Logran así investir el narcisismo parental, reviviscencia del narcisismo infantil y fuente de un amor intenso, esperanzador, que permitirá que las capacidades maternas se ubiquen en su lugar adaptándose a las necesidades y deseos del recién nacido.

Winnicott (1955) insistió en la sensibilidad materna necesaria para el desarrollo psíquico del recién nacido, reconocido más como un entorno

paratraumático que como una persona. La «madre abnegada» es capaz de identificarse con su bebé, intuir sus necesidades no solo físicas, sino también emocionales.

Silvia Braun (2003), siguiendo a Winnicott, nos recuerda con relación al desamparo que la cura pasa por llegar hasta la angustia alrededor de la cual se organizó la defensa. Esta angustia que Winnicott denominó «agonía primitiva» se vincula al derrumbe psíquico del bebé causado por la violentación que ejerció una privación temprana del ambiente. Cabe recordar acá los conceptos de *intromisión* de Laplanche y de *violencia secundaria* de P. Aulagnier vinculados a la violencia ejercida por la madre que invade y deforma la organización psíquica temprana del bebé.

En el caso de pacientes que desbordan la neurosis, Fanny Schkolnik (2006) nos señala que «ya desde hace algunos años me ha parecido importante abordar lo desmentido y escindido en las neurosis, coexistiendo con lo reprimido, en el caso de muchos pacientes neuróticos. Si bien la estructuración psíquica se realiza en torno a la represión, el narcisismo fálico que apunta al deseo de completud, propio de la represión secundaria, en este caso está acompañado por un narcisismo arcaico que responde a una represión primaria fallante. Junto a las manifestaciones clínicas del retorno de lo reprimido nos encontramos con diversas expresiones sintomáticas vinculadas a lo escindido, que se caracterizan por la falta de límites, la indiscriminación y la tendencia a las actuaciones».

M. Casas (1988) se refiere al hecho de que en el nacimiento surge la desamparo-indefensión, a la cual toma como un concepto bifronte, pues marca de un lado las carencias en el campo del otro (lo que no ampara), y del otro, la fragilidad del sujeto en cuestión (indefensión). Momento paradigmático el del nacimiento, hace recaer todo el peso sobre el otro para la sobrevivencia. El encuentro con una función materna fallante promueve la adhesión al otro para no enfrentarse a la angustia ante la ausencia; modalidad que denuncia fracasos en el procesamiento de los duelos, esenciales en la estructuración psíquica.

Si lo materno se da también en el encuentro de lo mítico y lo psicoanalítico, retomemos a Freud, que ha situado los mitos en un tiempo y un lugar lejanos, con un estatuto particular, inscribiéndose en la filogénesis, en aquello que el hombre posee de más arcaico, como los fantasmas y los

sueños, los deseos inconscientes arraigados en el ello. Podemos también pensar los mitos como copartícipes que habilitan a imaginar y acercar la potencia y las fuerzas brutas que nos habitan. Los mitos, siempre puestos en duda, tendrían una función de apuntalamiento en nuestro pensamiento, también en ellos aparecen las múltiples figuras de lo materno. Medea (Grimal, 1979), la infanticida, realizadora de un crimen terrible, impío, en un acto de venganza de orgullo herido define junto con otras tantas situaciones maternas la condición humana.

Varios autores priorizan el ambiente en el cual puede ocurrir el inicio de un psiquismo en un bebé frágil, desvalido, sin embargo es importante resaltar que no cualquier «cuerpo materno-recipientes contenedor» podrá convertirse en objeto accediendo a un encuentro que dará comienzo a una estructuración del psiquismo.

Las consecuencias psíquicas dramáticas de estos primeros momentos de carencia dan la medida de la importancia del ambiente humano para la constitución de un sujeto. Lo materno es básico por ser el cimiento a partir del cual nos construimos, pero se irá constituyendo también a partir del padre o de cuidadores del recién nacido que den sostén a las capacidades sin las cuales este no podría dotarse.

La imposición de un sentido llevado a cabo por la madre sobre el bebé llevó a Piera Aulagnier (1975) al desarrollo metapsicológico del concepto de violencia primaria, usado en el sentido de instituir al bebé como sujeto al irrumpir en su espacio psíquico en el momento de encuentro con la voz materna. «El fenómeno de la violencia tal como lo entendemos aquí, remite en primer lugar, a la diferencia que separa un espacio psíquico, el de la madre, en que la acción de represión ya se ha producido, de la organización psíquica propia del *infans*.»

Los autores y conceptos hasta aquí retomados y trabajados hacen referencia al tránsito por situaciones que terminan produciendo determinadas patologías en torno a una estructuración fallante desde los inicios del psiquismo del *infans*.

Volviendo a las marcas, las huellas que cada situación clínica deja en el analista, intentaré, a partir de dos dolorosas situaciones clínicas, dar cuenta de entornos aún más graves en los que la violencia secundaria materna irrumpe con toda su fuerza implicando a dos jóvenes mujeres,

adolescentes, a quienes los efectos de la violencia de lo materno, así como las consecuencias de fallas maternas, dejaron expuestas a gravísimos daños en el psiquismo. Viñeta clínica entonces que podría contribuir a la comprensión de algunos de estos aspectos a los que aludimos acerca de la condición humana ubicados en «lo materno».

Son situaciones que nos toca vivir de forma despiadada, ya sea en el consultorio o en la realidad de otros lugares donde ejercemos nuestra profesión. El primer caso es el de una paciente, Pía, a quien nunca conocí, pero fui consultada por su analista y su psiquiatra tratante, dada la compleja y dramática evolución de su situación. Pía tenía 18 años, era del interior, había comenzado sus estudios de medicina, pero se sentía muy trastornada, el alejamiento de su casa la había llevado por el camino de la droga, tatuajes y *piercings*. Sin embargo resaltaba que su madre no la quería, no se preocupaba por ella, no la llamaba y que quizás no la había querido nunca.

Ante la dificultad del caso fueron convocados los padres al escenario analítico para proponer una internación, dado que Pía había comenzado con ideaciones suicidas. Apareció la madre junto con una tía, una mujer fría que no lograba comprender qué le sucedía a su hija, y a quien tampoco le interesaba hacerse cargo de ella. Pía logró salir de la primera internación, siguió con ambos tratamientos, sin desear ir a su casa y sin que sus familiares volvieran a verla. Al poco tiempo se hizo un *piercing* en la lengua; este tipo de *piercing* se caracteriza por provocar dolor, hemorragias y por dificultar que la persona se alimente, salvo que ingiera alimentos en forma de papilla, al menos durante los primeros tiempos. Un intento de autoeliminación la devolvió a la internación, se repitió la historia de la vez anterior: la madre aparecía poco, el padre vino una vez pero no emitió sonido y la madre no pudo venir a quedarse un tiempo con ella —aludió tener que atender otras responsabilidades—, lo cual prolongó la internación. Sostener esta situación parecía imposible, y así fue. Luego de la internación Pía asistió a la que sería la última sesión con su analista, quien la encontró nuevamente muy deprimida; sin saber ya qué hacer le solicitó que lo llamase al celular, buscando de esa forma mantenerla ligada a una mínima parte de la realidad y de vida. Las últimas palabras de Pía en la sesión fueron: «Si tengo crédito en el celular...». Pía se quitó la vida esa misma noche. Su madre hizo todas las

gestiones necesarias para que la trasladaran al interior para su entierro sin tener que volver a Montevideo.

Pía parecía haber adolecido desde siempre de fallas muy tempranas en la estructuración de su psiquismo. Tal como dice Kestemberg (1999), todo se prepara en la infancia y se juega en la adolescencia. Las actuaciones de Pía en la adolescencia dan cuenta *après-coup* de la dificultad en la relación con su madre desde sus inicios. La boca del bebe es el receptáculo a través del cual no solo recibirá el alimento, sino que también se irá conformando una matriz que se va inscribiendo lentamente en su espacio y en su tiempo, en forma de presencia-ausencia, en la cual el recién nacido va inscribiendo los elementos sensoriales de protección, amor y sensualidad frente a su indefensión.

Pía agrede su boca en forma directa, a través de un *piercing* en la lengua que le impide —quizás una vez más— recibir el alimento-amor de una madre lejana y distante que no parece interesarse por ella. En lugar de leche, sangra a partir de un encuentro agresivo y violento que puede haber sido vivido en los primeros tiempos luego de su nacimiento como sumamente doloroso e imposible de procesar. Estas actuaciones adolescentes designan el malestar y dolor actuales, evocando a su vez los primeros desencuentros entre el recién nacido y su madre.

Hablar de violencia nos lleva ante todo a considerar el orden humano, el cual es de por sí violento. Toda creación genera violencia. Este sería un elemento a tener en cuenta para no inclinarnos, como psicoanalistas, a utilizar el término *violencia* en un sentido corriente (Maggi y Flechner, 2000). Las actitudes individuales o colectivas que calificamos habitualmente como «violentas» corresponden en gran medida a lo que Freud ha definido como aquello que se constituye afectivamente como propio de la agresividad, o sea, una mezcla pulsional realizada secundariamente a partir de los dos grandes dinamismos de base. La agresividad es parte de la historización del sujeto, habla de la organización de su yo, de sus defensas realizando un trabajo de ligazón y religazón.

Freud (1913) fue el primero, de manera directa a veces y encubierta otras, en señalar la existencia en el hombre así como también en el animal de una suerte de violencia innata, de brutalidad natural, sádica a la vez que espontánea y universal. La brutalidad natural primitiva, que Freud evoca

frecuentemente, ha sido definida por Bergeret (1994) como *violencia fundamental* ya que el término *violencia*² connota de forma más precisa, según el autor, la idea de un instinto natural, brutal, destinado a la defensa de la vida. Si bien esta noción no es propiamente psicoanalítica, fue retomada por Bergeret (1994) para referirse a una violencia fundamental considerada como un instinto autoconservador, libidinal y destructivo que sirve de base para desarrollar, en un movimiento de integración, las funciones de ligazón y desligazón.

Tomando en cuenta los textos freudianos diríamos que la violencia humana tiene dos puntos centrales: causa antes que efecto, desde que el asesinato funda la cultura, y es en consecuencia inconsciente, apuntalado prioritariamente desde la masa; en esto el psicoanálisis hizo un gran aporte.

F. Schkolnik (2007) explicita que en las patologías que desbordan lo propiamente neurótico nos encontramos en la clínica con expresiones de un modo de funcionamiento que catalogamos como arcaico, que en alguna medida ya Freud tenía en cuenta al referirse a los «fenómenos residuales». Lo arcaico no es lo originario, sino la expresión en el a posteriori, en un psiquismo ya constituido, de fallas a nivel de la represión originaria y una fuerte desmentida de la alteridad que da lugar a la persistencia del narcisismo primario afectando la instauración de la represión secundaria y la constitución del yo. La tendencia a la indiscriminación da lugar a vínculos fusionales y a un conflicto marcado tanto por el pánico del encierro en lo fusional como por la posibilidad de ruptura con el objeto.

La siguiente viñeta clínica puede servirnos para comprender estos vínculos fusionales en los que se genera entre madre e hija una confusión que invita a reflexionar sobre ambos conceptos: violencia y lo materno.

En la clínica nos encontramos con situaciones en las que la separación entre madre e hija resulta en una lucha que efectivamente se da entre la vida

2 Desde el punto de vista etimológico, el término *violencia* proviene del latín *violentia*, que deriva del radical indoeuropeo que ha dado origen en griego al término *bios* y en latín al término *vita*. Esta etimología se inclina en dirección de la vida. Los términos *brutalidad*, *vehemencia*, *impetuosidad*, *cólera*, *lucha*, *combate* podrían ser más convenientes, pero no responden a una etimología que pone por delante un ostentoso esfuerzo para mantenerse vivo. Los sustantivos *odio* o *agresividad* no pueden ser utilizados en razón de dar cuenta de la implicación libidinal que les comporta.

y la muerte. Un ejemplo de ello es Mara, a quien conocí en el centro de tratamientos intensivos (CTI) a pedido de los padres; tenía 12 años y pesaba 28 kilos. Antes de llegar a su cama, los propios médicos intensivistas me aclararon que habían hecho todo, que para ellos no había más nada que hacer, que era de los casos que no tenían salida. Ocupaba un lugar mínimo en la cama, su delgadez impresionaba, sus ojos parecían enormes con relación al resto de su cara inexpresiva. Comencé a verla todos los días en el CTI; pocas palabras, todas referidas a su invencible deseo de no alimentarse. La alimentación parenteral y algo de la presencia continua en el mismo horario todos los días pueden haber tenido un efecto reparador; algo desconocido para mí la hizo decidir optar por la vida. Nuestro trabajo continuó luego de la internación durante mucho tiempo, trabajábamos en equipo multidisciplinario. Pero a medida que iba mejorando los padres iban retirando a los profesionales que formábamos el equipo, a veces aludiendo dificultades económicas que no existían, otras por diferencias y malestares que ellos mismos generaban con los miembros del equipo. La frase que conservo como recuerdo del padre es que abriría una botella de whisky 12 años el día que la hija se curara. La madre parecía esperar todos los días el inicio de la recaída.

Ya había pasado un tiempo suficientemente prolongado y la recaída no llegaba, sin embargo sí llegó una madrugada una llamada de la madre que entre llantos me decía que se había equivocado en la medicación que le dio a su hija, en lugar de darle la indicada para Mara le había dado su propia medicación, un anorexígeno que comenzó a utilizar para bajar de peso.

La imposibilidad de esta madre de mantener una distancia suficiente con su hija podría quizás haberla llevado a elegir entre verla muerta o matarla antes que vivirla como un sujeto propio, separado. ¿Evitaría así desarmar lo que para ella sería una supuesta completud narcisista viviendo a su hija quizás como un objeto parcial que la completaba especialmente en la enfermedad?

Por otro lado, a los ojos del padre, esta púber de 12 años podría estar ubicada como un objeto embriagador. ¿Será que abrir esa botella «si se cura» implica darle la opción de tomar otra leche, igual o más venenosa aún que la que tomó del pecho de su madre?

Estas viñetas clínicas dan cuenta de una estructuración psíquica fallante en las propias madres que induce en sus hijas una estructuración psíquica que también será fallante hasta grados inesperados.

A diferentes niveles psicopatológicos, podríamos considerar *lo materno* desde varias posturas: los conflictos maternos que emergen como un proceso de reactivación de los conflictos infantiles y las identificaciones con la propia madre poniendo en tela de juicio el sistema defensivo; y desde el punto de vista del *infans* la labilidad y fragilidad propias de situaciones tempranas de un psiquismo en formación dejarán ya sus marcas en forma precoz. Estas crisis pueden asociarse con períodos de labilidad y fragilidad afectiva próximos a la psicosis, podría ser la locura materna transitoria en algunas situaciones, que puede producir pavor en el *infans* como fruto del deseo incestuoso y la relación de la madre con su pasado infantil. Sabemos que las angustias impensables posparto pueden producir una situación de daño tal que logran alterar las cualidades maternas.

Cuando se produce un exceso de excitación y disminuye la atención, lo materno se manifiesta en diferentes tipos de patologías que pueden tener que ver —entre otras— con las vivencias de intrusión, que siempre aportan su carácter violento, así como con el abandono. Lo materno podría colisionar, demandado por la violencia del devenir madre, situación que se vive en el cuerpo con diferentes grados de intensidad, con la proximidad del *infans* en camino; nos preguntamos si es posible considerar esa violencia simultáneamente como autoconservadora y como mortífera.

En «Análisis terminable e interminable», Freud (1937a) se refiere al repudio de lo femenino en los dos sexos: «No terminamos de repudiar aquello que de la impronta materna permanece en nosotros». Mientras que Green (1997) propone una modificación, plantea que el objeto de repudio es lo materno.

A su vez, N. Marucco (2007: 26-54) cita y amplía la noción planteada por Freud de lo soterrado, expresa que «estaríamos aquí en esa particular zona psíquica constituida antes de la aparición del lenguaje. Pero eso “soterrado” retorna». Freud (1937b: 262) lo dice así: «Todo lo esencial se ha conservado, aun lo que parece olvidado por completo; está todavía presente de algún modo y en alguna parte, solo que soterrado, inasequible al individuo». Y agrega: «Es solo una cuestión de técnica analítica que se consiga o no traer a la luz de manera completa lo escondido». Esto sugiere la necesidad de la creación de una nueva tópica y reformulaciones técnicas

que permitan ubicar ese «de algún modo y en alguna otra parte» donde se encuentra lo más «recóndito».

Tal vez lo más difícil, como decíamos al inicio, sea acercarnos a los aspectos menos nombrados, los más oscuros y terroríficos que se presentan en las diferentes instancias de trabajo con pacientes cuyo desborde y conflictiva exceden algunas veces la capacidad de transitar con ellos las posibilidades de analizabilidad.

Considero, como planteaba en un artículo anterior (Flechner, 2005), que estas situaciones clínicas nos llevan por otro camino que implica reflexionar sobre el actuar adolescente. En este trabajo trato de encauzar una mirada más profunda sobre los efectos del actuar adolescente como consecuencia y efecto de las fallas en lo materno, ya sea desde el propio psiquismo materno o de su incidencia en el tránsito de adolescentes que adolecen efectivamente de las marcas producidas en tiempos tan precoces.

Propongo este trabajo como apertura a la comprensión de lo materno en todas sus dimensiones, amorosas, agresivas y violentas. Lo materno como el terreno en el que se juegan el amor y el odio en forma descarnada, mostrando que lo mortífero está siempre presente y enlazado de muy diversos modos con la pulsión de vida. Es en la clínica psicoanalítica, por tanto, donde lo materno demuestra en cada paciente su singularidad. ♦

RESUMEN

Este trabajo que intenta dar cuenta de «lo materno», que no es en sí un concepto psicoanalítico, se enmarca más bien en un amplio espectro que incluye la maternidad en torno al objeto materno, sus funciones, sus locuras, sus transformaciones. A su vez, muestra por medio de viñetas clínicas la fuerza de la violencia materna en casos de perturbaciones psíquicas de la madre y sus primeros efectos en el *infans*. Se trata de encauzar una mirada más profunda sobre el actuar adolescente como consecuencia y efecto de las fallas en lo materno, ya sea en el propio psiquismo materno o su incidencia en el tránsito de adolescentes que adolecen efectivamente de las marcas producidas en tiempos muy precoces.

Descriptores: MATERNIDAD / PADRE / NARCISISMO /

Autores-tema: Freud, Sigmund

ABSTRACT

The intention of this paper is to try to explain «the maternal», even if it isn't a psychoanalytical concept, adjusting in a broad spectrum that includes the maternity rounding the maternal object, its functions, its madness and the transformations, while at the same time shows through two clinical vignettes the strength of the maternal violence in case of psychic disturbance in the mother and in infant primary effects. It tries to conduct a profound vision over the effects that implies adolescent acting out as a consequence and effect of maternal failures, even it comes from the maternal psychism and his incidence in adolescent transit that suffer from the traces produced in an early time.

Keywords: MATERNITY / FATHER / NARCISSISM /

Authors-subject: Freud, Sigmund

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABENSOUR, L. «L'ombre du maternel». En *Revue française de Psychanalyse*, v. 75 (5), 2011, pp. 1297-1335.
- ANZIEU-PREMMEREUR, C. «Fondements maternels de la vie psychique». En *Revue française de Psychanalyse*, v. 75 (5), 2011, pp. 1449-1488.
- AULAGNIER, P. (1975). *La violencia de la interpretación: del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu, 1977.
- BERGERET, J. «La violence fondamentale». En J. Bergeret: *La violence et la vie; la face cachée de l'Oedipe*. París: Payot, Cap. 4, 1994.
- BRAUN DE BAGNULO, S. «Violencia y desamparo en los orígenes». En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (98), 2003, pp. 108-116.
- CASAS DE PEREDA, M. «El desamparo del desamor; a propósito de la depresión en la infancia». En M. CASAS DE PEREDA: *Sujeto en escena; el significante psicoanalítico*. Montevideo: Isadora, 1988, pp. 225-246.
- FLECHNER, S. «On aggressiveness and violence in adolescence». En *International Journal of Psychoanalysis* 86, 2005, pp. 1391-1403.
- FREUD, S. (1913). «Tótem y tabú». *O. C.*, tomo 13, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1914). «Introducción del narcisismo». *O. C.*, tomo 14, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1930). «El malestar en la cultura». *O. C.*, tomo 21, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1931). «Sobre la sexualidad femenina». *O. C.*, tomo 21, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1933a). «33ª Conferencia. La feminidad». *O. C.*, tomo 22, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1937a). «Análisis terminable e interminable». *O. C.*, tomo 23, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1933b). «¿Por qué la guerra?». *O. C.*, tomo 22, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1937c). «Construcciones en el análisis». *O. C.*, tomo 23, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- GARCÍA VÁZQUEZ, S. «Adolescencia, violencia y subjetivación; apertura hacia nuevas simbolizaciones». En S. FLECHNER (comp.): *Psicoanálisis y adolescencia; dos temporalidades que se interpelan*. Buenos Aires: Paidós, 2010, pp. 85-93.
- GIL, D. *El yo herido*. Montevideo: Trilce, 1995.
- GREEN, A. (1980). «La madre muerta». En A. GREEN (1983): *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu, 1999, pp. 209-238.
- (1997). «La sexualidad materna». En A. GREEN: *Las cadenas de Eros; actualidad de lo sexual*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998, pp. 47-50.
- GRIMAL, P. *Diccionario de mitología griega y romana* (original: *Dictionnaire de la mythologie grecque et romaine*, París: Presses Universitaires de France). Buenos Aires: Paidós, 1979.
- KESTEMBERG, E. «Identité et identification chez les adolescents». En E. KESTEMBERG: *L'adolescence à vif*. París: Presses Universitaires de France, 1999, pp. 7-96.
- LAPLANCHE, J. (1992). *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- LAPLANCHE, J. y J.-B. PONTALIS (1967). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor, 1994.
- MAGGI, I. y S. FLECHNER. «Secret de la violence, violence du secret». En *Adolescence Monographies. Troubles de la personnalité, troubles de conduite*. París: Les Éditions du GREUPP, 2000.
- MARUCCO, N. C. «Entre el recuerdo y el destino; la repetición». En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (105), 2007, pp. 26-54.
- RACAMIER, P.-C. *L'inceste et l'incestuel*. París: Collège Psychanalyse Groupale et Familiale, 1995.
- SCHKOLNIK, F. «Acerca del concepto de simbolización». Inédito. Presentado en actividad científica en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en octubre de 2006.
- «Simbolización: un puente entre la práctica psicoanalítica y la metapsicología». En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (104), 2007, p. 32.
- WINNICOTT, D. W. (1955-1956). «Variedades clínicas de la transferencia». En *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1999.
- (1958). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1999, pp. 391-396.

Adolescente Onetti



JUAN CARLOS CAPO¹

... Mientras tanto Dora había crecido y era una floreciente muchacha...

SIGMUND FREUD

Pero por qué no buscáis un medio más poderoso de hacer la guerra a este tirano sanguinario, el Tiempo? Y, ¿por qué no os fortificáis contra la Decadencia por procedimientos más eficaces que mis rimas estéticas?

WILLIAM SHAKESPEARE

Lo que intento es otra cosa

JACQUES LACAN

INTRODUCCIÓN

En los años de siesta de infancia, lugar mortecino más umbrío que soleado, más lluvioso que seco, más ventoso que calmo... y después...

En aquellos tiempos, un tío materno me habló de que jugó al ajedrez con Onetti, de quien también me dijo que frecuentaba el taller de Joaquín Torres García.

Esos nombres aún no significaban nada para mí.

Tiempo después leería *El pozo*, llevado a ello por una lectura dramatizada que hizo el Club de Teatro en una festividad de verano en el Parque Rodó, cerca del Forte Makallé, lugar de comidas con reservados, enredaderas y cerco de cañas, lugar que tenía que ver con ese relato.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. juanccapo@netgate.com.uy

Recuerdo de una primera lectura: el libro recreaba una atmósfera de la ciudad dotada de un aire penumbroso, cuando la muchacha, a pedido de su amado, bajaba en plena madrugada por la calle Eduardo Acevedo en busca de no se sabía bien qué. Eladio Linacero, el muchacho, la contemplaba largamente, pegado a las almenas de granito de la rambla, viéndola bajar por la calle empinada, queriendo comprobar si esta era aquella con quien él había iniciado todo, pero era imposible recobrar a «aquella», entonces dejaron de estar ahí al sereno y se fueron. Era una hora cercana al alba, y casi nada se podía aguardar ya, dado que muy poco quedaba en el tamiz de la noche alta: un vacío latente de latitud, de llanto, una parada desolada, una verdadera locura de inútil espera en la tierra de nadie en la noche baldía.

CRÍTICOS Y AUTOR. «La estética de Onetti es inseparable de su vida. Su incredulidad casi absoluta y la soledad afectiva y física que describe en sus cartas cristalizan en un relato memorable, *El pozo*, que narra una serie de fracasos en el amor, la amistad y la comunicación humana. La definición que hace Onetti del relato, de esas “humildes cien paginitas” posee un fuerte acento personal: es la historia de un hombre que vive solo y sueña [...] Cuando el libro se publica, Onetti escribe [en carta a Payró]: [...] técnicamente, estilo y adornos, esto es un mamarracho. Creo que usted sospecha que puedo hacerlo mejor. Pero siento aquí algo de aquello que (Anatole) France llamaba belleza invisible: una cosa de comunicación, brutal, sucia, espesa, lo que quiera, pero que me parece mil veces más verdadera, más mía, más caliente, que todas las bellas cosas que pudiera escribir y que he escrito [...]» (Onetti, en Verani, 2009).

«Onetti —continúa Verani— intuye la singularidad de *El pozo*, su radical renovación de la narrativa hispanoamericana de su tiempo. La idea de “escribir sin hacer literatura”, el rechazo del “escribir bien”, o sea, el desprecio de la escritura estetizante y discursiva, de la prosa carente de autenticidad interior, toman cuerpo con una intensidad no alcanzada por los narradores de ese entonces.» «No sé si es americanismo pero me está dando náuseas el “escribir bien”. Pienso en alguna manera, otra, más despreocupada, más directa, semi lunfarda, si me apuran.» «No sé si la separación en clases es exacta y puede ser nunca definitiva. Pero hay en

todo el mundo gente que compone la clase más numerosa de todas las sociedades. Se les llama “clase media” o “pequeña burguesía”. Todos los vicios de que pueden despojarse las demás clases son recogidos por ella. No hay nada más despreciable, más inútil. Y cuando a su condición de pequeños burgueses agregan la de “intelectuales”, merecen ser barridos sin juicio previo. Desde cualquier punto de vista, búsquese el fin que se busque, acabar con ellos, sería una obra de desinfección. En pocas semanas aprendí a odiarlos; ya no me preocupan, pero a veces veo casualmente sus nombres en los diarios, al pie de largas parrafadas imbéciles y mentirosas, y el viejo odio se remueve y crece.»

En ese libro-jadeo, fundacional e instaurador de la modernidad en la narrativa uruguaya, desalineado de todo yugo ideológico, nacionalista, latinoamericanista, excepto un obligarse a «escribir bien», aunque no se supiera bien de qué trataba eso, Onetti crea un mundo narrativo hasta entonces inédito (algunos exceptúan a José Pedro Bellán).

Escribió en *El pozo* por ejemplo que «[e]l amor es maravilloso y absurdo e, incomprensiblemente, visita a cualquier clase de almas. Pero la gente absurda y maravillosa no abunda; y las que lo son, es por poco tiempo, en la primera juventud. Después comienzan a aceptar y se pierden».

El relato, corto, no se limitaba a esa incontorneable cuestión.

Denotaba más de una ruptura, a saber una ruptura con una tradición nacional... «Detrás de nosotros no hay nada. Un gaucho, dos gauchos, treinta y tres gauchos.»

ONETTI DEBIÓ HABER LEÍDO A NIETZSCHE: NOSOTROS, LOS APÁTRIDAS. «... ¡nosotros, los hijos del porvenir, cómo *podríamos* estar en este hoy como en nuestra casa! Repudiamos todos los ideales merced a los cuales uno puede sentirse a gusto incluso en estos precarios y desdichados tiempos de transición; y en cuanto a sus “realidades” no creemos que *duren*. [...] nosotros mismos los apátridas, somos algo que rompe el hielo y otras “realidades” demasiado delgadas... No “conservamos” nada, ni queremos retornar a pasado alguno, no somos en absoluto “liberales”, no trabajamos por el “progreso”, no nos hace falta taparnos los oídos frente a las sienas del futuro, en la plaza —lo que cantan ¡la “igualdad de derechos”, la “sociedad libre”, “no más amos ni siervos” no nos

atrae!— [...] aclamamos a todos los que, como nosotros, aman el peligro, la guerra y la aventura, los que no transigen, no se dejan manejar, capturar, reconciliar ni recortar, nos contamos entre los conquistadores, meditamos sobre la necesidad de órdenes nuevos, también de una nueva esclavitud —pues todo reforzamiento y elevación del tipo humano involucra una nueva modalidad de esclavitud— ¿no es cierto? con todo esto tenemos que encontrarnos mal en una época que reivindica el honor de ser la más humana, clemente y justa que jamás haya existido. [...] ¡Qué nos puede importar el atavío con que un enfermo engalana su debilidad! aunque la exhiba como su *virtud* [...] ¡Ay, tan clemente, tan justo, tan inocente, tan “humano”! La “religión de la compasión” a que se nos quiere convertir —¡oh, de sobra conocemos a los hombrecitos y mujercitas histéricos que hoy día tienen necesidad precisamente de esta religión, para que les sirva de velo y atavío!—. Nosotros no somos humanitarios; jamás tendríamos la osadía de hablar de nuestro “amor a la humanidad”... [...] ¡A la humanidad! ¿Ha habido jamás vieja, entre todas las viejas, más repelente? [...] Nosotros, apátridas, somos demasiado múltiples y mezclados en cuanto a raza y origen, en cuanto “hombres modernos”, y en consecuencia poco dispuestos a participar de la mendaz autoadmiración y del impudoroso racismo que se exhibe hoy día en Alemania como signo de fe alemana y que aparece en el pueblo del “sentido histórico” doblemente falsa e indecente. [...] En una palabra, [...] como tales, también emancipados del cristianismo y enemigos de él, precisamente porque hemos surgido de él, porque nuestros antepasados fueron cristianos de insobornable rectitud de cristianismo que de buen grado sacrificaron a su fe, fortuna y vida, posición y patria. Nosotros hacemos lo mismo. ¿Y para qué? ¿para nuestro descreimiento? ¿para todo tipo de descreimiento? ¡Bien sabéis que no, amigos míos! El *sí* oculto en vosotros es más fuerte que todos los *no* y tal veces de que estáis aquejados a la par de vuestra época; y si habéis de embarcaros, emigrantes, también os obliga a ello ¡un *credo!*»

Ruben Cotelo, escritor y periodista, prolífico y sutil, yerra y le restrega a Onetti —desde un ateísmo «con»— que es un escritor religioso y no duda en vincular el tema de «la muchacha onettiana» con una concepción católica de la mujer, incluso subraya el nombre de Santa María, la mítica

ciudad fundada por Brausen, como evidencia de «un perverso, deformado, parcializado culto mariolátrico...» (Cotelo, citado por Ruffinelli, 1995).

LA OBSESIÓN DE ELADIO LINACERO. «Entonces tuve aquella idea idiota como una obsesión. La desperté, le dije que tenía que vestirse de blanco y acompañarme. Había una esperanza, una posibilidad de tender redes y atrapar el pasado y la Ceci de entonces. Yo no podía explicar nada; era necesario que ella fuera sin plan, no sabiendo para qué. Tampoco podía perder tiempo, la hora del milagro era aquella, enseguida. Todo esto era demasiado extraño y yo debía tener cara de loco. Se asustó y fuimos. Varias veces subió la calle y vino hacia mí con el vestido blanco donde el viento golpeaba, haciéndola inclinarse. Pero allá arriba, [...] su paso era distinto, reposado y cauteloso, y la cara que acercaba al atravesar la rambla debajo del farol era seria y amarga. No había nada que hacer y nos volvimos.»

CONVALESCENCIA. Así se llama un cuento del escritor. Pero las líneas prosiguen por otro lado: había una imposibilidad de leer *Para una tumba sin nombre* en un posoperatorio de amígdalas, a los diecinueve años, en un Hospital de Clínicas de cortinas inesperadas, sábanas limpias, carros-terminos, funcionarios afables. Pero comprobado que hube la enormidad de mi empeño en leer a Onetti en las horas de control y espera, solo pude usar el tiempo en la no lectura. Abrir el libro de Onetti se hizo imposible. Y no hubo lugar para más nada.

MÁS ADELANTE. Doy un salto hacia los comienzos de los sesenta. Leo *El astillero* aparecido ese año y dedicado a Luis Batlle Berres y cambia mi vida. Aquella lectura hizo dar vueltas de campana a mi espíritu. Evoco algunas conversaciones en bares de madrugada en que algún desconocido, alcoholizado, jugado a sentencias estéticas juiciosas —el hombre había leído a Onetti—, corriendo los velos de las cortinas del alcohol el desconocido contertulio se acercaba a nuestra mesa de estudiantes trasnochados y proclamaba que Onetti había descendido a las sentinas de las variadas naves del hombre y de esos pañoles de armas en las bodegas de los buques había subido a la superficie... trayendo un vaso labrado de tortuoso y hermoso diseño, extraño y misterioso. Y era

también el trazo mayor de una escritura que erizaba la piel, que como se sabe es lo más profundo, que raspaba y hacía sangrar la mano que pasaba por sobre aquella escritura como sobre la refulgente y escamosa piel de un áspid negro.

EL VIEJO MOMIO Y LA HIJA ADOLESCENTE. Él se llamaba Petrus, un apellido belga quizá; tenía una sociedad anónima desde la que regenteaba el cascarón vacío de un astillero, donde ya casi nada había de útil, aunque los restos existieran. Y todo se pudría bajo la lluvia, el frío y el viento. Había tres hombres en ese espacio desolado, alegórico quizá (¿de una nación?, ¿de una mentalidad?, ¿de un hombre rioplatense que no tiene remedio y que terminará por no levantar cabeza nunca? [Esto tiene un desvío antropológico que no cabe reclamarles ni a la escritura de Onetti ni al análisis.]).

Los hombres viven próximos al astillero, trabajan, fingen hacerlo, rondan dentro del viejo cascarón. Larsen se aloja en una pensión que él bautiza Belgrano, donde se conversa al dueño para que le tire con un pedazo de carne cocida, un vino áspero, un café. Hay dos hombres y una mujer que viven en una casilla. Ella está calzada con zapatos de hombre y pasa todo el tiempo enfundada en un sobretodo prendido a la altura del cuello con un alfiler de gancho de gran tamaño y con un vientre prominente de piel lustrosa, que pronto se ha de desocupar del feto que alberga.

Hay tres hombres. Uno es Larsen, de inclasificable oficio, terrestre, fumador, bebedor, hombre no muy alto, calvo y gordo, tocado con un gacho negro y un cigarrillo siempre encendido y móvil (sombrero y cigarro parecen dar una tregua a Larsen para seguir), con una sobaquera y un Smith-Wesson en ella, que acaricia cada tanto, como si se reasegurara de un punto de catástrofe inminente que no va a demorar en llegar. El otro hombre es joven, se llama Gálvez, tiene una sonrisa enigmática, muestra una dentadura adolescente, vive en la casilla con la mujer. Y el que completa el trío es un obeso y untuoso alemán de apellido Kuntz, que colecciona estampillas y es tan prolijo como los otros en su vis engañosa.

La hija de Petrus es adolescente, se llama Angélica Inés, parece retardada, tiene una risa inmotivada como ha dicho Díaz Grey, el médico de Santa María, pero el cuerpo grande de la muchacha siempre se presenta envuelto en un ves-

tido blanco; lleva rubias trenzas y una cinta roja en el pelo. Larsen ha quedado con la mirada erguida ante ella, con sus enormes pechos, su marcha torpe, su carcajada trunca y misteriosa como un vaso a punto de quebrarse. Larsen sueña *ipso facto*, al verla, con vivir con ella en la casa, rodeados por un jardín de estatuas blancas, cercano a una glorieta, lejos de la casilla y del astillero.

LAS MUCHACHAS. ¿Qué escribe Onetti sobre ellas? Eladio Linacero escribió en *El pozo*: «He leído que la inteligencia de las mujeres termina de crecer a los veinte o veinticinco años. No sé nada de la inteligencia de las mujeres y tampoco me interesa. Pero el espíritu de las muchachas muere a esa edad, más o menos. Pero muere siempre; terminan siendo todas iguales, con un sentido práctico hediondo, con sus necesidades materiales y un deseo ciego y oscuro de parir un hijo».

EL LUGAR DE LA FICCIÓN. La ciudad es mítica, fue fundada por Brausen en un libro llamado *La vida breve* con el que se inicia la saga. El escritor y futuro prócer, que tendrá incluso estatua ecuestre en la plaza, funda la ciudad de Santa María.

Onetti estaba influido por Faulkner, por Proust, por Joyce, por Céline, por Roberto Arlt, por Joaquín Torres García, por la pintura posimpresionista, por el cine. Aborrecía lo figurativo, lo representativo, la mimesis, el drama psicológico.

Si, como dice Heidegger, el espacio imaginario confluye en el lugar concreto donde uno hunde los pies, Larsen taconeaba sobre la madera, el barro o la arena en sus rondas de paseo corto desde el almacén Belgrano al astillero y de este a la glorieta o a la casilla. Un crítico, Jorge Ruffinelli, encontró, como un arqueólogo, un lugar que prefigura, antes de *La vida breve* (1954) —en precursora novela *Tiempo de abrazar* (1943)—, una plaza de lo que sería Santa María. «Frente a él, del otro lado de las vías, una hilera de chalets, jardines, los terrones de la calle. Más lejos, ya en el cielo azul, un pedazo verde oscuro de eucaliptos. A la derecha, la plaza desierta, la iglesia de ladrillos, vieja y severa, con el enorme disco del reloj.»

EL ESTILO NUEVO. La prosa de Onetti es sorprendentemente sombría, sentenciosa, laberíntica, pero hermosa, aunque de brutalidad y creación

parecidas en color a las sentencias impregnadas de Antiguo Testamento de William Faulkner, de quien Onetti era apasionado lector, como también lo fue de Stevenson, de Pound, de Nabokov y Hammett, y también de novelitas policiales de narradores ignorados. Pero hay algo más: la influencia que sobre su escritura tuvieron la música y la plástica. Medió en ella la amistad con Joaquín Torres García y con el historiador y crítico de arte moderno, pintor él mismo, el argentino Julio E. Payró. Ellos influyeron y mucho sobre Onetti. La consecuencia fue que sus ídolos en pintura (que influirían en su escritura) fueron Henri *el Aduanero* Rousseau, Paul Cézanne y Paul Gauguin. Ellos incidieron en la poética de su ficción. El realismo (mágico) inducido por estos pintores no arrastrará a Onetti a escribir ni de modo realista ni de modo mágico. El movimiento que lleva ese nombre y que recoge tendencias de fuerzas primitivas, indígenas o afroamericanistas no tocó a Onetti, quien no se sentirá cómodo en corriente latinoamericanista alguna. El escritor y crítico argentino Ricardo Piglia, «faulkneriano y onettiano confeso», dirá que Onetti es más literario y más virtuoso que el propio Faulkner.

LA FUNCIÓN DE LA ESCRITURA. Onetti será más explícito sobre el escribir: «[El escritor] escribirá porque sí, porque no tendrá más remedio que hacerlo, porque es su vicio, su pasión y su desgracia». «Que cada uno busque dentro de sí mismo, que es el único lugar donde puede encontrarse la verdad y todo ese montón de cosas cuya persecución, fracasa siempre, produce la obra de arte. Fuera de nosotros no hay nada, nadie. La literatura es un oficio; es necesario aprenderlo, pero más aún es necesario crearlo.» Dice el crítico Hugo J. Verani (2009), de quien tomo estos extractos: «La escritura de Onetti —y la novela moderna en general— suele omitir detalles, dejar huecos en episodios cruciales, el equivalente de lo que Cézanne hace en sus lienzos, escamoteo de pinceladas y ocultamiento de datos que aseguran la complicidad del observador y del lector [...]».

«LO REAL» EN SU ESCRITURA (LACAN, QUIZÁ). «El lema de Onetti parece ser [...] *siempre hay algo* que no se dice [...] es que, para Onetti, lo que verdaderamente importa, el significado profundo de las acciones humanas, no se puede decir...» Ya en 1919, Torres García había observado:

«Allí donde todos los hombres ven cosas concretas: un libro, una flor, el artista ve cosas desconocidas, que no podría nombrar». El magisterio del pintor constructivista ayuda a Onetti: «... su concepto del arte, de pintura sin tema, sin anécdota, la pintura “sin literatura” que el pintor defiende en sus ensayos enriquece a Onetti».

Dice Onetti: «Nunca podré olvidar el autorretrato de Cézanne *L'homme à chapeau melon*, porque es una de esas cosas que nos *enloquecen* verdaderamente, en la medida que trastornan todas las ideas preconcebidas que pudiéramos tener sobre el acto de pintar y de escribir. Por eso comprendo la ligazón que, en Cézanne, Hemingway ve entre la pintura y la literatura, sentí que el hombre que había pintado aquel autorretrato me estaba enseñando algo indefinible, que yo podría aplicar a mi literatura».

«RECUERDOS SOBRE LA INFANCIA» (FREUD). Escribe el crítico Jorge Ruffinelli en «Onetti antes de Onetti» (1995), acerca de la infancia del escritor: «Juan Carlos Onetti nació en Montevideo el 1.º de julio de 1909, hijo de Carlos Onetti (a esa fecha, un funcionario de aduanas) y de Honoraria Borges. De la niñez queda el recuerdo de los lugares, los barrios donde fue desenvolviéndose paulatinamente la vida escolar, y el liceo interrumpido porque no podía “aprobar dibujo”. Aún adolescente, comenzó a trabajar los diversos oficios terrestres —portero, mozo de cantina, vendedor de entradas en el Estadio Centenario, funcionario de una empresa de neumáticos— que continuaría por muchos años hasta desembocar en la actividad periodística al filo de los treinta. Sobre esos años de infancia, Onetti ha recorrido y corrido el velo con la velocidad de un pestañeo: “Sí, fue una infancia feliz. Pero tal vez no exista ningún período de la vida tan profundamente personal, tan íntimo, tan mentiroso en el recuerdo como este. Hay decenas de libros autobiográficos sobre el tema: la experiencia me ha enseñado a saltarlos. Ningún niño puede contarnos su paulatino y sorpresivo, desconcertante, maravilloso, repulsivo descubrimiento de su mundo particular. Y los adultos que lo han intentado —salvo cuando engañan con talento literario— padecen siempre de un exceso de perspectiva. El niño inapresable se diluye; lo reconstruyen con piezas difuntas, inconvenientes y chirriantes. En primer plano, inevitable, está siempre el rostro ajetreado del mayor, hombre o mujer. Decir la infancia implica

sin remedio un fracaso equivalente a contar los sueños. Como decía un amigo, no habrá jamás comprensión verdadera entre Oriente y Occidente. Yo fui un niño conversador, lector, y organizador de guerrillas a pedradas entre mi barrio y otros. Recuerdo que mis padres estaban enamorados. Él era un caballero y ella una dama esclavista del sur del Brasil. Y lo demás es secreto. Se trata de un santuario sagrado”».

LOS SOÑADORES. También era un soñador el insomne Eladio Linacero, quien soñara con una cabaña de troncos donde entraba la muchacha desnuda, dejando la intemperie detrás de la puerta de la cabaña que acaba de cerrar para encontrarse con el amado. Una muchacha inalcanzable, o una muchacha que ha dejado de ser aquella, que aparecía con el rostro teñido de seriedad y amargura, que él detectó cuando ella pasó bajo la luz cruel de un farol, en la madrugada asesina.

Larsen mismo no ha dejado de soñar, así sea con un prostíbulo que quiere regentear en Santa María, para escándalo de quienes hacen tertulias prolongadas y vacías en el club Berna o en los huecos oscuros de almacenes oscuros.

Pero eso había sido hacía años. Eran hombres jóvenes o niños grandes que la vida ensuciaría, pero restaría (o quizá podrían fingir acerca de ello) una parcela de inocencia detectable en un gesto, en una contracción del hombro, en un esguince de un gesto de la cara. También se lo podría llamar un resto de ingenuidad que no claudicaría nunca, que nunca acabaría de caer, pero permanecería allí, firme como un islote, en medio de un pastizal barroso, espeso y fétido, imposible de vadear, y que habría que saltar: era la vida.

LA CASA, LA GLORIETA, EL ASTILLERO. Ahora Larsen dispone de un tiempo en que sueña con Angélica Inés, con la risa y el cuerpo «despedazado» de esa muchacha que camina a tropezones, que se arranca el peto del vestido en visita a Larsen, que le ofrece a él su boca bajo la glorieta, en el jardín de las estatuas blancas, ella que tiene una voz ronca, con la que no construye oraciones, solo ríe y se interrumpe empujando, sosteniendo su enorme busto, cuidando de sus trenzas rubias y de no perder su cinta roja. Y Larsen, viejo, gordo, descreído ya de casi todo, comprueba que se

le agotan las máscaras, las sonrisas, los fingimientos. Un poco de tiempo aún, el suficiente para cumplir un horario en el astillero que no funcionará más, firmando recibos de sueldos que no habrá de cobrar nunca, soñando con proyectos en los que ni él mismo cree, postergando el inminente término de su marcha teñida de sombras que cubren su silueta que avanza en la noche.

BIENVENIDO, BOB. En este cuento, dedicado a H. A. T. (crítico de cine, animador cultural), el narrador quiere a Inés, ella también lo quiere, pero el hermano, Roberto, el susodicho Bob, vestido de traje blanco, se interpone; Bob se propone ser arquitecto, construir una infinita ciudad al borde del río, donde se alojaría una población millonaria en carencias y necesidades, y Bob y sus sueños acudirían en su auxilio, rescatarían a los necesitados. Eso era ser joven, y decretar que su hermana Inés no era para el narrador decretado viejo, aunque esto era lo que creía Bob, lo que le hizo creer a Inés, aunque el narrador fuera no menos joven e ingenuo que ellos, con sus trajes claros y sus vestidos blancos. Y los muchachos inocentes y soñadores terminarán por despedir desde el blancor impoluto de sus almas jóvenes al hombre gastado, no corrupto, ni viejo, sí inocente aún, quizá empezando a hundirse lentamente en el légamo de la vida.

Por eso el narrador espera a este soñador incorrupto y fiscal, lo espera cuando ya no sea Bob, cuando sea Roberto y pida cerveza, se limpie la boca con el revés de su palma y hable de «misenora», y no hable más del proyecto de la infinita ciudad al borde del río.

Bienvenido, Bob, al mundo de los sueños rotos, de los rostros gastados por la vida incomprensible, mezquina, implacable y sucia.

LAS MUCHACHAS-NIÑAS-VIEJAS. Lewis Carroll, James Joyce, Vladimir Nabokov soñaron con estas niñas-muchachas que envejecieron al cumplir los veinte o quizá antes.

EL MUCHACHO SOLITARIO. «Yo soy un tipo sin relación con el mundo —decía Onetti—. El cerebro no me da para entender de verdad lo que estoy viviendo, la gente, ni las cosas ni un corno. Todo me resulta como entre sueños y no hay forma de despertar. Toda mi comunicación con

el mundo la establecía a través de ella [escribe acerca de la separación de su segunda mujer, María Julia] y perdida ella no hay caso, no hay *ersatz* [reclamo, sustitución]. Esto me tiene mal, en consecuencia tengo que escribir y escribir y escribir» (de una carta a Julio E. Payró, fechada el 18 de enero de 1943) (Verani, 2009). «Es que la gente no se da cuenta que uno es un solitario», le confiesa a Verani en visita para entrevista. «Él solo pretendía que lo dejaran en paz, echado en la cama, leyendo o escribiendo» (ídem).

DOS SENTENCIAS ONETTIANAS. «Yo soy un pobre hombre que se vuelve por las noches hacia la sombra de la pared para pensar cosas disparatadas y fantásticas.»

O: «Esta es la noche. Yo soy un hombre solitario que fuma en un sitio cualquiera de la ciudad».

U: Onetti cita un verso de Santa Teresa de Ávila: «Vivo sin vivir en mí».

(Onetti terminó *El pozo* en 1939. Tenía treinta, pero parecía tener muchos años menos.) ♦

RESUMEN

El autor de este manuscrito procura instalarse en sendos miradores: uno predominantemente literario, el otro levemente analítico y distante.

Juan Carlos Onetti es uno de los mayores narradores modernos universales.

Su influencia crece día a día en jóvenes narradores de la lengua española, francesa y anglosajona. Supo beber de influencias vivificantes: Faulkner, Proust, Joyce, Céline, Arlt, Nabokov; quizá Nietzsche, quizá Freud. Y también de los pintores: Joaquín Torres García, Cézanne, Rousseau, Gauguin.

Su escritura no fue mimética, figurativa, realista. Pero sí fue una escritura sombría, bella y poética. Su tema recurrente era la pérdida de la inocencia en la peripecia existencial del hombre y la mujer, sobre todo de la mujer, en los años de infancia y juventud.

Quiso preservar su soledad para poder leer y escribir de modo incesante e infatigable.

El escritor se confesó siempre un solitario, un escéptico, un soñador. Le gustaba citar a Santa Teresa de Ávila: «Vivo sin vivir en mí».

Descriptor: LITERATURA / ADOLESCENTE / RECUERDO ENCUBRIDOR / LO REAL / NARRACION / TIEMPO /

Personajes-tema: Onetti, Juan Carlos

Obras-tema: El pozo. Onetti, Juan Carlos

ABSTRACT

The author of this paper tries to install his writing in both viewpoints: one predominantly literary, the other slightly analytical and distant.

Juan Carlos Onetti is one of the greatest modern universal writers. His influence is growing every day in young narrators of Spanish, French and English speaking. He drank from different vivifying sources: Faulkner, Proust, Joyce, Céline, Arlt, Nabokov, perhaps Nietzsche, Freud perhaps. And also the painters Joaquín Torres García, Cézanne, Rousseau, Gauguin.

His writing was not mimetic, figurative, realistic. But it was a darkly, beautiful and poetic writing.

His recurrent subject was the loss of innocence of men and women, especially women, during the years of childhood and youth.

He wanted to preserve his loneliness to read and write, in an incessant and indefatigable way.

The writer confessed he was always a loner, a skeptic, a dreamer.

He liked to quote Santa Teresa de Avila: «I live without living in me».

Keywords: LITERATURE / ADOLESCENT / SCREEN MEMORY / THE REAL / NARRATIVE / TIME /

Characters-subject: Onetti, Juan Carlos

Works-subject: El pozo. Onetti, Juan Carlos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- FREUD, S. (1905). «Fragmentos de análisis de un caso de histeria» (Dora). Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1978.
- (1899). «Sobre los recuerdos encubridores». Tomo III. *Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893-1899)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1981.
- LACAN, J. (1971-1972). Seminario libro 19. «... o peor». Buenos Aires: Paidós, 2012.
- NIETZSCHE, F. (1882). *La gaya ciencia*. Madrid: Akal Ediciones, 2001.
- ONETTI, J. C. (1937-1957). En Hugo J. VERANI: *Cartas de un joven escritor*. Correspondencia con Julio E. Payró. Edición crítica, estudio preliminar y notas. Montevideo: Trilce Editores, 2009.
- (1939). «El pozo». En *Novelas Breves*. Obras Completas. Montevideo: Galaxia Gutenberg, 2013.
- (1959). «Para una tumba sin nombre» en *Novelas Breves*. Obras Completas. Montevideo: Galaxia Gutenberg, 2013.
- (1960). «El astillero». Obras Completas. Montevideo: Galaxia Gutenberg, 2013.
- (1950). «La vida breve». Obras Completas. Montevideo: Galaxia Gutenberg, 2013.
- (1933-1950). *Los cuentos*. Incluye «Bienvenido, Bob» y «Convalecencia». Colección Onetti. Montevideo: Arca. Prólogo de Jorge Ruffinelli, 1995.
- SHAKESPEARE, W. Obras Completas. Barcelona: Editorial Vergara, 1961. Soneto XVI. Traducción de Luis Astrana Marín.

Sufrir en otro

Historia de un secuestro



VIVIAN RIMANO¹

Conversación con hijo:

—Sabes, mamá, a veces tengo ganas de volverme loco.

—Pero ¿para qué? (Yo sé, sé lo que vas a decir, lo sé porque mi bisabuelo me debe haber dicho lo mismo; sé que una persona se forma a través de quince generaciones, y que esa persona futura me usó para cruzarme como un puente y está usando a mi hijo y usando al hijo de mi hijo, así como un pájaro posado en una flecha que avanza lenta.)

—Para liberarme, así sería libre...

Pero ¿existirá la libertad sin el permiso previo de la locura?

C. LISPECTOR

Lispector pone en palabras magníficamente la vivencia que se juega en un análisis en el que lo traumático transgeneracional acapara la escena. El paciente singular se desdibuja, atisbamos un sufrimiento sin sujeto para sufrirlo, perdido en la noche de las generaciones. En este trabajo me referiré a una arista del vasto y complejo tema de la intrusión² transgeneracional, ahí donde no se escucha la pregunta marcada por el origen del dolor psíquico, ni siquiera se habla de él, lo sentimos lejos, casi inaudible e invisible. Es familiar a la experiencia analítica el relacionarnos con el mundo de lo invisible: el inconsciente, la transferencia, el conflicto.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. vrimano@adinet.com.uy

2 Voy a hablar de «intrusión» para remarcar el lado patógeno de la transmisión transgeneracional.

Lo transmitido a que me refiero es doblemente invisible, pero paradójicamente intensamente presente.³ Doble, pues uno de sus efectos es el *secuestro* de la subjetividad a lo largo de las generaciones. Se va gestando silenciosamente una organización inconsciente parásita, una especie de argamasa de identificaciones alienantes que se anudan con pactos denegativos y simbióticos que el niño debe cargar, pues por el desvalimiento humano es su única salida para sobrevivir.

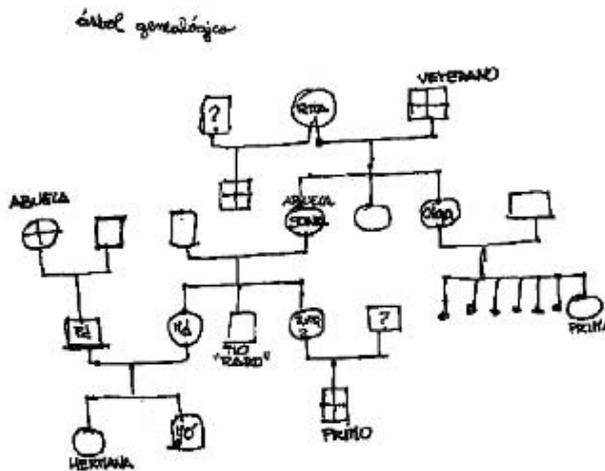
Destino difícil de aceptar para un análisis, que siempre aspira a la *vida* psíquica y no se conforma fácilmente con sobrevivencias. Esta «organización inconsciente» habita en un tipo particular de *secreto* familiar. Sus efectos aparecen en la sesión como detalles extraños, gestos, tonos de voz, algún objeto material, o incluso pueden parasitar a la palabra misma. Las instancias del aparato psíquico se desdibujan y se produce un desmantelamiento tópico que paraliza todo proceso elaborativo. La escena transferencia-contratransferencial se vuelve turbulenta, es frecuente tener que transitar por momentos de intensas ansiedades psicóticas. El trabajo de desidentificación y el aflojamiento de los pactos de desmentida y simbióticos transgeneracionales sacuden de diferente forma el psiquismo del paciente, de su familia y del analista, imponiendo limitaciones muchas veces insuperables.

EL MUNDO DE PEDRO⁴

A las historias les gusta tener un comienzo y algo que se parezca a un final... Hace casi un siglo, en una precaria vivienda de un barrio suburbano, una «jovencita» de tan solo catorce años, llamada Rita (1), daba a luz un varón de padre «desconocido». La mancha del oprobio y la vergüenza oscureció la vida familiar. Ni la mudanza a otro sitio lejano, ni el casamiento obligado de la «jovencita» con un veterano respetable, ni la supuesta muerte trágica del pequeño «pobrecito» pudieron borrar las huellas de los inefables secretos.

3 No me detendré aquí en las múltiples teorizaciones sobre «lo negativo».

4 Cualquier similitud con *Cien años de soledad* es pura coincidencia.



De la unión «oficial» de la jovencita con el veterano nacieron tres hijas mujeres. Una de ellas llamada Sonia, la abuela materna de Pedro, mi paciente, tuvo que ocupar el lugar materno criando a sus hermanos. Contrajo matrimonio con «un pícaro viajante», que solo de vez en cuando pernoctaba en el hogar. La madre de Pedro fue la primera hija de Sonia y el viajante. Luego nació un hermano varón, al que describen como alguien «raro».

Cuando la madre de Pedro tenía aproximadamente diez años, falleció la bisabuela materna, «la jovencita». Un duelo imposible para Sonia, que engendra un nuevo nacimiento, el de la tía Rita (2), apodada con el mismo nombre de la «jovencita» fallecida. La nueva mujer no deberá olvidar el lugar que le estaba asignado. Como parece costumbre en esta familia, las madres delegan su función en alguna de sus hijas. La abuela Sonia no podía escapar a tan antiguo mandato. Es así como la madre de Pedro tuvo que criar a su hermano «raro» y a su pequeña hermana Rita. A los trece años, víctima de un destino funesto, Rita queda embarazada: «¡Tan jovencita!», dijo la madre de Pedro, sin ningún afecto, en una entrevista.

Los primeros meses del embarazo de Rita transcurrieron «sin que nadie se diera cuenta», solo el padre de Pedro «sabía» lo acontecido.

No dejaba de sorprenderme la cercanía excesiva y escandalosa del padre con la sexualidad de la tía Rita... «Por pura intuición yo ya sabía... no quise decir nada, tenía miedo de cómo podían llegar a reaccionar, Rita andaba con malas juntas, iba a los bailes con las loquillas del barrio... se veía venir todo este lío..., por las fechas yo calculé qué día fue... (!!!) Sabía quién era el padre, el gurí desapareció, el tiempo pasó rápido y ya era tarde para un aborto...»

A los nueve meses Rita dio a luz un varón sin vida: «El pobrecito murió sin haber nacido». El pequeño cajón, sin nombre, fue colocado como una ofrenda sobre la urna de la bisabuela Rita. La familia selló un nuevo pacto de silencio sobre esta historia. Todo el ajuar del bebé fallecido fue guardado para el próximo varón que naciera, Pedro.

La naturaleza quiso, como intentando distraer al destino, que primero naciera una niña, la hermana mayor de Pedro. A los pocos meses su madre queda «sorpresivamente» embarazada, esta vez sí del esperado varón. Las primeras ropas que envolvieron la desamparada existencia de Pedro fueron las de su primo fallecido. «A los pocos meses traje a mi tía Olga para que criara a Pedro... ya no quería saber nada de pañales y mamaderas... ¡me alcanzó con cuidar a mis hermanos!», dice la madre de Pedro.

El maternaje que lo esperaba no era muy tranquilizador. Según cuentan los padres, la tía Olga era una consumida mujer, de edad incalculable, que siempre vestía de negro. Tuvo seis abortos espontáneos y de su séptimo embarazo nació una niña con una grave enfermedad congénita. Es difícil saber si Pedro se convirtió en una ofrenda para calmar o incentivar el fantasma «filicida» que atravesaba a las mujeres de varias generaciones. En los hechos pasó sus primeros años de vida literalmente «pegado» a la tía Olga, que no lo dejaba un minuto solo y a quien le costó horrores dejarlo caminar. Pasaba sentado en su regazo «negro». Cuando fue un poco mayor se le permitió sentarse en un banquito junto a ella mientras ella *cosía* y bordaba. Cuando apenas emitía unas pocas palabras ya le gustaba vestirse con la ropa de su hermana. Ya más grande se armaba vestidos y pelucas con retazos de tela que encontraba y le pedía a la tía Olga que le pintara las uñas: «ella le daba todos los gustos». Bajo la mirada cómplice de sus padres, Pedro fue creciendo entre muñecas, juegos de té, tacones y vestidos. El padre intentó llevarlo al babyfútbol, pero a

los pocos días el entrenador le dijo: «No lo traiga más, no vale la pena... viene a juntar flores...».⁵

No es por azar que hasta ahora no haya podido decir nada de la historia del padre. Casi todo lo que he podido saber lo ha dicho en cuentagotas, en el transcurso de mucho tiempo y de varios encuentros. En una oportunidad la madre rompió el pacto y dijo: «La madre de mi marido se suicidó, se ahorcó...». La mirada fulminante del padre congeló el diálogo.⁶

ENCUENTRO CON PEDRO

Pedro es un niño de ocho años extrañamente agradable, hay un halo «inquietante» que lo atraviesa. Su mirada inteligente es intensa, por momentos un tanto melancólica.

Su presencia captura mi atención, tiene algo sutilmente femenino, pero no era esto lo que me inquietaba. Irradiaba ese *exceso de sensorialidad* que frecuentemente transmite la herida de lo traumático. Estaba vestido con una ropa unos cuantos talles menor que el suyo, las mangas apenas le sobrepasaban los codos, el pantalón corto, los dedos de los pies le sobresalían de las sandalias de cuero. Todo esto imprimía a su postura y movimientos una especie de constricción o *aprimionamiento*. En varias oportunidades (en sesiones posteriores) le pregunté quién le compró la ropa que usaba. Él me contestaba que había sido de unos primos, alguna de su hermana o de su prima (la niña con la enfermedad congénita). Al parecer solo tenía un pantalón y un par de championes que le habían comprado especialmente para él.

Habla con una seriedad densa, casi no recuerdo haberlo visto sonreír. ¿Qué o quién le vedaba este gesto tan específicamente humano?

En nuestro primer encuentro me dice: «Vengo aquí para dormir bien... Tengo pesadillas, tengo que prender la luz porque me dan miedo,

5 No me voy a detener aquí en la importancia de las desviaciones de la identidad sexual como «prótesis» de la estructura psíquica. Pero en esta situación pienso que aun el paciente está lejos de ello, aquí es el «ser» despojada de su identidad subjetiva el que «grita». Sin embargo *Pedro no es un niño «psicótico»*, tiene, en su fragilidad yoica, una zona de débil fortaleza que le permite lidiar aun con las angustias psicóticas.

6 Engarzado con lo incestuoso está lo mortífero, el suicidio de la abuela paterna de Pedro permaneció «mudo» durante años. Ya sabemos cómo la erotización se presta a neutralizar el espanto de la muerte.

me asusto mucho, ya no llamo a mis padres porque me dicen “¡dejate de joder!” me arreglo solo... Trato de no dormir para no soñar... pero los ojos al final se me cierran...».

Relata pesadillas⁷ con escenas ominosas, jeroglíficos, partes corporales, restos de civilizaciones egipcias, miradas persecutorias, etcétera. El coqueteo de Pedro con la muerte no dejaba de preocuparme. Era el «grito» mudo sobre el enigma de otras muertes lo que yo fui escuchando allí. Su vida fue transcurriendo en un mundo poblado de imágenes atemorizantes y enigmáticas. Los miedos han sido sus acompañantes obligados. En los últimos meses se habían sumado las pesadillas, se despertaba sudoroso y gritando. Tanta angustia le producían que hacía un esfuerzo descomunal para no dormir. El insomnio es la única arma que tiene para luchar contra los fantasmas nocturnos.

«NADIE» ES ALGUIEN (*sesión del primer mes de análisis*)

Entra a la sesión con algo apretado en una mano. Al abrirla veo un pequeño muñeco de trapo ya bastante desgastado. Me cuenta que es un llavero que le regaló la tía Rita ya hace mucho tiempo y que siempre fue su juguete preferido. Tiene un saco que le cosió él y saca del bolsillo un pequeño abrigo. Viste al muñeco con mucha delicadeza y cuidado, y yo veo ante mí a una cariñosa madre con su bebé. Siento en sus gestos la nostalgia profunda de lo que nunca se tuvo. Le digo que me está mostrando a una madre muy preocupada por su hijo pequeño, que quizás a él le hubiera gustado que lo cuidaran así.

—Nadie necesita una madre así...

—¿Cómo? —Sentí que no lo había entendido, estaba un tanto confundida.

—¡Nadie! ¡«Nadie» se llama mi muñeco!

7 Quiero comentar aquí la diferencia entre dos variantes de insomnio: cuando el paciente no puede dormir por «por miedo a las pesadillas» y cuando no duerme porque las pesadillas lo despiertan. En el primer caso pienso que hay una falla de la represión más intensa que se anticipa a la pesadilla como si fuera una experiencia psicótica.

Nadie... Nada... ¿la vivencia de sí mismo? ¿Los silencios o los gestos enigmáticos? Todo ello a un mismo tiempo capturado en una palabra que Pedro convirtió en nombre. «Nadie» es «alguien». Paradoja del lenguaje. Ya no escuché de la misma forma a sus padres cuando me decían: «Nadie se enteró de nada...», «Nadie se dio cuenta...», «No se lo dijeron a Nadie...», «Que Nadie hablara de lo que pasó...», «Hay cosas que Nadie tiene que saber...».

«¡TAN JOVENCITA!» (*sesión del quinto mes de análisis*)

Pedro entra al consultorio, me mira un tanto espantado y me dice:

—¡Acomodate el pelo!

Me quedé perpleja. Pensé que tendría todo el pelo despeinado y alborotado. Su cara de susto por cierto era desmedida. Con el tiempo comencé a identificar estos momentos en que Pedro era invadido por imágenes internas terroríficas.

Luego agarró un mazo de cartas y minuciosamente fue separando las que tenían alguna pequeña rotura o doblez, y me dijo que «esas no jugaban».

Le pregunté si necesitaba dejar «afuera», «separadas», algunas cosas que sentía o pensaba que eran peligrosas o le daban mucho, mucho miedo, como lo que vio en mi cabeza. Solo me respondió:

—Podemos jugar a la conga, mi tía Ritatanjovencita⁸ me enseñó.

Ese «tan jovencita» me sonó como una palabra injertada en su discurso, era como una palabra «extranjera» que se hubiera colado. ¿De dónde venía? ¿Quién hablaba en ella? Por cierto, no era lo mismo que un lapsus, me resultaba extraña pero al mismo tiempo conocida, ya escuchada. Fueron sus padres que en las entrevistas se refirieron a su tía y a su bisabuela materna de esta forma: «¡tan jovencita y quedó embarazada!».

Yo sentía que tenía que tener mucho cuidado de no interpretar todo a la luz de las «historias secretas» manifiestamente relatadas. Sería caer en una trampa nefasta para el análisis. Era quedar yo misma capturada por la dinámica del secreto, no me era muy fácil discriminar esto en cada momento.

8 Lo transcribo de esta forma pues es la que más se acerca a lo que yo escuchaba.

—¡Pero tu tía Rita tiene como 30 años! Ya es medio vieja... ¿no? ¿Por qué decís que es jovencita?

—Ella es jovencita... se la ve así... jovencita... y ta... ¡Parecés una coruja preguntando todo!

—Capaz que tú tenés más preguntas que yo y todavía no te diste cuenta. Las que aparecen en tus pesadillas. Esas letras egipcias que no se entienden y que por eso no te dejan dormir.

Jugamos a la conga, Pedro hace «trampas» demasiado obvias. Hay algo de un engaño que se descubre fácil. ¿Algo que se muestra demasiado? ¿Como la palabra *jovencita*?

Mientras jugamos él hace comentarios con diferentes tonos de voz, tipo ventrílocuo.

Le digo que me parece que adentro de él hay muchas personas que hablan.

—¡Callate!!! —me grita con voz femenina—. ¡No grites como una loca chillona! ¡Basta! ¡Basta! —Algo casi alucinatorio irrumpía nuevamente en la escena—. ¡Soy solo yo! ¡No soy nada! —Estaba muy excitado y fuera de sí.

Lo agarré firmemente de los brazos y mirándolo fijamente a los ojos le dije:

—¡Tú sos PEDRO!... con mucho, mucho miedo de ser «nada», como «Nadie»... por eso tenés que gritar como «una loca chillona»...

Ya más calmado me dice que algún día le gustaría que su hermana viniera a una sesión.

¿DE QUÉ HABLO CUANDO HABLO DE SECRETO TRANSGENERACIONAL?

En psicoanálisis debemos desprendernos de la idea de que el secreto transgeneracional se reduce al contenido no dicho de una historia familiar. En la clínica nos confrontamos con historias «conscientemente ocultadas» en las que los grandes temas de la tragedia y los mitos se entrecruzan: parricidio, matricidio, incesto, filicidio. Pero no todos los secretos tienen el mismo potencial traumático en el psiquismo del *infans*. Ello dependerá de la *organización* inconsciente subyacente al contenido manifiesto del secreto y al modo peculiar del niño para interpretarlo (recordemos que el ser humano *no* es una *tabula rasa*).

La *organización inconsciente del secreto* es un conjunto indiscriminado de angustias psicóticas, huellas pobremente simbolizadas, mecanismos de defensa primitivos, objetos parciales bizarros, identificaciones alienantes, pactos denegativos (Kaës, 1989), muchos de ellos con carácter simbiótico. Todo eso aglutinado en un conglomerado⁹ cuyo fin es mantener invisible un núcleo de sufrimiento mudo de varias generaciones.

Esta organización inculca un código pétreo en el psiquismo desde el cual el sujeto «ve» e interpreta su realidad interna y el mundo que lo rodea, secuestrando el pensamiento propio y sus afectos.

En este sentido, me parece interesante la hipótesis de Rouchy (1995) sobre los «guardianes del secreto» que tienen la función de mantener el «no saber, de un saber no sabido» del secreto, haciendo uso de clivajes y desmentidas para este fin. Este tipo de «no saber» está incrustado como un *mandato superyoico* durísimo, que se acerca mucho a lo que Laplanche (1987: 140) describe como «enclaves psicóticos».¹⁰ Los «guardianes» habitan tanto en la mente del niño como también en la de sus familiares significativos. El mandato enunciado por los «guardianes» se vehiculiza de una forma peculiar, engañosa, y muchas veces utiliza paradójicamente el lenguaje verbal. Palabras que transmiten a la vez sentidos contradictorios, confusos, ominosos, de tal forma que generan en el individuo una experiencia de la realidad disociada y distorsionada. Al sujeto inmerso en esta situación no le es posible discriminar los acontecimientos del mundo en el que vive. Por momentos las funciones del pensamiento lógico defallecen. El principio de contradicción se inactiva y no se pueden utilizar los criterios de «falso/verdadero». Estos mandatos inconscientes solo habilitan a que el individuo establezca vínculos simbióticos patológicos, que denuncian la precariedad y la indiscriminación de los objetos internos, pero a su vez son los únicos tipos de vínculo que lo alivian de un sufrimiento intolerable.

9 Conceptualmente estaría muy cerca del *núcleo amalgamático* (C. Mendilaharsu y S. Acevedo de Mendilaharsu, 1987).

10 Se refiere a los imperativos categóricos, un tipo de mandato superyoico que es «inmutable», «insimbolizable», «no-metaforizable» (Laplanche, 1987).

Todo esto hace que el niño viva suspendido en un clima de ambigüedad, confusión e indiscriminación. En muchas oportunidades, como en este caso, la psiquis del *infans* queda atrapada entre secretos de *las dos líneas parentales* (materna y paterna), aunque en el discurso familiar quede más explícita una de ellas (en la historia de Pedro, la materna). Es frecuente que el portador de la historia transgeneracional más silenciosa sea *también* uno de los «guardianes» de la organización inconsciente del secreto. Se organizan de esta forma pactos de desmentida inconscientes *entre las dos líneas parentales, que se transmiten condensados y simultáneamente*.

Es frecuente que los movimientos transferencia-contratransferenciales nos hagan escuchar más una línea generacional que otra, la escucha es desviada hacia donde se deposita la locura más ruidosa e inconscientemente nosotros como analistas quedamos también *secuestrados* en un pacto de desmentida y paralizados en nuestra capacidad de reflexión. Esto tiene sus consecuencias en el trabajo con el paciente, pues si no nos des-secuestramos de los pactos transferenciales, no lo ayudamos a poder discriminarse de lo depositado en él desde *ambos* progenitores y su psiquismo queda capturado en el sincitio simbiótico familiar.

LA ESCUCHA METONÍMICA, LA OREJA DEL INCONSCIENTE

Uno de los efectos de la intrusión transgeneracional se dio a través del lenguaje verbal de Pedro, más específicamente en la palabra. Si escuchamos «su» discurso, en una escucha superficial las palabras tienen un significado comprensible y coherente, pero con un poco más de atención (entre flotante y a la vez agudamente investigadora) sentimos que ciertas palabras son usadas para transportar otros sentidos. «Tan jovencita», «pobrecito», «Nadie». Incluso podemos escuchar el uso de «Nadie» como nombre como espléndida y desgarradora metáfora poética de la vivencia de sí mismo.

Pero la palabra se vuelve «palabra-cosa» (Torok y Abraham, 1976; Tisseron, 1995), y solo apenas, si nuestro funcionamiento psíquico nos lo permite, oímos el «eco fonético» de una huella inconsciente secuestrada. Esta situación nos pone en un lugar peculiar como analistas, en el que debemos «contener» momentos transferenciales-contratransferenciales

cargados de angustias confusionales. ¿Quién habla en él en ese momento? ¿Es la voz de su bisabuela Rita? ¿Del primo muerto? ¿De su padre? ¿De su madre? Es lo que en la sesión se actúa como el discurso de un ventrílocuo. ¿En qué lugar me coloca Pedro y me coloco yo en la transferencia? La experiencia contratransferencial es la de no entender «nada».

En el discurso el paciente se dirige a «Nadie-nadie». Entonces, ¿a quién y desde qué lugar hablo yo? Si yo le dije en ese momento «Tú sos Pedro, [...] NO sos Nadie», *no creo que él halla escuchado*¹¹ *el significado de mis palabras*. Es un momento en que los límites entre las instancias se borran, es la escucha propia del inconsciente del paciente. Se escucha en la palabra «algo» sentido, yo le hablo metafóricamente, pero seguramente él escucha en mi palabra un acercamiento metonímico. Quizás le transmití *cuasicorporalmente*¹² mi deseo de reconocerlo a él, Pedro, rozando la experiencia de «ser» en primera persona.

LA TÓPICA EN LA INTRUSIÓN TRANSGENERACIONAL

He querido señalar cómo en estos casos se hace muy difícil sentir y pensar al paciente en singular, *las instancias del aparato psíquico se desdibujan*. Estamos frente a duelos imposibles, ya que no hay un sujeto con la consistencia necesaria para hacerlos y el objeto a duelar en el trabajo de análisis es un indiscriminado conglomerado de varias generaciones. Esta situación configura un serio traumatismo tópico. La «intrusión» de los otros, de diferentes generaciones, es silenciosamente insidiosa. Ellos no logran convertirse en una alteridad interna que tenga *algo* de apropiación subjetiva. El paciente sufre, sin saber, el sufrimiento de otros. Por eso pensamos que en la intrusión transgeneracional *se sufre en otro y se sufre en lugar de otro*.¹³

Habitualmente pasa con todo lo inconsciente que, siendo «ajeno», igual es capaz de lograr una cualidad sentida como propia. La alteridad

11 Esto está relacionado con la teoría de H. Faimberg (1993), *escucha de la escucha*.

12 Ya sea a través de la palabra o de un objeto, una melodía, esta transmisión es en un «cuerpo a cuerpo».

13 Esto reabre a pensar otras aristas del complejo tema del *masoquismo*.

inconsciente externa se hace en parte interna y en este tránsito ya hay una transformación que implica un cierto tipo de apropiación. Lo inconsciente es una ajenidad, pero en cierto grado, «apropiada». Cuando esto último no se logra, la ajenidad de lo inconsciente pasa a tener un carácter ominoso.

El modelo metapsicológico que trae Freud (1915) de la *melancolía* nos ayuda a pensar esta compleja situación de una alteridad interna no integrada. En la melancolía estamos frente a una situación en la que la indiscriminación sujeto-objeto se traslada a la interioridad del funcionamiento tópico. Esto es posible pues el sujeto ha establecido un tipo de identificación-relación narcisista, indiscriminada e intensamente ambivalente con los objetos primarios. Frente a la «pérdida»¹⁴ del objeto, el sujeto «incorpora» al objeto en el yo y este último es tratado como un objeto perdido.

Pero en la intrusión transgeneracional se le añade otra complejidad, como señalamos anteriormente, el objeto «a perder», el que se debe resignar, al que se debe duelar, es un conglomerado indiscriminado añejado en varias generaciones. Queda truncado el proceso de duelo, de elaboración, de simbolización, y la organización inconsciente del secreto se perfila como un «aliens»¹⁵ inasimilable e imposible de abandonar, que desmantela la discriminación tópica. Parafraseando la célebre frase freudiana «la sombra del secreto»¹⁶ cae sobre el yo...», he pensado en cuál sería la peculiar falla en la estructuración psíquica que deja esta alteridad radical inintegrable en el sujeto. Me he preguntado varias veces por qué el psiquismo puede quedar tan permanentemente *abierto* a la intrusión del inconsciente del otro (externo¹⁷-interno).

14 «Pérdida» que puede ser no solo por muerte biológica, sino por abandono, indiferencia, decepción, desidealización, o cualquier situación de la vida que implique afrontar un duelo.

15 Algunos pacientes adultos me han referido la fantasía de que se les debe «extirpar quirúrgicamente» algo de su mente.

16 Siempre me refiero a la organización inconsciente del secreto y no a su contenido manifiesto.

17 Externa en dos sentidos: por ser lo inconsciente de otro, y externa en el interior del aparato psíquico, por su falla radical de apropiación.

Voy a tomar un punto de la teoría de Laplanche (1998: 60) para repensarlo. Él nos dice: «... el ser humano, desde el punto de vista sexual, está centrado desde el inicio en el otro, *gravita en torno al otro*: eso es lo que yo llamo un copernicanismo fundamental. Pero por otra parte, no se da tregua hasta restablecer una situación de dominio o de pseudo-dominio, desde el cual *podría considerarse como centro y origen*: el movimiento ptolomeico no es menos importante que el copernicanismo de partida, contra el cual constituye una defensa».

Pienso que este movimiento «ptolomeico», de cierre poroso, es *defensa y estructuración* al mismo tiempo. Es de cierre, pero necesita del *otro* para lograrlo. Luego, todo se jugará en la posibilidad de disponer de la elasticidad adecuada (a la manera de un esfínter) para *abrirse y cerrarse* oportunamente a lo largo de la vida.

El tipo de transmisión traumática a la que me refiero es aquella en que la violencia intrusiva y destructiva desde lo inconsciente del otro(s) impide un adecuado cierre del psiquismo. En la patología del «cierre» quedarían zonas más o menos extensas, fisuras, en las que dicha intrusión no cesa, pero que al mismo tiempo serían zonas por donde drena gota a gota la subjetividad del individuo.

El análisis irá dirigido a reparar estas fisuras, a permitir *un cierre* más adecuado del aparato psíquico que permita un funcionamiento de la represión que estructure y defienda a la vez la vida psíquica propia. Tarea que parece tener una dirección opuesta a la «apertura» buscada en las neurosis. El cierre que permite el funcionamiento de la represión, con la consecuente discriminación entre instancias, instala una tópica «apropiada». De esta forma se ayuda a evitar que la organización inconsciente del secreto quede fosilizada y secuestre completamente la subjetividad del paciente.

El analista deberá trabajar *con* y *en* los momentos simbióticos transferenciales para poder disminuir los efectos de la intrusión externa-interna, apostando a *transformar la confusión en conflicto psíquico*. Es una experiencia *nunca* vivida por el paciente. Implica un re-crear el proceso represivo originario que «hace y es hecho» por el aparato psíquico discriminándose en sus instancias. Es una tarea *previa* a la desidentificación, ya que el paciente necesita más fortaleza yoica para tolerar las angustias

propias del proceso de desinversión de las identificaciones alienantes, que lo sostienen y lo «secuestran» al mismo tiempo.

Todo esto requiere un delicado trabajo con los padres, tarea imprescindible¹⁸ que apuntará a construir una alianza terapéutica con ellos con la finalidad de evitar que suspendan el análisis. Se debe intentar hacerlos sentir que todos han sido meros receptáculos de algo ajeno donde «otros» de varias generaciones han depositado sus sufrimientos, sus locuras y sus muertes. Ajenidad destructiva que también ellos padecen, intentar acercarlos a lo terrible de un dolor mudo que se *sufre «en» otro*. Debemos tener mucho respeto por los pactos denegativos-simbióticos entre los progenitores, porque muchas veces su sobrevida psíquica depende de ellos, pero también buscaremos que el paciente *no* quede secuestrado en sus redes. Es una empresa angustiosamente apasionante, es como rescatar a un pequeño vivo de entre los escombros de un terremoto, es cuestión de olfatear la vida... Me gusta cómo lo dice Kaës (1989: 146): la vivencia es buscar «lo que no ha sido pero podría ser». El mundo de «lo posible» se abre cuando el analista siente que hay «algo» del paciente que puede advenir si le ofrecemos nuestra mente como una morada provisoria. ♦

18 Muchas veces *imposible* por las defensas psicopáticas y/o perversas que se ponen en juego y nos confrontan con la interrupción del análisis.

RESUMEN

A través del encuentro analítico con un paciente de ocho años, intento reflexionar sobre los efectos de la intrusión transgeneracional.

Pienso en cómo se actualizan en la escena analítica los pactos de desmentida y simbióticos que anidan en la organización inconsciente de los secretos familiares de ambos progenitores.

En la sesión emerge la «palabra-cosa» como portadora de huellas traumáticas fallidamente representadas.

La intrusión transgeneracional desmantela la estructuración tópica del psiquismo del niño. Esto determina un secuestro de la subjetividad y el padecimiento de un sufrimiento ajeno y ominoso, transmitido a través de varias generaciones.

Descriptor: INTRUSIÓN / TRANSGENERACIONAL / DOLOR PSÍQUICO / SECRETO / TELESCOPEO DE LAS GENERACIONES / MASOQUISMO / MATERIAL CLÍNICO /

Descriptor candidato: SECUESTRO DE LA SUBJETIVIDAD

ABSTRACT

Through the analytic encounter with an eight-year-old patient, the paper reflects on the effects of transgenerational intrusion. The paper discusses the way in which the pacts of disavowal and symbiosis which nest in the unconscious organization of the family secrets of both parents are actualized in the analytic scene.

In the session we witness the emergence of the «word-thing» which bears the traumatic traces that were unsuccessfully represented. Transgenerational intrusion dismantles the child's psychic structure. This determines a kidnapping of subjectivity and the endurance of an alien and uncanny suffering, passed on through various generations.

Keywords: INTRUSION / TRANSGENERATIONAL / PSYCHIC PAIN / SECRET / TELESCOPING OF GENERATIONS / MASOCHISM / CLINICAL MATERIAL

Candidate keywords: KIDNAPPED SUBJECTIVITY

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABRAHAM, N. y M. Y. TOROK. En *La corteza y el núcleo*. Buenos Aires: Amorrortu, 1987.
- APU. Agradezco a F. SCHKOLNIK, C. LÓPEZ DE CAIAFA, S. SAPRIZA y todos los miembros y candidatos que me estimularon a pensar con este paciente. 2009, 2012.
- FAIMBERG, H. «Escucha de la escucha». En *El telescopaje de generaciones. A la escucha de los lazos narcisistas entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
- FREUD, S. «Duelo y melancolía». En *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- KAÉS, R. «El pacto denegativo en los conjuntos transubjetivos». En *Lo negativo. Figuras y modalidades*. Buenos Aires: Amorrortu, 1989.
- LAPLANCHE, J. *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu, 1987, p. 140.
- «La teoría de la seducción generalizada y la práctica. Jean Laplanche en Montevideo». En *RUP*, n.º 87. Montevideo, 1998, p. 60.
- LISPECTOR, C. *Para no olvidar*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata, 2011.
- MENDILAHARSU, C. y S. ACEVEDO DE MENDILAHARSU S. «Reflexiones sobre el psicoanálisis de la psicosis». En *RUP*, n.º 66. Montevideo, 1987.
- ROUCHY, J. C. «Secreto intergeneracional, transfusión, guardián, resurgencia». En *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.
- TISSERON, S. «Las imágenes psíquicas entre las generaciones». En *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.

Duelo y crecimiento por entrelazamiento

Ampliaciones del espectro observable



LEANDRO STITZMAN¹

comenzaremos a entender lo simple que es el universo
una vez que admitamos lo extraño que es

JOHN ARCHIBALD WHEELER

el dolor es una península en la que no cabe nadie más

MARIO BENEDETTI

cómo explicar con palabras de este mundo
que partió de mí un barco llevándome

ALEJANDRA PIZARNIK

SOBRE LO QUE SIGUE

Las ideas contenidas en este trabajo se encuentran en distinto estado de evolución: hay tiernos brotes de especulación científica, teorías asentadas, conjeturas imaginativas y racionales, algunas ya desgastadas de tanto uso. Algunas de ellas están presentadas de manera algebraica, otras en forma de mitos y algunas a la manera de un sistema deductivo científico.²

Quiero escribir sobre temas *conocidos* por aquellos familiarizados con la práctica del psicoanálisis de manera novedosa con el entusiasta afán de ampliar el diámetro del espectro visible. El objetivo no es reducir una ciencia dentro de otra, o apoyar el conocimiento adquirido en una rama o desde un vértice en el otro, sino realizar un ejercicio lúdico con modelos que permitan abrir el diafragma observacional y afinar la penetración interpretativa.

1 Miembro del Instituto de Formación de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis.
leandrostitzman@yahoo.co.uk

2 Hileras C, G y H de la tabla de elementos propuesta por W. R. Bion.

En este sentido me dispongo a presentar una teoría (el entrelazamiento) y un modelo (momentos de la personalidad) e investigar su relación con los fenómenos usualmente conjugados con los nombres de *duelo* y *crecimiento mental*.

No es un trabajo que aspire a presentar una teoría cerrada o concluida, sino que, por el contrario, se trata de estallidos, de erupciones teóricas en campos tan diversos como el psicoanálisis, la física y la matemática.

Debido a mis propias limitaciones las ideas no son aún todo lo claras que quisiera. Voy a tratar de llamar la atención sobre una serie de hechos no evidentes: pese a mis esfuerzos por intentar presentarlos con sencillez, este es un artículo escrito para ser leído por psicoanalistas.

Dicho esto, presento una serie de modelos y teorías acerca de la comunicación emocional (entrelazamiento mental y su hipótesis abstracta de trabajo con realizaciones clínicas, π), el crecimiento mental (momentos de la personalidad) y el trabajo de duelo (por desentrelazamiento de π).

TOMANDO AIRE³

Antes de introducir la partícula entrelazada, me parece importante refrescar ciertas ideas que son punto de partida de pensamientos acá presentados: los momentos de la personalidad y la noción de entrelazamiento mental.

Enfrentado a pensar el desarrollo mental desde el vértice de la teoría de las transformaciones propuesta por Bion, y basado en evidencia observacional clínica, desarrollé un modelo al que llamé *momentos de la personalidad* y reservé para su uso principal el pensar la realización mediante la cual nace una personalidad en términos de $U_1 \rightarrow U_2 \rightarrow \text{Dos} \rightarrow \text{Uno} \rightarrow (.:)^4$ (Stitzman, 2005b, 2008a, 2008b, 2008c, 2009a, 2011).

3 El siguiente párrafo presenta ideas ampliamente desarrolladas en Stitzman 2005-2009.

4 Unidad de Uno (U_1), unidad de Dos (U_2), Dos, Uno y Tres ($(:,.)$) son los nombres que reciben los distintos momentos de la personalidad.

Antes de definir cada uno de estos momentos (que es nítidamente un concepto no temporal, sino relacional),⁵ quisiera refrescar algunas características de los elementos psicoanalíticos que usaré. El conjunto de elementos de la personalidad que tenemos disponibles hasta el momento consta de alfa α , beta β , delta Δ , gama Γ y lambda λ .

Los elementos alfa son los elementos que motorizan las transformaciones en pensamiento en el registro de K, son adecuados para la construcción de pensamientos y son almacenables en forma de reserva-alfa con una vida media larga. Los elementos alfa pueden conjugarse y logran conjunciones estables.

Los elementos beta conducen las transformaciones en alucinosis en registro de $-K$, no son armonizables y son propensos a ser identinyectados⁶ o a expandir el espacio mental. Tienen una vida media corta con tendencia a evolucionar hacia alfa o a deteriorarse hacia gama.

Los elementos gama son los responsables de las no-transformaciones fanáticas o autistas en registro en $-K$, producen cartuchos de aislamiento y son los responsables de la creación de ideas máximas a partir de la aglomeración de restos sin valor de ideas deterioradas. Son elementos con tendencia perenne.

Los elementos delta son la infraestructura de las transformaciones en unicidad o en at-one-ment, son los portadores del no-nombre y se realizan en el registro de K, al igual que los elementos alfa. Sin embargo, mientras que con alfa se piensa, con delta se obtiene el don-no-deseado del pensamiento que excede al aparato para pensar. Delta conjuga crecimiento más creatividad, más experiencia emocional, más el factor desconocido de apertura de la conjunción sin violencia. Sor dice que delta «es una especie

5 Parece importante remarcar que la palabra *momento* en el modelo no tiene una connotación temporal sino vincular o relacional y transformacional. Está tomada del concepto propuesto por Galileo y reformulado por Newton en *Principia mathematica*, usando los términos latinos *motus* ('movimiento') y *vis* ('fuerza'). *Momentum* es una palabra directamente tomada del latín *momentum*, derivado del verbo *movere*, 'mover'. La idea adquiere una conceptualización de relaciones de fuerzas y movimientos y es en este sentido que la uso.

6 Identinyección es el nombre que Bion encuentra más apropiado para la acción de la identificación proyectiva.

de capacidad necesaria para que las conjunciones conjugadas renuncien a sus nombres».

Los elementos (o formaciones) lambda son los encargados de llevar a cabo las transformaciones intuitivas mayormente en el registro de K. Se forman mediante el proceso de englobar a alfa, beta y gama mediante delta preparándolos para ser intuitivos por la personalidad. Tienen una vida media efímera, por su fuerte relación con delta.

Una vez presentados los elementos, podemos definir los momentos de la personalidad como la forma que adopta la personalidad o parte de la personalidad caracterizada por el diámetro de la función de dispersión e integración Ps-D, el estado de la función contenido y continente ♀·♂, y la dimensión estética de la mente con una extensión en el dominio del sentido (sentido común como hecho evidente para por lo menos dos sentidos), una extensión en el dominio del mito (categoría C de la tabla) y una extensión en el dominio de la pasión (vínculos de amor, odio y conocimiento).

Cada uno de estos momentos se presenta armonizado según:

U1. En la unidad de Uno no hay transformaciones y el bebe⁷ es uno con el O madre; no se puede hablar de la existencia de ambos por separado: es mujer embarazada.

U2. En la unidad de Dos ya hay madre y bebe con una zona de intersección de elementos alfa, beta y gama. Es en este momento que se produce el primer movimiento transformacional en pensamiento $O \rightarrow K$.

Dos. Al llegar a Dos, el bebe ya posee un uso activo y reflexivo del canal de *rêverie*, ya existe la rotura de la unidad con la madre. Se tiene acceso a una cantidad suficiente de delta Δ como para realizar el primer ciclo transformacional completo $K \rightarrow O \rightarrow K_{TT}$ y el primer cambio catastrófico con un adecuado diámetro de la función Ps-D. Asimismo hay un aumento de la intuición (Stitzman, 2004) de Σ .

Uno. El bebe que accede a Uno adquiere ya un adecuado diámetro de la función Ps-D para pensar por su cuenta el mundo que lo rodea

7 Cuando digo bebe, podría, de igual forma, decir parte de la personalidad en crecimiento. La misma analogía vale para madre y parte regente de la personalidad. Cfr. Bion, 1992, p. 186.

con un creativo apareamiento de la función contenido y continente. Asimismo tiene una creciente habilidad para la formación de λ , puede pasar de una lógica temporoespacial cosmológica a una cronológica. Para continuar la transformación hacia Tres se requiere el desarrollo de la capacidad y tolerancia a la intuición entrelazada con nuevas partes de la personalidad.

(.:). Un bebe en Tres crea y modifica el espacio sigma domando pensamientos salvajes con un crecimiento mental con tolerancia a la frustración, al pensamiento y al entrelazamiento. Así también adquiere la capacidad de volver reversible la función lógica de cosmología \leftrightarrow cronología. Una persona que no es capaz de estar en Tres tendrá dificultad para tolerar enunciados de alta abstracción emocional, como el hecho de que se pueda estar triste y contento a la vez (categoría H de la tabla).

El entrelazamiento es un método de comunicación emocional no-local, sin intercambio de elementos entre dos o más personas, partes de la personalidad, espacio emocional (Σ) o componentes de algunos de ellos. Consiste en la transformación simultánea de las partículas entrelazadas derivadas de la modificación de cualquiera de ellas (Stitzman, 2008a, 2008c, 2009a) y sus implicancias en las conjunciones de las que forman parte.

Si dos o más partículas se forman en el mismo momento o se encuentran en su recorrido, se dice que ambas están entrelazadas, lo que implica que cualquier modificación que sufra una de ellas instantáneamente modificará en igual *forma*⁸ (Stitzman, 2009a) a la otra haciendo coincidir sus *momentos* (en el sentido de momentos de la personalidad).

Es decir que el entrelazamiento es un proceso matricial del funcionamiento mental. Una de sus primeras implicancias es que favorece la inteligencia y operacionalización técnica de la manera en la que los síntomas, las distintas partes de la personalidad y las personalidades se encuentran relacionados, interactuantes y en transformación.

8 La forma de un objeto está definida por tres factores (la dimensión estética, la relación contenido-conteniente σ - φ y el diámetro de la función integración-desintegración Ps-D) constitutivos de la función del momento de la personalidad.

Esto presenta una dimensión completamente novedosa y radical de comunicación emocional. Es decir que no es ya la identificación proyectiva con intercambio de elementos sino una comunicación emocional instantánea y no-local.

El entrelazamiento mental está presente, cuanto más nos sumergimos en su inteligencia, de manera matricial en casi todos los fenómenos mentales: desde la introyección y la proyección, pasando por la repetición y el trabajo de duelo, hasta la transferencia, la *folie-à-deux*, la interpretación, el cambio catastrófico y la constitución de fobias, la regresión vestigial y el contagio fanático (Stitzman, 2011).

Pero ¿cómo se da instrumentalmente el entrelazamiento mental? ¿Cuál es su unidad funcional?

II

Tal como acabamos de ver, el entrelazamiento es un profundo proceso de comunicación emocional llevado a cabo mediante la realización de una idea abstracta. Esta idea es un elemento psicoanalítico para pensar; presenta una frecuencia de aparición mucho más alta de lo que se sospechaba en un principio, ya que está matricialmente presente en los más diversos procesos mentales.

Bion dedicó los últimos años de su vida a la investigación y modelización de una serie de fenómenos y modelos a los que llamó pensamientos sin pensador, acciones sin agente y relaciones sin objetos relacionados⁹ (1990, 1997). En paralelo con estos desarrollos, comenzó a pensar en la posibilidad de transmisión de experiencia (emocional) por una vía que no fuera la herencia mendeliana o la identificación proyectiva (1990, 2005).

Propongo que estos hechos y sus procesos transformacionales asociados se dan motorizados por este nuevo tipo de elemento al que llamo *partícula entrelazada*, denomino con la letra griega pi π , defino como el

9 *A Memoir of the Future* es un tratado psicoanalítico sobre estos temas.

vehículo del entrelazamiento y caracterizo como hipótesis abstracta de trabajo con realizaciones clínicas observables.

Esta se encuentra en los intersticios de la conjunción constante, y mantiene armónicamente conjugados sus elementos partes hasta que se produce algún tipo de modificación en su par entrelazado, lo que la lleva a transformarse desencadenando un cambio catastrófico en la conjunción de la que forma parte, desarmonizándola.

Este tipo de cambio catastrófico en ausencia del impacto de un hecho disruptivo (o primer hecho seleccionado HS₁) es particular y lo llamo cambio catastrófico por interacción fuerte (o por π), para diferenciarlo del cambio catastrófico por interacción débil (o por HS₁) que se produce por brusca desarmonización.¹⁰

Al decir que pi se encuentra en los intersticios de la conjunción constante estoy insinuando que pi funciona como cemento de esta. Con esto quiero decir que en toda conjunción constante, además de los elementos conjugados, está presente por lo menos un elemento pi como conjugador.

Para entender con mayor profundidad la naturaleza de la partícula entrelazada pi π , bien vale detenernos un poco en el estudio de su *origen*, *motilidad* y *asociatividad* con los otros elementos conocidos (alfa α , beta β , gama Γ , delta Δ y lambda λ).

El *origen* de pi no es menos misterioso que su comportamiento y está intrínsecamente ligado a la naturaleza de O. Bion define a O como la verdad última desconocida e incognoscible de la cual evolucionan las diversas dimensiones que pueden ser asequibles en un vínculo de conocimiento K. La diferencia entre lo conocido y la cosa acerca de la cual se conoce permite suponer que se produce una pérdida de información entre O y K. Sin embargo no es información lo que se pierde, lo que queda por fuera de la transformación: esta diferencia, este precipitado, esta fuga es, por definición, siempre igual a dos elementos pi entrelazados entre sí.

10 Al igual que otros conceptos o implicancias, el cambio catastrófico por pi no es estudiado en esta presentación debido a una cuestión de espacio.

Es decir que el proceso transformacional definido $O \rightarrow K$ produce, además, dos partículas π , en la forma $O \rightarrow K + 2\pi$. Lo mismo ocurre con las transformaciones en alucinosis $-K$, en las que se obtiene $O \rightarrow -K + 2\pi$.

Sin embargo, es distinto lo que ocurre en las no-transformaciones fanáticas o autísticas, en las que solo se produce la liberación de un elemento π , y el otro del par queda encapsulado dentro del cartucho de aislamiento de gama. Esto da una ecuación de la forma $O \rightarrow -K_{\pi} + \pi$.

Los dos elementos π formados y liberados como consecuencia de las transformaciones en pensamiento K y en alucinosis $-K$ están entrelazados: es decir que lo que sea que le pase a uno o a otro en cualquier momento y en cualquier lugar instantáneamente le va a ocurrir al otro del par en términos de *forma*, tal como entiendo esta idea.

Claro está que también quedarán entrelazados el elemento π liberado y el elemento π encapsulado producto de la no-transformación fanática.

Es decir y por ejemplo: si un elemento π resulta conjugado aleatoriamente en una nueva conjunción formada por elementos alfa y delta armonizados de cierta manera, la otra partícula entrelazada, donde sea que esté (y cuando sea que esté), va desencadenar un cambio catastrófico por interacción fuerte y va a rodearse de elementos alfa y delta en la misma cierta manera que su par entrelazado.

Otra de las sorprendentes características de π es su *capacidad asociativa* con los elementos beta, alfa, delta, gama y lambda. π se asocia de manera neutra, es decir que no modifica ni la movilidad ni la capacidad asociativa (α), dispersiva (β), encapsulante (Γ) o de carrier intuitivo (λ) del elemento con el que entra en contacto, por eso es virtualmente indetectable de manera directa en una conjunción constante, porque carece de carga emocional propia.

En términos de *motilidad*, π es una partícula de alta energía por lo que posee una muy veloz motilidad. Es sorprendentemente más ágil que delta, lo que le permite atravesar aislamientos y mantenerse en buenas condiciones en situaciones de alta turbulencia emocional.

Cuando digo que π puede atravesar aislamientos estoy sosteniendo dos importantes implicancias: a) que puede atravesar tanto barreras de contacto (como la función alfa o el contorno del canal de *rêverie*) como cartuchos de aislamiento fanático sin mayores dificultades por su propia vivaz naturaleza; b) que los demás elementos son incapaces de atravesar membranas como la

barrera de contacto, los enclaves autistas, los cartuchos de aislamiento sin sufrir modificaciones y transformaciones en su identidad.¹¹

Bion dice que cuando dos personalidades se encuentran se produce una tormenta emocional; que basta con permanecer en silencio, intervenir con algún comentario o decir «buenos días» o «buenas tardes» para que se desate una tormenta emocional, y que aunque uno no sepa inmediatamente en qué consiste, la cuestión es cómo superarla lo mejor posible.

Por su lado, Sor y Senet (1988) dicen que se despierta una turbulencia emocional cada vez que un hecho nuevo se aproxima a la mente. La turbulencia emocional es una revuelta de los elementos que habitan el espacio sigma Σ que rodea la mente, que dejan de fluir en forma laminar.

La turbulencia es el efecto que el *momento* de un objeto, elemento, conjunción o personalidad produce en el flujo emocional que circunda los alrededores de la mente. En este sentido, Darío Sor diferencia tres casos particulares de turbulencia emocional: 1) turbulencia por el hecho nuevo que se aproxima; 2) turbulencia por la traslación en la mente de un punto de invariancia a otro, y 3) turbulencia por succión nostálgica.

El primer caso implica un aumento de turbulencia en los alrededores de la mente debido a la aproximación de un hecho nuevo a una de sus caras. Este es el caso que venimos de estudiar.

En el segundo caso, la turbulencia se origina en el cambio de vértice de invariancia de la mente de un vértice pasado a un vértice futuro. Debido a la alta cuota de azar de este proceso de traslación, se lo puede asociar con el concepto físico de movimiento browniano, que plantea que es imposible predecir dónde caerá el grano de polen que se desprende de la flor en el agua; del mismo modo, es imposible determinar el vértice de futuro sobre el que pivotará la mente en lo sucesivo.

El tercer caso supone que en cada vértice se genera un vacío que succiona y por lo tanto aparta el hecho nuevo del vértice que debería acogerlo. Sor sostiene que este vacío está dado por las cualidades emocionales no incluidas en la nominación del vértice aludido. Por lo tanto, la cualidad

11 Análogamente, puede pensarse que π es a este respecto como los gravitones en la teoría de cuerdas.

de turbulencia succionante está dada por la penumbra de asociaciones no incluidas, que también representa todos los puntos D, D', D'', D''', Dⁿ del punto D'' de la función Ps-D. Es decir que la succión nostálgica representa la fuerza emocional de naturaleza depresiva derivada de los D' no incluidos en el D provisorio de la nominación obtenida como efecto del segundo hecho seleccionado HS2.¹²

Creo que una de las funciones de la turbulencia emocional es prevenir y proteger al *establishment* de la personalidad de la aproximación de otra personalidad, de un hecho nuevo, de un elemento o de cualquier cosa que pudiera desencadenar algún tipo de encuentro o desencuentro entre la mente y *lo-otro*.

Pi es capaz de mantenerse dentro de esta turbulencia emocional sin mayores problemas y tolerando de buena gana las violentas tormentas emocionales que se despiertan en los alrededores de la mente.¹³

Vimos hasta acá algunas características esenciales de la partícula entrelazada definiéndola por su origen, su capacidad asociativa y su motilidad. Dejamos a su vez planteados los principales fenómenos y procesos transformacionales de los que forma parte matricialmente.¹⁴

Tomemos pues aliento y pasemos a estudiar su relación con el duelo y el crecimiento mental. Para esto utilizaremos su propiedad asociativa.

DUELO, DOLOR Y CRECIMIENTO MENTAL

Freud pensaba el dolor mental como un aumento o decrecimiento de la energía psíquica que produjera un cambio en el principio de constancia produciendo displacer. Melanie Klein, por su parte, se vale de los objetos a los

12 Algo para remarcar es que mientras en los dos primeros casos de turbulencia en el encuentro con el hecho nuevo esta se produce desde el vértice de la dispersión Ps, en el caso de la succión nostálgica la evitación se produce desde el vértice de la integración D.

13 La función de alarma de la turbulencia emocional y la capacidad de pi para permanecer en buenas condiciones en medio de esta nos permitirán explorar el extraño fenómeno de la introyección y la doma de pensamientos salvajes.

14 Existe phi, operante en los procesos de regresión vestigial por entrelazamiento, que no es desarrollado acá.

que define como depositarios del dolor mental, el cual es liberado mediante el *splitting* y expulsado maníacamente mediante la identificación proyectiva.

Bion piensa el problema un poco distinto. Afirma que el dolor mental es producido por la mentira, y que la verdad proporciona el alivio y el alimento necesario para crecer.¹⁵ Y se pregunta sobre la diferencia entre la verdad y la mentira, dice que la mentira *requiere* de un pensador que la piensa, mientras que la verdad lo es por mérito propio. La mentira no evoluciona, se expande de manera infecciosa (mediante β) con una fuerte tendencia a convertirse en un cartucho de aislamiento fanático ($\beta \rightarrow \Gamma$).

De esta forma, la verdad y el crecimiento mental se encuentran íntimamente relacionados. El proceso que conduce a una mente al crecimiento ocupó muchos años las cuitas, pensamientos y cogitaciones (así llamaba él a sus pensamientos escritos) de Bion. Él entendió claramente que crecimiento no es un lugar al que llegar. No es una meta. Es, por el contrario, un largo proceso de conjugación y dispersión. Sor (1988) lo define como un estado transformacional continuo de la mente. En tanto tal, crecimiento implica importantes cantidades de decisión y dolor. El dolor de abandonar la seguridad (que nos brinda un *momento* dado de nuestra personalidad) hacia un futuro incierto (con tolerancia a las cuatro componentes de la tolerancia a la frustración IADE).¹⁶

De esta forma, crecer implica modificar el *momento* de la personalidad en el que uno se encuentra con gradiente positivo de $U_1 \rightarrow (\cdot)$.

Al introducir la idea de gradiente apoyada en la teoría de las transformaciones de Bion, estoy insinuando que las funciones mentales, incluidos todos sus factores, tienden a conservar ciertos caracteres mientras las coordenadas locales (temporoespaciales) se mantengan constantes¹⁷ en sus procesos de

15 No quiero profundizar en una diferencia que vale la pena remarcar entre lo falso y la mentira. Puede verse Bion (1970) al respecto.

16 Tolerancias IADE es el nombre que Darío Sor da a las cuatro componentes transformacionales de la tolerancia a la frustración desde el vértice de la función Ps-D. Respectivamente: tolerancia a la sensación de infinito, tolerancia a la existencia de lo aleatorio, tolerancia a la duda sobre la elección de un hecho seleccionado y finalmente tolerancia a la elección de ese hecho.

17 Cfr. con lo propuesto por el teorema de Noether, según el cual *a cada simetría le corresponde una ley de conservación y viceversa*.

transformación y traslación (Sor, 1988). Existe así un llamado *principio de conservación del momento* (PCM) que tiende a mantener el *momento de la personalidad* constante (Stitzman, 2008a).

A la luz de lo dicho, si el *momento* tiende a mantenerse constante, implica que para modificarlo se requiere modificar el set de coordenadas locales, es decir, producir un cambio catastrófico sin catástrofe que produzca un salto en el estado general de la función mental cronológico \leftrightarrow cosmológico adquirida en (.:). Pero esta tendencia a la conservación ejerce una fuerte resistencia al cambio catastrófico implicado en crecimiento; lo que lleva a que una vez que la mente adquiere una *forma* determinada tiende a mantenerse estable, salvo que se produzca algún tipo de movimiento disruptivo del tipo de cambio catastrófico por interacción débil (o HS1) o de cambio catastrófico por interacción fuerte (o por pi).

El proceso mediante el cual se rompe el principio de conservación del momento es doloroso y requiere de tolerancia a la frustración y de tolerancia al dolor. Nos quedan entonces vinculados los conceptos de transformación, localidad, cronología \leftrightarrow cosmología, conservación y cambio catastrófico. Mantengámoslos así unos párrafos más como hipótesis delineada.

Bion (1992) piensa que el combate que se emprende en la búsqueda de soluciones de cualquier problema es un combate entre distintas partes de la personalidad, y que la victoria consolida la (por así decirlo) corrección de la parte de la personalidad victoriosa.

Plantea que «la parte triunfante está incluida en el superyó; es la moralidad del superyó la que se desafía, igual que es la id-idad del ello la que es retada por el superyó. El dolor de la modificación consiste en tener que admitir que la parte “indigna” de la personalidad tenía razón. [...] La parte victoriosa de la personalidad escribe los libros de historia, pero dicho lado victorioso varía considerablemente de vez en cuando» (1992: 186).

Lo doloroso es enfrentarse a admitir que hay alternativas al estado actual de la cuestión y que lo tan resistido resulta posible.

Tipificado en la tabla, el pasaje de C2 a D4 y D5 resulta, las más de las veces, doloroso.

De esta forma, crecer implica un cambio catastrófico sin catástrofe con sentido hacia el *momento* Tres de la personalidad que rompa con la

resistencia producto del principio de conservación del momento¹⁸ con tolerancia a cronológico \Leftrightarrow cosmológico.

De esta forma, vale diferenciar el sentimiento del dolor del sufrimiento del dolor. Mientras que el primero representa el efectivo *sentimiento* de dolor, este no es metabolizado, transformado, sino hasta que puede ser digerido mediante su sufrimiento. De la misma manera en la que se piensan pensamientos, se sienten sentimientos, se sueñan sueños, se relacionan objetos relacionados y se actúan acciones, se sufre el dolor.

Un dolor sentido que no acaba de ser sufrido se conduce por una senda transformacional de llaga a callo. O, dicho en una formulación de la hilera F de la tabla, una transformación de beta a gama $\beta \rightarrow \Gamma$.

Al respecto, Bion (1970) sostiene que: «Los pacientes [...] experimentan dolor, pero no sufrimiento. Puede que sufran a los ojos del analista porque este puede, y de hecho debe sufrir. El paciente puede decir que sufre, pero esto solo se debe a que no sabe lo que es sufrir y confunde el hecho de sentir dolor con el sufrimiento del dolor. La teoría deberá necesariamente representar la realización en la cual esto es posible y mostrar cómo sucede».

De este tipo de teorías se trata este trabajo.

Sin ir más lejos, una de las primeras implicancias de este modelo de crecimiento es que para crecer se requiere la elaboración de un duelo del *momento* anterior. El trabajo de elaboración del duelo es bastante similar ya se trate el *momento* de un estado mental, la pérdida de un ser querido, una etapa vital, la desaparición o transformación de un síntoma o demás. En definitiva, elaborar un duelo no es más que el trabajo requerido para sobreponerse a la modificación del *momento* en el que la personalidad se encuentra en vínculo.

Vale recordar una vez más que el modelo de momentos de la personalidad es un modelo vincular y transformacional y no temporal. Lo que quiero decir con esto es que cada vínculo con cada modalidad vincular está caracterizado por un momento de la personalidad que tiende a

18 O, dicho en símbolos: crecimiento = $\{ \exists HS1 \circ \pi \setminus \square HS1 \circ \pi + D : \text{♂} \cdot \text{♀} + \text{IADE} - \text{PCM} : \text{Ⓢ}(\cdot, \cdot) \}$.

conservarse dentro del contexto del principio de conservación del momento en situaciones de localidad constantes.

De esta forma crecer implica elaborar un duelo; elaborar un duelo implica cambiar el *momento* de la personalidad; cambiar el *momento* de la personalidad implica modificar las coordenadas de localidad, y (acá lo nuevo) cambiar las coordenadas de localidad implica producir un proceso transformacional de desentrelazamiento.

X sabe mucho de estas cosas.

EQUIS

X es una paciente de 43 años en el primer semestre de un análisis de cuatro sesiones semanales. Consulta porque está triste, se siente sola, siente que su vida no tiene sentido. X no tiene pareja, ni hijos, ni una vida social nutricia. Vive con los padres, ambos jubilados, que son quienes se ofrecen para pagar el análisis.

X dice que no quiere hablar de la muerte de su hermano tres años mayor, que ocurrió cuando ella tenía 14. X dice que no quiere vivir más, que no le encuentra sentido.

X llora. Lloro mucho. Lloro a la noche, a la mañana, en el insomnio y después de la siesta. X llora en las sesiones. A X le dijeron que era esquizofrénica, bipolar, depresiva, autista, *border*; y la medicaron por todo eso.

—Sos todo para nosotros. Si te pasa algo nos morimos —le dicen los padres.

—No invites amiguitos a jugar, van a pensar que no te importa que tu hermano haya muerto —le dijo la abuela.

—No escuches música, estamos todos tristes —le dice el tío.

—No salgas con amigas, mirá si te morís... ¿yo qué hago sin vos? —le dijo la madre.

Sos débil, floja, enferma, loca, tonta, triste. X sabe muy bien quién es. Se lo enseñaron desde chica. X aprendió a ser lo que le enseñaron que era.

X fuma como si a través de eso dependiera muchísimo del mundo. Cada tanto escribe alguna reseña de cine que ve en DVD. O poema. Las reseñas las vende a revistas culturales por lo mismo que cuestan dos paquetes de cigarrillos. Los poemas los guarda. O los pierde.

X no cree que el análisis le sirva de mucho. No confía. Está agotada. Siempre que estuvo un poco mejor después estuvo mucho peor. Siempre que empezó a sentirse mejor algo malo pasó.

—¿De vuelta estás mal? —le dicen los amigos.

—No te llamé porque igual nunca venís —le dice una amiga.

—¿Qué? ¿Te querés ir? ¿Adónde vas a ir sin nosotros? Quedate, mejor —le dicen los padres.

X no habla. Se queja. Pero no convierte la queja en una observación científica correcta.¹⁹ X no sale de la queja estéril.²⁰ X se pregunta por qué le pasa esto. Pero en realidad no se pregunta nada, se abraza a la pregunta como si fuera una respuesta. Pregunta para no preguntar.²¹

X no crece. X no cambia su *momento*. X siente dolor.

DUELO POR DESENTRELAZAMIENTO

Cuando dos personas entablan un vínculo emocional profundo, ambas deben estar en el mismo *momento*. Si bien la coincidencia puede ser accidental o azarosa, para que haya vínculo ($\pm L, \pm H, \pm K$) entre ambas personalidades (o partes de la personalidad) se requiere que existan partículas entrelazadas compartidas entre ambas. A esta altura resulta claro decir que a mayor cantidad de elementos entrelazados compartidos, mayor será la intimidad de la comunicación emocional entre ambas personalidades.²²

En este sentido, es una consecuencia lógica y un observable clínico que para que un vínculo se disuelva deben desentrelazarse las π que comparten, independizando sus momentos y permitiendo el desarrollo individual.

Ergo, y para retomar, el camino al crecimiento requiere de un proceso de duelo interviniente en la disolución del vínculo (independencia de los

19 $C_2 \rightarrow C_5-D_5$.

20 $C_2 \leftrightarrow -C_2$.

21 $--C_5$.

22 Esta idea inquietante merece un mayor desarrollo. Por ahora toleremos su cualidad de brote tierno.

momentos) entre dos personalidades o dos partes de la personalidad; para lo que es necesario un proceso de desentrelazamiento.

Veamos ahora cómo ocurre esto en un sus nueve pasos básicos:

1. *Existe un vínculo entre dos personalidades²³ compartiendo sendos elementos π .* Cuanto mayor es el cúmulo de elementos π que se compartan entre dos personalidades, mayor será el grado de intimidad y profundidad emocional que exista entre ambas. Por decir, una personalidad que comparta tres elementos π con otra tendrá un grado menor de intimidad que aquella que comparte cien elementos π (por supuesto que el número se usa no como unidad para contar sino como indicador de la medida de una cantidad). En este sentido resulta importante tener en consideración que intimidad no es juicio de valor: por ejemplo, tanto el amor y la ternura como el odio y la crueldad requieren un alto grado de intimidad.
2. *Se produce la desaparición de una de las dos personalidades dejando libre un π_2 rodeado del espacio vacío.* Al desaparecer una de las personalidades o partes de la personalidad o vínculo (ya por muerte, separación, desarticulación), se produce un espacio vacío (\emptyset) en torno a la(s) partícula(s) π_1 (σ) allí contenida(s) produciendo un fenómeno de continente tendiendo a más infinito ($\emptyset \rightarrow +\infty$) y contenido tendiendo a cero ($\sigma \rightarrow 0$).
3. *π_1 resuena entrelazado en la personalidad presente con π_2 generando un continente tendiente a $+\infty$ dando lugar a una experiencia emocional de vacío.* Se produce una resonancia por entrelazamiento (Stitzman, 2009a) del momento U_1 con el vacío producto de la desaparición de la personalidad dejando a π_1 -dos rodeado de este continente tendiente a $+\infty$. Se mantiene el hecho seleccionado en ambas partículas π , por lo que se siente que la personalidad perdida es ahora un enorme vacío despojante de la

23 Como siempre, cuando digo personalidad puede ser entre una personalidad y un objeto, parte de la personalidad, elemento, idea, función, etcétera. Vale para todos los pasos.

capacidad penetrante de contenido. Cualquier persona que haya atravesado por un duelo en su vida (es decir, cualquier persona) entiende rápidamente el tipo de experiencia emocional sobre la que intento llamar la atención.

4. *Se despierta una turbulencia emocional en los alrededores de la mente por succión nostálgica.* Todas las memorias de futuro, todos los estados, *momentos* de integración D' que no encontraron realización vincular entre ambas personalidades producen una turbulencia emocional por succión nostálgica en los lindes del vacío continente de U1 que rodea a pi-uno.
5. *Los elementos delta disponibles rodean al continente con pi-dos y lo despojan del nombre.* De manera similar a como ocurre en el proceso de introyección arriba descrito, los elementos delta disponibles en la turbulencia emocional por succión nostálgica rodean el continente tendiente a más infinito de pi-dos despojándolo de su hecho seleccionado y haciéndole perder el nombre de la personalidad ausente.
6. *Se produce una transformación que libera a su vez dos partículas entrelazadas pi-prima π' .* El resultado de este proceso transformacional en unicidad de delta produce la liberación de dos nuevos elementos pi entrelazados entre sí, pi-prima-uno y pi-prima-dos.
7. *π'_1 se dirige hacia la personalidad que realiza el trabajo de duelo y π'_2 se dirige hacia el continente de π_2 .* Al liberarse el nuevo par de partículas entrelazadas, cada una se dirige al encuentro con la personalidad en U1 y con la personalidad ausente con $\text{♀} \rightarrow +$ infinito.
8. *Cuando pi-prima-dos se encuentra con pi-dos se produce un desentrelazamiento por propiedad asociativa de pi.* Cuando alguna de las partículas π' llega al encuentro con el primer par de partículas entrelazadas, se produce un desentrelazamiento en cadena disolviéndose los cuatro pi (π_1, π_2, π'_1 y π'_2) por propiedad asociativa de pi.
9. *Desentrelazada la conjunción alojante de pi-uno por cambio catastrófico por interacción fuerte, queda sin hecho seleccionado lista para seguir su evolución.* Al producirse el desentrelazamiento, se produce un cambio catastrófico por pi en la conjunción alojante de pi-uno, por lo que esta pierde el hecho seleccionado (si la

cantidad de pi compartidos al inicio era escasa) o se desarmoniza hacia Ps (si el grado de intimidad inicial era mayor).

Sin embargo, existen muchas oportunidades en las que no se acaban por producir los procesos de desentrelazamiento. Cuando esto ocurre, ideas, pensamientos o vínculos desaparecidos o transformados pueden aún conservarse operativos y funcionales en el presente a la manera de síntomas regresivos, vestigios, emociones esporuladas o regresiones vestigiales por entrelazamiento.

Pero volvamos un poco a X.

DESENTRELAZANDO A X

X sigue no-preguntando *por qué*. Hay un espacio vacío relleno de infinitas cantidades de nada en el caracú de su personalidad. No es el duelo por la muerte del hermano, sino todo lo que vino después. Toda la familia de esa nena se puso de acuerdo en que no era posible tolerar una muerte más en la familia y que había que protegerla de todo: de la música, de los otros, de la alegría y de la tristeza, de los amigos.

Ese agujero negro en su personalidad ocupa el espacio en el que debía haber vida que permitiera la transformación inanimado → animado. Sin embargo X, en aras de una complacencia helada, invirtió la función quedando animado → inanimado (en primera instancia) y luego inanimado → inanimado.

—Tus padres te prohibieron morir. Y vos pensaste que la condición mínima necesaria para morir era estar viva. En este sentido decidiste no vivir como una forma de evitar morir: si no estás viva, no morís nunca —le interpreto.

X se queda en silencio.

Después llora. Pero tiene más bronca que pena. O su pena está embroncada por no haber sido sufrida.

—¿Y ahora qué hago? ¿Cómo vivo mi vida? ¿Qué es mi vida?

Mi interpretación tiene una dimensión modelística en hilera C (*si no estás vivo, no morís nunca*) y una dimensión abstracta en hilera H

$(\forall c \exists a \setminus \exists c \Leftrightarrow \exists a)$ ²⁴ expresada en la manera de *vivir es la condición mínima necesaria para morir*.

Ese agujero negro no es más que una parte (o función) de la personalidad entrelazada con la no-existencia como condición inmovible para no dejar de existir. Esta trampa en apariencia paradójica dejó a X congelada en un momento $U_1 \leftrightarrow U_2$ de la personalidad.

Mi interpretación apuntaba a desentrelazar esta falsa creencia de que era factible evitar la muerte evitando la vida y favorecer de esa manera la puesta en transformación de la parte vital de su personalidad (que escribía reseñas, poemas, sentía pena o ilusión, etcétera).

Pero veamos un poco más de cerca el problema y aplicando los pasos descritos en el párrafo anterior.

1. *Existe un vínculo profundo entre ella y su capacidad para vivir y habitar su vida.* Ella juega con su hermano, va al colegio, se disfraza, hace travesuras.
2. *Desaparece su confianza y amor por la vida.* Erikson sostiene que «padres que le tienen miedo a la muerte no pueden despertar en sus hijos amor por la vida». Es decir que su duelo no es por la muerte de su hermano, sino por su capacidad de amar (vínculo L) la vida que desaparece por el profundo temor a sus implicancias.
3. *Todas las partes vitales de su personalidad se van apagando, alejando de las actividades.* Los mandatos familiares encuentran un continente adecuado en su temor a la vida por la implicancia directa que es la muerte. Cada frase dicha encontraba un terreno fértil para la desesporulización y posterior colonización de vacío. Cada nuevo intento de mejoría encontraba instantáneamente en transformación animado \rightarrow inanimado por entrelazamiento con esta parte otrora vital y ahora llena de infinitas cantidades de nada congelada en U_2 con las otras partes de su personalidad y reduciendo a U_1 cualquier intento de nuevo nacimiento.
4. *Se despierta una sensación general de desánimo por toda la vida futura que siente que ya no va a tener.* Cada nuevo diagnóstico

24 Se lee: para todo c existe un a tal que existe un c si y solo si existe también un a.

- psiquiátrico, cada nueva medicación caía como una confirmación nacarante de esta sensación (basada en β y en Γ) de sin futuro.
5. *El análisis estimula la indagación de los alrededores de este vacío. ¿A qué jugaba con el hermano? ¿Qué había antes ahí donde ahora hay eso? ¿De qué se reía? ¿Qué era divertirse para ella?*
 6. *X comienza a dudar acerca de muchas de las ideas, creencias sobre las que sostenía su edificio de no-vida. ¿Por qué no puedo morir? Es ridículo que a uno le prohíban morir. Yo si quiero me muero y chau.*
 7. *Vivir es la condición mínima necesaria para morir.*
 8. *X descubre que es factible vivir y que morir es una acción inevitable. Es decir que sí se puede evitar vivir, pero no se puede evitar morir.*
 9. *¿Y qué significa estar viva? ¿Cómo se vive? ¿Cómo vivo mi vida?*

Aún ahora, después de escribirlo, sigue maravillándome lo profundamente simples que son la teoría y el modelo para la formulación de interpretaciones y su penetrante efecto en los pacientes.

Esta no es sino una de una larga serie de realizaciones clínicas de las ideas acá presentadas. Pero la exploración continúa abierta.

Si bien cada nuevo paso dado en pos de la ampliación de la capacidad de observación es importante y genera potenciales brotes tiernos de avance científico en nuestra joven disciplina, nuestro conocimiento de los fenómenos mentales es aún bastante limitado.

Quizás podamos esperar que futuras generaciones continúen recogiendo las esporas que vamos dejando, con activa curiosidad y respeto por los hechos y el misterio de los hechos, y las ayuden a germinar en forma de mejores teorías y técnicas de exploración del dolor y de disciplinas que, como el psicoanálisis, se las tienen que ver con él.

Este no es sino un intento de continuar avanzando en esa dirección. Solo en tanto otros analistas puedan encontrar realizaciones clínicas sobre las que hacer un buen uso de estas ideas, la tarea estará cumplida.

Quizás no sea esta sino una *memoria-de-futuro-más*. ♦

RESUMEN

El presente trabajo es parte de una investigación en los límites de la teoría psicoanalítica. La investigación busca comenzar un camino que zanje la brecha existente entre distintos modelos, tanto internos al campo psicoanalítico como externos a él, realizando un ejercicio lúdico con modelos que permitan abrir el diafragma observacional.

De esta forma, las ideas acá contenidas encuentran sus orígenes en los pensamientos de Wilfred Bion, Albert Einstein, John Bell, Darío Sor, René Thom, Melanie Klein y James Grotstein.

Se presenta la relación existente entre entrelazamiento, crecimiento y duelo mediante modelos, teorías y observaciones. La hipótesis sostiene que crecer implica elaborar un duelo; elaborar un duelo implica cambiar el momento de la personalidad; esto implica modificar las coordenadas de localidad; lo que implica producir un proceso transformacional de desentrelazamiento.

Descriptores: DUELO / DOLOR / CAMBIO PSÍQUICO / TRAUMA / MATERIAL CLÍNICO /

Autores-tema: Bion, Wilfred

ABSTRACT

This paper is a part of an investigation taking part in the limits of the psychoanalytic theory. This theory looks forward to starting a path that merge the existing caesura between different models, both inside and outside the boundaries of the psychoanalytic field, aiming to make a playful exercise with models that allows the opening of the observational diaphragm.

Thus, the ideas contained here find their origins within the thoughts of Wilfred Bion, Albert Einstein, John Bell, Darío Sor, René Thom, Melanie Klein and James Grotstein.

The author presents the relation between entanglement, growth and grief using models, theories and observations. The main hypothesis stands that growth implies a grief elaboration; grief elaboration implies changing the *moment* of the personality; this implies modifying the location coordinates; which implies to produce a transformational process of de-entanglement.

Keywords: MOURNING / PAIN / PSYCHIC CHANGE / TRAUMA / CLINICAL MATERIAL /

Authors-subject: Bion, Wilfred

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACZEL, Amir (2002). *Entrelazamiento. El mayor misterio de la física*. Barcelona: Drakontos, Crítica, 2004.
- BELL, John S. (1993). *Speakable and Unsayable in Quantum Mechanics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BION, Wilfred R. (1963). *Elements of Psycho Analysis*. (Heinemann Medical; reprinted Londres: Karnac Books, 1984). Vers. cast. *Elementos de psicoanálisis*. Buenos Aires: Horme, 1966.
- (1965). *Transformationsk*. (Heinemann Medical; reprinted Londres: Karnac Books, 1984). Vers. cast. Valencia: Promolibro, 2001.
- (1966). «Catastrophic Change». *Bulletin* n.º 5, British Psycho Analytic Society. Vers. cast. «Cambio catastrófico». En *Revista APA*.
- (1970). *Attention and Interpretation*. (Tavistock Publications; reprinted Londres: Karnac Books, 1984). Vers. cast. *Atención e interpretación*. Buenos Aires: Paidós, 1974.
- (1990). *A Memoir of the Future*. (Londres: Karnac Books, 1991). Vers. cast. *Memorias del futuro*. Madrid: Yébenes.
- (1992). *Cogitations*. (Londres: Karnac Books). [New extended edition, Londres: Karnac Books, 1994.] Vers. cast. *Cogitaciones*. Valencia: Promolibro, 1996.
- (1997). *Taming Wild Thoughts*. (Londres: Karnac Books, 1997).
- (2005). *The Tavistock Seminars*. (Londres: Karnac Books, 2005).
- EINSTEIN, A., N. PODOLSKY Y B. ROSEN (AKA EPR) (1935). «Can quantum mechanical description of physical reality be considered complete?». En *Physical Review*, vol. XLVII, 1934, pp. 777-780.
- GILDER, Louisa (2008). *The age of Entanglement. When quantum physics was reborn*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2008.
- GROSTEIN, James (2007). *A beam of intense darkness*. Londres: Karnac, 2007.
- SOR, D. y M. R. SENET DE GAZZANO (1988). *Cambio catastrófico*. Buenos Aires: Karjeiman.
- (1993). *Fanatismo*. Santiago: Ananké.
- STITZMAN, Leandro (2003). *Postales de crueldad*. Buenos Aires: Topia, 2003.
- (2004). *At-one-ment, Intuition and Suchness*. vol. 85-3, Londres: IJPA.
- (2005a). *Formando preguntas obvias*. Buenos Aires, 2006.
- (2005b). «El crepúsculo de la personalidad». En *Jornadas de Niños y Adolescentes*. Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Departamento de Niños y Adolescentes.
- (2007). «Momentos de la personalidad». En *Jornadas de Niños y Adolescentes*. Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Departamento de Niños y Adolescentes, 2007.
- (2008a). «Momentos entrelazados». *Congreso Internacional Bion 2008*. Roma: IIPG-Asociación Italiana de Psicoanálisis e International Psychoanalytic Association, 2008.
- (2008b). «Momentos en el albor de una mente». En *Congreso Internacional de Observación de Lactantes*. IPA, APA, APDEBA. Buenos Aires, 2008.
- (2008c). «Momenti intrecciati». En *Koinos*, Anno XXIX, v. 2. Roma, 2008.
- (2009a). «Tropismo, repetición y forma». En *Congreso Internacional IPA*. Chicago, 2009.
- (2009b). «Soñar, almacenar, usar». En *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: APDEBA, 2009.
- (2009c). *Momentos entrelazados*. Buenos Aires: Actualidad Psicológica, 2009.
- (2010). «Entrelazamiento e introyección». En *Congreso Argentino de Psicoanálisis*. Rosario, 2010.
- (2011). *Entrelazamiento. Un ensayo psicoanalítico*. Valencia: Promolibro, 2011.

Edipo

Un modo de pensarlo en el mundo de hoy



SUSANA GARCÍA VÁZQUEZ¹

Si embargo todos hablarán de mí
y me temerán.
Mi fantasma no los abandonará jamás.
Yo Yocasta
la mujer
la madre
la amante
la esposa
por los siglos de los siglos.
Cuelgo de mis cintas
sobre las cunas de los niños
sobre los lechos de los amantes furtivos
sobre la mirada amorosa del padre a la hija
sobre cada niño que exprime el seno de su madre.

MARIANA PERCOVICH, *Yocasta. Una tragedia (fragmento)*, 2002

Hemos hablado insistentemente de las distinciones del Edipo como estructura y del Edipo en tanto complejo. Sin embargo, aun con lo clarificadora que pueda ser esa diferencia, creo que no da cuenta de su poder, ni tampoco de anclajes más primarios que aunque parecen perdidos para siempre lo son. A veces la clínica nos permite hacer hipótesis, teniendo como derrotero la transferencia para abrir nuevas ventanas que resignifiquen de alguna manera ese síntoma, esa identificación, ese rasgo de carácter cuyas

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. psgarcia@chasque.net

huellas parecen haber quedado sepultadas para siempre y sin embargo hacen ruido a través de actos, gestos del cuerpo o enfermedades somáticas.

Quiero remarcar que estamos hablando de hipótesis, un modo de aproximarnos al dolor psíquico a partir de formas de posicionamiento distintas, tanto del paciente como del analista.

Comencemos por algunos referentes teóricos. Tengo la necesidad de distinguir el incesto del Edipo. Y esta necesidad se genera en la clínica con algunos pacientes. Situaciones de desborde, de auto- y heteroagresividad que de pronto irrumpen en el escenario del análisis y se me configuran como marcas primarias que no podemos enlazar a la palabra.

Todo intento de distinción teórica tiene algún grado de forzamiento. Pero lo creo necesario, no solo para diferenciar el Edipo como estructura del Edipo como complejo, sino porque importa marcar una diferencia mayor que tiene que ver con distinguir el Edipo del incesto.

La clínica nos ubica frente a momentos analíticos en los que circula la asociación libre, está instalada una represión secundaria suficiente, y otros momentos en los que todo parece encallar, y el silencio, la repetición, la palabra vacía pueblan el escenario del análisis. ¿Qué sucede? ¿Qué le pasa al paciente? ¿Que le sucede al analista?

Esto se agudiza particularmente en pacientes que exceden la neurosis y que se expresan con ataques al análisis y al analista que son generadores de rechazo, de profunda incomodidad, que dificultan la posibilidad de trabajo aun del analista consigo mismo. Estos ataques, creo oportuno decir, se configuran tanto desde la perspectiva del erotismo como de la destructividad, erosionando la posibilidad de trabajo analítico.

Estas situaciones, generadoras de interrogantes, me condujeron a un recorrido teórico para diferenciar situaciones en las que la triangulación parecía reproducirse, pero las relaciones eran predominantemente duales e incluso confusionales. Momentos indiscriminados, fusionales, con violencia manifiesta o subyacente muy intensa, que cuestionaban mi lugar de analista.

Fidias Cesio distingue el complejo de Edipo secundario y el complejo primordial, plantea que en Edipo «se definen dos niveles: Edipo el hijo de Pólipo y Mérope que, temeroso de cometer incesto, se defiende alejándose de ellos (represión secundaria), y Edipo del incesto, asesino de Layo, su

padre, unido sexualmente a Yocasta, su madre (represión originaria)» (2010: 263). Plantea que en el primero se ponen en evidencia los deseos incestuosos reprimidos, y en el segundo Edipo atraviesa la barrera de la prohibición y entra en la tragedia: el incesto.

En un trabajo anterior (2005), yo citaba una referencia de Alain Fine que distingue los pacientes cuyas inscripciones en el orden de lo trágico quedan fijadas como tales y no pueden imaginar ser ellos mismos actores de su propia existencia, quedan presos de un destino, un pasado eternamente presente. Expresaba así la necesidad de trabajar con ellos el pasaje de la tragedia al drama, es decir, al conflicto.

Destino determinado por los dioses, que se me configuran como las marcas originarias del semejante que no fueron atravesadas por la castración. Poder y omnipotencia absolutos.

A este respecto es mucho lo que Lacan (1957-1958) nos ha aportado. No solo en la formulación de los tres registros, que se requieren enlazados, en donde la suelta de amarras de uno desanuda los otros dos, como muy bien lo ha trabajado Myrta Casas (1999), sino en las implicancias con ese cuarto círculo que agrega posteriormente y que tanto tiene que ver con Edipo y los nombres del padre, considerando un Edipo mucho más precoz que el planteado por Freud y que nos abre al concepto de estructura edípica.

Así podemos reconocer en su relectura de Freud todas las concepciones que hoy tenemos sobre el lugar del otro/Otro en la estructuración psíquica. Sin esa perspectiva quizás el psicoanálisis habría quedado atrapado en una visión biológica y extremadamente determinista.

Pero al mismo tiempo la clínica nos plantea problemas que nunca va a resolver teoría alguna. Toda teorización es siempre una asíntota en el abordaje del sufrimiento humano. Los enigmas no pueden ser develados por teoría alguna, tan solo nos acercaremos con hipótesis que nos resulten más próximas, que a nuestro entender den mejor cuenta de lo que queremos plantear o de la dificultad que abordamos.

Me parece útil distinguir la triangulación de la configuración del tercero o la terceridad. Madre-no madre, pecho-pene, padres originarios, de algún modo podemos afirmar que se requiere el concurso de dos (en las condiciones que sean) para configurar un otro. En este sentido podríamos decir que la triangulación está en el origen del *infans*. Implicaría, según

Green (2005), una triangulación primitiva en la relación dual madre-niño; o sea, el padre existe no como persona distinta originariamente, sino en la madre, aunque también podemos agregar que muy incipientemente el niño reconoce esas diferencias. Lo que me interesa destacar particularmente es que la existencia del padre puede ser deseada, amada, odiada, ignorada, desmentida por la madre, pero igual está presente de algún modo y genera efectos. Y esas marcas tendrán que ser resignificadas por el Edipo complejo y la castración, así podrán convertirse en cadenas significantes, armado de una novela vital para la estructuración psíquica y para lograr la apropiación subjetiva de esa historia significativa. Si esto no ocurre y quedan en tanto tales, originarias, con fuerte incapacidad de traducción —siempre parcial—, van a generar efectos no simbólicos y van a expresarse solo a través del acto y del padecer somático.

El Edipo, complejo nuclear de las neurosis para Freud, es también estructurante, pero no está fuera de los cambios y avatares de la cultura en que cada sujeto está inmerso. Laplanche (1996) plantea que el Edipo es una creación cultural y en tanto tal puede cambiar o desaparecer; esto no implica desconocer que en nuestras sociedades siga vigente y podamos referirnos a su falla o a su modo de establecerse.

Creo que hay algo muy fundante, que es esa primera relación con los objetos originarios que marcan la carne psíquica, y que es a partir de esas marcas que se podrán resignificar el amor y el odio, el deseo de otro, la constitución psíquica y la posible apropiación subjetiva. La necesaria especularización de los orígenes, una vez establecida libidinalmente y con carácter separador, será la que permita la discriminación yo-otro.

Claude Le Guen distingue el Edipo originario, el Edipo secundario —el complejo de Edipo en Freud— y el Edipo en el análisis. Destaca que el Edipo no es un mito, sino una producción del ser social que renace en virtud del análisis. Podríamos decir que el Edipo originario es precastrativo, tiene que ver con la relación con la madre, modelo que da cuenta del origen del sujeto y del doble objeto, madre y no-madre, lo que favorece la transposición al padre y la emergencia de un tercero, comienzo de la simbolización y del acto semántico. Es explícito al señalar que esto se muestra siempre anudado, no hay en el autor una visión desarrollista, cuando lo encontramos en el análisis está entramado. «Gracias a ese “segundo tiempo”

traumático del Edipo secundario, es posible reforzar aquello que el Edipo original fijó y sobre todo preconditionó» (Le Guen, 1984: 91). Las tres fases que señala, Edipo secundario, Edipo originario y Edipo en el tratamiento, están unificadas y totalizadas por la teoría psicoanalítica del Edipo.

Lacan, siguiendo a Freud en *Tótem*, distingue un padre primordial, anterior al tabú del incesto, a la ley, al orden social y a la cultura. Rechina este concepto de «anterior a», porque remite a la cronología, pero este autor también habla de un momento jubiloso en el espejo (1949) en el que surge la posibilidad de subjetivación, y también lo ubica cronológicamente. Que sepamos que hay algo para siempre perdido y que lo que somos hoy es producto de infinitas resignificaciones no impide que hagamos hipótesis sobre lo originario y que pensemos que en ciertos momentos del análisis parecen emerger marcas que no se expresan con palabras, sino en acto o dolor psíquico inenunciable, y que tratamos de encontrar con nuestro paciente, a través de la transferencia, formas o modos de apalabrarlas.

Me parecieron muy interesantes los planteos de Rosine Perelberg (2010), quien hace una distinción que aporta a mis reflexiones. Señala que la historia de Edipo es expresión del asesinato del padre, en cambio vincula el complejo de Edipo con la muerte del padre. Distingue así padre asesinado de padre muerto. Coincido en diferenciar teóricamente el padre de *Tótem*, «prehistórico», narcisista, omnipotente, padre que tiene que ser asesinado para librarse de su dominio absoluto, de la función paterna que Freud tan bien señala en *El yo y el ello* (1923) y también en *Moisés* (1938), en que se juega el padre simbólico, padre que es garante de la ley, que se permite morir para dar lugar a la generación del hijo.

La autora destaca cómo Rosolato trabajó este padre en el sentido de un padre idealizado, narcisista, prehistórico y mítico. Pero este autor dice más, señala que: «La idea del eterno retorno, viene de lo más lejano del Edipo, retorno al vientre materno para abolir toda separación» (Rosolato, 1981: 353).

Acá el fragmento del acápite de Mariana Percovich (2002) sobre Yocasta cobra su máxima expresión: «Mi fantasma no los abandonará jamás». Pero entiendo que es fundamental en la clínica registrar de qué modo retorna ese fantasma, si entramado en una red significativa, armado de una novela subjetiva, o en acto, en agonías impensables.

Me importa agregar que Rosolato (o. cit.) da cuenta de algo más que de un fantasma que retorna, quiere establecer una diferencia entre lo desconocido y lo no-reconocido, ubicando esto último en los significantes originariamente inscritos, originariamente reprimidos y por ello inaccesibles.

Por esto pienso que no hay nada más central en la constitución psíquica que la prohibición del incesto, prohibido por deseado y más deseado en tanto prohibido. Sin duda esta prohibición está absolutamente enlazada en la constitución psíquica con la castración, con la falta, con la incompletud, pero vale la pena señalar que no es lo mismo poner el acento en la ausencia, siempre presente en toda adquisición de lenguaje y en toda marca psíquica, en que siempre algo se pierde o cae, como decía Freud (1897) (un resto originario inhallable, *Manuscrito M*), que poner el acento en esta presencia que implica intromisión del otro, abuso de poder, dificultad de discriminación yo-no yo, fallas en la especularización que pueden pensarse como signos de una represión originaria fallante que obliga a identificaciones alienantes en las que la adhesión al objeto impide la subjetivación. «Colgados del otro», unidos a ese destino trágico «signado por los dioses».

«Nunca, nunca me voy a poder liberar de esta desesperación, si me odiaron desde que nació», dice el paciente. «Y usted no entiende nada. Solo dice pavadas. Esto no me sirve para nada.»

¿Tendrá razón? No lo sé. Sí sé que por lo menos tiene alguien que lo escucha y le dice pavadas, con quien se puede enojar, pero además pudimos atisbar algún día que lo que «no sirve» es cambiar. Que hay un camino conocido del dolor compañero al que queda unido por dos vertientes: por la dificultad de desidentificación, algo que puedo escuchar, como: «Soy este y me niego a toda transformación, a todo cambio, porque ¿cuál es el abismo que se me abriría?», y también por el goce que esa ligazón incestuosa, que lo fija en lo dual y lo indiscriminado, le genera.

Apalabrar no es suficiente, a veces empeora el dolor, pero las más de las veces abre un camino.

PERO ¿EDIPO VIVE AÚN?

Abraham respondió: ... me matarán por causa de mi mujer.
Y a la verdad que también es mi hermana, hija de mi padre, mas no
hija de mi madre, y la tomé por mujer.

Génesis 20, 11,12

Me parece muy interesante esta distinción bíblica de Abraham en el Génesis. Lo van a matar por tomar por mujer a su hermana (incesto), pero ¿será exigente que *no sea* hija de la madre y tan solo del padre?

Daniel Gil (2002) plantea la no universalidad del Edipo —fruto de la sociedad burguesa y patriarcal—, pero además trabaja sobre la defeción paterna en el mundo de hoy. El libro *¿Por qué me has abandonado?* (citado, 2002) marca un hito en la reflexión sobre Edipo y el lugar del padre. Y va más allá, en el sentido de que pone en cuestión la no universalidad del Edipo no solo en tanto complejo sino también como estructura. Señala, según lo entiendo, la necesidad de distinguir Edipo y prohibición del incesto, expresando que mientras en psicoanálisis complejo de Edipo y prohibición del incesto son isomórficos, no ha sido así para los antropólogos, para quienes lo central es la prohibición del incesto como estructurador de las sociedades. Se rectifica de planteos propios anteriores y hace suya ahora la afirmación de Vernant de que *Edipo rey es un Edipo sin complejo*.

Coincido plenamente con el autor y consecuentemente con Vernant en que Edipo rey es un Edipo sin complejo. Pero no porque, como dice Vernant, Edipo «no sabía» que Layo y Yocasta eran sus padres, sino por la realización actuada y no simbólica del parricidio y del incesto. Como ya he dicho, no es lo mismo el asesinato del padre que su muerte simbólica, no es lo mismo el incesto consumado con la madre que la fantasía incestuosa.

Es decir, coincidiría con Myrta Casas de Pereda cuando afirma: «Muerte del padre, padre muerto, que aúna el asesinato (*Tótem y tabú*) con el más allá del principio del placer, para hacer lugar a la repetición de lo pulsional. Eros y Tánatos componiendo los imaginarios imprescindibles que den cabida al odio y al amor, a la represión y a las identificaciones» (Casas de Pereda, 1994: 60). Estoy de acuerdo, pero con una salvedad: para esta intrincación se requiere una estructura neurótica en la que es posible sostener la

ambivalencia, el conflicto, la fantasía, la novela sintomal. Pero son muchas las situaciones en que este entramado se deshilacha, se escinde, y la auto- y heterodestructividad invaden al sujeto, impidiendo el armado de un texto y por tanto quedando anclado en el incesto, en el filicidio y en el asesinato del padre, más que en su muerte simbólica.

Y esto dificulta las identificaciones secundarias por rasgo, la distinción yo-no yo y la posibilidad de subjetivación, da cuenta de fallas en la identificación primaria y sus avatares (1995).

Importa remarcar lo planteado por Daniel Gil (2002) respecto a que la prohibición del incesto no se limita a las leyes de alianza y a la necesidad de los intercambios, como muestran los antropólogos, sino que implica la prohibición del pasaje de humores idénticos de uno a otro cuerpo. Esto es lo que a mi entender trata de justificar Abraham en el Génesis, busca establecer una diferencia, *no es* hija de la *misma* madre.

Pero lo importante, dice el autor, es cómo las sociedades marcan sus criterios sobre lo idéntico y lo diferente, lo mismo, lo igual, lo semejante. Y afirma algo que me parece central cuando expresa que no existe cultura si no existe la posibilidad de establecer de alguna forma estas distinciones. Y aún más: «en cualquier cultura, hay un hecho que pone en riesgo la distinción entre lo diferente y lo idéntico, circunstancias en que se borran las categorías [...] se produce *un punto impensable* que es como si el sujeto cayera en lo indiscriminado, lo no representable, quedando arrojado de la cultura, del mundo y *perdiera su condición humana* [...] en el campo de las relaciones sexuales y de parentesco esto adquiere mayor relevancia por el lugar que tiene en el psiquismo humano la diferencia de sexos y de generaciones» (Gil, 2002: 141).

Coincido en que un punto capital del proceso de subjetivación ancla en la diferencia de sexos y de generaciones. Diferencia de sexos que no implicará obligada elección objetal, y diferencia de generaciones cuyo principio central es no engolfar al sujeto en ciernes y tolerar que nos dé muerte, que se separe, que sea otro distinto.

Pero también importa diferenciar la producción de subjetividad de la constitución del psiquismo. «La producción de subjetividad alude a los modos históricos, sociales, políticos con los que se producen sujetos sociales» (Bleichmar, 2001). No hay duda de que estos han cambiado:

familias monoparentales, crianza de niños por parejas homosexuales, modos distintos de expresión de la sexualidad adulta, entre otros.

Pero lo que no cambió, según lo pienso, es la indefensión de la cría humana que requiere de cuidados prolongados del adulto, lo que no cambió es la asimetría radical entre niño y adulto, lo que no cambió es la diferencia entre ser deseado o ser odiado por las figuras originarias, lo que no cambió es la posibilidad de narcisización o no del cuerpo del *infans*, lo que no cambió es el ejercicio de la violencia necesaria y generadora de cultura, o innecesaria, generadora de sometimiento y alienación. Y esto es lo que configurará la estructura psíquica.

Ahora bien, comparto lo afirmado por Daniel Gil (2002: 141) que citaba arriba, en el sentido de que el borramiento de las categorías —lo diferente, lo idéntico— adquiere una gran relevancia, pero aunque lo parezca, creo pertinente que nos preguntemos si es un punto impensable, irrepresentable, que arroja al sujeto fuera de la cultura y lo lleva a perder su condición humana.

En esto abriría una hipótesis distinta. Es en este difícil intersticio que intento pensar.

En primer lugar, diría que solo los humanos podemos llevar a otro a ese nivel de desubjetivación, de alienación, de desobjetalización.

En segundo lugar: ¿será irrepresentable o será sin palabras? ¿Será irrepresentable o se habrán roto las cadenas de sentido o nunca las hubo? Podemos pensar que no existiría, tal como plantea Fanny Schkolnik (2007), una malla representacional que permita el pasaje a palabra, que permita la simbolización, el acceso al sentido. Pero eso no significa que no se configure como marca psíquica (signos de percepción) (Freud, Carta 52, 1976) o significantes enigmáticos (Laplanche, 1996).

También plantearía que la diferencia de sexos o generaciones puede estar negada, desmentida, arrasada, el engolfamiento del adulto sobre el *infans* puede ser total, generando su imposibilidad de ser, pero está igual presente. Hay una asimetría radical que, aunque negada, sofocada, desmentida, hace marca, y ese sometimiento va a tener algún tipo de registro psíquico: identificaciones alienantes, goce masoquista, transformación en lo contrario, u otras. Señalo esto porque me parece un aspecto muy importante para tener en cuenta en el trabajo analítico.

Roussillon (1995) cuando plantea el trauma perdido dice: «Son traumas psíquicos en la medida en que *tuvieron efectos* psíquicos sobre la estructuración del psiquismo, son prepsíquicos en la medida en que el psiquismo no pudo *organizar* una representación psíquica de su impacto. Dicho de otra manera, *no hay representación de la ausencia de representación*, no hay representación del trauma. Desde el punto de vista del psiquismo, el trauma está perdido: ¿está también perdida para el análisis toda esperanza?». Con esto quiero significar que el Edipo desde los orígenes, centrado en el incesto, está siempre de alguna manera representado en el psiquismo, aunque no podamos enlazarlo, aunque no podamos dar lugar a la palabra, al sentido.

Esto implica también no compartir desde un punto de vista metapsicológico la conceptualización de la llamada «clínica del vacío». Pienso que esas expresiones de vacío, ese sentimiento de futilidad que vemos tan frecuentemente en los pacientes, son del orden de la descripción fenomenológica.

Ya los llamemos normóticos, psicosis blanca, personalidades como si, en todos los casos, según lo entiendo, son modos de defensa más o menos exitosos, más o menos primarios que ocultan la violentación del otro en su constitución psíquica. Acordaría en llamarlos más patologías del exceso que de la carencia.

Porque considero que la intrusión del otro generó un arrasamiento de la alteridad, impidió la subjetivación por el efecto de una violencia secundaria que obliga al *infans* a identificarse con el agresor, a congelar sus afectos, a la retorsión afectiva. Distintos caminos que muestran la marca de un incesto de algún modo «consumado», de un padre terrible por indiferente, por ausente o por violento, que impide toda separación, por lo que no puede configurarse la alteridad.

Esto puede también ser parcial, es decir, quedar escindido y permitir un funcionamiento neurótico pero con aspectos arcaicos que se presentan en distintas situaciones.

¿«ANTIGUOS CRÍMENES»?² ¿POSIBLES REPARACIONES?

—¿Qué cualidades de su madre le gustaría adoptar?

—Yo soy Guillermo Alejandro. Soy yo mismo. No quisiera adoptar ninguna cualidad suya. Además, es imposible...

El príncipe Guillermo no lo dijo en la entrevista, pero yo lo vi con toda claridad que pesaba sobre él la oscura sombra de su madre, como pesa sobre mí la de mi padre. El príncipe se equivocaba al pensar que se había liberado de esa sombra. Es imposible escapar de la influencia de personas así...

KADER ABDOLAH, 2010

Pretendo mostrar aspectos en oposición. La entrevista que transcribe Kader Abdolah (2010) realizada a Guillermo Alejandro, hoy rey de Holanda, da cuenta de una diferencia sustantiva entre ambos protagonistas. Por una parte la aceptación del escritor de la marca de su padre en él, reconocimiento de su linaje y de la fuerte influencia que le dejó, y por otra parte el príncipe, que niega toda influencia de su madre. Eso es lo que justamente Guillermo Alejandro no puede ser, ser él mismo, porque no se puede ser uno mismo si no se reconoce el linaje, si no se admite la identificación, si no se tolera la dependencia de esos objetos originarios. Vamos siendo y somos el precipitado de una historia generacional irreplicable, y al mismo tiempo somos generadores de futuro. Esta fijeza de la expresión del príncipe, «soy yo mismo», podría dar cuenta de su dificultad en reconocerse y tolerar sus límites.

He planteado anteriormente que es consustancial a la estructura psíquica la necesidad de tolerar los enigmas.

Borges, con el humor y la fineza que lo caracterizan, en el encuentro que relata entre Shakespeare y Dios, hace decir a Shakespeare: «Yo, que tantos hombres he sido en vano, quiero ser uno y yo. La voz de Dios le contestó... Yo tampoco soy; yo soñé el mundo como tú soñaste tu obra

mi Shakespeare, y entre las formas de mi sueño estás tú, que como yo eres muchos y nadie» (Borges, 1960: 341).

Para tolerar esta situación entre «ser muchos y nadie», para tolerar las vacilaciones del yo, para hacer el duelo por lo perdido, para tolerar la falta y los enigmas de nuestros orígenes, para sostener la ambivalencia, tenemos que tener una estructura suficientemente establecida, marcada por la represión secundaria y atravesada por el Edipo y por la castración. Es esa estructuración psíquica que permite la oscilación metáforo-metonímica, la permeabilidad entre el proceso primario y el proceso secundario, y da cuenta también de la simbolización en psicoanálisis.

En este aspecto coincido con Fanny Schkolnik (2007) en que desde el momento en que las marcas de lo percibido son investidas por la pulsión habrá inscripciones, aunque no siempre estén disponibles para ser procesadas por un trabajo psíquico de simbolización que lleve a la emergencia de sentidos, y de una u otra forma darán lugar a diversas manifestaciones a nivel de la clínica.

Para la autora, lo que se denomina como irrepresentable tendría que ver con una falla en las posibilidades de simbolización porque el aparato psíquico no puede establecer las traducciones que permitan armar cadenas de representaciones, impidiendo entonces la resignificación a través de la palabra (1998).

Por su parte, Roussillon (1999) considera la simbolización a través de la palabra como simbolización secundaria. No solo porque pertenece al proceso secundario, sino porque distingue una posibilidad de simbolización primaria: «la primera inscripción de la cosa psíquica —la “materia primera” psíquica (Freud, 1900)— es decir el primer signo psíquico de la cosa, su trazo mnésico perceptivo», que podrá unirse con la representación cosa. Creo que importa señalar estas diferencias de tiempo entre la experiencia vivida, marcada psíquicamente, y la experiencia apropiada subjetivamente, porque cuando la intrusión del otro es excesiva la posibilidad de hacer propia la experiencia está muy limitada.

Por eso creo apresurado valorar los llamados «ataques de pánico», por ejemplo, como crisis histéricas actuales, como también creo inapropiado interpretar las anorexias-bulimias como aspectos conversivos. Sin duda hay ataques de pánico que son simples llamados de atención y anorexias

o bulimias que establecen un escenario solo al servicio de la atención del otro (neurosis histérica).

Pero hay situaciones que son muy graves, y aunque discrepo en la explicación metapsicológica freudiana, mantengo lo central de su concepción. La angustia automática, esa angustia, que como Freud ha mostrado, arrasa al yo inhabilitando al sujeto, que es lo hoy descrito como ataque de pánico, no puede limitarse a lo conversivo, al deseo de ser amado, atendido y completado por los objetos originarios. Tenemos que pensar que hay una simbolización fallante, que hay una represión secundaria no bien instalada y una falla en lo reprimido originariamente que ponen al yo en jaque y lo paralizan, por lo que queda inundado de angustias de muerte y agonías impensables. La vivencia de muerte es muy intensa y los casos graves no pueden restablecerse sin agregar al análisis una medicación psicofarmacológica, aspecto que siempre tenemos que considerar.

Respecto a las anorexias graves, no podemos dejar de tomar en cuenta que pueden llegar a la muerte y que suelen acompañarse de ataques diversos al cuerpo con fobia generalizada a los alimentos. Entiendo que estas situaciones no pueden pensarse sin las marcas mortíferas, antropofágicas del otro. El ataque hacia la madre-alimento es feroz, el ataque a ese cuerpo sexuado es tan intenso que surgen las amenorreas, se altera el metabolismo, se dificulta el aparato motor, en fin, se produce una alteración generalizada, y no podemos dejar de marcar que el «síntoma» es alimentario, es decir, materno por excelencia desde los orígenes.

No creo necesario sobreabundar en que estas expresiones pueden ser «usadas» por las neurosis: aspectos histéricos, obsesivos o fóbicos se apropian de estos escenarios y se expresan como lo que son, neurosis. Pero es necesario discriminar los montajes escénicos de los padecimientos graves. En estos últimos se juegan aspectos escindidos y desmentidos que llevan al paciente a situaciones de riesgo que necesitamos advertir, para trabajarlas no en el sentido en que trabajamos las experiencias subjetivadas, sino como aspectos arcaicos que hacen eclosión en el campo transferencial y ponen en riesgo al paciente, al analista y a la situación de análisis.

Como dice Rosolato: es necesario distinguir cuando la falta ha dado lugar a las sustituciones, es decir, el objeto perdido es aceptado y la falta es simbolizable. Cuando se requiere de la escisión y la desmentida sin poder

verbalizar las contradicciones ni las pérdidas o cuando lo desconocido está forcluido, allí los significantes de la madre se imponen masivamente para taponar toda brecha.

Para este autor hay siempre un desconocido materno primordial no simbolizable, los espacios y caminos que eso tome harán a diferencias estructurales. Las pulsiones brutas, nos dice, están efectivamente del lado de lo desconocido, mientras que la organización tópica, que implica relaciones sistemáticas con propiedades distintas y localizadas, separa lo absoluto de lo desconocido.³

Entonces no es lo mismo trabajar en análisis las fantasías parricidas y filicidas presentes en toda estructura psíquica, que configuran la ambivalencia, el duelo, la falta por el objeto perdido y constituyen los avatares del complejo de Edipo tanto en sus aspectos positivos como negativos, que trabajar los actos filicidas y parricidas que se expresan como ataques al cuerpo, al otro o al análisis.

Lo mismo podemos decir de los sueños. ¿Qué diferencia los sueños edípicos de los sueños crudos? ¿Es lo mismo un sueño con una mujer o un hombre «desconocido» en el que surgen indicios de seducción o de realización de deseos incestuosos que esos sueños crudos en los que el paciente relata una relación anal, oral o genital realizada con uno de sus progenitores?

Pienso que estamos ante situaciones muy distintas. En estos últimos hay un fracaso de la metáfora, falta ese velo de la desfiguración, propio de todo enigma que constituye lo inconsciente reprimido, y lo que se pone en escena es la crudeza del incesto. Aludo a los fenómenos residuales planteados por Freud en *Análisis terminable e interminable* y trabajados por Fanny Schkolnik (2000).

Es en ese sentido que hablo de la patología del exceso. Se ha configurado una estructura psíquica precaria, escindida, que alberga lo intromisionante del otro, alberga el incesto sin prohibición, un verdadero atropello a un psiquismo en ciernes que no puede transformar, metabolizar, resignificar

3 Ídem, p. 359.

ciertas marcas que se expresan en diversas modalidades del acto, con graves fallas metafóricas. Las formas de expresión son las de la repetición mortífera, sujetos que solo pueden reproducir los excesos a los que estuvieron atados, ya sea identificándose con el agresor o sometiéndose a otro en forma masoquista, y con frecuencia estos son «sus mejores recursos».

Me importa señalar que estas marcas incestuosas, de lo intromisivo del otro originario, en que no hubo corte, pueden estar escindidas, es decir, no necesariamente comprenden la totalidad de la estructura. Pueden coexistir con aspectos neuróticos, puede suceder que por efectos del análisis o por situaciones de crisis personales, pérdidas intolerables, envejecimiento, situaciones traumáticas que remiten a ese dolor sean reactivadas dejando al sujeto expuesto a actuaciones más o menos peligrosas.

Con esto estoy diciendo que me resulta insuficiente pensar la estructura psíquica desde la perspectiva de la *neurosis* —estructura tripartita, represión secundaria, armado del Edipo y tolerancia a la falta—, o de la *perversión* —en la que la desmentida y escisión del yo sostiene a una madre sin pérdida—, o, por último, de la *psicosis* —en la que la forclusión da cuenta de un agujero psíquico, falla simbólica en la que falta el significante de la falta—. La clínica nos ofrece muchas variantes de estas estructuras, que pueden coexistir de modo parcial y que pueden ser analizadas.

En ese sentido, me ha parecido un aporte valioso el concepto de «locuras privadas» de Green (2001), así como su concepción de situaciones fronterizas de la analizabilidad que hablan de un narcisismo no trófico, que ponen en evidencia angustias de intrusión-separación, que obligan a la unión-destrucción desesperada con el objeto y que se expresan como verdaderos cortocircuitos psíquicos por el acto o por el soma, pudiendo llegar hasta un desinversión radical.

Insisto en que esto coexiste con las neurosis. Según yo lo entiendo, Green abre una perspectiva en torno a las dificultades en la clínica, porque le importa la extensión del psicoanálisis, así como sus fracasos.

Relanzando los problemas que quiero aportar, insisto en que es importante diferenciar los deseos filicidas y parricidas que hacen a las fantasías, que incluyen, por supuesto, deseos de no separación, de absoluto, de no falta, pero situación a la que el sujeto se enfrenta y tolera como enigma y como angustia, de las actuaciones parricidas y filicidas que se expresan

por el incesto realizado o por un engolfamiento que deja al sujeto preso de sí, con dificultades de resignificar y de trabajar ciertas identificaciones, ciertos vínculos duales, especulares, que lo condenan a una repetición sin fin y empobrecen sus posibilidades simbólicas.

Me parece también central tolerar los enigmas de nuestros orígenes, que son fuente de búsqueda, de apertura a nuevas formas de simbolización. Somos sujetos marcados por la pulsión que busca formas de realización, pero tolerando el velo que esa misma búsqueda implica.

Jehová le dijo a Moisés: «No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y sobrevivirá (Éxodo 33.20). Después apartaré mi mano y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro» (Éxodo 33.23). Está prohibido descubrirle el rostro a Dios. Se paga con la vida. Es necesario aceptar los límites, las interrogaciones sobre los orígenes y sobre el otro, enigmas que convertimos en motor de trabajo, de infinitos desplazamientos, de transferencias de transferencia.

Cuando me pregunto si los «antiguos crímenes» pueden ser pasibles de reparación, digo que a veces es posible. Reparables aunque no sin asumir la pérdida de la omnipotencia y la castración, siempre generadoras de angustia, de conflicto, de síntomas y de sufrimiento. También reparables cuando podemos enlazar, a veces por primera vez, un rasgo, una repetición, una identificación que muestra lo que oculta, y esto solo es posible en transferencia y en el proceso de creación.

Y otras veces, esos restos ingobernables, como dice Marucco (1999), siguen repitiéndose en el escenario analítico, y la reacción terapéutica negativa, el masoquismo y el sadismo resultan indestronables, manteniendo al paciente y al analista en una repetición esterilizante y oprimente.

Pero como la pulsión pulsa, seguiremos buscando modos de entretejer estas repeticiones. Para esto, como espero muestre este trabajo, reconocemos nuestro linaje, el aporte de los muchos que contribuyeron a estas reflexiones y las preguntas y cuestionamientos de los que tienen en sus manos el futuro, que también están muy presentes. ♦

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es poner a consideración el tema del Edipo como estructura y como complejo, así como sus anclajes más primarios, y preguntarnos si esta concepción sigue vigente en el mundo actual.

¿Los cambios en la configuración familiar nos obligan a cambiar esta teorización central en el edificio freudiano?

La autora piensa que es necesario distinguir los modos históricos, políticos y sociales de la producción de subjetividad de las formas de estructuración del psiquismo.

A su juicio, el Edipo sigue siendo válido en el armado psíquico, triángulo imprescindible: encuentro de dos que generarán un otro.

En este sentido considera que la prohibición fundamental es la del incesto; esto requiere poder diferenciar las relaciones triangulares, que ponen en evidencia vínculos duales, de la terceridad, que da cuenta de la exclusión del tercero y que pertenece al orden simbólico.

Distingue, así, asesinato del padre y filicidio en acto de las fantasías incestuosas en las que se configura la muerte del padre, lo que enfrenta al sujeto a la castración y a la diferencia, tanto de sexos como de generaciones.

Descriptor: EDIPO | INCESTO |

ABSTRACT

The aim of the paper is to discuss Oedipus, both as a structure and as a complex, as well as its primary moorings, and to consider if this concept is still valid in our present world.

Do changes in the configuration of the family force us to modify this central theorization of the Freudian construct?

The author understands that it is necessary to distinguish the historical, political and social modes which prevail in our environment from the production of subjectivity from the forms in which the psyche is structured.

In her opinion, the Oedipus is still valid in the construction of the psyche, indispensable triangle: an encounter of two, who will generate an other.

In this sense, she considers that the fundamental prohibition is that of the incest, which requires being able to discriminate triangular relationships that reveal dual bonds; from the thirdness, which accounts for the exclusion of the third and belongs to the symbolic order.

The author then distinguishes the murder of the father from filicide in act, from incestuous fantasies, where the death of the father finds form, and confronts the subject to castration and to the difference, both of the sexes and the generations.

Keywords: OEDIPUS / INCEST /

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABDOLAH, K. *El reflejo de las palabras*. Barcelona: Salamandra. 2010, pp. 194 y 195.
- BLEICHMAR, S. «Efectos de un pensamiento crítico en la práctica y la teoría». En *La Oreja*. Rosario, 2001.
- Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento (versión Casiodoro de Reina, 1569). Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960.
- BORGES, J. L. «Everything and nothing». En *El hacedor* (1960). Prosa Completa. Barcelona: Bruguera, 1980.
- CASAS DE PEREDA, M. «El Edipo “de” Freud en Freud. “Se ruega cerrar los ojos”. El papel de la muerte del padre en el descubrimiento freudiano». En Achugar y otros: *Antiguos crímenes. Edipo. Narciso. Caín*. Montevideo: Trilce, 1994.
- *En el camino de la simbolización*. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- CESIO, F. *Actual neurosis*. Buenos Aires: La Peste, 2010, p. 263.
- FREUD, S (1897). «Manuscrito M». Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1896) «Carta 52». Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1923) «El yo y el ello». Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1938) «Moisés y la religión monoteísta». Tomo XXIII, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- GARCÍA, S. «Trauma psíquico y método psicoanalítico». En *RUP*, n.º 100. Montevideo, 2005.
- GIL, D. y otros. *¿Por qué me has abandonado?* Montevideo: Trilce, 2002.
- *El yo herido*. Montevideo: Trilce, 1995.
- GREEN, A. *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires: Amorrortu, 2005, p. 259.
- *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.
- LACAN, J. «Las formaciones del inconsciente». En *Seminario 5* (1957-1958). Buenos Aires: Paidós, 1999.
- *Escritos 1* (1949). México: Siglo XXI, 1997.
- *Escritos 2* (1955-1956). Buenos Aires: Siglo XXI, 1991.
- LAPLANCHE, J. *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1996.

- LE GUEN, C. *Práctica del método psicoanalítico*. Barcelona: Gedisa, 1984, p. 91.
- MARUCCO, N. *Cura analítica y transferencia*. Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- PERCOVICH, M. «Yocasta. Una tragedia». En «www.dramaturgiauruguay.gub.uy/obras/yocasta-una-tragedia», 2002. Autorización personal de la autora para su utilización en este trabajo.
- PERELBERG, R. J. «Padre asesinado, padre muerto: revistando el complejo de Edipo». En *Libro Anual de Psicoanálisis xxv*. Buenos Aires: Centro Gráfico Digital G&G, 2010, 157-172.
- ROSOLATO, G. *La relación de desconocido*. Barcelona Ediciones Petrel, 1981. ROUSSILLON, R. *Agonie, clivage y symbolisation*. París: PUF, 1999.
- *Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.
- SCHKOLNIK, F. «Un trabajo de simbolización. Un puente entre la práctica psicoanalítica y la metapsicología». En *RUP*, n.º 104, 2007.
- «Representación, resignificación y simbolización». En *Revista de Psicoanálisis*, Número Especial Internacional 6, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1998, p. 301.
- «Los fenómenos residuales y la represión originaria». Presentado en *Symposium*, 2000, Buenos Aires. Publicado en *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, n.º 94. 2001, p. 48.

«Con la navaja del padre»

Adolescencia y cuestión del padre



MARIANO HORENSTEIN¹

Pandora —¿Y cree que esa suerte de la que presume durará siempre?
Corto Maltés —Naturalmente, querida... Cuando era niño me di cuenta de que me faltaba en la mano la línea de la fortuna. Entonces cogí la navaja de afeitar de mi padre, y ¡zas!... me hice una a mi gusto.

HUGO PRATT, *La balada del mar salado*

LA ADOLESCENCIA, EL PADRE Y EL LUGAR DEL ANALISTA

En las formulaciones freudianas se sitúa el acmé del Edipo y la castración en la edad de cinco años. A partir de ahí asistimos a su sepultamiento, sabiendo que las cartas están ya echadas en cuanto a la estructuración subjetiva se refiere, a la elección de tipo clínico, a la fundación del superyó como su heredero y al posicionamiento del sujeto frente a la castración, entre otras vicisitudes no menos importantes. Desde ese momento, la latencia copa la escena cubriendo con un manto de experiencias de socialización represiva la desbordante sexualidad infantil. Freud plantea que en la pubertad (concepto más afín a su vocabulario que el de adolescencia) se produce un reverdecer de lo sepultado. Se reaviva el pulsionar sexual, se abre el legado testamentario oculto, y allí se juega una segunda oportunidad en la estructuración psíquica del individuo. Así, la adolescencia es, de alguna manera, «el momento en que se habrá de decidir el futuro del sujeto» (Mannoni, 1986).

1 Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Córdoba.
mmhorenstein@gmail.com

Allí, en el terreno adolescente, que entre nosotros cobra una extensión temporal inédita en otras culturas, aparecerán los temas clásicos del análisis con todo su fervor y pasión: el falo, la castración, la angustia, síntomas e inhibiciones de todo tipo, idealizaciones y caídas estrepitosas, duelos y fantasmas, la erogeneidad reencontrada que convierte al cuerpo en un planeta de estímulos alrededor del cual sateliza la vida mental de un individuo. Este período, que no se lleva bien con estándares de ningún tipo, presenta dificultades técnicas de todo calibre para su abordaje que jaquean la habilidad del analista en cada encuentro y son solo comparables con la multiplicidad de sus posibilidades fundantes y con su formidable potencial en cuanto a la eficacia terapéutica del análisis se refiere. Intentaré realizar algunas puntualizaciones en torno a este momento fecundo en la estructuración subjetiva, realizando un recorte en torno al eje del padre.

«Vos no me tenés» le dijo un día el padre a un paciente que me consultó... luego de un episodio alucinatorio que provocó la angustia de la madre. La singular manera de hacerse presente del padre fue producto de una actitud demandante al extremo de su hijo adolescente para obtener asilo en él, hacerse un lugar. Con los escasos recursos que le brindaba, el paciente no podía hacer más que reclamar hasta el hartazgo, con preguntas insistentes y zonzas, algún tipo de reconocimiento. El padre, por la torpe vía de la negación, demuestra justamente lo contrario, que su hijo lo tiene, pero de una manera resbaladiza. Así, ante un campamento estudiantil, experiencia socializante siempre traumática en su caso, padece alucinaciones visuales con fuertes contenidos sexuales —más vinculadas a una situación histérica que psicótica—. Y busca un analista. El paciente toma los rasgos más degradados del padre para identificarse, aquellos que se vuelven contra él mismo en forma de burla cruel e intolerante, y habla de sí en la consulta como imagina que lo haría su padre. Pero aun eso, tomar lo peor del padre, es mejor que encontrarse inerme frente a la madre.

En un momento de su vida en el que precisa con desesperación de un fuerte muelle donde amarrar para poder separarse del canto de sirenas del deseo materno, siempre cautivante, siempre mortífero, no halla quien le provea cera para taparse los oídos, no halla quien lo amarre al mástil para evitar encallar. Una madre algo advertida propicia entonces la consulta. ¿Qué lugar espera al analista? ¿Un padre sustituto que vía una experiencia

emocional correctiva empareche la vacancia de un padre eficaz agente de su función? ¿Una marioneta complaciente del designio materno? ¿O alguien que, mediante la encarnadura transferencial paterna, propicie que el sujeto, con los vestigios significantes del padre *siempre* algo desfalleciente, *fabrique su propio corte*?

La experiencia en análisis con adolescentes enseña que los mismos pacientes están de alguna manera «en busca del padre perdido», o sus madres, no tan enseñoreadas en la posición letal de hacer de su hijo un objeto, registran incluso con cierta culpa una ligazón demasiado peligrosa, que se hace evidente en una época de la vida de sus hijos cuando la salida a la exogamia, si está dificultada, comienza a hacer ostensibles ciertos síntomas que durante la latencia no tenían evidencia clínica alguna. En estos casos, la misma madre que obstaculizó por su propia neurosis la potencialidad separadora del padre se convierte en el sostén de un tratamiento que padres debilitados, cuando no pueden propiciar, cuestionan porque les recuerda, por su sola existencia, la propia insuficiencia. Cabe preguntarse si un tratamiento *deseado* por la madre, en el que el analista puede operar para que sea registrado por su paciente como un espacio analítico rigurosamente propio, no deviene, por vía del reconocimiento de su propia falta, la apertura a una instancia tercera que haga caer la completud fálica lograda a costa de la existencia del hijo.

Masotta (1976) decía —y sirve como definición operacional, simple y certera— respecto de la pregunta «¿qué es un padre? [...] un padre es esa diferencia introducida por un deseo de madre que no se agota en un deseo de hijo». Si este deseo está debilitado con relación al genitor, cualquier ocasión que demuestre la insatisfacción estructural de la madre y la vehiculización de su deseo hacia otro lugar —y por qué no el análisis de su hijo— podría ser la oportunidad para este de desplegar su conflictiva en un espacio tercero, posibilitador del cuestionamiento de sus identificaciones, propiciador de un nuevo y renovado encuentro con la castración. Nos recuerda Dor (1991), hablando de la no soldadura entre la función paterna y el padre genitor, que otro bien puede cumplir con el papel simbólico imprescindible: «basta que un tercero, mediador del deseo de la madre y el niño —bien podemos decir acá adolescente—, haga de argumento a esta función, para que su incidencia legalizadora y estructurante se signifique».

¿Con qué opera un analista convocado a ese lugar tercero? Con su instrumento de escucha que saca filo a las palabras gastadas o vaciadas de su sentido fundador, pronunciadas demasiado bajo como para ser escuchadas o quizás demasiado ambiguamente como para ser aceptadas, por padres que muchas veces «no cortan ni pinchan» lo suficiente. Se trata de restaurar el filo perdido de la navaja del padre, mentada en el epígrafe que inaugura estas líneas.

Los adolescentes que llegan a consultarnos saben de alguna manera que no hay línea de la fortuna —y por ende futuro— dibujada en sus manos, y aceptan el encuentro analítico como una posibilidad de escribir su porvenir de alguna forma. El encuentro con un analista no será entonces la cita con un oráculo que va a leerles la ventura, ni con un tecnócrata pago por los padres para sofocar algún síntoma perturbador de la homeostasis familiar, sino en todo caso con un escudero que los ayudará a forjarse un proyecto, primero en su deseo, para que puedan salir a la conquista impenitente de él en la realidad.

Si la primera infancia se estudia habitualmente alrededor de la madre y su deseo, sus posibilidades de maternizar y humanizar, de *holding* (Winnicott), de *revèrie* (Bion), y el padre aparece fundamentalmente como quien mediatiza, a través de la función simbólica que introduce, un deseo materno caníbal por definición,² y lo hace en la medida en que se trasunta en el discurso de la madre sobre todo, en la adolescencia el padre retoma un lugar central —no obstante presente desde el inicio—, se complejiza, renueva sus atributos facetándose en su triple investidura imaginaria, simbólica y real. De la manera en que se produzca el encuentro con ese padre tridimensional dependerá la segunda chance otorgada al sujeto aún en vías de estructuración.

Hoy nos encontramos con una suerte de «clínica de la desorientación subjetiva», en la que los adolescentes, sensibles como nadie a las variaciones significantes que operan en el campo social (por ejemplo en la moda), ven seriamente comprometidas sus posibilidades. En medio de un panorama desprovisto de balizas, las dificultades que se plantean con relación al lugar del padre no son un ingrediente menor.

2 «El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual [...] Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre» (Lacan, 1992: 118).

COMPLEJO DEL PADRE

¿De qué manera interviene el padre en el complejo proceso de estructuración del sujeto humano, el Edipo y su hueso, la castración? No de una vez y para siempre, sino de maneras diversas, mediante investiduras diferentes que harán que encarne sucesiva o simultáneamente ropajes imaginarios, atributos simbólicos, desnudez real. Pensar este complejo como la sucesión lógica de diferentes momentos, tal cual lo sugiere Lacan, nos previene de tomarlo solamente como un drama que tiene su acmé alrededor de los cinco años y su reverdecer en la pubertad, jalonado por la evolución lineal de las etapas del desarrollo psicosexual, para incluirlo, sin negar estos momentos privilegiados en su dialéctica, como momentos inherentes a una encrucijada estructural, que como tal atraviesa todo el proceso de subjetivación, comenzando aún antes del nacimiento físico³ del niño, con el lugar que le es destinado en el deseo de los padres. La actualización transferencial en un análisis de este complejo suceder de momentos lógicamente estructurados se convierte en un escenario privilegiado para su estudio.

Seré deliberadamente sintético, en función de la amplitud con que se ha desarrollado el tema de la cuestión del padre,⁴ «que está en el centro de la cuestión del Edipo» y aporta la clave de su drama (Lacan, 1956-1957, 1957-1958).

Momento I: relación fusional madre-hijo. El hijo es el falo de la madre.

Momento II: padre terrible prohíbe el incesto a doble vía. Aparece como privador de la madre, en un doble sentido: priva al niño del objeto de su deseo y priva a la madre del objeto fálico, apareciendo así ante el niño como su ley, y permitiendo la identificación con el padre.

Momento III: padre aparece sujetado él mismo a la ley, permisivo y donador. No es el falo, sino que lo *tiene*. Reinstaura la instancia del falo

3 Vale la distinción, pues habremos de hacer mención más adelante a otro tipo de nacimiento.

4 El lugar del padre en la teorización freudiana, crucial desde su inicio, ha conocido sin embargo un permanente movimiento de entronización y destronamiento, solidario de razones teóricas y clínicas (la preeminencia del complejo de castración entre otras) y de la propia neurosis de Freud, quien incluso se vio llevado a *inventarse* un padre —cuando en su carácter de fundador no tenía padre alguno— encarnado en figuras tan ajenas al psicoanálisis como Breuer, Darwin y Moisés o el protopadre de la horda primitiva (Torres).

como objeto deseado por la madre, y no como objeto del cual puede privarla como padre omnipotente.

El acontecer así esquematizado tiene por centro de gravitación la cuestión del padre y la atribución fálica. El padre aparecerá de tres maneras diferentes, en función de los atributos con los que se lo invista:

Padre real: es el padre genitor, aquel que inseminó a la madre y como tal permanece ajeno e imposible de aprehender salvo bajo las figuras del padre imaginario.

Padre imaginario: es el padre terrible, el protopadre de la horda primitiva del mito construido por Freud, dueño de todas las mujeres, segregador de todos los hijos, generador de violentas ambivalencias. Es en esta encarnadura que debe aparecer en algún momento en la dialéctica del Edipo y la castración, separando a la madre de un hijo que ya no será una parte de sí misma que la complete, y a este de ella, a quien le será vedado un acoplamiento incestuoso que, más allá de la circunstancia imaginaria de un acoplamiento sexual con la madre, se refiere sobre todo a la ilusión de un encastramiento sin fisuras en el cual, a través de él mismo, la madre se completa. Este modo de aparición del padre —necesario aunque provisional, pues en su alarde mutilador denuncia la mascarada que encubre su propia sujeción a la ley— propicia la rivalidad tan necesaria en el niño, en el adolescente luego, para competir fálicamente con él y así arribar a algún buen puerto de virilidad naciente. De esta lucha desigual surge el anhelo de *matar al padre*, que —realizado en el bello mito freudiano de *Tótem y tabú* (Freud, 1913)— hará de los vestigios de su cadáver el soporte de ahora en más honrado de la ley, del derecho, de la norma que sujeta y subjetiva a la vez, dando lugar a la tercera investidura, la del padre simbólico.

Es este el padre que invoca Franz Kafka (1999) en su conocida *Carta*: «Compréndeme, padre, te lo suplico; en el fondo se trataba de detalles completamente insignificantes, pero a mí me resultaban deprimentes por la única razón de *que tú mismo, el hombre tan tremendamente decisivo para mí, no observases los mandamientos que me imponías*». Este padre debe morir, debe ser asesinado, y si no corre ese destino, entonces el del sujeto se verá comprometido, tanto como en el caso de que una debilidad malsana en el ejercicio de su función lo privara de la máscara de su terrible omnipotencia. Es de esta manera imaginaria, padre odiado, idealizado, amado, admirado,

que habitualmente nos encontramos con el padre en los análisis de nuestros pacientes. En el mismo texto, Kafka se encuentra con la culpa vinculada al asesinato del padre, que deja espacio a un sentimiento más pacífico luego: «... el sentimiento exclusivo de culpabilidad del niño ha sido reemplazado ya en parte por la noción de nuestro común desamparo» (ídem). «Común desamparo» en el que resuena la vieja descripción freudiana del final de un análisis, aquella que trocaba miseria neurótica por infortunio corriente.

Padre simbólico: es el padre ya muerto, producto de la furia asesina inconsciente de un niño o un joven que, sin saberlo, ancla aquí su obediencia retroactiva a la ley de prohibición del incesto, dándose, mediante la ficción del asesinato del padre, posibilidad de una salida exogámica a la confusión de los vahos incestuosos que lo embriagan casi tanto como el odio criminal a la imagen terrible de un padre todopoderoso. El hombre que encarna al padre se permite aquí reconocerse como sujetado a la ley, la misma que pretendió imponer con saña a su compañera y a su fruto. No adviene a este lugar quien no haya podido ocupar imaginariamente aquel otro.

Si despojamos al padre de la pregnancy imaginaria del *personaje*-padre, cobra preeminencia la *función* paterna que eventualmente encarna. En la medida que tal función es una función simbólica, podemos analizarla dentro de la estructura que nos acerca Claude Lévi-Strauss (1994) para pensar la eficacia simbólica operante, por ejemplo, en la magia. El autor plantea que no hay razones para dudar de la eficacia de ciertas prácticas mágicas que tienen efectos reales si se cumplen ciertas condiciones entre los elementos que operan en un campo, delimitado por el hechicero, el hechizado y el contexto sociocultural en el que el sortilegio tiene lugar. A saber:

1. que el hechicero crea en su poder;
2. que el hechizado crea en el poder del hechicero;
3. que el contexto (comunidad, tribu) avale y legitime la práctica realizada entre los anteriores.

La dinámica que se juega en los momentos del Edipo, tal como lo puntualizamos más arriba, hace depender la eficacia de la función paterna de la manera en que algo —el falo en el que se deposita la creencia

acerca de su identificación/posesión— puede circular dentro de una estructura similar:

1. El padre debe dar muestras de que posee algo que en realidad no posee operando como interdictor frente a la pareja madre-hijo, omnipotente en un primer momento, sujetado él mismo a la ley luego.
2. La pareja madre-hijo, aunque fundamentalmente la madre, debe aceptar esta cierta impostura del padre haciendo caso a su ley.
3. El contexto sociocultural debe avalar la autoridad y el poder del padre frente a la dupla madre-hijo legitimando esa operación de separación.

Solo así podríamos pensar, completando el esquema anterior, una operación eficaz que instaure una prohibición fundante (mediante la ley fundamental, que constituye a la peculiar naturaleza humana, aquella que prohíbe el incesto) del psiquismo del hijo.

En cualquiera de los tres vértices de esta estructura residen amenazas al proceso, sean las dificultades personales de un hombre para encarnar el lugar de un padre, las de la célula narcisista madre-hijo para aceptar un corte, o las del contexto social que no auspicia esa operatoria que tiene lugar en el seno de las familias.

Cuando un padre no logra sostenerse en su lugar —como contaba un paciente a quien se le iba la vida ocultando y reparando el lado oscuro del padre—, «el peón termina sacrificándose por la reina». Ilustra así cómo el adolescente queda ubicado en un lugar sacrificial ante el altar materno en la medida en que su padre, Abraham renovado, no puede simbolizar el pacto con la ley.

Cuando la resistencia a ubicar el falo en un lugar paterno anida en la coalescencia narcisista madre-hijo, nos encontramos con situaciones como las que desnudaba otro paciente con claridad, mientras convalecía enfermo con sida y hablaba de su padre con palabras calcadas del discurso materno.

—Con mi papá nunca tuve *relaciones*... De hablar, nada. Se desespera, no sabe qué *no* darme... Incluso en lo sexual somos iguales, a mi mamá le gusta tener relaciones sexuales cada tres meses..., todavía tienen —aclara—.

Nosotros tenemos una relación... —dice creando intriga, la cara gozosa— de madre e hijo.

—Pero son madre e hijo —intervengo.

—... *Más* que madre e hijo. Duermo con mi mamá cuando estoy en su casa, mi papá en el piso, en la otra pieza... [...] Somos una familia muy sana *de mente*.

En el lenguaje quizás algo burdo de la perversión, aparecen el incesto apenas disimulado y la función paterna fallida, aquella figurada en el saber no qué dar sino qué *no* dar, qué hacer faltar.

El adolescente revisita los momentos estructurantes del Edipo y la castración, y en este pasaje se juega la oportunidad de cambiar el desenlace anunciado. El *nachträglich* (a posteriori) freudiano posibilita que el devenir incida sobre el pasado, que una historia infantil perdida se reconstituya a partir del presente adolescente. Allí, el joven deberá nuevamente *ser* el padre, *matar* al padre y *salvar* al padre.

SER EL PADRE

De alguna manera podría entenderse la adolescencia como un problema de identificaciones (Mannoni, 1986),⁵ en que la identificación primaria, con toda su oscuridad, es con el padre de la historia primordial (Freud, 1923) tomado como ideal.

El adolescente, viviendo un proceso de muda de identificaciones, en el que la aparición de modelos de distinto tenor cobra relevancia, retoma también el anhelo histórico de *ser* el padre, en el que el amor se confunde con el deseo de eliminarlo. Deseo de consumación imposible a partir del asesinato mítico, deja como alternativa tomar sus emblemas para construir el ideal del yo. Cualquier rasgo identificatorio tomado del padre presentifica esta dinámica, marcada tanto por el deseo de ser (el padre identificado con el falo) como por la imposibilidad de serlo. Así, podrá aspirar a *tener* el falo reconocido en el padre, con la condición de asumir que nadie lo tiene en realidad sino bajo la sombra de su pérdida.

5 «La oscuridad de los fenómenos de identificación es lo que hace difícil una teoría psicoanalítica de la adolescencia», agrega O. Mannoni.

MATAR AL PADRE

Había perdido a mi padre, pero al mismo tiempo lo había encontrado.

PAUL AUSTER

Compañero inseparable del deseo citado anteriormente es el de matar al padre a quien se desea igualar. La consumación del deseo instaura al padre muerto, garante del orden simbólico, y genera una deuda en el hijo con el orden humano que lo hizo sujeto. El hijo como *deudor* del padre —y por medio de este del orden simbólico— se constituye en raíz de toda una serie de síntomas e inhibiciones neuróticas como los que aquejan al Hombre de las Ratas, que se agota en el pago de una deuda impagable, reviviendo eternamente la muerte anhelada de un padre ya muerto (Freud, 1909; Masotta, 1973).

Pero también el hijo como *acreedor* del padre, quien le debe un límite. «El sujeto viviente que se dirige al padre le pide [...] lo que el padre está en posición legal de darle: el límite» (Legendre, 1994: 146). El hijo, en esta doble situación de deudor/acreedor, paga, y «este precio pagado es una renuncia a la omnipotencia de lo absoluto [...]: es *la marca de padre*» (ídem: 148).

SALVAR AL PADRE

El que está decidido a trabajar, da a luz a su propio padre.

PAUL AUSTER

Con penetración digna de poetas y narradores, que nos aventajan siempre en la aprehensión de los meandros del alma humana, como lo reconociera siempre Freud con honestidad, Paul Auster, quien comienza efectivamente su carrera de novelista luego de la muerte de su padre, momento en el que también él mismo se convierte en padre (Auster, 1997; de Cortanze, 1996),^{6,7} echa luz sobre el tradicional cuento *Pinocho*, escrito por Collodi aunque luego popularizado por Disney, llevando nuestra atención a un

6 «A Paul Auster le persiguen esas historias de filiación y de paternidad» (De Cortanze, 1996: 50).

7 «La muerte de mi padre me salvó la vida, no puedo escribir sin pensarlo» (Auster, 1998: 14).

particular «olvido» de la segunda versión, la más difundida. Allí encontramos lo que podríamos pensar como un verdadero acto fallido: luego de que Pinocho encuentra a su padre, Gepetto, en el vientre de la ballena (tiburón en la versión original), ambos salen prendiendo una fogata que hará estornudar al animal y expulsarlos. En la primera versión, Gepetto, que no sabe nadar, es salvado por Pinocho, quien lo anima a salir a horcajadas de él mismo en una oportunidad en que el tiburón abre la mandíbula.⁸ Nos cuenta Auster: «En la versión de Disney [...] se elimina el episodio fundamental de la historia: Pinocho nadando bajo el peso de Gepetto, abriéndose camino en la noche azul oscura. [...] El padre a hombros de su hijo, una imagen que evoca con tanta claridad a Eneas cargando a Anquises a su espalda entre las ruinas de Troya...».⁹

A menudo tendemos a pensar la intervención del padre en el complejo nuclear de las neurosis como una operación propulsada *por él mismo* en su afán separador de la díada narcisista madre-hijo. Matizando y superando esta fórmula, aceptamos que es *en el discurso de la madre* que el padre encuentra un lugar, que es un lugar significativo, inhallable si la madre no ha entablado previamente una relación con la castración tal que le permita reconocer la ley del otro. Es la estructura lo que cuenta —más que los personajes que ejecutan su papel escrito siempre en el libreto del otro—, pero menos transitado que el escorzo en el que el padre es quien interviene o el que postula a la madre como vehiculizando su palabra es el punto de vista que adjudica al propio hijo el rol de *ejecutor de su propio corte*, con las armas que un padre (o, por qué no, un análisis que haga de sostén a su función) le

8 «—En tal caso, papá, no hay tiempo que perder. —¿Qué quieres decir? —Que hay que pensar en huir. —¿En huir? ¿Cómo? —Escapando por la boca del tiburón. —¡Hum! Eso no estaría nada mal; pero debes saber que yo no sé nadar, muchacho. —¡No importa! Te montarás a horcajadas sobre mí, en mis hombros, y yo que soy un buen nadador te llevaré sano y salvo a la playa. —Eres muy valiente, hijo mío, pero no debes hacerte ilusiones —dijo con tristeza el señor Gepetto—. ¿Crees que un muñeco que mide escasamente un metro puede tener la fuerza suficiente para llevarme a nado hasta la costa?... —[...] Sígueme, padre; ven detrás de mí y no tengas miedo» (C. Collodi, «Las aventuras de Pinocho», cit. en Auster, 1998).

9 Eneas habría sido sorprendido en la ciudad por el ataque de los griegos, y habría huido en medio de las llamas llevando a cuestas a su padre Anquises, y en brazos a su hijo Ascanio. Salvó así a su padre del incendio y la matanza, e hizo de él el compañero de sus viajes (Grimal, 1971).

puede acercar. Advertido del horror producido por un vínculo fusional con una madre devoradora, quien más allá de sus buenas intenciones avanza imparabile sobre un padre demasiado ligado a su propia situación incestuosa como para ejercer como agente eficaz de la ley, solo queda al hijo la tarea de completar una separación fallida. Lo hace con los instrumentos del padre, mediante identificaciones con los emblemas del padre, que lo sostienen en este nuevo nacimiento, pero que fundamentalmente *sostienen al padre en su lugar*. Es con la navaja del padre que el hijo marca su carne, completando una operación fallida.¹⁰ «El hijo salva al padre. Pero esto hay que imaginarlo desde la perspectiva de un niño pequeño y también desde la perspectiva de un padre que alguna vez fue un niño pequeño y un hijo. Puer aeternus. El padre salva al hijo» (Auster, 1998). El padre salva al hijo en la medida en que es salvado a su vez por este. El niño *inventa* así aquello de lo que «carece», efectuando una suplencia de la vacancia del padre en el momento en que más lo necesita. Esta operación encuentra un escenario privilegiado en la adolescencia, cuando las nuevas posibilidades identificatorias que se le abren a un joven —el encuentro con el objeto exogámico, la apertura a vínculos productivos con el estudio y el trabajo— en turbador conjunto revisitan el momento histórico en el cual un hijo salvó a un padre, salvándose él mismo en esa operación. A lo largo de este proceso deviene sujeto humano, Pinocho deja de ser muñeco de madera manipulado directamente por el deseo del otro, y pasa a ser un niño-joven, de carne y hueso, sometido entonces a la muerte (castración mediante) pero a la vez a la vida y su eterno (des)encuentro con el deseo.

Al adolescente le compete una doble tarea, la de matar y a la vez salvar al padre. Hercúlea tarea, deponer y a la vez sostener una instancia paterna —y por tanto legalizadora, normatizadora— amenazada en múltiples frentes. Debe retomar para sí la epopeya íntegra de la horda primitiva asesina y a la vez santificadora. Si fracasa en el sostén que supla las falencias siempre presentes del padre, carecerá de los atributos identificatorios y del anclaje

10 Todavía hay mucho por decir con relación a la necesidad adolescente de marcar su carne con tatuajes, pequeñas hendiduras y mutilaciones, agujeros de diverso tamaño y localización en el cuerpo, que nos recuerdan la circuncisión ritual, pero esta vez autoinfligidos.

mínimo imprescindible para construirse un destino por fuera de la madre. Si falla en el asesinato inconsciente del padre, el joven se verá conducido a una no-existencia.

PADRE E INSTITUCIONALIDAD

Átame fuertemente, padre, para que no rehúya el cuchillo...

SEPHER HAYASHAR, *Isaac le dijo a Abraham*¹¹

Más allá de las dificultades psicopatológicas de cada constelación subjetiva particular, los adolescentes enfrentan su encuentro con la función paterna en un entorno comprometido. Desde diferentes ámbitos se ha advertido acerca de la degradación de la autoridad paterna en Occidente¹² en las últimas décadas, y de cómo el discurso social sostiene cada vez menos el ser-padre. Philippe Julien (1991, 1993) describe tal hecho mediante un triple declinar:

1. La caída de los derechos *sobre* el hijo.
El padre, que históricamente era tal solo porque era el amo —y en tanto tal padre, como lo ejemplifica bien el proceso de adopción entre los romanos—,¹³ ve constreñida su autoridad, que pasa a ser compartida con la madre, y anclada a esta. *Pater est quem nuptiae demonstrant*, el padre es el que el matrimonio designa (Digesto, 2, 4, 5, cit. en Julien, 1993), o sea, se es padre —jurídicamente hablando— por ser el hombre de tal mujer. Por influencia de la Iglesia y del Estado, se produce un desplazamiento del poder del padre hacia la madre en el interior de las familias.
2. El celo social que vela por los derechos *del* hijo.

11 Sepher Hayashar: *Isaac le dijo a Abraham*, en Graves y Patai, p. 80.

12 Y aún más allá: «... fuera de toda consideración histórica sobre el Occidente contemporáneo, el oficio del padre es frágil y constituye, en cualquier sociedad, la prueba de fuerza institucional que inscribe a sus generaciones sucesivas en el futuro de la especie humana» (Legendre, 1994: 34-35).

13 El niño era colocado frente al padre, quien lo levantaba del suelo, en un verdadero acto de reconocimiento. Era un segundo nacimiento, no biológico pero verdadero. Toda filiación era adoptiva y voluntaria (Julien, 1991).

El hincapié que se hace a partir de determinado momento histórico en los derechos del hijo —con todo el avance que significan en un plano— produce una nueva degradación de la autoridad paterna, que será reducida básicamente a un cúmulo de tareas, funciones y deberes para con el hijo, por los cuales velará la sociedad por medio de la tecnocracia de médicos, psicopedagogos, puericultores, mediatizando aún más la posición del padre frente a un hijo, y consolidando el privilegiado lugar de la madre.

3. Las posibilidades, jurídicas y científicas, que avalan el derecho *al* hijo, por parte de la madre.

Una madre puede ahora acceder, jurídicamente y científicamente, con los progresos de la fertilización asistida, *por sí sola* a la procreación, lo cual fragiliza aún más el papel del padre.

Estas evidencias que marcan nuestra cultura, sumadas al hecho socioeconómico que significó el ingreso de las mujeres al mercado laboral —donde cada vez es más frecuente ver madres que ingresan el mayor monto o aun el único dinero al hogar, con el significado que esto adquiere, ecuación simbólica falo = dinero mediante (Freud, 1917)—, contribuyen a *minar* la autoridad del padre, mellando el tercer vértice del que hablaba Lévi-Strauss, y así tornan más dificultosa su función de humanizar al hijo mediante la función simbólica que instaura una ligadura genealógica (Legendre, 1994).

El cuestionamiento que de por sí el adolescente efectúa de sus padres, caídas las idealizaciones propias de la novela familiar, encuentra así un terreno fertilizado en exceso en esta degradación de la paternidad, que lo obliga a ejercitarse en un sobreesfuerzo para sostener lo que no se sostiene de otra manera: «... en una estructura social como la nuestra el padre es siempre en algún aspecto un padre discordante en relación con su función, un padre carente, un padre humillado [...] hay siempre una discordancia extremadamente neta entre lo que es percibido por el sujeto a nivel de lo real y esta función simbólica. En esa desviación reside ese algo que hace que el complejo de Edipo tenga su valor, de ningún modo normativizante, sino por lo general patógeno» (Lacan, 1953: 156).

UNA PRIMERA DIGRESIÓN: LA INSTITUCIÓN DEL PADRE

¿Qué es un padre? [...] ¿Qué es un hijo? Nada es más incierto, a partir de la constitución humana, que esta noción de padre, [...] cuestión que ilustra, fundamentalmente, lo institucional puro.

PIERRE LEGENDRE

¿Cómo imaginarizar el tormento subjetivo que implica la inexistencia de un padre (pensado en términos de función mediatizadora y legal encarnada quizás en un hombre)? ¿Qué incidencias subjetivas, trastocadoras de toda referencia que ordene un camino a recorrer por un joven, pueden inferirse de tal desastre?¹⁴ ¿A qué titánico desafío somete entonces a un aparato psíquico aún en gestación un padre ineficaz en su gestión?

Tomaremos como metáfora de tal encrucijada una realidad extra-clínica: lo que sucede en términos sociopolíticos en Argentina en estos momentos,¹⁵ a partir de un seguimiento de la figura que encarna el lugar paterno en un Estado, su líder.¹⁶

Desde el advenimiento de la democracia en 1983, se asistió a la asunción jubilosa del mando por Raúl Alfonsín, que prometía democracia como marco para comer, curar y educar. Encarnaba una esperanza legalizadora frente a la inescrupulosa dictadura que hizo desaparecer en una noche de ocho años cualquier armazón a la vez legal y legítima que ampare el acontecer ciudadano. Un acto definió el inicio de su gobierno: el juzgamiento de las juntas militares responsables máximas del terrorismo

14 Si bien un lugar privilegiado para aprehender esta clínica en la que un individuo se encuentra con el abismo de la inexistencia de un orden paterno es el de la psicosis, para los fines de este recorte dejamos de lado con deliberación su análisis para concentrarnos en los efectos de la falla de la función paterna en la neurosis.

15 Escribía esto —junto con el resto del texto que la RUP publica generosamente más de una década después— en junio de 2002. En América Latina se hace difícil pensar al psicoanálisis como ajeno al contexto, a la realidad material que irrumpe en nuestros consultorios, situación que quizás resulte más extraña a nuestros colegas europeos o norteamericanos.

16 Aun cuando pueda aparecer como impropio aplicar categorías analíticas a fenómenos sociopolíticos, no hacemos más que retomar la tradición inaugurada por Freud en numerosos textos.

de Estado. Así, los padres-tiranos eran sometidos a la ley. Así, los hijos-hermanos-ciudadanos podíamos soñar con vidas particulares enriquecidas con límites claros y vivificantes. A poco caminar, se hizo insostenible políticamente tal epopeya (la de obligar a responder a la ley a dictadores que identificaban la ley con ellos mismos), y sucesivas leyes o decretos (punto final, obediencia debida e indultos concedidos en el futuro gobierno) convirtieron en una caricatura lo que intentó ser un acto fundacional. Empujado por el poder sombrío y omnipresente de «los mercados» y por su propia inoperancia, cayó el gobierno antes de término y asumió el sucesor presidencial, que ya había sido elegido en elecciones democráticas: Carlos Menem. Este, político astuto y sagaz, gobernó el país durante diez años a la manera de un caudillo experto en el manejo del poder, pero inmune a cualquier instancia legalizadora que limitara su poder. Copó todas las estructuras de control del Estado (desde los juzgados federales, auditorías generales y fiscales investigadores hasta la misma Corte Suprema de Justicia) con acólitos encubridores de la actividad de un verdadero padre de la horda odiado y admirado a la vez, para quien ningún freno valía.¹⁷ En un entorno económico favorable y con un amplio aval de la ciudadanía, pudo hacer prácticamente todo lo que se propuso, a su antojo, incumpliendo con su propia palabra y con numerosas normas jurídicas.

Finalmente, luego de una década en el ejercicio del poder en que se asentaba una continuidad democrática pero al precio de minar sus fundamentos, vaciando a la ley de contenido, su gobierno dio paso a una Alianza triunfante encabezada por Fernando de la Rúa, que hizo del castigo de la corrupción menemista su bandera de campaña principal. Incapaz de propiciar una revaluación de la democracia y la vigencia de la ley, el expresidente, que no pudo siquiera avanzar en la limpieza prometida de un Estado viciado, cayó anticipadamente víctima de su propia impericia para el ejercicio del poder, aquello que un padre debe poder hacer, en determinado momento, a

17 En cierto momento el presidente fue detenido en una autopista, y liberado al instante, en circunstancias en que al parecer podía circular con exceso de velocidad en una Ferrari que un grupo empresario le había «regalado» y consideraba suya pese a disposiciones legales que prohibían aceptar regalos a título personal a los primeros mandatarios. Esta anécdota no por trivial resulta menos ilustrativa de una particular relación con la ley.

riesgo de tener que abdicar de su función si fracasa. La debacle entonces se precipitó, las débiles estructuras de un Estado corroído sistemáticamente en su legitimidad se pusieron en marcha para lograr una transición ordenada que fue imposible: cinco presidentes se alternaron en pocos días, desdibujándose cualquier idea posible de orden. Se agudizó entonces un proceso de violación sistemática y explícita de la ley por quienes debían defenderla (hasta ese momento, las violencias contra la legislación eran subrepticias y negadas por sus perpetradores). Se confiscaron los depósitos de los ahorristas —a pesar de que regía una «ley» de intangibilidad de los depósitos—, se vulneraron las garantías estatales de estos, se devaluaron acreencias de actores privados con arbitrariedad, se modificaron abusivamente cláusulas de contratos entre partes, públicos o privados, se incumplió con los compromisos asumidos externa e internamente...

En una suerte de viñeta «clínica» amplificada, diferentes figuras de padre se suceden: tiranos y caudillos en relación perversa con una ley que no los toca, padres débiles incapaces de sostenerse fálicamente en el poder, padres-hermanos, padres deteriorados... Se llega así a una situación de verdadero marasmo en la que ni hay ley ni garantes de ella —no hay padre que la sostenga—. Esto provoca el caos en diferentes niveles: de manera evidente en los niveles político y económico, pero de forma no por capilar menos grave en las relaciones entre ciudadanos y al interior de cada sujeto en particular. No hay orden, no hay palabra que se respete, no hay convenio que se cumpla. La violación del contrato social derrama su ácido abrasivo sobre todas las relaciones humanas. Para peor, tampoco surgen líderes capaces de restaurar la vigencia y credibilidad de las instituciones, y reaparecen temores ante las tentaciones autoritarias. Los políticos —casi sin excepción— gozan de un nivel de desprestigio inédito en la historia, y esto nos priva de padre, si se permite la extrapolación. Y sin padre, solo queda la angustia.¹⁸

18 En 2013, momento en que se publica este texto, quizás convenga consignar lo que sucediera en mi país luego, fundamentalmente en diez años de gobierno del matrimonio de Néstor Kirchner (durante los primeros cuatro) y Cristina Kirchner (en los últimos seis años). Siendo una mujer, no puede decirse que Cristina Kirchner gobierne desde ese lugar sino más bien desde un lugar fálico común al lugar que las fórmulas de la sexuación lacaniana (Lacan, 1972-1973: 95) le reservan al hombre. Si bien este gobierno retomó con fuerza la instancia legalizadora —frente a los desmanes del terrorismo de Estado— que había quedado inconclusa tras retornar la democracia, no queda claro que en su respeto a la ley y a las instituciones se diferencie demasiado de los anteriores.

Esta angustia es la generada por la falta total de reglas, garantías, límites, ley. Esta es la angustia que reaviva y presentifica la angustia de castración, no tanto en el sentido de angustia *ante* el padre, sino precisamente de la angustia de que el Padre *falte*.¹⁹

Este es entonces «el desastre al que sirve de dique la imagen del Padre» (Legendre, 1994: 28), pleno de consecuencias subjetivas. Este caos social que exhiben las pantallas de los noticiosos de todo el mundo —y lejos está aún de haber mostrado sus más terribles imágenes— metaforiza en un plano social la degradación de la existencia de un sujeto inválido de padre.

Tal sujeto queda desvalido frente a lo que podríamos llamar «el fantasma de *Lilith*», el mito de la madre devoradora. Sabido es que en el Génesis hay dos relatos de la Creación. En uno, el menos conocido, hombre y mujer son creados al mismo tiempo. Lilita, la primera mujer, anterior a Eva, que no se sometió a la ley, sino que exigía un trato simétrico, se transforma en una figura demoníaca, responsable de la muerte infantil precoz, especialmente de varones. Lilith es la madre anterior —en términos lógicos, no cronológicos— a la castración, Eva es la madre sometida a la ley del padre. Es interesante destacar que para los místicos cabalistas (que tuvieron sutiles percepciones para nada alejadas de los descubrimientos del psicoanálisis) la circuncisión, «sustituto simbólico de la castración» (Freud, 1939: 118), tenía carácter protectorio contra las influencias de Lilith (Colodenco, 2000; Graves y Patai, 1986). Solo el sometimiento a la voluntad del padre preservaba a un varón de la influencia mortífera de Lilith. La ley del padre, introduciendo el falo y su reverso, la castración, es el palo en la boca del cocodrilo que impide que esta se cierre sobre el sujeto.

Es esto lo que está presente en el relato bíblico del sometimiento de Abraham a la ley de Dios en el que se muestra dispuesto a sacrificar a su primogénito, Isaac, ante el mandato divino. Esto muestra cierta característica de la ley: el peso que tiene en sí misma, más allá de su eventual racionalidad o bondad. Está desprovista de contenido, es tan solo un «no» al que hay que acatar, y en tanto es obedecida instaura una ligadura (representada simbólicamente en la circuncisión) con el padre, y por ende con el orden humano.

19 «Llamamos angustia a la posibilidad de la imposibilidad del corte» (Masotta, 1976).

«La diferenciación del hijo con respecto a la madre implica la transferencia al padre de la relación de ese hijo con la omnipotencia, y en consecuencia, con el homicidio. El tema antiguo *ex patre natus* (ser nacido del padre) da perfectamente cuenta de este pasaje: todo hijo debe nacer también del padre. Institucionalmente hablando, ¿cómo puede lograrse? Al desenlace yo lo llamo la *ligadura genealógica*» (Legendre, 1994).

Tal ligadura de la que nos habla Legendre desde el derecho (¿y desde qué otro lugar podríamos elegir interlocutor para hablar de la ley y el padre?) proviene del latín *alligare*, *Aquedah* en hebreo, y es lo que hace Abraham con su hijo Isaac: lo ata, lo liga al altar del sacrificio para cumplir con la orden insensata de Dios, con su ley. Al acatar su ley, Dios lo desliga y permite que un carnero sustituya el sacrificio humano que Abraham se mostró dispuesto a cumplir (Graves y Patai, 1986). Es esta la lógica de la ley que introduce la función paterna: acatar una ligadura para poder desligarse subjetivamente. Así, los hijos nacen de nuevo, esta vez del padre.

Lejos está del espíritu de esta interpolación agotar en un reduccionismo grosero un encadenamiento de complejos procesos político-económico-institucionales. Menos aún convertir a nuestra humilde aunque formidable disciplina en la *Weltanschauung* (concepción del universo) de la que nos previniera Freud, que aprisione al mundo en una óptica parcial y a la vez totalitaria. Solo quiero graficar algo que inunda nuestra clínica actual, más allá de las concepciones ideológicas del analista, y que pienso que ilustra la situación de inermidad, de abismo, que toca a un sujeto enfrentar cuando vacila la institución del padre.

«La ligadura [...] significa la articulación de todos los lugares genealógicos con la Referencia absoluta» (ídem). El padre —continúa Legendre— es alguien que hace oficio de padre, y en tanto tal, no puede serlo sino como delegado de la referencia absoluta, la que encarna la legalidad. De ahí proviene asimismo la autoridad de jueces o gobernantes, quienes también ejercen un oficio cercano al de padre. Si esa delegación aparece tan cuestionada como en el patético declinar de los liderazgos políticos que enumerábamos, deja al joven Isaac «desligado». Muchos de nuestros pacientes hacen presente esta imagen de desolación, por lo cual hablaba de cierta clínica de la desorientación subjetiva que puede observarse hoy en día.

PADRES QUE HACEN OFICIO DE HIJO. HIJOS QUE HACEN OFICIO DE PADRE

Un padre es un hijo que hace oficio de padre; cuando esto se invierte, los hijos encuentran imposible el oficio de padre.

P. LEGENDRE

Apelando a otra metáfora ajedrecística, un joven paciente que vivía entre mentiras, accidentes, ideas suicidas, consumo de drogas y robos, sin anclaje en proyecto alguno pero que sin embargo conmovía por la manera en que cuidaba a su padre divorciado, alcohólico y homosexual, decía: «Yo soy el peón de mi mamá. Mi madre sería la reina, y yo el peón, pero no de los que salen para que se los coman, sino de los que están atrás, cuidando a la reina. [...] Mi padre... ¿quién sería?... No sé... ¿un alfil?».

Pese a lo degradado de su lugar, el paciente sostiene a este padre, que ya ni puede trabajar pues está ora intoxicado, ora deprimido, ora viviendo tumultuosas relaciones homosexuales, alabándolo como el mejor en su profesión —cuando ya casi no puede trabajar—, mudándose cerca de él, sosteniéndolo incluso físicamente cuando cae al suelo en medio de vómitos. ¿Es que no es mejor este padre, con todo lo que falte a su función como pueda preverse, que ocupar la posición de peón de una reina que todo lo puede, pero ante quien este joven no ocupa un lugar singular? Ante este precipicio, quizás hasta un suicidio fantaseado —desde el balcón del padre— o ser el auxiliar de este en medio de los vestigios y deyecciones de sus banquetes perversos sea preferible a la desgracia de ser el peón materno, devenido objeto, sofocado en sus posibilidades de subjetivación. Claro que, sin un análisis, esta vía, escapando de un abismo, lo precipita a otro.

La falta de garantías institucionales se solapa aquí con un lugar imposible de sostener: tomado como padre por su propio padre quien le habla como hijo, tomado como peón por su madre. Lugar imposible, que el joven trata de ocupar armándose de los escasos atributos que su padre puede ofrecerle.

«Cuando un ser humano se convierte en padre, no está subjetivamente en un lugar automático de padre frente al recién venido, sino que debe conquistar ese lugar renunciando a su propio estatuto de hijo... debe morir en su condición de hijo para cederla a su hijo... este balanceo no

puede cumplirse más que si ya su propio padre había cedido su lugar de hijo, y así sucesivamente... el lugar de padre no puede ser operante, salvo que el Tercero social, como garante de todas las palabras intercambiadas, se declare, enuncie cuál es la verdad de ese lugar, de ese puesto, poniendo en escena la imagen institucional del Padre. Para un padre, seguir siendo hijo significa, con respecto a su propio hijo, dirigir a este una demanda de hijo, o, dicho de otro modo, ponerlo en el lugar de padre» (Legendre, 1994: 67).

En un contexto de franca ilegalidad, donde no hay garantes institucionales de la ley, se hace más difícil la toma de posición frente a ella en el ámbito individual. A los jóvenes que hoy analizamos se les torna más difícil aún encontrar una legalidad que se (y los) sostenga.

No son pocos los adolescentes que consultan luego del encuentro, fallido o no, con la posibilidad cierta de una paternidad real, en un momento de la vida en que los fantasmas encuentran en un organismo desarrollado el sustrato necesario para su realización.

Cuando en la clínica encontramos padres demasiado situados en el lugar de hijos, incapaces de transmitir una relación con la ley marcada por la propia castración, asistimos a todo tipo de desventuras subjetivas. Además de nacer de su madre, los hijos deben nacer doblemente, también de su padre, producto de su intervención legalizadora y estructurante. Pero no es menos cierto que, de alguna manera, también los padres nacen de sus hijos.

UNA SEGUNDA DIGRESIÓN.

LAS INSTITUCIONES ANALÍTICAS Y LA CUESTIÓN DEL PADRE

He intentado situar la problemática del padre en el proceso de subjetivación individual, y luego me planteé ilustrar —como metáfora de lo que sucede en la clínica— la insuficiencia de la función paterna en la estructura socio-jurídica de un país determinado. Podría situar ahora lo que sucede en la formación analítica y en su corazón, que es el análisis personal,²⁰ desde esta

20 En que la cuestión de cómo se piensa al final de análisis tiene especial relevancia con relación al tema que nos ocupa.

perspectiva, la del padre. Allí también un nuevo sujeto deberá producirse como resultado de una compleja operación asentada en el trípode formativo análisis-supervisiones-seminarios: un psicoanalista. Y se repite la misma triple necesidad de identificarse con el padre, matarlo y sostenerlo.

Quizás no debería dejar de llamarnos la atención la necesidad habitual de los analistas de *inscribirse en una filiación*, por lo general ligada a una determinada corriente teórica (cualquiera de ellas), pero que excede con mucho los parámetros de una pura elección racional. Este proceso, a menudo masivo e indiscriminado, repudiador de las diferencias que enriquecen el campo analítico, encuentra almácigo fértil y abrigo en el proceso de formación misma, en el que da lugar a múltiples fidelidades, rivalidades y conflictos. Parece difícil evitar el aprendizaje por vía de la identificación. De esta manera, se produce cierta *alienación* (Lacan, 1964), condición de apropiación de los significantes del otro.

En el campo tan particular que es el psicoanálisis, en el que la relación transferencial hacia un autor sostiene de alguna manera la práctica, los diferentes grupos analíticos adoptan padres permanentemente. No solo el padre adopta al hijo, sino que aquí el hijo adopta al padre, mediante su doctrina y saber clínico, como iluminador de determinada práctica. Así, Freud, Lacan, Bion, Klein, Winnicott, Meltzer... se convierten en padres que sostenemos pues nos sostienen. ¿Es posible pensar en un modo de transmisión del psicoanálisis y agrupamiento fecundo de los analistas que prescindan del sometimiento a un padre libre de utilizar la herencia recibida de él para marcar un sendero propio, siempre personal, vinculado al estilo de cada uno? ¿No debería propender una formación analítica a la producción de analistas singulares, marcados por la tradición y los estándares, pero a la vez únicos en su particularidad?

Pese a numerosos puntos de contacto, «el análisis se distingue de la ciencia por el hecho que esta tiende a olvidar a sus fundadores y a reemplazarlos por sus dichos, o mejor, por sus escritos» (Braunstein, 1994: 25), y sigue diciendo el autor: «ser psicoanalista es posicionarse de cierto modo, singular, dentro de una genealogía de análisis, de analistas, de transferencias, de textos, de instituciones, que incluye siempre la relación transferencial con el fundador, con ese padre que no es —en lo analítico— hijo de nadie: fuente originaria de un linaje y patrón de medida...» (ídem),

Freud como fundador de una nueva discursividad (Foucault), y a partir de ahí ineludible referencia para los oficientes de un campo que reconoce en él al padre a imitar y a destronar en un incesante movimiento a través del cual adveniremos analistas.

A la par de la necesaria alienación, debe producirse en algún momento una *separación* (Lacan, 1964), un corte, vía el cuestionamiento de las figuras transferenciales (maestros, supervisores, analistas), haciéndolas caer de su lugar idealizado, «matándolos», para poder existir como analistas particulares, escapando al destino de clones eternamente identificados con el maestro.

Tal separación, de la cual advenirá un psicoanalista único, extraño a cualquier serie, con la marca de su *estilo* personal, no puede hacerse sino a través de los instrumentos tomados del otro, de la transferencia, en quien nos apoyamos para diferenciarnos. O, al menos, eso deberíamos tratar, para escapar al sino de la eterna adolescencia, en que la idealización sin caída o la disputa interminable no hacen más que afirmar el fracaso de un verdadero análisis, ese que nos hace únicos.

Cuando en una institución las transferencias permanecen operantes sin la caída de estas inherentes a los finales de análisis, amén de la multiplicación de conflictos que hallan en el ámbito societario albergue de una neurosis nunca resuelta, asistimos al empobrecimiento de la actividad de intercambio y diferenciación que, para ser fructífera, exige haber matado al padre (forma que puede tomar la liquidación de la transferencia) sirviéndose de lo mejor que se ha podido tomar de él y reinventándolo en nosotros. Solo así escapamos al destino estéril, solo por esta vía la herencia —que remite al antiguo concepto jurídico romano *hereditas*, cuyo elemento central es la transmisión genealógica de la relación con el padre (Legendre, 1994: 141)— que recibimos puede llegar a ser nuestra. ♦

RESUMEN

El presente artículo sitúa en la adolescencia la renovación de la apuesta por la subjetividad. Allí, el sujeto deberá recorrer de nuevo las estaciones lógicas fundamentales que marcan el Edipo y la castración, que tiene al padre en su centro gravitacional. Deberá ser el padre, matarlo y salvarlo, para así poder devenir un sujeto particular. El encuentro con el padre como genitor, como personaje imaginario y como función simbólica se efectúa en un contexto histórico-jurídico-cultural que devalúa y degrada su investidura. Se incluyen, además de breves viñetas clínicas y recortes literarios, dos digresiones acerca de la decadencia de la figura del padre en un contexto político particular, con sus consecuencias en el psiquismo de los ciudadanos, y la ligadura con el padre que vehiculiza el saber analítico, tal como puede darse en la formación analítica y en la vida institucional.

Descriptores: TEORÍA LACANIANA / PADRE / CASTRACIÓN / IDENTIFICACIÓN / ADOLESCENCIA / MATERIAL CLÍNICO /

Descriptores candidatos: ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA

ABSTRACT

The present piece of work places in adolescence the renewal of the bet for subjectivity. There, the individual will have to go again through the fundamental logical period of time that marks Oedipus and Castration, which has the Father in its gravitational center. The individual will have to be the father, will have to kill him and save him, in order to be able to become a particular person. The encounter with the father as the engenderer, as an imaginary character and as a symbolic function takes place in a historic-juridical-cultural context that devaluates and degrades his investiture. Clinical vignettes and literary fragments illustrate the ideas wished to be transmitted. Two «digressions» are also included, regarding the decadence of the father's figure in a particular political context, with its consequences in the citizen's psyches; and the joint with the father that transports the analytical knowledge, such as it can happen in analytical formation and institutional life.

Keywords: LACANIAN THEORY / FATHER / CASTRATION / IDENTIFICATION / ADOLESCENCE / CLINICAL MATERIAL /

Candidate keywords: PSYCHIC STRUCTURING PROCESS

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AUSTER, Paul (1982). *La invención de la soledad*. Barcelona: Anagrama, 1998.
- (1993). *El cuaderno rojo*. Barcelona: Anagrama, 1997.
- BRAUNSTEIN, Néstor. *Freudiano y lacaniano*. Buenos Aires: Manantial, 1994.
- COLODENCO, Daniel. Comunicación personal. Córdoba, 2000.
- DE CORTANZE, Gérard. *Dossier Paul Auster*. Barcelona: Anagrama, 1996.
- DOR, Joël (1989). *El padre y su función en psicoanálisis*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1991.
- FOUCAULT, Michel. *¿Qué es un autor?* Buenos Aires: El Cuenco de Plata, 2010.
- FREUD, Sigmund (1909). «A propósito de un caso de neurosis obsesiva (caso del “Hombre de las Ratas”)». A. E., X.
- (1913). «Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos». A. E., XIX.
- (1917). «Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal». A. E., XVII.
- (1921). «Psicología de las masas y análisis del yo». A. E., XVIII.
- (1923). «El yo y el ello». A. E., XIX.
- (1939). «Moisés y la religión monoteísta». A. E., XIII.
- GRAVES, Robert y Rápale PATAI (1963). *Los mitos hebreos*. Buenos Aires: Alianza Editorial, 1986.
- GRIMAL, Pierre. *Diccionario de la mitología griega y romana*. Barcelona: Labor, 1971, 3.ª ed.
- KAFKA, Franz (1992). «Carta al padre». En *Padres e hijos*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- JULIEN, Philippe (1991). *El manto de Noé. Ensayo sobre la paternidad*. Buenos Aires: Alianza Editorial, 1993.
- «Del padre». *Actas de seminario de psicoanálisis*. Córdoba, 1991.
- LACAN, Jacques (1953). «El mito individual del neurótico o “poesía y verdad en la neurosis”». En *Cuadernos Sigmund Freud*, 2|3, Buenos Aires, 1973.
- (1956-1957). *El seminario 4. La relación de objeto*. Barcelona: Paidós, 1994.
- (1957-1958). *El seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós, 2000.
- (1964). «Posición del inconsciente». En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1987 (1966).
- (1972-1973). *El seminario 20*. Barcelona: Paidós, 1981.
- (1975). *El seminario 17. El reverso del psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1992.
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1974). *Antropología estructural*. Barcelona: Altaya, 1994.
- LEGENDRE, Pierre (1989). *Lecciones VIII. El crimen del cabo Lortie-Tratado sobre el padre*. México: Siglo XXI, 1994.
- MANNONI, Octave (1984). «¿Es “analizable” la adolescencia?». En Octave MANNONI y otros: *La crisis de la adolescencia*. Barcelona: Gedisa, 1986.
- MASOTTA, Óscar. «Edipo, castración, perversión». En *Ensayos lacanianos*. Barcelona: Anagrama, 1976.
- «Consideraciones sobre el padre en “El hombre de las ratas”». En *Cuadernos Sigmund Freud*, 2|3, Buenos Aires, 1973.
- TORRES, Enrique. *Ascenso y caída del padre en psicoanálisis*. Inédito. Córdoba, 1996.

Los adolescentes, la declinación del patriarcado y las nuevas estructuras familiares



JAVIER GARCÍA^{1,2}

¿Qué pasa con los adolescentes, la función paterna y las nuevas configuraciones familiares?

¿Estos cambios en el padre y en las estructuras familiares hablan de una declinación simbólica, o hay más de un referente de ley simbólica en las organizaciones familiares y sociales actuales?

Y, en consecuencia, ¿cómo afectan estos cambios epocales de la estructura familiar y la imagen y función del padre la conformación del ideal del yo?

PATRIARCADO Y DECLINACIÓN

El modelo tradicional de familia surge de la primera revolución industrial a fines del siglo XVIII. Una pareja heterosexual con uno o más hijos que conviven todos en una misma vivienda. La autoridad patriarcal falologocéntrica

- 1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. gp@adinet.com.uy
- 2 Le fue otorgado el premio Extraordinarily Meritorious to the IPA en el reciente 48º Congreso de la IPA realizado en Praga. Fue durante el Business Meeting que el presidente de la IPA, Charles Hanly, hizo entrega del premio. El reconocimiento fue propuesto por unanimidad del Board Latinoamericano de la IPA y aprobado por el Board de Representantes y el Comité Ejecutivo. Charles Hanly se refirió a los fundamentos que sustentaban esta premiación considerando la trayectoria de Javier García Castiñeiras en los temas referidos a educación en psicoanálisis y su dedicación al desarrollo del psicoanálisis en países de América Latina donde IPA y Fepal no tienen institutos de formación psicoanalítica. Fue el fundador y primer director del Instituto Latinoamericano de Psicoanálisis (ILAP).

es una herencia del patriarcado romano y de la monarquía. Uno de sus fines más importantes era asegurar la herencia, por lo cual el arreglo entre los padres sorteaba el deseo de los cónyuges, por ejemplo. Pero las limitaciones de la patria potestad primero por la Iglesia y luego por el Estado fueron quitando poder al padre, en la elección de pareja primero, en la imposibilidad de desheredar después. Esto marca el origen de la familia moderna y del capitalismo del siglo XVIII, se limita la patria potestad en función de libertades de elección, pero se sitúa el ejercicio de la ley en la Iglesia y en el Estado. El patriarca sobrevive trasmudado en burgués industrial y comercial, y en otras clases sociales se reproduce este modelo dominante de familia.

Falocentrismo y patriarcado van juntos e implican un apoderamiento del imaginario fálico por el hombre y el padre. Este apoderamiento ha caracterizado al hombre en gran parte de la historia y las culturas (con excepciones) a los efectos de la concentración del poder y el dominio *pater familiae*. El falocentrismo y el falologocentrismo que plantea Jacques Derrida (1968) constituyen la lógica interna del patriarcado, y constatamos que el poder del padre en la familia ha venido disminuyendo históricamente, no solo en el siglo XX. Primero por el pasaje que recién mencioné de su autoridad a la Iglesia y al Estado, pero, sobre todo y más cerca en el tiempo, por la sucesiva y progresiva adquisición de derechos de la mujer y los niños consecuente con las demandas de trabajo femenino y las necesidades de consumo del mercado. La separación entre la sexualidad y la reproducción, que permitieron mayor libertad a las mujeres a partir del control de la natalidad con los anticonceptivos, coincide con la fuerte irrupción de movimientos ideológico-políticos que defendían sus derechos durante los años 60. Esto también coincide con el inicio de la rebelión gay en Stone Wall Inn, Green Village, Nueva York (1969).

Pienso que los fines de los 60 con gritos que estallaban en distintas partes del mundo y de colectivos e intereses muy diferentes ayudaron a cambiar decisivamente el futuro de todas las ideologías y sus estructuras, como la de la sexualidad y los modos de parentesco. No porque hayan surgido allí proyectos ideológicos nuevos —crítica frecuente y fuerte que se le hace al 68—, sino más bien porque fueron gritos que sacudieron las ideologías y creencias existentes a partir de acontecimientos (Badiou, 1988). También las críticas al psicoanálisis en su concepción de una sexualidad falocéntrica surgieron

fuertemente en esa época (Foucault, Deleuze, Althusser), y la respuesta de Lacan (1958) al separar el falo del pene no dejó de plantear la privación real de pene en la mujer como decisiva y un significante falo-amo (Lacan, 1958) dentro de una estructura simbólica que parece haberse concebido como ahistórica e inmutable.

Controlar la reproducción e independizar lo sexual de lo reproductivo —aunque no aún lo reproductivo de lo sexual— abrió culturalmente un campo para la sexualidad en sí misma, especialmente para la mujer. La mujer quedó con muchas más libertades para su formación intelectual, profesional, tecnológica y para el ingreso a los medios de producción y relación social, así como a la sexualidad. Parece indudable el cambio de lugar, función y poder de la mujer en el siglo pasado, que aumentó una continua y creciente disminución del poder del hombre en la familia y en la sociedad, lo que significa también que el falo y el logos estén menos centrados en el hombre. Se ha llamado la declinación de la «imago paterna» (Lacan, 1938, entre otros), pero especialmente creo ver allí una *declinación de la concentración de poder y un aumento de la distribución del poder en la familia*, lo que aún dista mucho de una igualdad de condiciones de valor e intercambio en funciones diferentes.

A partir de los 60, con el capitalismo tardío, se relativizaron las estructuras familiares con vínculos fijos habituales, y la organización queda condicionada a separaciones y reorganizaciones, que se hacen cada vez más habituales. Hacia finales de siglo xx surgen porcentajes mayores de familias monoparentales, monoparentales extendidas, homoparentales, unipersonales, ensambladas con hijos de parejas anteriores e hijos actuales, etcétera. Más recientemente han aparecido legislaciones que dan estatuto legal a las parejas homosexuales, con acceso al matrimonio y a la adopción de niños u otras formas de paternidad, lo que termina con la familia concebida solamente como la unión de dos seres de diferentes sexos biológicos. También el espacio físico (vivienda) y el tiempo que ocupa la familia disminuyen. El auge y transformación de las comunicaciones en sus distintas formas aumenta el número, la variedad y el horizonte de los nexos, descentra y fragmenta la transmisión de conocimiento de la figura del páter o maestro, y con todo esto las nuevas formas familiares parecen perder fuerza en la construcción de subjetividades.

ADOLESCENCIA Y CAMBIOS EN LA FUNCIÓN PATERNA, LOS IDEALES Y LA ESTRUCTURA FAMILIAR

Hablar de «adolescencia» no es hablar de un hecho natural sino de un constructo adulto bastante joven históricamente y no necesariamente consensuado. Es una creación cultural en la que lo social y lo político están muy presentes, del mismo modo que lo están en la vida de un adolescente.

Ubicados en lo que entendemos por «adolescencia» y en el capítulo «Los adolescentes y las distintas organizaciones familiares y sociales actuales» que nos corresponde, encontramos lo decisivo del pasaje del ámbito familiar a otros grupos sociales. Si nos importa en psicoanálisis la concepción de «otro» en sus diferentes variantes y formas de entenderla, en la adolescencia el sujeto se mueve en tableros, escenarios de acción, y se rodea de diferentes *otros* en diferentes lugares, reglas y juegos. En todos ellos, aunque de modos distintos, la sexualidad capitanea empujando hacia escenarios habilitados para el intercambio. En estos movimientos hacia nuevos escenarios conviven reglas que se traen con la estructura familiar y psíquica, referencias identificatorias al padre (padre-madre), con otras imágenes idealizadas que se construyen y abrazan con facilidad en la adolescencia. Como resultado de esto el sujeto se viste del otro, se re-viste, y va produciendo sedimentaciones identificatorias —rasgos— que trazan las líneas del ideal del yo. Podríamos decir que a partir de estas identificaciones se va saliendo de la adolescencia y de una mayor o menor vacilación provocada por la sacudida y/o caída de las referencias infantiles (padres de la infancia). Esta vacilación que caracteriza a la adolescencia en algún momento deberá encontrar respuestas nuevas respecto al lugar sexual, social y político de ese sujeto o donde ese sujeto se construye.

Ubicados en esta zona característica de salida al mundo social, vacilaciones y constitución de ideal del yo, jerarquizamos la importancia de las diferentes organizaciones familiares, grupales y sociales actuales como incidencia en la conformación del ideal del yo en la adolescencia.

La novela familiar freudiana, el mito edípico por él re-creado, el mito de la horda —que pasa del asesinato de un padre que aún no lo es a la construcción de otro padre que no lo es sino a partir de los hijos—, la

concepción del falo —muy vinculada en Freud al pene anatómico, y esta anatomía guiando la diferencia de sexos—, son todos factores que hablan de una arquitectura familiar tradicional. Sin embargo, Freud introduce las contradicciones y conflictos de esta estructura familiar patriarcal heterosexual al considerar el deseo inconsciente infantil reprimido y sus diferentes alternativas de elección de objeto e identificaciones a partir del complejo de Edipo completo. No obstante, podemos decir que la estructura que arma la idea de sexualidad humana en Freud sigue las líneas de la estructura familiar tradicional, heterosexual y de estilo patriarcal, aunque en decadencia, del *pater familiae*, por lo que se hace necesaria una actitud de reconsideración crítica de sus ideas a la luz de los cambios actuales. Siguiendo ideas de Jacques Lacan, se puede ver en la necesidad de sostener este lugar del *pater familiae* venido a menos un motivo de la creación del psicoanálisis por Freud. El síntoma vendría a quedar en función protésica de la insuficiencia en la función paterna de castración de la madre fálica, como se puede ver en la creación de síntoma fóbico en Juanito.

¿Cómo actúan los cambios epocales, sociales, de estructura familiar, las modificaciones de las imagos de padre, etcétera, en el psiquismo de los adolescentes, especialmente pensando en lo que se ha llamado declinación de la imago o función paterna, así como caída o cambios en la estructura familiar patriarcal y tradicional, y los efectos que estos tienen en la estructuración psíquica y en el mundo simbólico? La función paterna es un concepto de cuño lacaniano que habla de una función central del padre, una función simbólica de ley o castración simbólica de la madre fálica. Tiene una función de escindir la unidad inicial madre-hijo, de sacar al hijo del lugar de falo de la madre. La inexistencia de esta función desemboca en la psicosis (forclusión del nombre del padre) y las fallas por insuficiencia de esa función son paliadas por síntomas (neuróticos). La función se separa del padre como personaje del drama edípico así como del padre real para pasar a definir un funcionamiento simbólico, presentificando y representando a la ley en la familia. Si la función paterna es una función simbólica de castración, la pregunta que surge es si la decadencia del patriarcado es igualable a la decadencia de esta función. ¿Cómo se podría sostener hoy una decadencia simbólica y qué consecuencias implica? De lo contrario, si lo que decae es la concentración del poder en el *pater familiae* y en el hombre y se ha producido una mayor

democratización de la posesión del falo, ¿qué tipo de modificaciones simbólicas traen estos cambios y cómo son estas nuevas formas?

En la adolescencia la declinación de la imago del padre y de los ideales a ella vinculados podría determinar un aumento en la mencionada vacilación creada por la pérdida de los referentes de la infancia, en la medida en que estos no son sustituidos por sistemas de ideas a partir del padre de la familia (o contra este) o de ideologías de fuerte impregnación cultural que ordenen todo el armado subjetivo.

En los jóvenes, el aumento de la vacilación identificatoria y la disminución de los ideales parecen abrir vías hacia un horizonte más cercano de actos y goces y a dejar las ideas-meta en un estado más fragmentario y de menor proyección temporal. Parecería mostrarse una tendencia hacia una mayor transversalización de las estructuras de intercambio con relativización de lo histórico generacional. Quizás toda idea lineal del tiempo quede relativizada con relación a una idea de tiempo de tipo caleidoscópico. Estas modificaciones nos resultan especialmente difíciles de concebir a los adultos organizados en otra época y con otros formatos, lo cual dificulta también la comprensión de la organización psíquica, que nos puede parecer des-organización.

Sin embargo, en la coexistencia y sucesión rápida de imágenes parciales, como vemos por ejemplo en los múltiples recursos audiovisuales con tecnología digital, se construyen creaciones artísticas de elevado nivel de complejidad simbólica a pesar de que nos parezca un bombardeo confuso de imágenes e ideas. Los jóvenes también ejercen nuevos usos del lenguaje oral y escrito que recortan la secuencia diacrónica habitual y acortan los tiempos a través de telescopajes y creación de nuevas palabras. Las escrituras corporales de signos, imágenes o textos, o las de estilos en las pinturas y vestimentas, pero también marcajes como los realizados por *piercings*, excoriaciones u otras formas de acción sobre el cuerpo, parecen aumentar la variedad simultánea de signos que se ofrecen a la vista, al tiempo que se construyen los cuerpos con signos e imágenes que, descontextuados de los significados culturales de origen, arman o intentan armar nuevos estilos identificatorios. ♦

RESUMEN

¿Qué pasa con los adolescentes, la función paterna y las nuevas configuraciones familiares?

¿Estos cambios en el padre y en las estructuras familiares hablan de una declinación simbólica, o hay más de un referente de ley simbólica en las organizaciones familiares y sociales actuales?

Y, en consecuencia, ¿cómo afectan estos cambios epocales de la estructura familiar y la imagen y función del padre la conformación del ideal del yo?

Si la función paterna es una función simbólica de castración, la pregunta que surge es si la decadencia del patriarcado es igualable a la decadencia de esta función. ¿Cómo se podría sostener hoy una decadencia simbólica y qué consecuencias implica? De lo contrario, si lo que decae es la concentración del poder en el *pater familiae* y en el hombre y se ha producido una mayor democratización de la posesión del falo, ¿qué tipo de modificaciones simbólicas traen estos cambios y cómo son estas nuevas formas? ¿Se trata de cambios en un nivel imaginario o afectan el ordenamiento simbólico?

Descriptor: ADOLESCENCIA / FUNCIÓN PATERNA / LO SIMBÓLICO / CAMBIO / SOCIEDAD /

Autores-tema: Lacan, Jacques

ABSTRACT

What is happening with the adolescents, the paternal function and the new family configurations?

These changes of the parents and familiar structures show a symbolic declination or is there more than a symbolic Law referent in the families and social organizations? And, therefore, how these epocal changes of the family structure and the parent image and function affect the ideal conformation of the self?

If the paternal function is a symbolic castration function, the question which arises is if the patriarchy decadency is similar to the decadency of this function. How can a symbolic decadency could be sustained today and what would be the consequences? On the contrary, if what declines is the power concentration of the family pater and the man and it has been a

greater democratization on the phallus possession, what kind of modifications bring these changes and how are these new forms? Are they changes on a imaginary level or they affect the symbolic order?

Keywords: ADOLESCENCE / PATERNAL FUNCTION / THE SYMBOLIC / CHANGE / SOCIETY /

Authors-subject: Lacan, Jacques

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BADIOU, A. (1988). *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires: Editorial Manantial, 1999.
- DERRIDA, J. (1968). «La farmacia de Platón». En *La disseminación*. Madrid: Fundamentos, 1975.
- LACAN, J. (1938). «La familia». En *Encyclopédie Française*, vol. 7. París: A. de Monzie, 1938.
- La familia*. Buenos Aires: Argonauta, 1979.
- (1958). «El significante, la barra y el falo». En *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Clase XIX. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- (1958). «La significación del falo». En *Escritos 1*. México: Siglo XXI Editores, 1971.

Avatares de la estructura familiar en el siglo XXI

*La función paterna. Declinación/transformaciones*¹



MARCELO VIÑAR²

La noción misma de función paterna es tan abarcativa y polisémica que, si no hacemos un acuerdo previo acerca de la perspectiva (o atalaya) desde la cual la encaramos, el riesgo es desatar una confusión de lenguas como en la torre de Babel y que cada tribu se repliegue en su semántica propia dando lugar a malentendidos y estériles disputas. Como aquellos ciegos que sin moverse querían definir la morfología del elefante que tenían delante y el que tocaba la trompa describía un tubo largo y húmedo en la punta, el del medio le tocaba la panza y decía que era seco e inmenso y el de la cola coincidía en que era tubular pero sobre todo mal oliente. Que las familias de hoy no funcionan como las de antaño es una constatación trivial y accesible.

La humanidad del hombre no se apoya ni se explica —como antaño— solo por la biología o la teología, lo más sustantivo que lo define es su *capacidad de pensamiento simbólico*, probablemente único en la escala zoológica.

«El hombre es tal en cuanto es aquel que habla —afirma M. Heidegger en una conferencia inédita, que dictó al final de su vida en la instancia de promoción de ingenieros, entre los cuales se encontraba su propio hijo—. La enseñanza tradicional postula que el hombre sea, a diferencia

1 Texto escrito a partir de la ponencia realizada en el panel «Función paterna. Declinación/transformaciones», Federación Psicoanalítica de América Latina, Niños y Adolescentes, Paraninfo de la Universidad de la República, Montevideo, octubre de 2013.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. marvin@belvil.net

de la planta o el animal, *el viviente capaz de palabra*. Pero esta afirmación no significa que al costado de otras facultades el hombre posea también la de hablar. La afirmación significa que es *solo la palabra* la que torna al hombre capaz de ser el viviente que es en tanto hombre» (Heidegger, 1990).

Agreguemos con J. P. Vernant (2004): «Nacemos, crecemos, nos reproducimos, enfermamos y morimos como los animales... pero la evolución y la historia hacen emerger en el seno mismo de la animalidad, cierta cosa *que no estaba implicada en la animalidad misma*... que tomemos el lenguaje, las instituciones sociales, la religión, el arte, la ciencia, la filosofía... en todas ellas vemos ejercer la *capacidad humana de hacer presente lo que no está allí*, de representar la ausencia en todas sus formas, para fabricar objetos de pensamiento (la imagen, la memoria, la emoción)... Por eso nuestro pensamiento es simbólico: opera a través de signos mediadores. Extraordinaria capacidad de reconstruir lo que no está allí, de volver presente a la conciencia algo, bajo otra forma que no es la del objeto exterior en su realidad» (2004: 152).

Siguiendo al filósofo Bertrand Ogilvie (2003) en su conferencia titulada «Las notas del Dr. Itard», sobre el niño salvaje de Aveyron, dice algo así como: «Un animal es por su instinto mismo todo lo que puede ser, una razón ajena a él ha tomado de antemano por él la dirección de sus conductas. Pero el hombre necesita su propia razón, no tiene instinto y necesita construir su plan de conducta. Pero no es inmediatamente capaz de hacerlo, llega al mundo en estado salvaje y necesita la asistencia de los otros».

Agrega Ogilvie que Fichte ha marcado un siglo antes de que Freud focalizara la prematuridad y el desamparo originario: «Todos los animales nacen acabados y perfectos, el hombre nace apenas esbozado. Todo animal es lo que es, el hombre originariamente no es nada, debe construir lo que debe ser».

He anotado lo que precede para arrancar la noción de función paterna del hecho biológico del engendramiento y restituirlo al estatuto simbólico de la filiación. El hombre es tal desde que construye lo social para vivir. No hay yo sin tú, dice Todorov. Función paterna es la transmisión simbólica entre sujetos y entre generaciones, consecuencia de que somos seres hablantes y construimos lo social para vivir.



La problemática de la función paterna puede ser mirada desde la vida cotidiana, o desde la perspectiva de las ciencias sociales (antropología, etnología, sociología, pedagogía), o desde las eruditas ficciones teóricas del psicoanálisis —que siendo conjeturales tienen un alto valor heurístico—. O, dicho más académicamente, el mundo es demasiado complejo para un solo narrador, y el que explora debe estar atento no solo a lo que aprehende sino sobre todo a lo que ignora. El asunto entonces es tener una mirada lúcida de las zonas de cruce de estas perspectivas y articularlas de modo coherente y comprensivo.

Función paterna, que en ciencias sociales concierne al problema del poder y la autoridad del disciplinamiento y la transgresión, y en ese ámbito público atañe a antropólogos y sociólogos tanto como a educadores y estadistas y al ciudadano común, es también, en la esfera de lo íntimo, un punto neurálgico de teorización psicoanalítica cuyo valor heurístico es decisivo en nuestra clínica, en los momentos claves del cambio psíquico que promueve nuestro quehacer.

La amplitud del horizonte que abre este tema es abismal, agobiante y se entronca con la multitud de tentativas para explicar el tránsito entre el sujeto reflexivo y autoteorizante de la modernidad (ese sujeto capaz de sentirse novelista de sí mismo) y el sujeto liberado de la actualidad que se autodefine en su derecho de ser lo que quiere ser, un sujeto no sujetado ni al orden divino ni al republicano, sino autárquico, amo (o esclavo) de sus impulsos transitorios y cambiantes.

Los subtítulos que presiden este texto son elocuentes: «Declinación/ transformaciones», un término sugiere cambio, el otro decadencia. Por consiguiente no son sinónimos, y su simultaneidad pone de relieve la ambigüedad de nuestra postura, nuestra actitud ambivalente frente a los cambios en curso y el desconcierto en que nos sumergen.



Un cierto desconcierto o malestar atraviesa de modo creciente el desempeño cotidiano de nuestro quehacer: ¿cómo ser hoy terapeuta o educador o gobernante? ¿O ser un buen padre? Ciertamente es que Freud había calificado estos desempeños como oficios imposibles, pero hubo una época de

oro —siempre pretérita y perdida— en la que los logros y las glorias del oficio se podían ostentar como emblemas del progreso del conocimiento y la cultura. En sustitución, hoy hablamos de crisis, de declinación o de derrumbe, y en vez de proyectar la ilusión de un porvenir radiante vemos un futuro habitado de ominosas proyecciones.

Como aprendimos con J. P. Barrán (2009) en su *Historia de la sensibilidad*, los cambios epocales no ocurren por sustitución, en una límpida sucesión entre pasado y presente. Más bien un corte transversal y sincrónico de la sensibilidad societaria es un aquelarre o arcoíris que acoge posiciones atávicas, retrógradas o conservadoras que se mezclan e interactúan con posturas antagónicas, libertarias y de emancipación.

Pero basta viajar a otros horizontes de la América nuestra para constatar los contrastes entre los perfiles de nuestra herencia batllista de laicidad e integración y los abismos del lazo social que rigen entre patricios y clases populares en los países del Pacífico, y que hacen de América Latina el continente más inequitativo del planeta. Entonces es distinto compararse con Europa que con Chile o Perú. En nuestra comarca, nuestro pequeño Uruguay es una excepción que mitiga esas groseras diferencias. Pero la noción de autoridad —siempre anexa a la de función paterna— adquiere rasgos locales con matices diferentes en cada tiempo y lugar.

Pero aun en la diversidad se reflejan perfiles hegemónicos y otros en retroceso. El Uruguay bucólico en que nacimos los que hoy somos viejos no ha perimido (todo pasado deja marcas), pero está cambiado a tal punto que por momentos se nos vuelve irreconocible. Aquella escuela formal, vareliana, pública, gratuita, mixta y laica, junto con la escuela informal de la calle y la vereda (donde se jugaba a la payana, la figurita, los trompos, la bolita, los carozos o la goseadera), es decir, un espacio público convocante, amigable, fueron pilares o cimientos donde convergían en el mismo ámbito desde el hijo de la sirvienta y el del almacenero, hasta el del doctor y el del diputado. Supongo que con mi telegrama se resume la imagen de un país mesocrático e hiperintegrado, herencia del primer batllismo. Resumo este esquema para tomar posición: no se puede (o no se debe) pensar la función paterna fuera del contexto sociopolítico e histórico y cultural en que acontece. Cómo la faceta pública del tema se conjuga y codetermina con su vertiente íntima, ese es el tema a explorar e interrogar.

Quienes vivimos esa infancia, sin duda edulcorada por reminiscencias románticas, percibimos hoy la magnitud de la brecha en una sociedad fragmentada en segmentos que dialogan menos entre sí, en la que el repliegue endotribal es la norma. Tribus GCU (gente como uno), como las designa Gustavo Leal, tribus en las que la dialéctica de funciones materna y paterna pueden funcionar de manera disímil o diversa. Lo que era unitario y homogéneo se percibe hoy como disperso y fragmentado.



¿Qué entendemos por función paterna? ¿Una categoría fija, una esencia o invariante constitutiva de la familia nuclear propia de la modernidad occidental? ¿O un vector en cambio permanente que se teje o desteje en cada vuelta de la historia y que se constituye o deconstruye en cada movimiento de esa trama compleja que llamamos estructura familiar? Nuestro enfoque será constructivista y antiesencialista. Dicho más explícitamente, nuestro referente es cultural y/o antropológico y preferimos la transitoriedad de un saber que se acompasa con la historia a la fijeza de componentes invariantes que derivan de Dios o de la biología o de la estructura.

PATERNO Y MATERNO

Que la anatomía es el destino nos parece un cincuenta por ciento de la verdad, ni del todo mentira, ni del todo una verdad determinista. Nacer hombre o mujer no es suficiente para convertirnos en tales, decía J. P. Sartre; solo señala una dirección prevalente o un punto de partida de una construcción identitaria a transitar. El intervalo entre la diferencia anatómica de los sexos y la diferencia de géneros como construcción cultural es siempre controversial y a interrogar en cada tiempo y geografía cultural. En lo personal me interesa más discutir los fundamentos que tomar una posición militante, paranoica, de opresores y oprimidos. La opresión patriarcal y la emancipación femenina, que es el hecho fermental más fecundo del siglo xx que primó en la historia reciente, son y serán un tema candente y siempre inconcluso.

El largo y complejo camino de la sexuación (singular) que anuda la pulsionalidad con el marco cultural y humano que la enmarca no puede

prescindir del cuerpo anatómico originario, es sobre este que se construye el género, como apoyatura o como obstáculo al deseo. Butler sostiene con contundencia: «La diferencia sexual nunca es sencillamente la consecuencia de una diferencia anatómica, biológica, siempre está marcada y formateada por las prácticas discursivas. Pero tampoco el discurso puede ser entendido como la causa de una identidad sexual. Biología y discurso marcan y formatean la sexuación».

Considero que la igualdad de derechos y oportunidades entre los géneros es una conquista o meta política indiscutible. Mi única objeción, mejor dicho advertencia, podría ser confundir esa igualdad de derechos con una homogeneidad de sensibilidades en un gesto que desconozca las diferencias fundadoras como opuestos complementarios que se enriquecen recíprocamente, y distinguirla de la igualdad mimética que remeda la histórica soberbia del paterfamilias como modelo de masculinidad y dominio.

Admitir que en la diferencia de sexos y/o de géneros hay un punto de enigma irreductible que nos duele, pero también nos interroga de manera interminable, me parece más legítimo pero más difícil que declararse machista o feminista.

Pero aun renunciando a un saber explicativo y total, no todo en la historia es enigma y opacidad. También hay evidencias (por ejemplo en esto acompaño a Eric Hobsbawm y/o a J. P. Barrán cuando declaran que la emancipación de la mujer es —en Occidente— el hecho societario más relevante de la historia del siglo xx, superando después de siglos o milenios su rol subordinado a un orden patriarcal hegemónico). Como cuando en medicina preventiva la acción es exitosa, el logro parece obvio y no se mide el esfuerzo que ha significado construirla. Todavía no calibramos la magnitud del cambio revolucionario que comporta una sociedad sustentada en el postulado de la equidad de géneros. Revolución que germina entre hinchas y detractores, cuyos frutos, dulces y agrios, habrá que digerir. No hay buena gastronomía sin algún dolor de barriga. Este prefacio del lugar de la mujer me parece ineludible para discutir los avatares actuales y locales de la función paterna.



El psicoanálisis nació en la aurora del siglo xx y sus textos fundadores son el producto de la genialidad de S. Freud en conjunción con la mentalidad o sensibilidad de la coyuntura histórica de su tiempo y lugar (cronotopo, Bajtin). Con Bajtin quiero decir que la producción científica es subsidiaria de la creación de dispositivos de visibilidad de los fenómenos que estudia, pero también de la sensibilidad e ideología de su tiempo. Este es un hecho que hoy me parece innegable y refuta la pretensión iluminista de un mundo estable, coherente y transparente, sujeto a la utopía de un determinismo universal, como alegaba Laplace como meta ideal de la operación epistémica. En ciencias del sujeto, nuestro objeto de investigación no son las cualidades estables sino los algoritmos del cambio, la variación más que las regularidades observables.

La función paterna como vector cardinal de la estructura familiar emerge en el repertorio semántico y conceptual del psicoanálisis enroscada al entusiasmo freudiano de descubrir la sexualidad infantil y el complejo de Edipo como complejo nuclear de la neurosis, y por añadidura —pero un añadido tan grande como el cuerpo del mensaje— como eje organizador o cimiento de la personalidad.

En el 1900 se produce el auge de la familia nuclear, es decir, segregación o separación nítida de las funciones de cada género. Y sobre todo moral victoriana o calvinista que legislabá con nitidez el intervalo entre una sexualidad concebida como legítima y otra considerada como transgresora o patológica, incluso condenable y castigable para la ley. ¿Qué dirían los moralistas del 900 de la progresiva desnudez y exhibición de los cuerpos a lo largo del siglo xx?

Cambios de la mentalidad, de la sensibilidad (Barrán), que se trenzan e interactúan con los progresos de la expansión científica y tecnológica. El terror a las enfermedades venéreas y al embarazo no deseado cuenta hoy con medidas instrumentales para minimizar sus daños y peligros que antaño constituían el telón de fondo o el reverso ominoso de la búsqueda del placer orgásmico como fin en sí mismo o control de la natalidad, también llamable planificación familiar. Y sobre todo decadencia de un discurso religioso que condenaba la búsqueda del placer, del hedonismo, con el estigma de la culpa y el pecado.



«Mucha agua ha corrido bajo los puentes en estos últimos 30-40 años. El problema es que en muchas situaciones, mientras el agua fluía cada vez más rápido, nosotros estábamos sobre el puente creyendo que como nosotros estábamos quietos, el agua también lo estaba» (Gil, 2013).

De aquel tiempo de un sujeto sujetado a las exigencias del sacrificio, el deber y las obligaciones que le imponían el orden establecido a un sujeto posmoderno soberbio en su autarquía, seguro de que ningún orden social —divino o republicano— podría impedir la autorrealización de su deseo. Esta lectura de la evolución del modelo de sujeto prevalente (y en las últimas décadas los modelos alternativos de estructura familiar en la modernidad occidental del último siglo) es un paso preliminar ineludible para sumergirnos en la *otra escena*: las consideraciones psicoanalíticas sobre la función paterna y sus cambios, transformaciones o declinación en el mundo de hoy.



En el planteo mismo del asunto surge ya un primer parteaguas o tema de controversia. Podemos pensarlo como estructuras simbólicas invariantes, atemporales y ahistóricas que solo cambian de ropajes para reiterar los mismos dilemas o desenlaces. (Vanidad de vanidades, nada nuevo hay bajo el sol.) O es el vértigo civilizatorio, el acelerado cambio de hábitos y costumbres que el siglo xx ha desatado a una velocidad inédita en la historia, lo que nos confronta con realidades inéditas que cuestionan las categorías y modelos explicativos que hemos utilizado hasta el presente.

No me considero competente para pronunciarme en este dilema, pero más allá de mis carencias personales pienso que en estos tiempos de turbulencias es mejor permitirse dar cabida a la perplejidad y procurar formular buenas preguntas y dispositivos de visibilidad e interrogación que dar respuestas prematuras que sofoquen la indagación. Tal vez haya que explorar en las dos puntas: en la lectura de los cambios y en la búsqueda de las invariantes. Pero escudarse en paradigmas prestigiosos de la modernidad y saltarse la semiosis de los cambios en los que estamos

inmersos puede conducir a teorizaciones abstractas que, al modo de fetiches, nos oculten lo que necesitamos explorar, porque aún no entendemos lo que ocurre.

Transformaciones siempre hubo, de progreso y declinación, porque la vida social suele ser una hábil y compleja mezcla de logros y penurias, solo que ahora estos cambios van al galope y nos dejan sin aliento. Tal vez la dificultad mayor es que al interrogar un presente en movimiento —sin la perspectiva de un tiempo transcurrido (el acontecer en gerundio lo llama Myrta Casas— acordar cuáles son las direcciones del sentido y del sin-sentido es aún más difícil.

Mis amigos historiadores me enseñaron que los actores que protagonizaron la Revolución francesa no tenían un sentido cabal de la dimensión del acontecimiento que estaban protagonizando y que este solo pudo ser significado por quienes tuvieron otro intervalo de tiempo y perspectiva. Más en la querencia, un don Antonio Lussich nunca tuvo del bosque que plantó la plenitud de la mirada que hoy cada uno de nosotros puede disfrutar. Ergo, interrogar la función paterna en la actualidad implica no hablar de lo que se sabe sino de lo que se ignora, pensar en acto la propia ignorancia. No somos historiadores de sensibilidades consolidadas, sino ensayistas de la contemporaneidad, pensar en gerundio en lo que está ocurriendo y pensar con Barrán que lo que nunca ocurrió puede estar aconteciendo ahora. Esta potencialidad múltiple del presente y su multiplicidad factorial casi inabarcable y el fracaso del materialismo histórico y otras reflexiones predictológicas nos hacen, tanto en ciencias duras como humanas, ser menos dogmáticos, deterministas y estar disponibles a la incertidumbre y la indeterminación.

Testigos y protagonistas de nuestro presente, la interrogación de hoy nos coloca simultáneamente en la función de actores y de jueces. Los estilos de ser padre y madre, roles simultáneos y complementarios, muestran hoy un paisaje diverso y variopinto, probablemente menos homogéneo que antaño. Hoy los obstetras suelen invitar al padre a la sala de partos, cosa que hace poco era mal vista o proscrita. La mujer ingresó al mercado de trabajo y puede ganar igual o más que su compañero, de modo que el cuidado del bebé y del niño es más compartido y alternante.

FUNCIÓN PATERNA: TRANSFORMACIONES
DESDE LA VIDA COTIDIANA: HÁBITOS Y COSTUMBRES

Tres viñetas

- Cuando yo era niño —por supuesto en otro siglo o milenio, quiero decir en otra cultura—, mi madre era una gorda bonachona y tolerante que tenía como profesión «ama de casa», un oficio que cumplió con tanto rigor y esmero como el páter, que metódicamente trabajaba de ocho a doce y de catorce a dieciocho. En ese entonces yo era un burguesito malcriado, majadero, que gustaba forzar los límites de la benevolencia materna con impertinencias hábiles, sutiles y fastidiosas. En una de esas escenas reiteradas —o recompuestas por las deformaciones del recuerdo—, apareció inopinadamente el páter, quien me dio una humillante y ofensiva cachetada y lacónicamente pronunció: «Así no se le habla a una señora». Yo aprendí (mi sagacidad infantil mediante) que si en lo sucesivo quería portarme mal con la Vieja, tenía que explorar previamente y con rigor que la figura de autoridad estuviera distante o ausente. Quizás hoy la anécdota podría ser pensada con una óptica distinta y rotularse maltrato infantil.
- Un par de décadas más tarde, el oficial del Registro Civil que formalizó mi unión marital con mi mujer dijo enfáticamente y con solemnidad que ella me debía obediencia y yo le debía protección. Estoy seguro de haber cumplido honrosamente mi parte del contrato; la recíproca —puedo asegurarlo— se cumplió muy raramente en medio siglo de vida conyugal.
- En una esquina montevideana, un joven roquero melenudo y vestido según los parámetros actuales de la moda juvenil cruza la calle con el semáforo en rojo, gesticulando y hablando por celular. Un moderno auto le claxonea con insistencia, hasta que el joven se digna responder levantando al cenit el dedo medio de su mano izquierda. En respuesta, del auto potente baja un sesentón enfurecido que lo insulta y lo golpea. El escándalo callejero se resuelve con la mediación de terceros. Debo esta narración a Maximiliano Guerra, que resumí a mi estilo y manera. Su análisis puede encontrarse en http://www.180.com.uy/articulo/23152_El-foso-infranqueable.

La cachetada de mi padre señala, en un vínculo íntimo, las fronteras difusas entre los vínculos de autoridad y los de reciprocidad en la definición de límites. Frontera de los lazos humanos que a veces se subrayan, otras se diluyen, pero en esa cotidianidad se cocinan los parámetros y códigos que a mayor escala formatean la función paterna: interiorización de autoridad.

El texto de la ley matrimonial dice, con elocuencia telegráfica, el lugar que la ley otorgaba entonces a la mujer en la sociedad. Lugar de la mujer, por lo tanto el del hombre, porque ambos son codependientes y se definen recíproca y complementariamente. Creo que hoy el texto citado ha sido reemplazado por el de asistencia recíproca de los cónyuges. Sin duda con nuestros valores vigentes, la reciprocidad es mejor y más justa que la obediencia y el sometimiento. Sin embargo la casuística de maltrato doméstico y hasta de asesinato conyugal crece igual o más que la economía. Es difícil discernir en la evolución de la civilización cuántos de los cambios son índices de progreso y cuáles de retorno a la barbarie.

La anécdota del tránsito pone en evidencia la no coincidencia de las generaciones en los índices de disciplinamiento y transgresión. Leyendo al Barrán de la *Sensibilidad*, reafirmé (no me atrevo a decir corroboré) la presunción que tenemos los psicoanalistas de que hechos nimios en apariencia insignificantes (los desechos de la vida psíquica, diría Freud) son a menudo reveladores elocuentes de la mentalidad de una época y de la peripecia de los sujetos que la habitan.

Me parece útil para el tema que abordamos recordar que hablamos de función paterna y no del padre o del papá en su titularidad carnal, y que la función puede (o debe) ser cumplida por él o sus subrogados en derivaciones a veces congruentes y otras veces bastante bizarras, por ejemplo qué tipo de función paterna cumplen el INAU, el Sirpa (Sistema de Responsabilidad Penal Adolescente) o el Codicen o el HNX Fútbol Club, donde los hinchas o adeptos crean o instituyen la función paterna, o por el contrario, con odio, la destituyen. Mis viñetas, tal vez demasiado simples y pueriles, procuran ilustrar de modo breve la función del *no* —del límite y la prohibición—, que es el emblema distintivo de la generación de nuestros padres. Mi percepción es que en las últimas décadas se ha producido un movimiento pendular desde el secular exceso de severidad hacia un exceso de indulgencia.

También me parece útil crear un marco teórico —en esto plagio a Daniel Gil e I. Lewcowicz— de distinguir aquellos hechos que remiten

a la ley antropológica o a la norma jurídica o a la regla social. Estos tres niveles se ordenan en dependencia jerárquica, pero mantener la vecindad y heterogeneidad de estos registros puede ser útil para la comprensión y ahorrarnos un diálogo de sordos.

La primera —ley antropológica—, al instituir las leyes de parentesco y el horror al incesto, crea la heterogeneidad entre vínculos de consanguinidad y lazos de alianza, y de esta manera consolida la humanidad de un grupo humano. La norma jurídica crea pactos que buscan definir los perímetros de la libertad, negociar la enemistad y las fronteras de lo que está permitido y lo que está prohibido o castigado. Y la regla social, esa dinámica incesante de la historia, que desafía y cuestiona los hábitos y las costumbres hegemónicas de un tiempo dado para instituir otros que a su vez se volverán hegemónicos y refutables. Castells (2001) define en *El poder de la identidad* una tensión entre identidades consensuales o hegemónicas e identidades de resistencia y lucha por la legitimación.

Un simple ejemplo: ¿quién diseñó el formato del traje de baño femenino entre el 1900 y el 2000? ¿El orden simbólico de la ley antropológica, la norma jurídica o las costumbres de convivencia? Estas no son fijas y perennes y cambian con la historia, a veces lentamente, otras veces al galope, como ocurre actualmente. Yo no ceso de sorprenderme cuando el o la joven de la tienda se dirigen a mi respetable ancianidad: «¿Qué querés? ¿En qué puedo ayudarte?». O ante las efusiones amorosas que presenciamos en la tele o en el cine, o en el corredor de la casa de estudios, cuando en nuestra juventud (hace pocas décadas, un segundo en la historia) en el cine la escena culminaba y se extinguía con el primer beso en los labios. Tiempo aquel de los oscuros y recatados besódromos donde podía irrumpir la policía y denunciarlos por atentado público al pudor.

En algún texto de Lévi-Straus leí que en los cambios que genera la dinámica de la historia lo necesario —pero difícil y controversial— es discernir cuándo declina un orden simbólico para instaurar el subsiguiente y cuándo se trata de un desmoronamiento regresivo y desdiferenciante que no propone o legisla un nuevo orden de convivencia. En el desarrollo tumultuoso de la historia nunca es nítido ni obvio cuándo las transformaciones son decadentes y cuándo crean instancias de progreso.

Si bien el referente antropológico (simbólico), el jurídico y el costumbrista muestran los relieves de su especificidad y es pertinente y legítimo

pensarlos como heterogéneos, mis anécdotas del comienzo —o los miles de ejemplos análogos que se les pueden agregar— muestran, desde la insignificancia de lo cotidiano, cómo los tres registros se entrecruzan, o por lo menos están en tensión.



Como otros pensadores de la contemporaneidad, Erich Hobsbawm trae cien opiniones en su *Historia de un siglo corto: el siglo XX (1914-1984)*, subrayando que el cambio societario más significativo de este es la emancipación de la mujer en su reclamo de igualdad de derechos y oportunidades.

Si bien la realidad política de esta conquista es aún controversial y lugar de algunas escaramuzas, su legitimación en el debate societario me parece un logro indiscutible. Basta consignar la lista de presidentes en el continente o la demografía del egreso universitario para constatar la feminización de tareas relevantes que hasta hace poco tiempo eran de resorte exclusivo del sexo masculino. Ciertamente este debe ser un hecho relevante en el fenómeno complejo que mal resume el rótulo de derrumbe de la sociedad patriarcal. Dentro de este marco general procuro esquematizar la perspectiva de un psicoanalista cuya mirada del lazo social privilegia lo íntimo.



A mi entender, poner el énfasis en las consecuencias de la prematuridad al nacer ha sido uno de los descubrimientos o aportes fundamentales del psicoanálisis y un buen punto de partida para describir y discutir la función paterna y los avatares de sus cambios en curso... Aventura de conjeturas en la que avanzamos a tientas, más proclives a desmalezar senderos que a cosechar del árbol del conocimiento.

Esto significa (como señala M. Pelento) que el pichón humano no nace aún sujeto humano, sino que se construye como tal sobre todo en el curso del desarrollo temprano. Y este proceso madurativo entreteje varios parámetros o vectores (exógenos y endógenos) cuyo peso o importancia relativa son materia de arduas discusiones. Sin duda la maduración neurológica juega su rol, el cerebro duplica su peso, la visión gana en precisión

a partir de la corta distancia que percibe inicialmente, el recién nacido insume más de un año en disponer de su sistema locomotor y manejar su cuerpo. Aún otro par de años para conquistar su función de hablante.

¿Cómo ingresa el freudismo en esta temática?

Como en toda estructura, la importancia del total, la relación y congruencia entre los elementos es más importante que la consideración singular (o aislada) de cada uno. Aunque la nota del padre sea muy importante, la melodía —melodiosa o desafinada— está configurada por los roles y los vínculos de la organización familiar.

La función paterna no es un tema factible de ser tratado separadamente del tema de relaciones de parentesco (lazos consanguíneos y/o de alianza), que desde los griegos establece una frontera entre filia y eros, ternura y erotismo. Frontera o aduana que distingue (simbólicamente) la habilitación o prohibición de las relaciones sexuales o sus sucedáneos.

Prohibición y horror al incesto (ley fundante de la cultura o de la hominización, dicen los sabios), pero ¿qué niño o niña no guarda en los laberintos de su memoria una expresión más o menos realista o desfigurada del shock sexual primario, esa experiencia inaugural del erotismo que conjunta tentación y prohibición? No en la experiencia nítida de la conciencia habitual, sino en un inhabitual y fulgurante exceso de excitación que mal nos permite discernir entre percepción y alucinación. Y que en el a posteriori insiste con cargosa recurrencia, con alusiones hipernítidas (*überdeutlich*) sin que jamás podamos discernir cuanto en ellas hay de realidad y cuanto de ficción.

Yo creo haber llegado a la edad de la inimputabilidad (hasta los dictadores mueren en sus casas) para poder decir en un lugar público, para mí sagrado, la UdelaR, estas cosas que todos sabemos y de las que —por pudor— raramente o jamás hablamos, salvo en la experiencia límite de la sesión psicoanalítica.

La penumbra (o la aurora) con que vivimos esa experiencia inicial, mejor decir iniciática, es el zócalo enigmático donde se inicia el primer capítulo —esencial— de la novela familiar del neurótico, combinatoria de ficción y realidad que hace germinar y florecer al sujeto racional que vendrá después. Es en ese zócalo inicial incierto (creado en y por la cultura o por el discurso) que se distingue la epistemología de las ciencias

del sujeto de la epistemología de las ciencias naturales. Estas tienen un referente extradiscursivo, pasible de un enfoque monológico; nosotros carecemos de él porque nuestros objetos de estudio son productos de la mente humana, es decir, un objeto cambiante y siempre en movimiento que solo podemos capturar en el campo dialógico configurado por el observador y el observado.

El orden de legalidad de los fenómenos humanos no tiene la fijeza esperable de los fenómenos naturales. No tenemos en ciencias humanas leyes derivadas de la observación de equivalentes al sol que sale siempre por el este. Y la vocación de exactitud puede ser dañina y peligrosa, como lo muestra la historia del siglo xx, en el uso de verdades pseudocientíficas para la justificación de la barbarie.

El abanico que se abre entre las ciencias exactas y las conjeturales es amplio y conviene preservarlo abierto para evitar la tiranía de la pseudocientificidad, como el disparate del vale todo o la creencia en que nos precipitan las definiciones sin vacilación.

¿Es exacto o erróneo que la vida humana comienza en el instante en que el espermatozoide penetra en el óvulo? ¿O esta certidumbre biológico-teológica sofoca el debate sobre la filiación humana, el deseo de hijo y la transmisión entre generaciones?

Pero lo que ciertamente nos importa en el tema que nos ocupa es que la inmadurez fetal extrauterina que caracteriza el primer año de vida y la angustia de aniquilación que es su corolario vuelven ilusa la noción de individuo que resulta del espejismo de ver un cuerpo distinto, de apariencia independiente, y focalizan en la dupla madre-bebé el origen del ser. Insólita situación la de la especie humana en que la dependencia extrema sitúa lo nuclear del sí mismo descentrado y tensado hacia otro, no hay yo sin tú, resume Todorov. Insólita situación de que otras especies nazcan completas en el repertorio de sus conductas fijas y genéticamente definidas, predeterminadas por su dotación instintiva, mientras que la especie humana —como anticiparon Kant y Fichte— nace apenas esbozada, al principio no es nada, y solo el reflejo de succión, el olfato y el oído están aceptablemente maduros al nacer.

Pero dejemos la descripción y semiosis a otras profesiones y volvamos al recinto que profesionalmente nos define, el psicoanálisis, en el que los

nexos entre lo figurativo y lo simbólico abren otro difícil capítulo a explorar. ¿Cómo se anuda la facticidad empírica a la que asistimos en sus cambios acelerados e inesperados con los modelos teóricos de comprensión que heredamos de los paradigmas de la modernidad?

FUNCIÓN PATERNA Y PSICOANÁLISIS

Entiendo que la conceptualización psicoanalítica de la función paterna está estrechamente entrelazada con las hipótesis o ficciones teóricas relativas al origen y desarrollo del psiquismo humano. En un aparato psíquico mucho más primitivo que el del complejo de Edipo (esto sería una pulsionalidad empujada por el amor incestuoso y la rivalidad parricida) hace relieve la intuición freudiana del desamparo originario (*Hilflösigkeit*) como consecuencia de la prematuridad puesta en llaga viva por el trauma del nacimiento. Este desamparo tiene como efecto la dependencia extrema del entorno protector, de ordinario la madre.

Los psicoanalistas pensamos (al menos yo me afilio a esta tesis) que el protopsiquismo brota en la díada madre-bebé —más precisamente en el universo de sentidos que se crea en el vínculo entre la boca y el seno—. Concebimos un tiempo originario en el que el recién nacido concibe el seno como prolongación del sí mismo y no como ser separado. Dicho en términos más claros, el psiquismo inicial es un hecho relacional que precede a la interioridad y la constituye antes de que podamos hablar de subjetividad. Basado en las observaciones de Henri Wallon, Bleger habla de indiferenciación originaria o sincretismo para designar ese estado de la mente que no puede distinguir un interior y un exterior. No hay distinción yo-no yo, no hay discriminación mental del mundo externo, el cuerpo y la mente. Este sincretismo es correlativo a la inmadurez biológica de los comienzos extrauterinos del ser humano (neotenia).

La misión capital de este protopsiquismo es yugular la angustia de aniquilación inherente a la extrema inmadurez biológica. Es comprensible que la importancia del objeto auxiliador sea proporcional a la fragilidad de ese ser en gestación. Con la pérdida del nirvana intrauterino (en el que temperatura y alimento fueron constantes) aparece la alternancia entre hambre y saciedad, entre presencia y ausencia, entre satisfacción y zozo-

bra, con sus caracteres extremos de deleite y catástrofe. Este umbral de significados (o sentidos) en un mundo de contrastes extremos (siempre me asombra la analogía o isomorfismo con el tiempo inicial creado por las cosmogonías) lleva a la superación del sincretismo del comienzo y desde la indiferenciación inicial se va descubriendo que el objeto auxiliador no es posesión del sí-mismo, sino un ser distinto y autónomo. Descubrimiento correlativo a la maduración neurológica y a la alternancia de la experiencia de ausencia y presencia.

Como la hipótesis del Big Bang astronómico creando la conjetura de un inicio del universo, yo le atribuyo un valor fundacional a este pasaje de la ontogénesis del psiquismo a este momento lógico del tránsito entre la indiferenciación originaria y el reconocimiento del objeto como otro distinto e independiente. Desde su origen dual o fusional entre la boca y el pecho, el descubrimiento del uno y del tercero son coextensivos y simultáneos. Punto de nacimiento de un sujeto frágil, incompleto y falente, como colapso del nirvana que lo precede.

Mis colegas reconocerán en este telegrama el aporte de Lacan en el estadio del espejo y el Edipo temprano en la teoría kleiniana de las posiciones (tránsito de posición esquizoparanoide a la posición depresiva). Estas ficciones teóricas que sintetizo nos permiten conjeturar la comprensión de la manera en que la indefensión originaria y la dependencia extrema, que es su corolario, pueden inscribir marcas en la prehistoria de un sujeto. Desde este acto fundacional (la fusión versus el reconocimiento de la incompletud y la alteridad), serán —en escenarios y figuraciones múltiples— tensiones a perpetuidad en el transcurrir de la vida humana. El discurso de la servidumbre voluntaria de Etiènne de la Boétic antecede en cinco siglos al psicoanálisis al plantear el tema de la articulación de lo subjetivo y lo político-social en la sujeción del «yo» al nosotros.

Pensar por nosotros mismos o dejar que nos piensen los otros será para siempre un dilema difícil de dilucidar. La ilusión de que lo endopsíquico y lo intersubjetivo tengan una frontera nítida me parece una aporía que genera más errores o equívocos que esclarecimientos. En el «yo pienso» más hondo y reflexivo de la primera persona del singular, la intrusión y la hipnosis de la cultura hegemónica imperante me parecen un escollo insalvable —o al menos— más laborioso de lo que creemos. El otro

que nos piensa, que fue inicialmente la madre fundadora o más tarde la religión o las prohibiciones o tabúes que cualquier cultura genera, me parece el alfabeto o la trama básica de lo que en psicoanálisis llamamos función paterna. A la ternura del *parenting* o el *nurturing* que brinda la imprescindible función de soporte —antes llamada función materna—, se vuelve necesario ponerle un coto, o un límite que llamamos función de corte, precursora de la función paterna. La noción lacaniana del Otro con mayúscula y su exégesis del tema hegeliano de amo y esclavo ahondan en el tema sobre el que estamos surfeando.

El no-todo que se impone es el límite necesario al caos salvaje de lo íntimo, y su función interdictora, restrictiva, podría ocultar o hacer menos visible su carácter organizador y estructurante. Sin prohibición no hay deseo. Para disfrutar una bebida es tan necesario el líquido como el recipiente, el agua como el vaso.

Entre la fuerza centrífuga del deseo y la fuerza centrípeta de la ley se genera el sujeto humano descentrado que estudia el psicoanálisis. Sería tosco y erróneo pensar que el deseo viene de adentro y la prohibición o legitimación viene de afuera, del *socius*. El adentro y el afuera de esta experiencia psíquica poco tienen que ver con la espacialidad yo-no yo propia de la conciencia. Si digo «mamá me quiere» (o lo contrario), nunca sabré cabalmente cuánto viene de ella y cuánto de mi lectura. Tan borrosa es esta interfase (o frontera) entre lo propio y lo del otro que fue necesaria la invención del orden jurídico para regularla. En el terreno de los afectos, la objetividad y la alucinación juegan mucho al gran bonete, no solo en el tiempo del *infans* sino a lo largo de la vida, y ahí se amasan los ingredientes de nuestro quehacer cotidiano. Lo que importa es que desde los albores del sujeto humano —ese que se jacta de su racionalidad y libre albedrío— su mente ha funcionado en la tensión dialéctica de dos polos, el del impulso y el del freno. Es erróneo atribuirle al impulso la interioridad y al freno (la ley) la exterioridad. Eso que en nuestro interior percibimos como exterior, como ajeno, porque se opone a la instancia del deseo que percibimos como lo más propio y nuclear.



Hijos de esta época de cambios acelerados pero herederos de milenios de linaje y de cultura patriarcal, ¿cómo no sentir también como amenaza la emancipación de la mujer, que tantos hombres y mujeres han promovido? Su ocupación de lugares de poder y de prestigio que antaño nos eran asignados en exclusividad. La envidia del pene ¿es un hecho de observación clínica o una percepción condicionada por la captura ideológica gestada durante milenios que engendraron universos de sentido, previos y más fuertes que nuestras elucubraciones racionales y que son también anteriores a un mundo afectivo que apenas manejamos a medias?

¿No habrá también envidia de un cuerpo —el femenino— capaz de albergar en su interior la semilla del proyecto de un ser humano, único consuelo a nuestra condición de seres efímeros a la vez que pasionalmente atrapados en la compulsión o pasión de transmitir eso que somos, eso que creemos los excelsos valores de nuestra propia y vanidosa humanidad?

¿No habrá también envidia ante el dictamen de Tiresias cuando sanciona que el orgasmo femenino es siete veces más intenso y menos fugaz que el masculino? ¿No habrá envidia de que ellas puedan ir a la cópula sin el temor a la erección insuficiente o la eyaculación prematura? En fin, siempre se envidia lo que no se tiene, o lo que no se sufre o lo que nos falta, y por eso doy por afirmativas las respuestas a las preguntas que termino de formularme.

Simetría de derechos y oportunidades en el ágora pero asimetría de sensibilidad o mentalidad. Lo que reformula el problema de la distinción hombre-mujer no planteándolo en términos de reconocer y legitimar la igualdad sino de explorar el enigma de la diferencia como tarea específica del psicoanálisis.

De consiguiente, la función paterna —la ejerza el hombre o la mujer— tiene como columna vertebral el reconocimiento de la incompletud y la necesidad del otro, del diferente, del álter, como complemento imprescindible e ineludible para definir su humanidad.

Hay un amor posesivo —el de la identidad especular—, amor pigma-leónico que solo reconoce en el otro la imagen que uno ha hecho de él o de ella. Hay otro amor —más difícil, casi inaccesible— que es capaz de albergar y contener la alteridad y la opacidad del partenaire. La destitución subjetiva, la herida narcisista que implica el pasaje de una a otra forma de

amar comporta un dolor interminable, pero relanza y dinamiza el deseo. (Debo confesar que esta idea la robé de un debate entre Barrán y Daniel Gil sobre Tristán e Isolda.)

Yo no tengo muy claro cómo se articula la experiencia primigenia de fusión y separación del primer objeto de amor (el pecho materno), pletórico de sensualidad carnal, con los desafíos con los que la diversidad de las experiencias de vida nos confronta en materia de convicciones, valores e ideales con los que son afines o distintos a nosotros.

¿Cómo acontece que, partiendo de un narcisismo primordial que rivaliza y quiere destruir al diferente —cuya figura actual y patente es la identidad cerrada del xenófobo—, se logre tolerar y legitimar la diversidad y soportar la alteración que nos produce el diferente?

Freud escribió en 1925 un breve y bello texto: «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos». Texto que emerge en una cultura patriarcal. ¿Cómo reformularíamos hoy esa problemática?

El psicoanálisis ha asumido en su corpus doctrinario que las diferencias de género y de generaciones son las pautas estructurantes que operan como cimiento de la organización psíquica. Las prácticas sexuales vigentes hoy día —y mediáticamente exhibidas— parecen poner en tela de juicio y cuestionan esta docta y dogmática afirmación (bisexualidad, pedofilia, Dominique Strauss-Kahn, Berlusconi). ¿Qué implica su derrumbe como referente civilizatorio? ¿Cambio epocal o catástrofe? Mi opinión personal es que la clínica psicoanalítica es una clínica del *après-coup* y no podemos como psicoanalistas hacer predicciones —aunque como ciudadanos nuestro testimonio valga tanto o tan poco como cualquier otro—. En todo caso, en un mundo globalizado e interdependiente, habitado por fundamentalismos guerreros, esta cuestión del reconocimiento y la legitimación de la diferencia es fundamental y ningún campo académico es capaz de resolverlo por sí solo.



La palabra declinación o decadencia que acompaña el tema que abordamos tiene una de sus fuentes argumentales en la experiencia cotidiana en diferentes escenarios donde el decir *no* intergeneracional resulta más

engorroso que antaño, tanto en la escena doméstica como en la institución educativa. Derrumbe de la figura patriarcal me resultó una etiqueta demasiado fácil y genérica. Prefiero evocar escenas hogareñas o escolares en que la ira o incluso la mirada adusta del adulto nos hacían temblar.

«Esta es una conversación de grandes, usted (el niño) se calla la boca.» Variantes de esta sentencia condenatoria deben estar en el archivo de memorias de la gente de mi generación. Hoy en día, en vez de silenciarlo o mandarlo a la cama, es su majestad el niño quien conquista el epicentro de la atención. Yo tengo magníficos recuerdos del despertar de mis impulsos eróticos llevados a la práctica de manera laboriosa, clandestina, en la última fila del cine de mi pueblo. Allí en la oscuridad, decenas de púberes liceales descubrían las tierras incógnitas de la experiencia sensual. Hoy, los y las quinceañeras se alcoholizan en la «previa» (un escenario que me parece siniestro), para aturdirse y descubrir el erotismo en un estado de conciencia alterado por la droga (alcohol, porro o cocaína) y les explican a sus madres la diferencia entre «coger» y «hacer el amor».

Quisiera desmarcarme de una mirada valorativa, moral, tutelar o correctiva o normalizante y crear un espacio ficcional para pensar los códigos simbólicos que habilitan o sostienen escenas tan distintas, del padre severo, autoritario, al padre indulgente, explícita o implícitamente cómplice del joven. De un código donde casi toda la sexualidad tenía su cariz prohibidor, culpógeno y pecaminoso, en acto y en palabra, a otro donde casi todo es habilitado y exhibible. ¿Cómo el mandato de castidad ha mutado en su contrario? ¿Quién, cómo y por qué es el autor del cambio?

La cuestión de la definición de los límites entre lo permitido y lo prohibido ha sido desde siempre uno de los vectores permanentes de la función paterna en el conflicto intergeneracional. No se trata de la severidad o laxitud de estos, sino de que su explícita ausencia suprime el borde entre prohibición y transgresión. Pienso que este es un factor clave, al suprimir la prohibición queda abolida la transgresión. Y en mi experiencia y valoración la transgresión y la desmesura son un momento clave de la emancipación adolescente. Aunque muchas veces tenga el carácter de un acto absurdo o insignificante, es un momento clave del desasimiento endogámico de las figuras parentales originarias. La ausencia de un *no* justo, arbitrario o autoritario, es un factor patógeno relevante. Digo esto porque

percibo un mundo adulto timorato y en repliegue frente a un juvenilismo rampante y admirado que inhibe el gesto de autoridad necesario en la confrontación generacional.

Declinación pues de la función interdictora, a veces justa y oportuna, otras veces no exenta de error e imbecilidad, componente ineludible del proceso. Lo que me interroga (acompañando la ideal freudiana de que las patologías extremas ponen en evidencia fenómenos genéricos que pasan inadvertidos en los rasgos habituales) es si la indulgencia en los límites y prohibiciones no es un factor patogénico promotor de conductas extremas. Aumento en la tasa de suicidios en jóvenes, drogadicciones, tribus urbanas, éxito de las religiones sincréticas, ordalías del siglo XXI (la muerte como las picadas de conductores enfrentados o el desafío de cruzar la autopista con los ojos vendados).

Este acto y la propuesta de estudios interdisciplinarios de la Universidad de la República son una vía en esa dirección. Tomando la posta del surco abierto por Barrán en sus últimos textos, propuesta audaz en la que señala que la exploración de lo íntimo es una vía idónea para la comprensión de lo público, me atrevo a este atisbo de interdisciplinariedad, ya que no hablo en una asociación de psicoanalistas, sino en esta universidad que promueve esa dirección de trabajo. Empezamos a compartir saberes e ignorancias, pero estamos en el comienzo y hay mucho camino por recorrer. ♦

RESUMEN

El autor se propone interrogar la función paterna en la actualidad, lo que implica ser juez y parte del problema que se aborda. Es lo que Mijail Bajtin llama organización de un campo dialógico propio de las ciencias del sujeto, subordinado a una epistemología diferente de la de las ciencias naturales. Es saber adquirido siempre conjetural y controversial. Se enfocan sumariamente tres perspectivas, la de los hábitos y costumbres, la de las ciencias sociales, y la propia del psicoanálisis, para problematizar nuestra especificidad respecto a territorios vecinos procurando un lenguaje poroso que evite los dialectos tribales.

Descriptores: FUNCIÓN PATERNA / CULTURA / SOCIEDAD / SUBJETIVACIÓN / DESAMPARO /

Autores-tema: Barrán, José Pedro

ABSTRACT

The paper intends to question the present function of the father, which implies to be judge and jury in one's own case, as regards the subject addressed. It is what Mijail Bajtin calls the organization of a dialogical field that is characteristic of the sciences of the subject, subordinated to an epistemology which is different from that of the natural sciences. It is an always conjectural and controversial acquired knowledge.

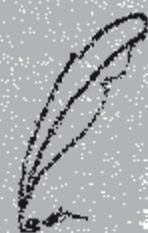
Three perspectives are briefly discussed: customs and habits, social sciences and the perspective of psychoanalysis itself, in order to challenge our specificity regarding neighboring fields, seeking a porous language in an attempt to avoid tribal dialects.

Keywords: PATERNAL FUNCTION / CULTURE / SOCIETY / SUBJECTIVATION / HELPLESSNESS /

Authors-subject: Barrán, José Pedro

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARMAN, Zygmunt (2005). *Identidad*. Buenos Aires: Losada, 2005.
- BARRÁN, José P. (2009). *Historia de la sensibilidad. Cultura bárbara y disciplinamiento*. Montevideo: Banda Oriental.
- BUTLER, Judith (2008). *Del texto al sexo y la performatividad*. Madrid, Editorial Egales.
- CASTELLS, Manuel. *La era informática*, t. II, *El poder de la identidad. La Era de la Información. Vol. II: El poder de la identidad*. México, Distrito Federal: Siglo XXI Editores, 2001
- GIL, Daniel y Sandino NÚÑEZ (2002). *¿Por qué me has abandonado? Psicoanálisis y fin de la sociedad patriarcal*. Montevideo: Trilce, 2002.
- (2013). *Paternidades o la paternidad en la encrucijada*. Montevideo: Trilce, 2013.
- HEIDEGGER, M (1990). *El camino al habla*. Barcelona: Serbal, 1990.
- KANT, I (2003). *Pedagogía*. Madrid: Akal, 2003.
- REVAULT D'ALLENES, Myriam (2008). *El poder de los comienzos. Ensayo sobre la autoridad*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu Editores, 2008.
- ROUDINESCO, Elizabeth (2002). *La famille en désordre*. París: Fayard, 2002.
- TODOROV, Tzvetsoan (2008). *La vida en común. Ensayo de antropología general*. Buenos Aires: Alfaguara, 2008.
- VIÑAR, Marcelo (2009). *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Montevideo: Trilce, 2009.
- (2013). «Notas sobre la juventud de hoy». En *Revista InterCambios*. Montevideo: Universidad de la República, marzo de 2013.



POLEMOS

Tiendas y contiendas

Del dolor de trabajar juntos



Nuevamente «Polemos» en este *Adolecer*, sección que contornea el tema «Metapsicología de la cura, intervenciones del analista». Ambicioso, sí. Le vamos a solicitar al lector que lo intente armar. Tiene para ello el pre-texto del material ofrecido por el psicoanalista doctor Ricardo Spector, rico en su equilibrio en lo que abre y permite ser pensado sin sesgar lo complejo. Material que contiene el caso Valeria así como los comentarios del autor.

Les pedimos a dos analistas, el doctor Carlos Barredo y la doctora Fanny Schkolnik, que polemiquen en torno al material. En los pliegues de la polémica bien puede tener cabida a su vez la arista de lo epistemológico, para volver desde este vértice sobre la buena veta de las concepciones de inconsciente, acerca de lo cual siempre enriquece polemizar.

Punto de intercambio que surge con insistencia en cuanto las teorías que habitamos nos habitan tomándonos, lo que pudiera deslizar al analista en una suerte de espera anticipada que se adelantase al analizante, más que seguirlo, produciéndose una suerte de aplicación.

El material brindado proviene de un cierto costal, lo que nos permite discutir desde ángulos diferentes. Sería inocente pensar que es posible concebir esto sin consecuencias clínicas. Es interesante entonces tomar la polémica acerca de cuándo una intervención podría producir un corte o tener efecto de corte y cuándo no, por no estar en el horizonte interpretativo del analista que la formula.

Polemos es polémica escrita y secuencial, los autores no tienen la oportunidad de una controversia coloquial en torno a una mesa, sino que sus

textos propulsarán nuevos posibles sentidos que se multiplicarán a razón de los lectores. Se polemizará no con la persona de los autores, sino con lo que generosa y sabiamente han ofrecido, comenzando por el analista del caso que puede abrirlo a ser pensado como él lo ha hecho.

Dice Spector: «Mi enfoque analítico se basa en la instauración de un encuadre analítico (no fundamentado en las condiciones formales de este) que permita el despliegue de la transferencia. Esto se promueve limitando mis intervenciones tanto como sea posible a la formulación en palabras de aquello que logro discernir como patrones (hechos seleccionados, Bion) que emergen en el curso de la sesión. Las fuentes principales son, además del discurso verbal del paciente, sus actos, gestos, tonos de voz, etcétera, sumados a lo que pueda discernir de mi propia captación de la “atmósfera emocional de la sesión” (contratransferencia en sentido amplio). Desde ya que abundan de mi parte las intervenciones que implican preguntas aclaratorias y pedidos de ampliación que puedan ayudarme/nos a discernir lo que me parece más significativo del material desplegado en el encuentro que implica la sesión».

Polemos no tiene por finalidad dar palmadas en el hombro, sino propiciar (des)encuentros de textos en instancias de producción. Sabemos que para que haya praxis en psicoanálisis —para que todos aquellos que hayan participado de una experiencia se vean tan transformados como la experiencia misma— debe haber escucha. Y esperando el disenso ponerlo a trabajar, a producir. ♦

Echando alguna luz sobre la «Babel psicoanalítica actual»

Una experiencia de debate clínico pluralista



RICARDO SPECTOR¹

El haber participado como presentador de una experiencia de discusión clínica en el marco del encuentro sobre Lacan en IPA me permitió extraer algunas conclusiones acerca de lo que nos une y lo que nos separa en el trabajo clínico cotidiano, según nuestras diversas adscripciones teóricas predominantes. Es mi deseo compartirlas con la expectativa de que sigan desarrollándose y permitan un creciente intercambio productivo.

Fui invitado a presentar un material clínico en el encuentro de colegas que adscriben predominantemente a una orientación lacaniana, teniendo en cuenta que no es la obra de Lacan la que orienta fundamentalmente mis reflexiones psicoanalíticas ni mi trabajo clínico. Seguramente es útil aclarar de entrada que los autores con los que me resulta más útil el diálogo son, además de mis analistas y supervisores durante mi formación y los colegas con los que intercambio cotidianamente, Freud, M. Klein, Bion, Betty Joseph y actualmente Thomas Ogden.

Voy a empezar enunciando una breve síntesis conceptual, para luego transcribir el material clínico tal como fue leído a los participantes del encuentro. Más adelante expondré las ideas que me surgieron a posteriori.

1 Miembro titular en función didáctica, Asociación Psicoanalítica Argentina. rispector@gmail.com

BASES TEÓRICO-CLÍNICO-TÉCNICAS

Mi enfoque analítico se basa en la instauración de un encuadre analítico (no fundamentado en las condiciones formales de este) que permita el despliegue de la transferencia. Esto se promueve limitando mis intervenciones tanto como sea posible a la formulación en palabras de aquello que logro discernir como patrones (hechos seleccionados, Bion) que emerge en el curso de la sesión. Las fuentes principales son, además del discurso verbal del paciente, sus actos, gestos, tonos de voz, etcétera, sumados a lo que pueda discernir de mi propia captación de la «atmósfera emocional de la sesión» (contra-transferencia en sentido amplio). Desde ya que abundan de mi parte las intervenciones que implican preguntas aclaratorias y pedidos de ampliación que puedan ayudarme/nos a discernir lo que me parece más significativo del material desplegado en el encuentro que implica la sesión. La meta principal es promover en el paciente (y también en el analista) el surgimiento de ideas nuevas, lo que promueve/implica crecimiento mental. Cuento con un modelo teórico de base que implica la consideración de relaciones objetales inconscientes que se ponen de manifiesto, se despliegan y se modifican en el interjuego con los objetos externos. Allí, la concepción inconsciente de la escena primaria ocupa un lugar central. En la situación analítica, es la interacción viva con el analista el objeto privilegiado (aunque por supuesto, no único) de observación. La oferta sistemática de contención, a través de la presencia real corporal del analista y sus interpretaciones/intervenciones, va promoviendo modificaciones progresivas en el contacto del paciente con sus propias experiencias emocionales, lo que conlleva (es nuestro interés en tanto terapeutas) cambios duraderos en la modalidad de sus relaciones con sus objetos en el mundo y, por lo tanto, efecto sobre los síntomas e inhibiciones. La elevada frecuencia semanal de sesiones es, por lo tanto, un factor favorecedor, aunque no excluyente, del proceso analítico.

Tengo claro que esta apretada síntesis puede resultar un tanto esquemática y que deja afuera cuestiones muy importantes, pero confío en que mediante las resonancias que pueda producir en los lectores contribuya a la comprensión de mi intervención en la situación clínica y en las consideraciones que siguen acerca del intercambio con los colegas en la discusión clínica.

MATERIAL CLÍNICO

Presento la consulta inicial realizada ocho meses atrás, la transcripción de una sesión y un breve comentario de la sesión posterior a esta.

Elegí el material a partir de una circunstancia inesperada: luego de unos ocho meses de tratamiento con una frecuencia de dos sesiones semanales y bastante productividad, la paciente reclama disminuir a una sola sesión, argumentando dificultades económicas que, si bien podían tener algún asidero, no me parecían suficientemente convincentes. Además, su madre le ofreció contribuir con el pago, pero ella se negó.

Acepté su reclamo, con la sensación de que esto implicaba el comienzo de un abandono del tratamiento.

La segunda sesión luego de empezar con una sesión semanal (que transcribo) permitió el descubrimiento de un *pattern* edípico repetitivo y particularmente perturbador para la vida de la paciente, y luego una modificación de evolución positiva en la fijeza del *pattern*. Además permitió resignificar hechos que ya habían aparecido en la consulta inicial y situaciones que se habían expresado en la transferencia-contratransferencia y no habían sido claramente pensados por mí previamente.

Consulta

Valeria, de 26 años, comentó al inicio que tenía serias dificultades para formar pareja, había sufrido mucho con la única pareja duradera que tuvo, y sobre todo con la ruptura de esta. Me dijo que tras la separación no podía evitar mirar en el Facebook a la exnovia de su entonces novio, a quien imaginaba nuevamente estrechamente vinculada a él, lo cual la desesperaba. Una amiga suya (Julia) se había analizado conmigo unos años antes, y ella consideraba que había tenido un resultado exitoso en varios aspectos, entre otras cosas, había conseguido formar una pareja duradera y satisfactoria. Dijo además que tenía muchas dificultades para relacionarse con su madre, le costaba mucho no ser fría con ella y que tendía a pelearse por motivos menores. Dijo que temía «quedarse sola como ella» (la madre era en realidad viuda, el padre de Valeria falleció de una enfermedad de rápido desenlace cuando ella tenía 12 años). Tiene una hermana cuatro años menor. Se dedica al cine y ha comenzado a ejercer la docencia universitaria en Ciencias Sociales.

Sesión del día martes, segunda semana después de suspender una sesión
—Estoy medio mareada, no comí nada en todo el día, tomé cinco horas de examen y la ciudad es un caos total. Hoy estoy como medio alienada, medio poseída por la situación y no puedo hacer otra cosa. Estos días se me fue la sensación de paz interior que tenía la semana pasada. Esto de haber aceptado dictar cuatro materias es un delirio... Me pasó algo el viernes, tenía que dar una clase individual a una alumna nueva. En un momento me empezó a tirar onda —avances seductores—, y yo no sé, otras veces que mujeres me tiraron onda me daban dudas, pero yo sé que no me gustan las mujeres. Me puse muy incómoda pero a una amiga le contaba que si me tira onda un hombre que no me gusta también me pongo incómoda.

—Ante la cercanía, te sentís reclamada, por hombre o mujer, y eso te hace sentir incómoda y te lleva a tomar distancia, como acá, al espaciar las sesiones.

(Mostrando sorpresa) —Es muy notable eso de la distancia. Justo hoy, la compañera con la que estaba tomando examen me dijo: «¿Por qué te sentás tan lejos? Vení más cerca...».

»El viernes necesitaba salir de mi casa y tenía el cumpleaños de una amiga. No me dan ganas de salir, pero empiezo a sentir la obligación de salir, porque si no, no voy a conseguir a nadie. Finalmente llamé a María, que iba a cenar con Juan y otra pareja.

»Yo estaba con bronca con Pedro. —Alguien con quien había tenido un vínculo reciente y dejó de llamarla y responder a sus llamados—. Al otro día fuimos con Andrea a ver una muestra de fotografías: había una serie de un fotógrafo que cuando se enteró de que su papá se había suicidado, se fotografió con la ropa de él. Ahí me largué a llorar mal. —Llora en sesión al relatar esto—. Yo me acuerdo de que cuando mi papá se murió el tema de la ropa era fuerte, tarda en irse el olor, es diferente que con los libros y otras cosas. Y con Andrea me cuesta mucho, aunque sé que tengo que estar con gente. Y le dije: «Me gustaría que nos llevemos más, pero me agarra lo de sentirme invadida». Me dijo que sabía que soy solitaria pero que había momentos en que estábamos cerca. Me hace bien verla, se lo dije y estuvo bueno. Nos sacamos fotos y compramos ropa, y después había arreglado con mi hermana pero le dije que no, que no quería ir a lugares donde hubiera gente. Después fui al teatro, hice cosas. Estuve con mi mamá.

»El sábado a la noche vino Matías a conocer mi casa —su exnovio de varios años, del que hablé al principio—. El domingo a la noche me mandó un mensaje y le contesté enseguida: «Puedo a la noche». Sé que después me quedo mal, hoy ya se me pasó, hubiera estado bueno venir ayer a la sesión porque estaba muy movilizada. Hace años que no pasa nada con él a nivel sexual... Vi una película, *Soñar despierta: tenía algo muy lúdico, había un chico y dos chicas. Al chico le gusta la chica que tiene novio, pero la que tiene novio le hace gancho al chico con su amiga*. Para mí, sería imposible aceptar algo así.

Ante este relato y las oscilaciones del clima emocional de la sesión (cercaña-lejanía), surgió en mi mente una imagen-asociación con su consulta y la búsqueda de pareja: una mujer ayuda/impide a otra encontrar un hombre.

Ante esto, tiende a aceptarlo, pero con resentimiento y casi certeza de que la otra va a ser la elegida y toma distancia. Preferí no interrumpir su relato pero mantuve presente esto, con la expectativa de que creciera en significado con la continuidad de la sesión.

Continuó:

—La peli es muy fantasiosa y el chico no puede distinguir entre sueño y realidad. A mí me pasaba con Pedro, que no quería que conozca a María porque la iba a preferir a ella... Ayer vino Matías, y cuando lo veo a él me pasan un montón de cosas. —Llora otra vez—. Es una de las personas con las que más cómoda me siento, le conté de la cátedra, es muy inteligente... —Aquí se nota que le cuesta hablar, aparece como avergonzada—. Me pasó algo muy feo conmigo misma... en un momento en que estaba triste por Pedro encontré un dibujito que me había hecho Matías, que dibujó muy lindo, y lo colgué en la pared. *Cuando supe que él venía quise sacarlo, porque me pareció mostrar mucho que él viera eso, pero no lo saqué, pero cuando llegó lo tapé para que él no lo viera, eso me dio mucha tristeza por mí misma*. —Llora mucho—. Llegó a las nueve y se quedó hasta las cinco, charlamos un montón y podíamos haber seguido. Me siento como muy fría con él. Cuando estábamos en pareja yo estaba siempre atrás de él. Siempre era difícil de ubicar, no tenía celular ni teléfono de línea. Lo que me pone triste de verlo es que ya no me gusta, no me atrae físicamente. Sexualmente no me gusta y es lo que diferencia a un amigo de un novio. Yo creo que nunca estuve tan enganchada como con él. Fuimos a comprar

comida e invitó él. Antes era mitad y mitad, cambió mucho. Hay algo inaccesible, o difícil. Me gusta Matías pero no me atrae, espero que no sea así, porque si no, voy a estar siempre corriendo atrás del que no está.

En mi intervención antes de finalizar la sesión hice referencia a la película y a la repetición de la situación de las diversas maneras de relacionarse con una mujer-madre-analista-amiga: acercarse para sentirse posibilitada de relacionarse con un hombre, o tomar distancia y aislarse porque tiene un destino escrito de que la otra será la elegida.

Semana siguiente

En la sesión siguiente relata dos sueños seguramente relacionados con la sesión anterior, como intentos de elaboración. En el primero *ella se atreve a acercarse a un hombre, a pesar de que está acompañado por dos mujeres*, dice que logró entrar en acción, y eso durante el sueño la hacía poner muy contenta. En el otro *se acostaba con Matías y lo pasaba muy bien*. De todos modos, también comenta que lo que pasó en los sueños, de sentirse activa y decidida, no se condice con su experiencia de vigilia, ya que pasó una semana más bien retraída y sin mucho contacto, con momentos en que se sintió angustiada.

Comentarios

Soy consciente de que, debido a la brevedad de este texto, muchas de las experiencias que extraigo de esta situación clínica no surgen de manera evidente del material que ofrezco. Sobre todo, por la dificultad inherente de poner en palabras la «atmósfera» emocional de la sesión, que es una fuente importante de información para el analista. Seguramente se podrá ampliar en nuestra conversación posterior, pero voy a incluir aquí algunas ideas que esta experiencia me sugiere y que me ha interesado compartir con ustedes.

Resalté especialmente el relato de la película porque sirvió en mi mente para condensar de manera incluso visual elementos hasta entonces dispersos (que más adelante detallaré), y que permitían una nominación y cohesión que podían disparar nuevos desarrollos. *Una mujer ayuda/impide a otra mujer relacionarse con un hombre*. ¿Cuál es la posición subjetiva de Valeria ante este drama (*pattern*) que la habita, drama que cobra vida en la situación transferencia-contratransferencia? El despliegue inicial, que relato aquí, parece mostrar que en la medida en que predominan el odio y quizá la

envidia hacia la figura representante materna (la madre, la colega docente, el analista en su faceta materna, la amiga Julia que ya había tenido experiencia conmigo) ella toma distancia y se encierra en su refugio autosuficiente pero que no le ahorra la intensa angustia, fundamentalmente persecutoria. El ponerle ese nombre al drama, y explicitarlo ante ella, parece haber generado un movimiento interno que la condujo a una mayor audacia y capacidad para rivalizar (expresadas en los sueños de la segunda sesión).

Cuando consultó, Valeria centró sus problemas en la relación fría con su madre abundando en críticas hacia ella, en la dificultad para formar pareja y en su modalidad aislada, junto con episodios de intensa angustia persecutoria. Por supuesto, adquiere importancia la presencia «fantasmal» de Julia, su amiga expaciente mía que logró formar pareja.

Retomo los elementos que adquirieron coherencia con la imagen: una mujer ayuda/impide a otra relacionarse con un hombre. Estos elementos adquieren, según la dominancia esquizoparanoide o depresiva, significados, experiencias emocionales, actos o síntomas diferentes y oscilantes: 1) La amiga le recomienda un analista (este, en su dimensión de transferencia paterna, puede ser la figura masculina deseada o un vehículo para acceder a esta, según la experiencia emocional dominante). 2) Se niega a recibir la ayuda que le ofrece la madre para no necesitar disminuir el número de sesiones. 3) Evita que la amiga conozca al muchacho con que se ve porque está convencida de que va a elegir a la otra. Parece estar convencida de que se trata de un destino inexorable. 4) Por supuesto, la teoría psicoanalítica del complejo de Edipo, cuya salida positiva requiere soportar la dependencia respecto a la pareja parental sexual.

EL INTERCAMBIO CON LOS COLEGAS

El deseo de escribir este texto comenzó a gestarse en mí a partir de un conjunto difuso de ideas y sentimientos con que me encontré al finalizar nuestro debate. Tenía una agradable sensación de que habíamos podido trabajar en conjunto y que yo había podido avanzar en la comprensión de este tratamiento. Pero tenía también un indudable malestar ante la fuerte sensación de que no había forma de hacerme entender por la mayoría de los participantes acerca de ciertas cuestiones centrales que yo intentaba

transmitir en lo presentado y al responder a sus comentarios. Esto ocurría a pesar de que estaban, en lo fundamental, todos ellos bien dispuestos a generar un ambiente de trabajo e intercambio, y que en muchos aspectos podíamos entendernos, pero en cierto nivel, hablábamos idiomas diferentes... ¿Presentificación de la Babel?

Un ejemplo paradigmático de esta situación (hubo varias):

Valeria dice en la entrevista inicial que la preocupa no poder formar una pareja y que teme «quedarse sola *como su madre*». Yo recibo inmediatamente esta última afirmación como una manifestación de una situación inconsciente de importancia. Algo así como un acto fallido, aunque conserve la estructura de una frase gramaticalmente correcta y comprensible. Le dije en el momento algo así: si ella, a su edad y siendo soltera temía quedarse sola, no sería «sola como su madre», ya que su madre, aunque era ahora viuda, había tenido una pareja y dos hijas. Valeria quedó bastante sorprendida e impactada por lo que le dije y me dijo que era cierto, que no entendía bien por qué dijo eso, y que en realidad su madre después de algunos años de haber enviudado había tenido varias parejas de variable duración y que en este momento estaba sola. Es mi impresión que este impacto fue uno de los motivos principales por los que estuvo dispuesta a iniciar un análisis. Mi hipótesis a explorar, a partir de este y otros elementos, fue que estaba exponiendo una intolerancia inconsciente a la concepción de una madre con una pareja sexual, que la identificación con ese lugar en la escena primaria la perturbaba y era un motivo importante para la dificultad en formar pareja estable que entre otras cosas la trajo a mi consultorio.

Me detuve en este episodio porque fue durante nuestra reunión clínica uno de los puntos en los que parecíamos hablar en idiomas diferentes, y por más que yo insistiera en intentar aclarar mi modo de leer la afirmación de la paciente, no se podía avanzar. Aunque simplifiqué homogeneizando a mis interlocutores, era evidente que la gran mayoría de las intervenciones tendían a la hipótesis de que Valeria necesitaba alejarse de su madre (se dijo que su madre era posesiva, cosa que a mí no me consta), ya que faltaba una función paterna suficientemente consistente como para separarse de ella. Era tomada de manera literal su afirmación de que temía quedarse sola como su madre y eso era positivo ya que así podría separarse de ella, diferenciándose de su supuesta soledad.

Yo tiendo a pensar que su hostilidad inconsciente no suficientemente elaborada hacia la pareja sexual y procreativa («sola como mi madre» implica quitarle cualidades y funciones al objeto interno materno, y esto influye en la percepción que tiene de su madre real. Un ataque en sentido de M. Klein) la condiciona para no tolerar suficientemente vínculos de dependencia positiva que conducirían a una identificación con las funciones que los objetos ejercen en el psiquismo. Pienso que esto puede verse en la transferencia, y el momento del análisis que describo muestra un desafío para el analista. La paciente tiende a tomar distancia en un momento en que el análisis le resultaba especialmente productivo, al mismo tiempo que mantiene vivo el vínculo a través de la riqueza del material que se genera.

En este punto quiero hacer notar un valioso aporte que se me hizo en la discusión: una colega enfatizó el hecho de que Valeria comenzara la sesión hablando de que tenía hambre (manifestación posible del reconocimiento de cierto registro de pérdida alimenticia por haber dejado una sesión y espaciado nuestros encuentros). Yo creo haber captado la importancia transferencial de ese comienzo durante la sesión, pero privilegié en mi intervención la dimensión de la cercanía-distancia, que podía estar más cerca de cuestiones ligadas más directamente a la sexualidad. Pienso ahora que intervenir sobre el hambre, el mareo y la sensación de alienación habría sido más cercano a lo predominante en el vínculo transferencial del momento.

Los intercambios durante nuestra reunión incluyeron, entre muchos otros:

- Consideraciones acerca de su relación con «la otra mujer» y la posible erotización, evocando el caso Dora, y hubo coincidencia en que no se trata de un caso de homosexualidad femenina.
- A partir de la cuestión (para mí central) de la distancia-cercanía, se incluyó la sugerencia de una interpretación por mi parte que ejerciera una función de corte, convocando firmemente a la paciente a definirse acerca de su deseo. Me parece que es una posibilidad, aunque prefiero, como describí al principio, apuntar a los cambios progresivos y consistentes, aunque por supuesto nunca puede uno predecir el efecto de una intervención. Me parecía importante, en este caso, que la paciente no se sintiera empujada a tener dos sesiones de manera superyoica, aunque desde ya sabía que esa era

mi preferencia. La manera en que los pacientes entienden nuestras intervenciones está muy determinada por el estado inmediato del mundo interno y del vínculo, por lo tanto la cualidad de la transferencia-contratransferencia en cada momento y mi experiencia con reanálisis de pacientes que han recibido frecuentes interpretaciones que tendían a ejercer esa función de corte me han mostrado que en general son entendidas como indicaciones o mandatos que alivian en un momento, porque parecen ofrecer un camino de acción proveniente de alguien sobre quien hay una transferencia en juego, pero luego suelen generar efectos superyoicos. Por supuesto, esto depende de la experiencia y del modo de entender la práctica clínica que cada uno tenga. Hemos coincidido en que en la primera sesión también se ponen de manifiesto las dificultades para la elaboración del duelo por el padre.

- No fue retomado un tema, para mí muy importante, como son los sueños de la segunda sesión de la que hablo y que muestran una evolución favorable. Puede deberse a que los expuse muy brevemente, pero sobre todo al hecho de que probablemente no compartimos la concepción de una vida onírica en la que los sueños suelen mostrar alguna elaboración de lo que ha ocurrido en la sesión anterior.
- Hubo referencias importantes a prestar atención a la influencia que pudo tener la situación vital de Valeria (el haber vivido desde sus 12 años en un mundo de mujeres), así como al contexto cultural en que se desarrolla su vida (posibilidades laborales, etcétera).

UNA PROVISORIA CONCLUSIÓN

Nuestras metapsicologías diferentes nos llevan a considerar la situación clínica de modos que por momentos parecen incompatibles y parecemos hablar idiomas diferentes (Babel). Sin embargo, si mantenemos una razonable coherencia con nuestros respectivos enfoques psicoanalíticos y una convicción compartida acerca de la experiencia con lo inconsciente, tienden a surgir importantes convergencias. Después de todo, independientemente de la sofisticación de nuestros sistemas teóricos, somos personas a las que nos consultan personas en busca de ayuda ante algo que las aqueja. ♦

Comentario sobre el trabajo de Ricardo Spector



CARLOS BARREDO¹

mi vida que no entiendo, esta agonía de ser enigma,
azar, criptografía y toda la discordia de Babel

J. L. BORGES, «La brújula»

Comentar lo escrito por Ricardo Spector, luego de su presentación clínica en la jornada de «Lacan en IPA», brinda la oportunidad de volver a sumergirse en ese clima singular que muchos reconocemos como un rasgo característico de esta actividad: el de un intercambio en pluralidad.

Pretendo focalizarme en tres puntos: la idea de «babelización», algunas consideraciones sobre el material clínico relatado y finalmente extraer consecuencias de lo condensado en la idea que motoriza «Lacan en IPA».

Babel, mito del cual George Steiner en *Extraterritorial* afirma que existen versiones en todas las culturas, da cuenta de la pérdida de la lengua edénica como consecuencia del pecado original del hombre y por lo tanto de las diferencias y relaciones entre las lenguas humanas y el lenguaje de los dioses.

La dispersión en lenguas diversas, que, paradójicamente, conlleva tanto la necesidad e inevitabilidad como la imposibilidad de la traducción, implica para todo ser hablante el tener que alienarse en una lengua que se le presenta como alteridad, aun cuando conserve como inerradicable

1 Miembro titular en funciones didácticas de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.
calibar1@hotmail.com

el elemento *infans* con que la enfrentó en el origen. De allí el malestar, inherente a los seres hablantes, de nunca haber sido entendido por completo o de no poder expresarse con claridad suficiente para promover esa comprensión, aun dentro de los límites de su propia lengua.

En mi opinión, lo que dificulta el intercambio entre psicoanalistas está más ligado a distintas concepciones sobre la estructura y el funcionamiento del lenguaje, en general no explicitadas, que a las diferentes adscripciones teóricas.

Así, la noción de que el «discurso» es una estructura necesaria, que excede en mucho a la «palabra», siempre ocasional, contingente, abre la posibilidad de «un discurso sin palabras» que subsiste en ciertas relaciones fundamentales que no podrían sostenerse sin el lenguaje, en tanto de este depende la instauración de relaciones estables en el interior de las cuales puede inscribirse algo más amplio que las enunciaciones efectivas. Podríamos entonces coincidir en lo que Ricardo menciona como sus fuentes, pero destacando que «tonos, gestos, acciones» son tan discursivos como el «discurso verbal», y en especial que el sintagma «atmósfera emocional» no remite a un referente concreto, del orden de una realidad gaseosa en que consistirían las emociones, sino a una condensación de metáforas que van desde el «soplo divino» que nos vitaliza hasta el «último aliento» que exhalamos, pasando por las musas que nos «inspiran», o las poéticas resonancias del nombre de un perfume que «inhalamos» (*l'air du temps*). La «captación» de ese «clima» no remite a una inmediatez exterior al lenguaje, sino a la mediación de una experiencia discursiva condensada en ese sintagma, lo que no escapa a la percepción de Ricardo cuando menciona en su comentario la dificultad para «poner en palabras», «traducir» esa atmósfera.

Con relación al material, expuesto con generosidad y con un talento envidiable, quiero centrarme en lo que se menciona como el motivo de su selección: la inesperada circunstancia de reducción de la frecuencia de sesiones que trae como consecuencia la sensación en el analista de estar ante el comienzo del abandono del tratamiento. Me interesa poner en foco esa circunstancia, por un lado porque creo que es producto del trabajo previo que venía realizándose y que ha permitido acercarse a esa constelación o *pattern* edípico que Ricardo con escucha sensible percibe en la formulación «quedarme sola como mi madre» y que remite, como se

hace manifiesto en su intervención, no a una realidad sino a un entramado imaginario, al «drama que la habita». A mi entender es el acercamiento a ese núcleo fantasmático lo que ha producido la respuesta en el plano de la acción, el alejamiento.

Esto nos confronta —y es el otro motivo de mi interés en poner aquí el foco— con una situación clínica habitual en nuestro medio: tener que llevar adelante una experiencia analítica con una frecuencia de sesiones que sentimos insuficiente. Experiencia que el material expone con sinceridad y coraje, para la cual no parecen existir soluciones que provengan de un saber del que se pueda estar en posesión, sino más bien de uno del que habría que tomar po(r)sesión, fragmentariamente, allí donde está en curso en el material algo que evoluciona dirigiéndose transferencialmente al analista.

La dificultad planteada es cómo intervenir ante esta joven que no dice tener hambre sino solo que no ha comido, que no acepta la ayuda que su madre le ofrece y que solo percibe algo de malestar ante la fría respuesta de Pedro a su necesidad de proximidad y contacto. Necesidad, por otra parte, que parece expulsada en el analista que percibe el abandono. Ella por su parte ante cualquier acercamiento que pueda calentar el ambiente toma distancia, lo que el analista le señala correctamente, y si bien entrega por medio del relato de ficción de la película parte de los hilos del guion en que está capturada, lo hace a mi entender desde una posición de observadora, tratando de mantener el intercambio en un plano de frialdad, como el que describe de la relación con los libros, en tensión con lo de vestirse con los atavíos del padre, percibir sus olores. Este duelo «enfriado» es sin duda uno de los hilos de lo condensado en la afirmación sobre la soledad de su madre.

Todo esto, a mi entender, es algo que ella se hace y le hace al análisis y al analista, configurando un nudo de transferencia negativa sobre el que pienso que habría que intervenir. Comparto la rica idea, que nos entrega nuestra experiencia, de que los sueños continúan lo que se está tramitando en el material asociativo. Es esa la función de los sueños en el análisis, y en ese sentido es que todo analizante, al estar en transferencia, sueña para el analista. Pero creo que, junto con ese elemento de transferencia positiva y en tensión con él, los sueños muestran un elemento de autosuficiencia en el que la joven puede arreglarse con sus dificultades sin tener que enfrentar su dependencia del analista, de allí que tanto su atreverse a la acción como

la solución de su frialdad sexual con Matías le resultan a fin de cuentas ilusorios, no se condicen con sus realidades cotidianas.

Babel es el término que describe nuestra realidad de seres hablantes que, como tales, hemos debido renunciar a la transparencia y la inmediatez de la lengua edénica, de la que solo persisten nostalgias idealizadas. De allí que piense que debemos preservar la sofisticación de nuestras teorías, que intentan dar cuenta de lo específico de nuestra práctica basada en la experiencia del inconsciente. Es esa experiencia la que hace que la ayuda que podamos brindar se distinga de cualquier otra y nuestra convicción en sostenerla deviene una cuestión ética.

Por último, una breve reflexión sobre «Lacan en IPA», sintagma que nos reúne y que, más allá de las críticas que ha recibido, nos muestra otra faceta de su productividad al recordarnos que el Lacan al que intentamos acercarnos es ese que se muestra en un contexto de debate plural, alejado de aspiraciones dogmáticas que deban ser aceptadas por todos de manera unánime y que algo de Babel se evoca en la mención de nuestra filiación institucional.

Nuestra práctica y la de los sueños nos instruyen acerca del valor de las nominaciones, que hace que no sea indistinto llamar a un accidente geográfico «Pas de Calais», «Srait of Dover», «English Channel» o «Canal de la Mancha». En especial porque en la última mención resuena (por eso del cristal de Babel) «En un lugar de la Mancha...».

Lacan en IPA debería constituir un eco amplificador de esa resonancia y permitirnos jugar en un espacio idiomático menos «estrechamente» recortado, en el que, luego de metabolizar lo recibido, podamos concebir en nuestra lengua el psicoanálisis que practicamos. Algo más a resguardo de idealizaciones, tanto de lo propio como de lo ajeno, sin expectativas de convergencias tan unánimes como «prebáblicas», estaremos en condiciones de disfrutar del placer y el privilegio que Ricardo nos ofrece: observar a un analista trabajando y poder intercambiar con él. ♦

Polemizando en torno al trabajo de Ricardo Spector



FANNY SCHKOLNIK¹

Me parece importante el aporte que hace Spector con su trabajo para desplegar los diferentes criterios y modos de posicionamiento analítico que se dan en el encuentro con nuestros pacientes. Así como para encontrarnos con lo que hay en común, que da cuenta de la especificidad del psicoanálisis, más allá de las diferencias. Por otra parte, estos intercambios resultan enriquecedores y ayudan a alejarse de la rigidez de las certezas.

En el encare de la escucha y de sus intervenciones en el trabajo con su paciente, se me destaca lo que plantea acerca de las preguntas aclaratorias, los pedidos de ampliación, la búsqueda de ideas nuevas, así como de una mayor claridad y del significado que surge a partir del discurso del paciente. Entiendo que con estos planteos nos alejamos de una noción de inconsciente caracterizado precisamente por sus oscuridades y el carácter de incognoscible. A mi criterio, no nos acercamos con aclaraciones ni búsquedas de ideas nuevas, solo podemos hacerlo a partir de las ocurrencias que surgen de la asociación libre en transferencia, no de la asociación de ideas. Pienso que al privilegiar el trabajo tomando como base ideas y aclaraciones Spector apunta más a un registro CC-Prec. Por eso, en mi perspectiva, no privilegia suficientemente el trabajo con lo inconsciente a partir de sus efectos en el campo de la transferencia.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. fschkol@chasque.net

Otro elemento que me interesa destacar es el papel que Spector le otorga al significado. Teniendo en cuenta que en el encare de la semiótica el significado remite esencialmente a una relación universal y fija con el referente, pienso que si aspiramos a encontrar el significado a partir de la escucha de las ideas que trae el paciente, partimos del supuesto de que así podemos llegar a traducir y conocer lo inconsciente. Es cierto que algunas afirmaciones de Freud acerca de los objetivos de la cura psicoanalítica, como la de «hacer consciente lo inconsciente», podrían llevarnos a pensarlo así, pero el propio Freud sostiene siempre su carácter de incognoscible como propuesta metapsicológica central en la concepción psicoanalítica del psiquismo. Por eso creo que si aspiramos a descubrir en el análisis los referentes últimos a que responden los síntomas a partir de los significados, estamos dejando de lado este carácter de incognoscible de lo inconsciente.

Creo que nuestra tarea apunta más a lo que se entiende por sentido en semiótica. En esta perspectiva, los sentidos varían de acuerdo al contexto y las circunstancias, son siempre móviles y relativos, según el lugar, el momento, los interlocutores y el objeto de que se trata. Podríamos decir entonces que en el análisis buscamos que surjan sentidos que orienten y sostengan el trabajo elaborativo en el paciente y la posibilidad de cambios a nivel del psiquismo, sin pretender alcanzar y clarificar los referentes fijos que supuestamente se alojan en lo inconsciente. Es más lo que se construye que lo que se descubre en ese entre-dos del encuentro tan particular marcado por la transferencia.

Por otro lado, coincido con Spector en la importancia del encuadre y en particular de la abstinencia, que favorecen el despliegue de la transferencia y el posicionamiento analítico. También me parece fundamental su planteo de una escucha que incluya lo verbal, los actos, gestos y tonos de voz, así como las vivencias contratransferenciales del analista. Y respecto a la paciente, también estoy de acuerdo en que el Edipo y la sexualidad están como trasfondo de sus problemas.

Pero ¿con qué concepción del Edipo nos manejamos? En lo que me transmite Spector, me da la impresión de que el tres parece estar muy presente. Pero creo que el «encierro» de la paciente en todos sus vínculos no daría cuenta de un tres que se abra a nuevos vínculos, sino de un mantenimiento en lo dual con el padre y la madre en un triángulo cerrado. Aún

está ligada-pegada al olor de las ropas del padre. Y sola, ¿como la madre o con la madre? Parece defenderse en un conflicto entre la atracción por lo dual y el miedo al encierro estableciendo vínculos de tres o escapando de los que pueden dejarla en el dos. Lo vemos en la relación con el analista al disminuir la frecuencia de las sesiones, con la madre, con sus parejas y con amigas. Estas características de lo edípico en la paciente llevan a pensar en las carencias que se habrían dado en los primeros vínculos respecto a la necesaria narcisización y la también necesaria función de corte.

El trabajo de análisis tendría que apuntar, a mi criterio, a ese triángulo edípico cerrado, marcado por ligazones duales, buscando realizar una función de corte en el marco de la relación transferencial, junto con la necesaria narcisización que habilite el desprendimiento. Algo de esto parece haber faltado en sus primeros vínculos, lo que condicionó un encierro en el triángulo edípico que no permitió dar lugar suficientemente a una terceridad que abra el camino a vínculos nuevos. ♦



DE UNO Y OTRO

«De uno y otro» es una nueva sección en la *Revista* en la cual se buscará plasmar mediante la escritura algún tipo de experiencia analítica, siempre acontecida al menos entre dos, quienes a su vez contuvieran a otros.

Tomaremos en esta oportunidad una de las instancias que transcurrió en uno de los Encuentros con Analistas Mayores que la Organización de Candidatos de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (Ocapu) llevara adelante para brindarles a los analistas de una vastísima trayectoria un reconocimiento por sus aportes al psicoanálisis en general y un agradecimiento particular por su compromiso con la transmisión, durante generaciones, a los analistas en formación. Durante el año 2003 se realizaron encuentros con nuestros queridos analistas Mercedes Freire de Garbarino, Luis Enrique Prego y Vida Maberino de Prego, coordinados por la psicoanalista Graziella Zito. Mantuvimos con cada uno de ellos un tipo diferente de intercambio, algunos de los cuales se hallan publicados en *Grafo* (Grupo de Analistas en Formación), la publicación de Ocapu.

El diálogo que sostuvimos con Vida fue a partir de la clínica. El material fue ofrecido por la psicoanalista Magdalena Filgueira para mantener con ella una nueva, renovada y renovadora jornada en torno a la clínica con niños «tempranos». Vida fue desplegando su estilo de trabajo con niños pequeños junto con valiosos jalones de historia respecto a cómo lo fue gestando y transformando. ♦

La presencia y la palabra del analista cumplen función de tercero



VIDA MABERINO DE PREGO¹ & MAGDALENA FILGUEIRA²

TRABAJANDO LA FUNCIÓN PATERNA EN LA SESIÓN DE UN NIÑO CON SU PADRE

Juan fue el caso presentado. Tenía unos tres años y medio cuando sus padres consultan dada la gran preocupación y angustia que sentían por su hijo. «Es que es un niño muy inquieto, no se queda tranquilo en ningún momento del día, ni en casa, ni en el jardín de infantes al cual concurre.»

A Juan le sigue una hermana dos años menor, durante el embarazo de la cual la madre tuvo que guardar varios meses de reposo en quietud absoluta, durante los cuales el padre se ocupó mucho del niño. Relatan que en el hogar Juan se mueve permanentemente a la hora de comer, jugar, bañarse e incluso al dormir. El descanso ha sido desde siempre irregular, duerme pocas horas, se despierta, llama a los padres, pide para ir a la cama de ellos y en muchas oportunidades se orina de noche. El control de esfínteres nocturno no ha sido logrado en forma sostenida y estable todavía. «Ha pasado períodos en los cuales no le ocurre que se haga pichí de noche», manifiestan sus padres. Presentaba también dificultades en torno a la alimentación; Juan comía moviéndose, luego manifestaba que

1 Miembro de honor de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. info@clinicaprego.com

2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. mflgueira.mefe@gmail.com

le dolía la barriga y en oportunidades vomitaba. Consultaron con neuropediatra, quien indicó estudios y diagnosticó luego un foco irritativo de tipo epileptoide por el cual se halla medicado; fue quien los orientó hacia la realización de psicoterapia.

La madre dice: «Es tan inquieto que no disfruta nada de nada... Le pasa en los cumpleaños, él corre y corre, se excita mucho... Vive arrojando, ayer arrojó, no sé... es como que lo hace por gusto... De noche intranquilo, tiene pesadillas, y además a veces se hace pichí; ahora hace tiempo que no se hace, parece que pasó».

El padre manifiesta: «Es un niño inquieto desde recién nacido, digamos que salió de la barriga con los ojos abiertos y pidiendo alimento. No es por quitarnos responsabilidades, porque quizá nosotros no supimos cómo tratarlo... pero no sé, no es normal... no se conforma con nada, se le da un juguete y enseguida se aburrió, no se entretiene nunca, entonces no se puede hacer nada, hay que estar pendiente de él. Mi señora no puede lavar ni hacer nada porque él no deja. Hay que observarlo continuamente, ahora con la hermana, peor. Tengo sobrinos y no son así, él no se duerme con nada, y una vez dormido, se despierta, llora. Tiene un foco y está siendo tratado con la medicación, pero creo que precisa esto».

Juan entra con su madre dado que se niega a pasar solo a la sala de juego. Es un niño sumamente vivaz e inquieto, menudo, escurridizo y locuaz. Me sorprende su capacidad de captar con una sensibilidad muy fina las palabras, los giros de lenguaje, así como los afectos que discurren en los relatos de las diferentes situaciones que su madre va narrando, que implican a varias personas de su entorno. Así mismo se comporta en la entrevista entre su madre, él y yo. Mira, se detiene, registra los diferentes objetos de la sala de juegos, el cuaderno en que anoto, la lapicera, los juguetes y materiales de plástico que le he puesto, la cartera de su madre, el monedero, las llaves.

Es llamativa también su capacidad de expresarse verbalmente, utilizando con precisión una cantidad de palabras. Es un niño desafiante que disfruta tramando situaciones, fabricando enredos con la madre y/o conmigo. Todos estos aspectos se mantuvieron desde la primera entrevista, durante los primeros tiempos, hasta bien avanzado el proceso analítico. Juan entraba a la sala acompañado de su madre o padre y jugábamos de a dos, él y alguno de los padres, él y yo o los tres juntos.

El padre lo traía muchas veces, por lo cual nos veíamos involucrados en las sesiones Juan, su padre y su analista. Se mostraba inseguro de cómo tratar a su hijo, sobre todo en el momento de ponerle límites; dudaba, finalmente lo hacía con calidez y proximidad afectiva con su hijo, pero tardaba en ubicarse en esa posición, lo que generaba más ansiedad e inquietud en Juan que lo demandaba. En general desafiaba a ambos padres en muchos aspectos, de alguna manera los «buscaba» en sus funciones y posiciones, y ahí necesitaba «encontrarlos» una y otra vez. Derroteros pulsionales, montajes y desmontajes que fueron transferidos al campo analítico.

En las primeras sesiones y por un largo tiempo Juan al llegar daba vuelta la caja tirando todo su contenido al suelo, lo que al caer hacía un ruido estrepitoso; luego pateaba, pisaba todo, por lo cual muchas cosas se fueron rompiendo o deteriorando. Comienza a jugar con agua en la sala, se arman unos enchastres grandes porque vuelca goma desarrollando un juego en que termina quedando todo sucio, entonces «hay que limpiar». Me pide implementos de limpieza, se los doy y jugamos en varias sesiones a ensuciar y limpiar. Surge en este contexto lúdico el juego de los tiburones, primero en el suelo del consultorio y luego en la pileta del baño. Juego que primero lo angustiaba, porque se frustraba dado que no le salía lo que se proponía, y luego comenzó a disfrutar de los enchastres con agua y jabón que se armaban. Fue en este contexto que surgió, en torno a la pileta, el juego de los tiburones.

El padre jugaba con Juan todo ese primer tiempo en que el niño daba vuelta la caja, yo me impactaba siempre, el padre se impactaba siempre, porque cada vez era un nuevo estruendo. Juan llegaba, daba vuelta la caja, pisoteaba y rompía, me decía: «Mirá lo que hago con tus cosas, estas son tus cosas». Luego se fue apropiando de los contenidos de la caja, pero al comienzo lo hacía y decía: «Mirá lo que hago con lo que me das».

La madre no reaccionaba a eso, no decía: «¿Cómo vas a hacer esto?!». Algunas veces en la sesión se dormía. Si el niño no la involucraba no intervenía, a veces sí más espontáneamente, si el niño la involucraba hacía lo que le pedía.

En una sesión del primer año de trabajo Juan llega con su padre; en la vereda cuando les abro la puerta se encontraba estacionada una moto-cicleta, y el niño dice: «Esa moto es del policía». Pasamos al consultorio y Juan dice: «Vamos a jugar, papá, a los tiburones». Agarra entonces las

maderas a las cuales adjudicaba ser tiburones desde varias sesiones atrás en que jugábamos en el suelo del consultorio a que se soltaban terribles, hambrientos y feroces tiburones y yo tenía que atraparlos para ponerlos dentro de la papelera, que hacía de jaula, enjaulábamos los tiburones. Luego Juan quiso jugar a los tiburones en la pileta del baño y allí jugábamos. Le había interpretado que los tiburones eran aquello peligroso que podía sentir dentro o fuera de él.

En esta sesión me excluye del juego: «Vamos a jugar, tirate tú, papá, al agua, bien hondo. Dame ese que tenés, Magdalena. Ah, te quedaste sin nada, pobre Magdalena no tiene nada... No le damos nada, papá... Este era Superman, este también era Superman, estaban en el agua». El padre accede a jugar su rol de Superman, dice levantando la figura correspondiente al niño al ponerla en el borde de la pileta: «Viene Superman a salvarlo... salen volando hasta tierra firme».

Juan disfruta del juego exclamando: «Salen volando, yo soy igual que vos, Superman». Le interpreto su deseo de ser Superman, superhombre, como su padre, los dos son iguales, con los mismos poderes. Me responde: «Sí, con los mismos poderes». Avanzo entonces en interpretar la castración: «Eso es lo que te gustaría a ti, Juan, tener los mismos poderes que tu padre... superhombre».

Como sucedía en oportunidades similares, me manda callar: «Callate, mamá... Magdalena», pero cometiendo un lapsus, llamándome mamá, dándome pie; la escena lúdica y transferencial se brinda para asemejarse: «Somos tres ahora jugando, tu padre, tú y yo, que sería como tu mamá cuando estás en tu casa». Nos vamos adentrando en su fantasmática triangular, dentro de la cual me otorga el lugar del excluido: «Contigo no hablo, hablo solo con mi padre, cuando están hablando dos, el otro se calla, hay que dejar que los otros dos hablen, ¿verdad, papá?». Su padre se sorprende y le dice: «Lo tenés clarito, eso es lo que te decimos con mamá cuando estamos hablando y tú te metés en el medio». Por lo cual Juan exclama: «¡Hay un niño en peligro!».

Interpreto el síntoma ir de noche a la cama de sus padres diciéndole: Hablar de esto es peligroso, te da miedo, ¿qué te podría suceder si te metes entre tus padres? Meterte en el medio puede ser peligroso, hay que enjaular los tiburones». Pone figuras de madera grandes diciendo: «Están durmiendo acá y este niño venía a despertarlos». Sus asociaciones confirmarían las

fantasías que estamos analizando, por lo cual intervengo y digo: «Como hacés tú, Juan, despertás a tus padres cuando están juntos en su cama». Exclama: «Este era el pichi», y luego mira al padre, quien le dice: «¿Un pichi? ¿De dónde sacaste eso? ¿Qué es un pichi, Juan?». Juan en tono explicativo: «Un pichi es uno que vive en otro lado... es uno diferente que vive en otra casa de otro lado». Finalmente le interpreto que así es como él se siente y va, despierta incluso con su «pichí» a sus padres.

El niño mira a su padre y le dice: «Esta era la cama, ¿por qué, papá, no cortás la cama grande? ¿Por qué no la separás y duerme cada uno por su lado, vos en una cama y mamá en otra?». Sonriendo le expresa: «Porque las parejas duermen juntas, comparten la cama; cuando tú seas grande también vas a tener pareja y vas a elegir una señora y también vas a dormir con ella». «¿Voy a elegir a quién?», pregunta. «No sé, Juan, a una señora, tú verás a quién cuando seas grande.» Enojado: «¡Ah, no, papá, cuando sea grande no». Sobre el final de la sesión le digo: «Querés ahora una señora, como eligió tu papá».

Juan comenzó después a ingresar solo a sus sesiones. Durante el análisis la enuresis nocturna fue superada, así como los dolores de barriga y los vómitos. Transformó la inquietud, si bien continuó siendo un niño movedido y locuaz. Supe luego de ciertos años de finalizado nuestro trabajo que Juan era buen estudiante y muy buen deportista.



VIDA MABERINO: Es un material muy lindo, está muy bien trabajado, y además nos permite abrir el diálogo desde distintos puntos. Por ejemplo, *el encuadre*. Es un niño que no tiene cuatro años todavía, entra al comienzo con su mamá o su papá que lo acompañan. El tema de la técnica, ¿qué se hace cuando está la madre o el padre? Hay muchos elementos de *interpretación*, formas de interpretar que me gustaría especialmente discutir.

Una de las cosas que me encantaron de este material es cómo se va armando el caso, la historia de Juan a partir de las entrevistas con los padres. El niño durante mucho tiempo llegaba y daba vuelta el cajón. Más allá de lo que puede haber significado en distintos momentos, ya que cada acto de un niño puede tener significación distinta en contextos diferentes, pero como

este niño tiene tres años y seis meses, y una hermanita de dos años, nos quedamos con un año y medio, pero están los nueve meses del embarazo, así que Juan tenía apenas un año. El sentido de ese dar vuelta la caja y pisotear los objetos como hacía para mí se relacionaría con algo importante, que es la curiosidad con relación al cuerpo de la mujer, al cuerpo de la madre. En este caso además desde muy chiquito tuvo que ir soportando las deformaciones del *cuerpo de la madre*, y otra cosa, una madre que no solo cambió de cuerpo, sino que cambió porque tuvo que hacer quietud. Eso me parece el eje sobre el cual se va a mover de alguna manera el tratamiento de este chico. Él viene con el padre o con la madre, pero la terceridad ahí la da la presencia del analista, donde dramatiza su necesidad de querer saber qué pasa con el cuerpo de la madre, qué es todo eso escondido y misterioso para el niño, que cambia y que hace cambiar a la madre, que le quita el lugar. Sobre esa base de los cambios en el cuerpo de la madre vendrán luego sus fantasías de *triangulación edípica* que me resultan enormemente interesantes.

El tema del *cuerpo del niño* es muy importante, porque en este caso por ejemplo el diagnóstico neurológico podría explicar plenamente la inquietud, el dormir poco y mal, las pesadillas, podría estar todo justificado. Muchas veces tenemos pacientes que tienen un diagnóstico ya sea realizado por el médico o un profesional de otro tipo, pero ¿con qué vamos a trabajar nosotros los psicoanalistas? *El nuestro es otro campo*. Nosotros vamos a trabajar con la alteración que eso provoca en las defensas del chico, en sus fantasías. Porque a lo mejor para otro chico la quietud de la madre y la llegada de un hermanito pueden ser terribles por la agresividad que provoca el embarazo de la madre, las angustias, la culpa. Otro chico podría haberse deprimido, u otras cosas. Cada cual, cada niño tiene su modalidad. Todos somos más o menos iguales, pero cada cual usa mecanismos defensivos diferentes frente a angustias que toman también características distintas. Eso es lo que uno tiene que tener presente cuando está con el paciente. Los pacientes todos nacen, toman pecho, pasan por el Edipo, todo eso está, pero cada uno lo hace a su manera. Es importante tener eso en cuenta.

Como decíamos un momento antes, puede venir con un diagnóstico médico, es muy atendible y seguramente eso es del campo del médico que lo está atendiendo, pero a nosotros nos importa en qué forma ese niño

se maneja con algo que siente en su cuerpo, por ejemplo si ese foco le provoca nerviosismo, lo que sea. Siempre me quedó una definición que hacía Françoise Dolto cuando le preguntaron qué puede ser para un niño la experiencia de muerte, teniendo en cuenta que un niño obviamente por una cosa natural ve morir a sus abuelos. Natural. Se le muere un pajarito, se le muere un perrito, es decir que hay un contacto con la muerte, pero ¿qué es la muerte para un niño? Y Dolto decía que es difícil dar una definición, que uno podría pensar que para el niño la idea de muerte sería estar por siempre atado, sin movimiento y por siempre sin la mamá. Entonces acá se unen idea de muerte y ausencia de madre, no porque haya sido una ausencia, la madre estaba, pero no es lo mismo ver a una madre vital que a una madre en cama. Otra de las causas de la inquietud puede ser un movimiento defensivo de él. El niño que tiene una madre depresiva generalmente o es un *seudoadulto*, cuidándose y cuidando a la madre, o es alguien que está siempre espantando la muerte. La inquietud de un niño puede tener relación con tantas cosas, puede ser máscara de diversas cosas.

¿Cómo *desatrapar* a este chico de todos estos síntomas? Qué significado para la madre, para el padre. En este caso se da al revés, porque este nene tiene también una carga, pero es al revés, porque él es el mayor, después viene la hermana. Entonces es como si sintiera: ¿qué pasa?, viene alguien y me saca un lugar; ¿qué provoca todo eso en mí que dejo a mamá estropeada por mis fantasías? Además en este niño se da una cosa especial, clave, y que Magdalena agarra muy bien cuando le interpreta las agresividades desde adentro y desde afuera. Está muy bien esa interpretación. Cuando Juan llega a la sesión con su padre ve una motocicleta y dice que es de policía. Veremos lo que representa para él la policía, un superyó interno, primero externo y después interno, la policía que lo va a castigar por lo que hace. Cuando aparecen los tiburones, si uno piensa en un tiburón lo primero es la boca, todo el sadismo oral, ella le dice: «Vamos a ponerlo en la papelera». Es una forma de meter ese interjuego de agresividades, la agresividad propia del niño frente a las situaciones vitales que le toca vivir. Entonces los tiburones muerden, usan su sadismo oral, son castigados, la policía estaba ahí.

Despliega ese otro punto que está muy lindo, cómo este chico tiene la capacidad de dramatizar situaciones tan especiales como es para él el cuerpo de la madre, luego como decía Mercedes al comienzo [se refiere a

la psicoanalista Mercedes Gallinal], cómo él se siente, cómo la misma agresividad lo desarma. Klein dice —cito a Klein porque es la que ha trabajado tanto con niños chiquitos— que la pulsión de vida lleva a la integración. Con el tiempo va a hablar, más que de pulsión de vida y de muerte, de amor y de odio, finalmente de envidia y de gratitud, capacidad de gratitud o de envidia. Entonces todo lo que tenga que ver con la pulsión de vida, con la gratitud o con el amor de distintas maneras hace a la integración, al fortalecimiento del yo. Siempre que hay un objeto atacante es porque hay una parte del yo atacante que se corresponde con el objeto atacante, sea externo o interno. Esa parte del yo además se siente como clivada, como no integrada. Cuando este niño siente los tiburones como una cosa así de peligrosa no lo puede manejar, la analista lo ayuda a guardar eso en una especie de jaula para que sea controlado. Muy interesante, muy rico, porque precisamente se puede pensar en esta misma línea el enchastre que hacía.

Trabajando con niños hay *peligros* con los cuales los analistas se tropiezan, al comienzo fundamentalmente, por ejemplo cuando el niño pisa toda la tiza. Yo tenía un paciente que era divino, hasta ahora lo recuerdo con muchísimo cariño —chiquito era también—, que entraba corriendo, empezaba a trabajar y de repente yo estaba un poco distraída y me tiraba por la cabeza con un baldecito de agua (*risas*) o si no de arena, en aquel entonces yo trabajaba con arena. El agua se secaba pero la arena no. Eso que el niño necesita tener, necesita atacar, pero ese niño después empezó en forma diferente —porque también eso es importante— a tratar de reparar. Por ejemplo, lo que pasa con el tuyo: este nene también quiere limpiar, pero ¿se puede siempre? Cuando hablamos de reparación pensamos: hay una auténtica reparación cuando un chico ya puede manejarse con sus aspectos agresivos de una forma en que no los siente tan peligrosos, para él y para el ambiente. Pero también hay *diversas formas de reparar*, por ejemplo maníaca, en que no se termina de reparar nada. O una reparación defensiva más persecutoria por temor al castigo. Lo veo en el material de Juan cuando muchas veces enchastraba todo y quería limpiar rápidamente porque está la policía afuera, por temor al castigo. Entonces cuando hablamos de reparación no es la misma reparación la que se da en todos los niños; puede ser una reparación obsesiva, en que el niño coloca todo en su lugar y le lleva horas, y cuando uno le dice que ya es la hora, que tenemos

que terminar, no puede irse hasta que no coloque cada objeto en la caja. Eso sería una reparación obsesiva. La auténtica reparación viene más adelante.

Tomemos ahora el pichí. Es un niño que todavía se moja pero no siempre, no regularmente. No sé si hablar de una enuresis, es un chico que de vez en cuando se orina. La sensación de estar mojado podría tener algo de extrañeza, de por qué, como el «pichi», que viene, vive en otro lado. Porque muchas veces la enuresis tiene que ver con situaciones edípicas, la excitación de la escena primaria, el enojo, es muy difícil; la enuresis es a veces un síntoma complejo de resolver, puede que un niño deje de mojarse rápidamente y a veces está por terminar el tratamiento y se sigue mojando. A mí me han sucedido todas estas situaciones.

Cuando un niño chiquito empieza un tratamiento estará todavía en relaciones muy duales, *la presencia y la palabra del analista cumplen función de tercero*. En ese caso él se defiende de eso diciendo: «Callate», relación dual con el padre o con la madre, relación dual contigo. Pero también hay una cosa muy linda que es toda la curiosidad que trae un chiquito; veíamos lo de los contenidos del cuerpo de la madre, junto con el cuerpo de la madre va conociendo su propio cuerpo; está el embarazo de la madre.

Más adelante, un poco más adelante, aunque estemos todavía en el Edipo precoz de Klein, ese cuerpo de la madre ya no es solo la amenaza del bebe que puede venir y todo lo demás, sino la amenaza del tercero, es decir, ya está la terceridad. En qué forma se viva cuando el chico quiera ir a la cama, cómo está ese pasaje a la terceridad y entonces la curiosidad en torno al cuerpo de la madre y el deseo de descubrir qué hay ahí en esa mezcla de pene, de hijos, de cosas gratificantes, de cosas persecutorias. Es una curiosidad un poco distinta y un cuerpo motivado por una curiosidad un poco distinta, que es la primera relación dual, de los comienzos; al principio la curiosidad está en el pecho y después esa curiosidad se desplaza al interior del cuerpo de la madre.

Haciendo un poquito de historia, muchas veces uno habla de la preocupación que tienen los padres por que los chicos no rindan, me refiero en primaria, pero inclusive en el jardín, he tenido consultas en que marcan que el niño está disperso, está esa preocupación. Es como si el rendimiento del chico diera cuenta de un buen funcionamiento para los padres. A veces no ven otras cosas, pero es muy frecuente la consulta por bajo rendimiento

intelectual. Todos deben de saber esto, pero al terminar el siglo XIX cuando se declara obligatoria la enseñanza escolar se preparan una serie de temas, trazados, como material de lectura y todo eso, acordes con las edades de cada chico, es decir, los grados, primer grado, segundo grado, etcétera. Cuando empiezan a funcionar las clases los docentes se agarran la cabeza, porque si bien la mayoría de los chicos pueden cumplir con esos programas muy bien hechos, hay muchos chicos que no pueden, no vale estímulo, no vale castigo, no vale nada, no pueden. Entonces se busca una solución en las escalas de inteligencia; cuando comencé usaba la de Terman Merrill, que era la última versión, ya que la primera fue de Binet y Simon. Entonces, viendo cantidad de niños, hicieron la primera escala de inteligencia. Esa escala de inteligencia se publicó en 1905. Al mismo tiempo que se publica la escala de inteligencia en Francia, en 1905, Binet y Simon, Freud publica los *Tres ensayos*. Entonces se da la conjunción de algo que interesa, por qué el niño no aprende y algo que habla de la infancia del niño y todas las cuestiones emocionales que a ese niño le toca vivir en su desarrollo para que pueda o no pueda aprender. Si unimos los dos textos podemos entender esto.

Los primeros trabajos de Melanie Klein fueron *El desarrollo del niño y La importancia de la escuela en el desarrollo libidinal del niño*, los presentó en Budapest, con lo cual la asignaron como analista. En ese entonces ella consideraba que la base de los problemas del conflicto de los niños y las dificultades de aprender tenía que ver con que los padres no contestaban las preguntas naturales que el niño tenía sobre sexualidad, especialmente diferencia de sexos, cómo nacen los niños, cómo se forman los niños, por qué el cuerpo de la madre se pone diferente, etcétera. Entonces en esos dos trabajos ella habla... me río un poco porque el libro del desarrollo libidinal parece «esto es esto», como aquellos libros que salían antes para jugar a la quiniela, un poquito así. Había distintas materias, por ejemplo chicos que tenían muchas dificultades con la historia, no podían aprender historia porque había problemas con su propia historia, o con las matemáticas, dos más dos, la unión de dos, la llegada del tercero, la división, encuentro-separación. Se dio cuenta después de que no era solamente por problemas de represión, que chicos que recibían las respuestas adecuadas podían seguir teniendo problemas, y ahí entran otros conflictos cuando empieza a darse cuenta de la pulsión de muerte, de la agresividad.

Siguiendo adelante en la historia, consideremos un escritor contemporáneo que creo que conocen todos, Bernard Golse, que estuvo acá en distintos congresos; tiene un trabajo muy interesante en el que habla de las raíces preedípicas de las dificultades de aprender. Habla de una serie de cosas que suceden en el período preedípico, es decir en el Edipo precoz de Melanie Klein, que despiertan mucha ansiedad, mucha curiosidad en el niño, que puede quedar guardada, enquistada en el niño, y que muchas veces hace eclosión con la pubertad. Chicos que cursan primaria bien o muy bien, sin embargo luego, sobre todo en este período que vivimos, encuentran dificultades, falta de interés, para qué voy a estudiar y todo lo demás, en segundo o tercer año de secundaria. Me llamó mucho la atención ese trabajo de Golse, es un autor que me gusta porque no deja nada de lado, usa como escaleras, «porque lo que dijo Fulano, lo que dijo Sutano», todo le sirve de alguna manera para después expresar su propio punto de vista. Y ese trabajo es muy lindo. Entonces me llevó a pensar en esto, porque la curiosidad de este nene por el cuerpo de la madre es como si fuera en dos niveles, está el nivel de la relación dual, y también el nivel de la relación de tres, ternaria, que fue ganando espacio en Juan durante el proceso. La agresividad también, habría una agresividad dual y una agresividad que implica y relaciona a tres.

La madre brinda la impresión, como nos transmite Magdalena, de ser poco sostenedora, tomando incluso los embarazos, como que se le deslizaban ciertas cosas, y a veces parecía desafiar en los diálogos al niño. El padre parecería verse más impactado con los actos del niño, e intentaba hacer algo con esas cosas del niño. Un padre suficientemente bueno. De todos modos era un poco frágil, costaba que ayudara más a la madre a ser madre, en la función maternal.

El padre con su esposa en quietud, y después el hecho de que nazca un bebé, en el embarazo tener que hacerse cargo del nene, es un padre invadido por la situación que le toca vivir. Padre en función materna, que es como si hubiera una carencia del padre necesario para interdictar y poner ley, que es el padre que marca la diferencia entre padre y madre y que por lo tanto puede establecer la terceridad. El padre que vemos por un lado como muy adecuado está muy en función materna, porque esta madre, como la describes en las sesiones, es una madre que está muy quieta. No tiene capacidad de encastre, no puede sostener, tiene que quedarse quietita porque si no, pierde.

Este diálogo nos lleva a un punto que es bien importante, que nos propone Bion, la importancia que daba al continente y al contenido. La madre que es capaz de ser continente de los contenidos demasiado angustiantes del bebé es la madre que se hace cargo porque es continente. Unido a lo que Bion llamaba *rêverie*, la madre que se hace cargo de las angustias que el bebé no puede todavía elaborar y hace como una devolución de las angustias, entonces el niño sí puede aceptarlas, puede elaborarlas. Por ejemplo el nene que se cae, se golpea la cabecita y pone cara de horror, pero la madre le dice: «No, mi hijito, no es nada», y el nene no llora más por la cara tranquila de la madre, la madre se hace cargo de la angustia del nene frente a un golpe de cabecita. Al niño no le duele más la cabecita, o no se asusta, o no le importa que le duela.

Esto lo vemos muchas veces. Un escritor que ha trabajado mucho eso es Antonino Ferro. No es que se hable de una preparación para el tratamiento analítico, pero sí de que hay algo que se va dando en el tratamiento analítico, algo nuevo, porque indudablemente aun una persona que ha tenido varias experiencias analíticas con cada analista es algo nuevo. Siempre hay un período en el que el paciente tiene que hacer un continente interno para recibir las palabras del analista.

Cuando el niño puede escuchar, uno habla y poquito a poquito se va haciendo el continente para que vayan quedando nuevas marcas. Por ejemplo, es muy lindo cuando en un tiempo el nene llega y dice: «Ah, lo que hacíamos el lunes, ¿me lo guardaste? ¿En dónde lo pusiste?». Ahí guardó. Y guardó ¿por qué? Porque nosotros desde el primer momento cuando viene un niño a un tratamiento guardamos todo, aun las cosas que el niño tira. A mí me pasaba que las cosas que tiraban al suelo por un tiempo las ponía en una bolsita y las guardaba. A veces no me las pedía nunca, entonces me preguntaba: «¿Qué hacés con esas cosas?». «Las guardo.» Eso remite a que el niño introyectara un aspecto, y es que no solamente puede ser querido porque haga un precioso dibujo, que le pongan bien o muy bien, sino aunque haga un mamarracho, o aunque rompa un papel o aunque haya dejado pedacitos de plasticina tirados. Todo eso forma parte del niño, y ese niño quiere ser aceptado y quiere ser querido, malo o bueno, que se le exija que sea bueno es una cosa, o que se porte bien, pero que se lo quiera igual.

Me acuerdo de Quino, que es genial. Está el chiquito Guille, y la madre siempre con la aspiradora, los pelos parados y la aspiradora, entonces Guille come galletitas y está toda la alfombra llena de migas, viene la madre

furiosa con la aspiradora y él le pregunta: «¿Estás enojada?». Entonces la madre le dice: «¡Sí, sí! Porque estás ensuciando todo y yo estoy cansada de limpiar. Cuando estás tirando galletitas y ensuciando todo entonces no te quiero». Ahí Guille se da vuelta y le dice: «Entonces a mí no me importa tu amor interesado». Es así, un niño quiere ser querido malo o bueno. Si uno se porta bien es lógico que lo quieran, lo difícil es que uno haga macanas y lo sigan queriendo.

Pensaba en los límites, que es un tema que a veces asusta un poco. «¿Qué hago?», se pregunta el analista. En este caso Magdalena planteaba que trataba de poner normas como límites y aun así a veces no había forma, pero no importa. El hecho es que tú trates de ponerlos y que persistas en que los límites son estos, aunque él te trampee o te tire, como me tiraba a mí el chiquito la arena o el agua en la cabeza, tu palabra sigue poniendo límite, operando ley. Siempre recuerdo un libro de Anna Freud; ustedes no deben de haber leído mucho a Anna Freud, ¿verdad? Anna Freud tiene cosas muy clínicas. Por ejemplo, tiene un libro que se llama *Análisis de niños*, que está formado por cinco o seis viñetas, y una de ellas siempre me gustó mucho; ella dice que el niño cuando viene tiene que saber para qué viene por lo que le hayan dicho los padres. Dice algo así como: «En el caso mío era fácil, porque generalmente el niño que venía, los padres buscaban que yo planteara, había tenido o un hermanito o un amiguito o alguien que ya había sido tratado y no le parecía una cosa rara, le era familiar». Entonces le llega una nena, no recuerdo las edades, vamos a decir seis años, y ella le dice: «Yo soy Anna, tú sabes por qué vienes». «Sí, sí, yo sé por qué vengo, no es solamente porque me lo hayan dicho mis padres; tengo un demonio adentro que me hace hacer cosas que no me gustan y vengo a ver si me lo quitas». Es muy lindo eso, explica por qué el terapeuta tiene que poner límites, el terapeuta tiene que tener la papelera donde pueda meter lo terrible, temido, *demoníaco*, porque si no el niño se asusta muchísimo, no solo de la agresividad del otro y de la retaliación, sino de la propia agresividad. A veces uno tiene un niño que está pateando, sobre todo con los tempranos, que a veces uno los tiene que agarrar de atrás atajando una patada, pero uno los agarra sintiendo que no es que los agarre como castigo, sino que está tratando de dominar a ese demonio que los hace hacer cosas por las cuales pueden ser castigados por afuera o por adentro de sí mismos.

Una norma que Magdalena puso con Juan es que no podía llevar la papelera al baño y él lleva su caja. «Tu caja sí», decimos, y está bien, porque la caja la tenemos para trabajar con el niño, para entender qué es lo que le pasa. Si la quiere romper, bueno, que la rompa, pero no puede romper otras cosas. Yo recuerdo siempre esto que va quedando de las primeras supervisiones. Este nene que les nombré —y que siempre nombro porque lo recuerdo con tantísimo cariño, fue mi primer paciente temprano, era un chico que tenía una capacidad de trabajar y de querer salir adelante, fue uno de los tratamientos que me dejaron más contenta, una maravilla ese niño— una vez me pidió un martillo, porque quería clavar. Yo lo supervisaba con Madelaine Baranger. Busqué a ver qué martillo podría encontrar que no rompiera demasiado y encontré un martillito, martillo era porque martillaba, pero era chiquito. Y este chico me miró y me dijo: «Te pedí un martillo grande para poder martillar, porque tengo algo grande y pesado que martillar acá contigo». Agrega luego: «¿Y dónde están los clavos?». Me enseñó mucho, tanto que nunca lo he olvidado.



Exactamente diez años después, Vida, a sus noventa y tantos años, recibe en su casa a varios analistas, algunos de los cuales habíamos estado en aquel encuentro. Vida va relatando nuevas anécdotas de su práctica clínica con niños por décadas acaudaladas. Relata escenas muy curiosas a través de la vital sonoridad de sus palabras, con la calidez suave de un tono pausado, siempre en suspenso, que tanto atrapa a quien la escucha.

Escenas vividas en los viajes que realizó con el doctor Prego por el mundo. Especialmente encuentra en esos relatos la oportunidad de transmitirnos lo que significó para Prego la fotografía y cómo disfrutaban al tomar fotos, juntos. Incluye la anécdota vivida en una plaza de la ciudad de Brujas en la cual se encontraban sacando apasionadamente fotografías, mientras la plaza se iba llenando de religiosos, especialmente de monjas. «Luis Enrique comenzó a tomar fotos, y luego de revelarlas en su propio laboratorio, hizo toda una serie de fotografías por las que obtuvo premios.» ¡Gracias, Vida, nuevamente y cada vez! ♦



**CONVERSACIÓN
EN LA REVISTA**



Con Fernando Cabrera

EDICIÓN A CARGO DE WALKIRIA NAVARRO¹ & AURORA POLTO²

Fernando Cabrera, conocido y destacado músico uruguayo de la actualidad —compositor, intérprete y docente de música—, inició su carrera muy tempranamente al comenzar estudios musicales en su infancia que luego desarrollaría a nivel superior. Como intérprete comenzó su actuación con el grupo MonTresvideo para, al poco tiempo, derivar hacia su carrera como solista, la que continúa hasta el presente.

Cabrera es un artista de exquisita sensibilidad, con un marcado carácter intimista en sus composiciones, de indiscutible valor poético. En su último disco incursiona en la escritura de poesía. Estas cualidades nos llevaron a invitarlo, como artista, a la «Conversación en la Revista», que trata en su interior de diversas aristas del dolor psíquico.

El encuentro y la charla acontecen en un bar de la Ciudad Vieja de Montevideo. Entre café y café, en un clima cálido y llano, Fernando nos fue relatando sus vivencias con respecto a la creación artística de forma sincera, honesta y despojada, con la misma intensidad con que logra comunicarse con su público en cada uno de sus recitales.

1 Egresada del Instituto de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. walkirianavarro@adinet.com.uy

2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. apolto@adinet.com.uy

AURORA POLTO (AP) —... Fernando, cómo pensar el dolor psíquico en términos de trabajo, nos interesa pensar cómo este se vincularía con la creación artística. Claro que no toda creación es desde el dolor. Se podría pensar el adolecer con relación al padecer y a la pasión que tiene que ver con la creación artística. Nos parecía interesante preguntarte cómo se despliega y se desprende para ti una producción artística, ese movimiento entre la creación y el desprendimiento de eso que se suelta y se ofrece como otra cosa.

FERNANDO CABRERA (FC) —Me parece que hay una especie de estereotipo. Hay un porcentaje de la creación artística que sí tiene que ver con el dolor, obvio, pero no todo.

La palabra *suelta* está bien, está muy interesante, porque se suelta, sí, pero creo que hay algo previo para que se suelte... pasa que es mi oficio también. Yo he desarrollado una profesión, yo o cualquier persona que se dedique a cualquier manifestación artística. ¿Cómo se armó eso en mi cabeza, la posibilidad o la creencia de que yo podía fabricar un objeto artístico? ¿Cuándo fue? Puedo hacer memoria, recordar, y creo que es alrededor de los doce o trece años que se va creando. Muchos colegas se convencieron a sí mismos de que querían ser artistas por otros mecanismos distintos del mío. Veo que en otros casos hay mucho de planificación, de proyectos de la mano de una ambición, y, sin jactancia alguna, me gustaría decirles que no tuve esa ambición. Tampoco quiero ir a una explicación de que fue el destino o que fui herramienta o esclavo de otra fuerza, no quiero llegar a ese extremo. Nunca hubo en mí el decir «me propongo», «mi meta es», como los adolescentes hoy que dicen «quiero ser esto». En mí no hubo eso, hubo una suma de cosas que, en principio, yo no determiné, como la determinación de mis padres de que tuviera un instrumento a los seis años sin que yo lo pidiera, fijate qué curioso esto. No fue que yo quisiera estudiar guitarra; un día la sorpresa, la noticia, el paquete grande con la guitarra, el libro de pentagramas y solfeo y «la semana que viene empezás clase de guitarra acá en la esquina».

A los seis años, así empieza la cosa, y seguí con gran obediencia, como lo hacían los niños en aquella época, que no discutíamos para nada ninguna decisión de los adultos. Porque no es que fuera diverti-

do ir a tomar clase de solfeo y que te dolieran los dedos de seis años. Una manito así, apretar la guitarra, no sale nada, un año de práctica infructuosa, que te duelen los dedos, que no lográs que suene nada bien, ir todas las semanas a la clase, el solfeo, la teoría es una cosa muy engorrosa, árida, porque evidentemente seguí en eso. Al tiempo, un año después, ya tocaba canciones, cantaba; empezó una especie de dinámica, el niño que toca la guitarra y lo llevan a un cumpleaños, a un colegio, a un cine, a una fiesta de algo. Para mí era como ir a la escuela, no algo que yo pedí, era algo que había que hacer como cuando te mandan a estudiar inglés y vas... Toda la clase media prácticamente mandaba a sus hijos a estudiar piano, o un idioma, o a un club deportivo. Entonces el tema de componer una canción, que se me ocurriera un día inventar una música y su letra, ocurrió años después, alrededor de los trece años. Un día, no sé bien por qué, calculo que habré pensado: «Yo conozco la interna de una canción —porque venía cantando canciones desde los seis años, folclore, todas esas cosas—, ¿por qué no tratar de hacer una yo?», habré dicho un día, no sé, una tarde...

Sí, en el principio de mi adolescencia. Un dolorcito amoroso, alguna cosa así, pero también el amor por la música. En mí siempre hubo un gran amor por la música, sin pretender ser músico tocaba la guitarra e iba a clases, pero jamás pensé que me iba a convertir en un músico profesional, no estaba dentro de mis ambiciones. Cuando fui más adolescente, más grande, pensaba que iba a ser profesor de historia, que iba a ser abogado, yo qué sé... No busqué ser músico, se fue dando todo solo, fue enganchándose una cosa con la otra, y como a los diecinueve o veinte años me encontré sí ya dando un paso más a nivel profesional. Como cualquiera que tiene un hobby, una gran pasión, que puede ser por la filatelia o por cualquier otra cosa, yo tenía pasión por la música; escuchaba discos, iba a recitales, tocaba, componía, armaba grupitos, dúos con algunos compañeros del liceo, pero no con la ambición de ser músico. Estudiaba, seguí estudiando composición, me inscribí en un conservatorio, pero simplemente por saber más de música, por amor a esa disciplina. Yo soy un poco de bajo perfil, no consideraba que un día iba a estar arriba del escenario. Pero sí, empecé a componer canciones a los trece años.

Creo que es bastante común, mucha gente va a un balneario, a un fogón, a un asado y alguien toca una canción propia y no pretende ser músico, capaz que ese tipo es agrónomo o trabaja en un camión, pero bueno, le gusta.

WALKIRIA NAVARRO (WN) —¿Es algo que se fue construyendo en ti?

FC —Se fue construyendo. A veces digo «si no hubiera sido músico»... ¿Viste cuando te preguntan si no hubieras sido músico?... Bueno, mirá, capaz que hubiera sido empleado de una casa de instrumentos, asistente de un *luthier*, el chofer de una bañadera que lleva una banda de tropical al interior, algo cercano, vendedor en una disquería...

Repito, no tenía la pasión esa de ser músico, ni de ser famoso haciendo un uso de la disciplina para estar arriba de un escenario y luego firmar autógrafos. Observo que hoy ocurre algo de esto, y no necesariamente por amor a la música.

AP —Tú estás dando cuenta de algo singular que se construyó un poco a pesar de ti y te fue sorprendiendo muy de cerca. Tu adolescencia fue un momento de sacudón para vos en este movimiento de adolecer y crear.

FC —Me imagino que hay muchas adolescencias, y cada persona, cada ser humano, la vive de modo distinto. Si bien es una etapa cataloguizable, todos somos distintos, hay quienes son fuertes, otros son débiles, otros se llevan el mundo por delante, otros son tímidos, y bueno, nadie vive igual las cosas y a mí lo que me pasó con la adolescencia...

Yo fui muy tímido de niño, casi toda la primaria, pero en sexto año el primer día de clase se nos dijo que eligiéramos un banco, una ubicación, y yo hasta ese momento, en todos los años de primaria siempre me había sentado, por ser petiso, en la primera fila, el primer banco, al lado del maestro, que ya eso significaba algo. Y en sexto pensé: «No, yo me voy a sentar en el fondo, donde están todos los forajidos». Pensé: «No puede ser que te sientes siempre al lado del maestro, de los mejores, el mejor comportado, aplicado». Fue una excelente idea, me la agradezco a mí mismo hasta el día de hoy, porque fue inmediato el contacto con esa otra realidad de la clase en la que luego surgieron mis mejores amigos.

En el período liceal ya arrancó otra cosa, otra libertad, ya era un poquitín más rebelde y con ganas de conectarme con aquellos que hasta ese entonces veía alejados. Sin embargo me relacioné con ellos sin nin-

guna dificultad, con los que eran de los más atrevidos, que también eran inteligentes y tenían buenas notas, no es que fueran unos abandonados.

De inmediato me sentí así, como que se conectó una cosa así de absoluta libertad, humor, aventura, rebeldía, romper con las reglas, integrado como el mejor, y pasé a ser considerado no como alguien secundario de esa barra, por el contrario. Descubrí también una cosa que me resultó muy útil, que heredé de mi padre, que eran ciertos mecanismos del humor, que fue una herramienta muy buena en esa aceptación mutua, después todo lo normal, el fútbol, ser más atrevido, tener otra actitud frente a los profesores, buscar más la diversión en vez de ser pacato. Fue un cambio muy radical, y lo que me alegra de ese cambio es que de algún modo lo provoqué.

La adolescencia para mí, que también tuvo sus dificultades, sus dramas, fue muy linda.

AP —¡Qué decisión, eh! De mucha apertura, de animarte a un montón de cosas y de acceder a muchos logros...

FC —Una nueva etapa, mucha diversión, libertad, que después trajo de la mano otras rupturas, y otras tomas de posición con respecto a mi familia, con respecto a creencias familiares, religiosas, políticas. Empecé a romper con todo con trece, catorce, quince, dieciséis. Me volví más valiente en algún sentido que no es valiente la palabra.

WN —Pero la fuerza estaba, si no, no se puede tomar la decisión.

FC —Se ve que sí, he tenido fuerza, porque es muy difícil, me he tenido que enfrentar a muchas cosas, primero mi familia, mi padre. Enfrentarme, y después las dificultades económicas. Poder sobrevivir con la música. Dedicarse a esto, pretender ser escritor, bailarín o actor de teatro es una locura. Me encargo mucho de hacérselo ver siempre a los jóvenes, tengo sobrinos, y claro, ven mi actualidad y todos quieren ser músicos. Claro, no vieron el proceso; yo tengo 56 años, ellos tienen ocho, doce, catorce.

WN —Es normal que a esa edad no lo vean, y tal vez sea eso lo que les permite soñar, proyectar y arriesgarse.

AP —Has hablado de valentía, y nos parece que es algo que trasciende en tus presentaciones, francamente fue una percepción de algo tuyo, muy propio, que al trabajar y preparar la entrevista, al escucharte y leerte, se nos develó una vez más con mucha nitidez.

FC —Eso me han dicho muchas personas y yo no me doy cuenta.

WN —Y la intensidad... Las letras, las formas y el modo en que cantás, nadie sale sin ser tocado.

FC —La intensidad la puedo comprender mejor, eso lo veo. La valentía la atribuyo más a algo generacional que tiene que ver con lo artístico. Hay una cosa también, que es propia de nuestra época, que tiene que ver con la década del 60, esa especie de minirrenacimiento de la humanidad en todas las áreas formaba parte de la cosa. Intentar ser innovador o renovar las cosas, no quedarse con lo ya hecho. Eso pasaba en todo, en la literatura, en el cine, en la música, en la política. Entonces cuando me formateé en esa época, al igual que muchos de mi cogeneracionales y los que venían antes de mí también, Mateo, Rada, Los Olimareños, y luego los de mi generación, Lazaroff, Darnauchans, todos buscábamos plantear lo original y había un gran ánimo de buscar la vuelta de que lo tuyo no se pareciera a otra cosa. Hoy, cuarenta años después —otro mundo—, eso casi desapareció en el ímpetu artístico; es más, hoy se busca reciclar, copiar, repetir, y no está mal. Yo antes lo veía como un problema, y comprendí porque alguien más joven me hizo ver que no era un problema, que simplemente son otras opciones. Dicen: «Fernando, yo quiero hacer una banda que se parezca a esta y a esta, no lo veo como un defecto como vos pensás».

Yo vengo de esa época anterior, por eso mi producto también fue naturalmente distinto de otros y tuve ciertas dificultades para lograr una inmediata comprensión y consumo.

AP —En escena mostrarás mucho de tu interior, *INTRO*³ no es porque sí...

FC —Para mí eso es una especie de cosa extraña en mi vida, y no digo una contradicción, pero como una cosa paradójica. Como que yo puedo estar sentado arriba de una silla, en un escenario, tener tanto coraje y desnudarme tanto, y luego abajo del escenario ser más introvertido. Hay un canal, yo encontré un canal de decir: esto es así, no hay vuelta, esto es desnudarse.

AP —Escucharte cantando sin música, solo con una caja de fósforos como único acompañamiento musical...

FC —Implica un coraje, lo hice cuatro veces en el Luna Park para diez mil personas que no eran mi público, cuatro noches seguidas hace unos años. Era el público de la Bersuit Vergarabat. Ahí soy valiente.

AP —Es muy valiente soltar tu voz en esa situación, como algo del cuerpo que se ofrece. Una pregunta que muchas veces te habrán hecho: ¿qué valor les das a tus creaciones? ¿Qué son para vos?

FC —Les doy el máximo valor, el máximo valor porque... Por un lado porque sí, porque se me ocurren y surgen y me dan felicidad, una felicidad que no sé si es de orden estético o qué, emocional sin duda, entonces ya por eso las valoro y las disfruto. Pero después también podríamos entrar en un terreno un poco más místico o espiritual, que es que yo comprendo que algo pasa, o sea, se establece un circuito ahí, se establece una comunicación entre el que oye y yo que emito, se establece algo que va más allá de lo estético. Incluso es tan fuerte, tan fuerte, tan difícil de explicar con palabras —no lo voy a intentar mucho— que es imposible no valorarlo, no ser feliz con eso. Es imposible, es algo que te lleva a pensar que posiblemente esa sea la razón de ser de tu vida y ninguna otra. Se da esa hora que dura la actuación, o capaz para una persona en su casa poniendo un disco. Ahí pasa algo que es muy espiritual, muy fuerte, que es una especie de herramienta que ayuda a destapar emociones. Por eso repito que va más allá de lo estético solamente.

Con los años, procesando esto, finalmente venciendo un poco mi baja autoestima y todo esto, he llegado a sentirme muy útil en ese terreno, les puedo ser de inmensa utilidad a algunas personas. Entonces para mí se ha convertido en tan sagrado, tan sagrado, que va más allá de lo profesional, que te saluden en la calle, que tengas un premio, ya no pasa por ahí de ninguna manera, rompe con lo material. Yo percibo eso en mis recitales, percibo una actitud muy especial del público, muy concentrado, por eso todos entramos en un trance, en un verdadero trance, porque yo lo vivo así también. Yo no guardo memoria de los recitales, es una cosa que se te va como si fuera todo en un segundo, ¿no? Yo sé que los demás entran conmigo en ese trance y hay un viaje

que tal vez yo conduzca o coconduzca y que es muy fuerte, no es mero entretenimiento. Yo sé que lo mío es entretenimiento y esa es la profesión, entretener, ayudar a los demás a matar el tiempo, no tengo ningún reparo en decirlo de este modo un poco coloquial porque es así; uno se entretiene de mil maneras, leyendo el diario, yendo al cine, escuchando un disco o jugando un deporte. El hombre se entretiene, ha inventado mil maneras de entretenimiento. El arte es una de ellas, pero hay algo más también, hay algo más.

WN —Vos decís «el tiempo, matar el tiempo». Ese es un punto intenso en tus producciones, el valor del tiempo. El tiempo, la temporalidad.

FC —Y debe ser una obsesión mía que se trasladó a las canciones. Aunque todos sabemos que como tema el tiempo está presente en todo: en la filosofía, en el arte, en todo desde que el hombre es hombre. Es un tema, uno de los dos o tres temas, pero no soy original al hablar del tiempo, todo el mundo habla del tiempo, todos los escritores, todos los filósofos, los pintores, todo el mundo, es una preocupación humana. No sé, es simplemente uno de los grandes misterios que tenemos y que nadie puede evadir. Es a pesar nuestro, creo que todos divagamos alrededor de ese tema, desde Borges, todos estamos como tocando de oído. Igual que con la muerte, con la vida.

WN —Es que con eso tiene que ver el tiempo, y a veces ignorándolo, a veces tratando de ignorarlo. Tú planteás muy intensamente todo lo que tiene que ver con el pasaje del tiempo, pero también marcás mucho, como con cierta melancolía, determinadas vivencias que siempre traés, recordás, fijás de alguna manera. Siempre hay algo de melancolía y añoranza.

FC —Sí, creo que no como único tema. Un tema de mis canciones es ese, pero no el único, y tengo una tendencia, más que nada en los últimos tiempos, a rechazar un poco esa etiqueta que sé que tengo y por algo será. Incluso he trabajado en ese terreno en los últimos años, porque al alejarme un poco de una tendencia melancólica o nostálgica —aunque no es lo mismo, porque la palabra *melancolía* me suena más a problemas psiquiátricos— lo que veo es que hay dos temas que he tocado bastante y que por ahí ayudan a confundir o a crear una imagen de tener una temática así, eminentemente nostálgica, que son los recuerdos de la infancia o traer un mundo que pasó al presente, no sé si precisamente

por añoranza o por pensar que es mejor el pasado. No creo que por eso, sino más bien por un afán de eternización de las cosas.

WN —¿A qué te referís con *eternización*?

FC —A que coexistan. No decir «esto es el pasado; ya no existe». No. Existe, está conmigo ahora, esto soy yo. Después ese es un tema que está presente en mis canciones, el pasado como formando parte de la actualidad. Y otro tema del cual he abusado, pero ya por otras razones, por historias personales, lo que sea, es el tema de lo perdido en términos de lo amoroso más bien. Hay muchas canciones mías, no muchas, serán diez o doce, que tocan ese tema, pero que no sé por qué, por casualidad o paradoja, son prácticamente mis mejores canciones, por las que más se me identifica. Todo el mundo recuerda de mí «La casa de al lado», «El tiempo está después», que son justo las que hablan de lo perdido.

WN —Veíamos que lo perdido ligado a lo amoroso tenía todo un lugar en tu producción.

FC —Ha sido un tema, sí; lo he dejado un poco de lado. Sí, lo reconozco, ha sido todo un tema, pero que he abandonado. Me he preocupado en los últimos años de hacer canciones con otros temas diferentes, y con otros enfoques también menos dolorosos y apelando más al humor y a la cosa más descontraída, a tocar otros temas. Ahora estoy sacando un disco nuevo, acabo de terminar un disco que saldrá en dos meses, y una cosa que me tiene feliz de este disco es que... Son quince canciones, las temáticas son extrañas, una habla, yo qué sé, de un tipo que es carpintero y que tiene palomas mensajeras; otra canción habla de una generación de hijos de gente muy adinerada, muy millonaria, que dilapidaron la fortuna de sus ancestros; otra habla, yo qué sé, de los artistas callejeros, los titiriteros, los que van por acá, por allá... la gente de los circos, los que hacen malabares en los semáforos. Todo eso así, van pasando los temas y todos hablan de cosas quizás poco habituales como temáticas de canción; eso me tiene feliz. Otra va entreverando recuerdos de mi padre con recuerdos míos y armando una biografía medio delirante. Todos son temas extraños, son como quince minihistorias o novelitas. Ninguna habla de lo perdido en este disco.

WN —Es interesante lo que tú vas pensando, que a partir de tus obras los otros toman y te devuelven sus ocurrencias. Parece que ese movimiento,

una vez que tú te desprendiste de lo que creaste, circula y pudiera tener algo de obsceno.

FC —Claro, está bravo eso; a veces es incómodo, cuando ves opiniones de otro sobre tu trabajo y tus actitudes y por ahí no te gusta lo que están diciendo, pero tenés que pensar: está en su derecho, no lo hace de mala fe, no tengo más remedio que aguantarme. A veces es incómodo y otras muchas veces es muy a la buena. Me pasa en los últimos años, antiguamente no me pasaba, que muchos otros músicos hacen canciones mías, y eso también me da eso que vos decís, que me retroalimenta, maneras distintas de ver mis propias canciones que después yo aplico me generan, me despiertan nuevas ideas de cómo cantar una frase, cómo cambiar un acorde, la velocidad, el ritmo; claro, todo es diferente. Muchas veces digo: «¡Pero qué lindo esto!, en vez de hacerlo como lo hago yo toda la vida, me gusta mucho más así, ir cambiando este acorde». Incluso a veces han sustraído estrofas, hay gente que ha hecho «La casa de al lado», ponele, y le saca estrofas para hacerla más breve, se ve que resultaba muy densa, muy pesada. Está bien, es cierto, es larga la canción y yo muchas veces la canto así. La versión más corta, como hace Liliana Herrero, por ejemplo; comprendo lo que quiso hacer, reordenó capaz un par de estrofas, yo la leo distinto. Como yo he hecho también muchas veces versiones de otros. Me he tomado libertades con algunas canciones de Zitarrosa, por ejemplo, sacarles estrofas, cambiar el orden de la estrofa y modificar la historia, me he tomado esa libertad con todo respeto. Es una reconstrucción, una recomposición con materiales de otro. Me tengo que aguantar piola si me lo hacen a mí, yo también lo hago.

AP —Estas historias de tus nuevas producciones figuran un movimiento de crecimiento artístico y personal en el disfrute de dedicarte a registrar lo cotidiano en tu mundo, es como que estuvieras jugando, ¿trayendo tal vez al tapete cuestiones de tu infancia? Ahí estaría la temporalidad también...

WN —El adolescente muestra con mucha fuerza eso. La oscilación entre lo infantil y lo más adulto, que de alguna manera provoca que a veces vos enfocás para un lado más crecido y te sale con el lado más infantil, y al revés.

FC —Me parece que es... no sé si solemnizando un poco el tema este que tú estás planteando, tiene que ver con... —hace un rato utilicé la palabra—. Yo vengo de una tradición cultural católica que luego abandoné ya de jovencito, pero siempre me giró en la cabeza el concepto de eternidad. No comprendía claramente qué significaba o comprendía algo que no era exactamente lo que planteaba, y terminé entendiendo lo que más o menos la palabra significa, que es un poco la coexistencia de todas las épocas al mismo tiempo, en el mismo instante. Algo parecido a lo que planteaba Borges en «El Aleph», algo así. Tú decís esa dicotomía que puede tener el adolescente que trae un poco la infancia de golpe, y tal vez es un poco eso, a mí me ha significado mucho eso, me ha sido muy útil en los últimos años en muchas de mis composiciones, que no es un invento mío, ya lo ha hecho el cine, lo ha hecho la novela, todo el siglo xx, que es encajar los distintos tiempos. Lo han hecho novelistas, Faulkner. Es ir para atrás, para adelante, y vas armando en tu cabeza un poco caprichosamente; el cineasta que plantea eso, sin avisarte te cambió de lugar y aparecen los montajes, el relato del tipo ese aparece de golpe siendo niño.

WN —Que así es nuestra cabeza, así funciona.

FC —Exactamente. Estoy aplicando mucho eso —no sé si queriendo o porque sí— en mis canciones desde hace varios años. La canción arranca hablando de un tema, dos o tres versos después arranca para otro lado, cambia de tema, no solo de enfoque, a veces de enfoque, de quién es el que relata. Y siempre uso como ejemplo esto que sí pasa en muchas, en este último disco en varias, el punto de partida de eso fue una canción mía que se llama «Viveza». Pasa eso, cada dos o tres líneas va cambiando, parece que fuera otra canción, o que te metieras en otra canción, y eso que en un principio capaz que fue una manera desprolija de tirar ideas en un papel, como quien piensa, luego lo edito o luego retomo y lo prolijo. Se ve que me gustó cómo quedó ese resultado, más desestructurado, más surrealista, y me dije «acá hay una posibilidad», y la dejé así, me animé también, me animé a dejarla así.

WN —Más espontáneo, más en asociación libre. Tiene mucho del inconsciente y su lógica, como lo onírico.

- FC —Del inconsciente, un respeto por el flujo del inconsciente. Todas mis canciones son así, atemporales y multitemáticas.
- AP —Cuando se te escucha cantar logrando una sintonía con el otro, me imagino lo que debe ser para vos, qué júbilo ese momento.
- FC —Indescriptible. Es un poco la magia que tiene la canción como formato, una canción te acompaña en cualquier circunstancia, en cualquier lado, te vas de viaje, estés bien, mal, de noche, de día, durmiendo. La canción es algo que no precisa ningún estuche ni ningún formato, la llevás en tu mente, un recuerdo. Y la gente la canta, te acompaña en un viaje, vas cantando en un encuentro de amigos, un asado, siempre hay alguien que canta. Una gran sacralidad en todo esto. Comprendo que no tiene que ser así para todo el mundo.
- WN —Hablaste al principio de no usar estereotipos en cuanto a la creación y a qué cosas te llevan a crear. Hay trabajo psíquico a partir de muchas cosas, no solo del dolor, porque a veces nos perfilamos demasiado hacia ese punto, y me parece que dejamos otros de lado.
- FC —Pero oíme, también la felicidad, el encuentro, el júbilo, fijate qué linda palabra esa y nunca la uso. Bueno, todo eso, porque para mí el tema de la creación es que vos logres entrar en un estado emocional, entrás en ese estado misterioso que no podés, es inefable, y el que tiene las herramientas deriva eso en un objeto artístico. Ahora, esa epifanía emocional puede estar dada por cualquier motivo, no solo el doloroso, cualquier motivo; se suele decir «no, porque cuando uno está feliz está ocupado siendo feliz y no se le ocurre agarrar la guitarra». No es tan así, la felicidad también te lleva a querer manifestar eso de algún modo, estás feliz, no es fácil estar feliz, no estamos felices todo el tiempo, muy de a ratos.

Una cosa que para mí es un misterio es por qué somos tan distintos los seres humanos, hay personas que son propensas a ciertos estados y otras que son propensas a otros y eso te puede modificar tanto la vida. El que nace animoso, que nada lo perturba, que se cree que puede con todo, nace así y es así y vive feliz toda la vida. Nada los atemoriza, ni los desafíos más grandes, siempre creen que van a ganar la partida, entonces esas personas obviamente viven con otra alegría de vivir; no viven con temor, enfrentan todas las circunstancias, incluso capaz que

hasta elaboran mejor las derrotas porque piensan que una derrota es apenas una anécdota mínima. El que nace disminuido, en cambio, el que nace con cierta propensión a pensar que va a perder, es así y tampoco va a cambiar nunca, y le resulta mucho más difícil acceder a los logros y a la felicidad. Ahora, ¿por qué pasa eso? ¿Cómo es eso? ¿Por qué hay gente que nace así? ¿Es cultural?, ¿es de familia?, ¿es genético? Yo tuve un padre así. También algunos de mis hermanos, pero mi padre no conoce el desánimo y no heredé eso, ¿entendés?

WN —Lo que hay son órdenes de sensibilidades, no sé, a veces estás más en carne viva y a veces hay gente que está como con una... no sé si llamarla coraza o qué, algo así.

FC —Yo vivo en carne viva, a mí me afecta cualquier cosa a niveles insostenibles, y no mías, cosas ajenas, cosas que veo en la calle, y otras personas a veces ves que van por el mundo con una sana indiferencia.

AP —Bueno, para algunas cosas, rescato algo de ese vivir en carne viva, no sé..., los costos podrían ser altos pero también los logros. ¿Qué número fuiste en la fratría?

FC —Soy primogénito. Una de las canciones de este último disco, «Viva la patria» se llama, habla de que nací en el hospital Canzani, yo estaba en el hueco que fue mío hasta aquel día que vino mi segundo hermano, como una especie de decir «yo tenía un útero que era mi espacio, mi lugar, me corrieron porque vinieron otros», sensación de muchos primerizos que durante unos meses o unos años son el único, el príncipe. El más atendido, todo. Esto es una elaboración, en realidad no lo recuerdo, porque me recuerdo ya con mi hermano nacido y la tercera también, en mis primeros recuerdos ya estaban ellos dos. Yo era el primero y dejé de serlo pero nunca lo sufrí, no lo recuerdo. No lo recuerdo como traumático ni nada, para mí siempre existieron mi hermano Horacio y mi hermana Alicia, como que vinieron conmigo. Los segundos siempre son un poco más diablos, entonces el primero tiene que ser el contenedor, mi hermano era fatal y yo era el comportadito, tenía que cumplir ese rol.

WN —Qué suerte la decisión que tomaste en sexto de no ser tan comportadito.

FC —No se había manifestado nunca.

WN —Pero estaba.

AP —Y ahora, ¿cómo es para todos, para tu familia, tu posición actual?

FC —Es muy natural, porque me han acompañado desde siempre y desde épocas en que para mí era todo muy poco visible, y no era nada y era muy dificultoso todo. Acompañaron ese largo proceso que ya tiene treinta y cinco años, no ha sido sorprendente ni nada. Me imagino que ahora, al igual que yo, disfrutarán de que yo tengo mucha más aceptación por mi trabajo en otros países también, quiero suponer que les dará un sano orgullo. Ellos me lo dicen, me lo festejan, algunos más que otros, porque también hay algunos que con todo derecho son más indiferentes a la música; quizás es un tema que no los atraiga tanto —está bien, está perfecto—, por consiguiente no es frecuente su asistencia a mis recitales, ni tienen mis discos ni nada, pero está bien, no los culpo. Otros me han acompañado más. Los sobrinos también, me imagino, verán como algo medio mágico eso de verme en televisión o ver un afiche en la calle con la cara del tío. Pero de todos modos es muy natural, porque nunca fue muy festejado eso.

 Mi familia es muy democrática, muy formada, todas mis otras ramas familiares, que también vienen del catolicismo, fueron muy numerosas. Entre sus facetas más sanas, una cosa muy linda de compartir es que no hay privilegios, no hay que subrayar a nadie en particular, una cosa muy solidaria de entregarse a los demás, que forma parte de un equipo. Mi madre en ese aspecto, mi tío, todos fueron siempre muy cuidadosos, muy didácticos... trabajar, hacer actitudes sociales de gran desprendimiento, de gran generosidad por nada.

WN —Es una ética determinada...

FC —Una ética sí que yo rescato de lo mejor del catolicismo, básicamente del valor del cristianismo. Que tiene que ver con la misericordia, una palabra muy poco de moda pero que significa ni más ni menos que amor por el más miserable, ¿verdad? La piedad, otra palabra con poca prensa pero que yo considero tan necesaria; ojalá hubiera más piedad en el ser humano, más conmiseración, más preocuparse por el otro.

WN —Y bueno, por algo a nosotros nos ven como raros, muy raros. Somos parte de la rareza por ocuparnos del sufrimiento.

FC —En mi familia recibí mucho de eso por esas raíces cristianas. Y no sé a qué venía este asunto, pero me viene a colación una situación que he

vivido muchas veces. Hablando de la piedad y la misericordia, todas mis amistades —no sé si a ustedes les pasará más o menos lo mismo—, todas mis relaciones de hace muchos años, mis amigos de los estudios, toda es gente mayoritariamente de izquierda, mayoritariamente progresista en un altísimo porcentaje, gente muy cercana a la instrucción. Sin embargo me ha pasado con muchos de ellos, suponete, de ir en su auto hacia un lugar y se acerca alguien a pedir una moneda porque te acomoda el auto, y cerrar la ventanilla y arrancar. Entonces yo me quedo pensando: pero ¿cómo una persona que tiene tantos valores solidarios de izquierda...? O pasa un hurgador con su carrito y ellos en el auto «este pichi no sé cuánto», «por qué no se mueren todos». ¿Qué pasa? Bueno, lo que estamos hablando, ¿no?, esa carencia de valores, de piedad, de ponerse en el lugar del otro y de querer al que está en la mala.

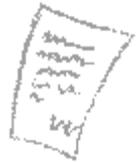
Lo que yo percibí muchas veces en el catolicismo es hacer el bien sin publicidad. Sin publicidad, sin hacer aspaviento luego de eso, personas que por algo —ni te imaginás, te enterás años después— sábados y domingos van a asentamientos a dar una mano, se meten en el cantegril tal y cual y ni siquiera lo cuentan, no se sacan bandera con eso. Mi querido amigo y colega Pablo Estramín⁴ tenía esta actitud que estamos hablando. Permanentemente, desde niño, creo que se lo había inculcado su padre, iba a asentamientos o a instituciones para ayudar en distintas situaciones. Lo hacía no una vez o dos, siempre. Lo hacía permanentemente en su vida. Ahora, ¿ustedes se habrían enterado de eso si yo no se lo cuento ahora?

Con esta evocación de su amigo Pablo Estramín y su capacidad para hacer contacto con el sufrimiento y el dolor del otro, cerramos este encuentro con Fernando Cabrera. ♦

4 Pablo Estramín (1959-2007) fue un cantautor uruguayo, destacado por sus contribuciones al folclore nacional y regional.

RESEÑA DE JORNADAS

Jornada de Transmisión, Publicación y Biblioteca



MARTA DÍAZ¹ & MARÍA MARTHA MONTES²



Cazar palabras en el humo
y como quien ordena sus negocios antes de morir
ponerlas en su justo lugar
para que el otro, el que no se conforma con nada
una vez más se engañe con la idea de que todo
por fin quedó aclarado para siempre
y duerma un poco aunque después se despierte aterrado
en medio de la noche sin palabras.

Raúl Gustavo Aguirre

- 1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. mdiaz@montevideo.com.uy
- 2 Analista en formación, Instituto de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. montes.mm@gmail.com

La Comisión de Publicaciones de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay organizó una nueva Jornada de Transmisión, Publicación y Biblioteca. Tomando en cuenta los renovados desafíos que toda comisión de publicaciones recibe en torno a lo que es escribir, publicar e incluso editar en psicoanálisis, nos propusimos generar una instancia de diálogo fecundo. Diálogo que nos permitiese como comisión de trabajo acercarnos a las diferentes motivaciones, intereses y estilos con relación a la escritura y el psicoanálisis, así como a la publicación de los textos, a la vez que abordar algunos de los diversos obstáculos que se encuentran a la hora de plasmarlos. Diálogo abierto al interés de los psicoanalistas de nuestra asociación en intercambio con los analistas de la región. Fue invitada para esta jornada la psicoanalista argentina Silvia Wajnbuch, anterior directora de Publicaciones de Fepal, integrante por tanto de la Comisión Directiva en el período 2010-2012.

Durante la jornada se realizaron breves exposiciones a cargo de integrantes de la Comisión de Publicaciones a fin de dar apertura al encuentro de ideas y posicionamientos, alternadas con intercambios en grupo. Se logró un clima en el que el compartir e intercambiar mirándose a la cara produjo un efecto de circulación entramada de ideas, en fin, algo «se donó» allí. En palabras de una participante: «Crear un ambiente así, en el que todo el mundo tiene ganas de intervenir, es algo de lo que nos tenemos que congratular. Haber logrado recorriendo generaciones esta posibilidad en APU, el hecho de que personas a las que a veces no nos gusta hablar tengamos ganas de hacerlo, demuestra que se ha logrado un ambiente muy facilitador».

Al comienzo se propuso el tema «La escritura, el psicoanálisis, el psicoanalista», eje de las primeras exposiciones a cargo de las psicoanalistas Magdalena Filgueira y Silvia Wajnbuch.

Magdalena Filgueira invitó a trabajar la intrincación de la transmisión del psicoanálisis en lo que hace a la palabra, la cual, dijo, recorre ineludiblemente todos los registros de la experiencia analítica. Palabra que, partiendo de la asociación libre, ocurrencias, se reencuentra en la lectura de textos, palabra que relata la situación clínica en el espacio de supervisión. Palabra que se plasma en producciones escritas, publicaciones, y se preserva en los acervos que constituyen las bibliotecas. La transmisión que

parte de la experiencia analítica de cada psicoanalista en la actualización de la inscripción en el lecho de la transferencia. Y continuó diciendo que se entrama lo que en ese encuentro se produce con el lenguaje, eso habla en el lecho transferencial produciendo nuevas lecturas que se escriben, inscriben, en una suerte de «inscriptura», tomando prestada una expresión que donaron analistas de APU. Recordó, parafraseando aquellas palabras que habría proferido el propio Freud en el barco que lo llevaba a Norteamérica, en su «conquista» de la Clark University. Chiste, chanza, el humor freudiano y su relación con el inconsciente, también del analista, ese que le permite decir «no saben que traemos la peste». Afirmó que Freud se posiciona en una suerte de anti-Edipo al llegar a Tebas, dado que el psicoanálisis en su persona portaría, más que la solución al enigma de la esfinge, un relanzamiento enigmático que apesta. Enfatizando también a través de las esporas la transmisibilidad en términos de demanda que muestra en su formulación la paradoja respecto al enigma, a lo enigmático que pudiera encontrarse en la *sonrisa de la esfinge*.

También dedicó tiempo en sus «apuntes» a aquellos textos que quedarían al resguardo de la luz, en la oscuridad del cajón, que nos invitan a pensar en todo aquello que de uno y otro lado de la opacidad de uno mismo, en tanto estamos divididos, hace resistencia a la escritura.

Sostuvo que se puede concebir el origen de la escritura íntimamente vinculado a la incómoda, a la inquieta posición del psicoanalista con relación al silencio y la abstinencia. Cuánto de una situación clínica quedaría «trabajando» en el analista, haciendo texto, y una vez concluida la sesión o el análisis mismo esos «restos de transferencia» se ven convertidos en texto escrito. Esta línea expresó que propondría un *trabajo per-laborativo* en el psicoanalista a la vez que la producción de teoría a punto de partida de la experiencia clínica. Escritura, transmisión, relacionados en torno a un texto publicado que pudiera ser «usado», a su vez, en la tramitación de la experiencia. Y continuó diciendo texto como pretexto para «hacer en el des-hacer» lo incómodo del ofrecimiento del psicoanalista, que sufre, padece una suerte de desdibujamiento, de borramiento de su persona, para albergar las palabras, discurso en asociaciones libres del analizante. Escritura de un —para algunos— psicoanálisis, o de cierto tramo de un análisis, desde el psicoanalista que implicaría el desprendimiento de lo

acontecido, la implicación subjetiva en el dejar caer el texto original para luego hablar, escribir y dar a conocer lo enigmático de ello.

Planteó volver «al nacimiento de la tragedia griega», «al eterno retorno de la tragedia griega», diciendo que si hay alguna respuesta a lo enigmático, ella estaría en su permanente precariedad, dado que creyendo haber encontrado la solución al enigma, lo que se encuentra es un texto que lo relanza.

Concluyendo, Magdalena afirmó que la gran paradoja es que la palabra en psicoanálisis, esa que retornaría en los textos que surcan lo trágico de lo humano, la palabra que intenta ser ese ensalmo con el cual desemparentarse de ese padecimiento, se encuentra emparentada con la escritura, e intentando desembarazarse de su adolecer nace y reluce preñada de poesía.

Por su parte, en su ponencia Silvia Wajnbuch compartió su experiencia institucional en diferentes comisiones de publicaciones y bibliotecas, comentó problemáticas actuales con las que lidian los psicoanalistas. Sostuvo que los psicoanalistas latinoamericanos cada vez escriben y leen menos, y se interrogó qué hacer para fomentar la escritura y la lectura.

Transmitió que habría un interés creciente en compartir qué hacemos, cómo lo hacemos y por qué lo hacemos. Remarcó que la tendencia en los últimos años parece centrarse en partir de la clínica para reflexionar sobre la teoría.

Hizo referencia a que escribir sobre casos clínicos lleva a otra problemática en las publicaciones, que es la autorización del autor y la discusión sobre si es necesario tener el consentimiento informado del paciente. Describió que algunos creen que el consentimiento interfiere en la relación transferencial y que la desfiguración del material es suficiente, mientras que otros piensan que es un tema ético y legal que está en relación con el respeto por el secreto profesional y la intimidad del paciente. Estos últimos reflexionan que, además de disfrazar el material, el consentimiento es el aval para poder escribir y trabajar sobre viñetas o casos clínicos.

Silvia expresó que se está pensando en la publicación digital en vez de la publicación impresa o la realización de ambas. Aunque está comprobado que la versión digital aumenta la compra de la versión impresa, sigue habiendo resistencia a que las dos versiones sean publicadas simultáneamente.

Asimismo marcó el ingreso de las revistas a las bases de datos internacionales, y consideró que el psicoanálisis debe ingresar en el mundo académico, no solo para su transmisión sino también para su difusión.

Concluyó que las nuevas tecnologías con relación a la transmisión del psicoanálisis y su difusión hacen a un importante desarrollo de las páginas webs de las instituciones donde se editan y publican contenidos psicoanalíticos.

Posteriormente quedó abierto el intercambio y se llevó a cabo una dinámica discusión grupal que reflejó diversos posicionamientos y un activo interés de los participantes.

Las psicoanalistas Aurora Polto y Zuli O'Neill tomaron en su exposición el tema «Los estilos de escritura y publicación en psicoanálisis» y lograron relanzar la convocatoria y trabajar la complejidad de la transmisión del psicoanálisis a través de la escritura. «El psicoanálisis, ya desde la experiencia inédita de Freud escribiéndose, traspasando la privacidad del consultorio de la calle Bergasse 19, no ha dejado de escribirse a través de generaciones de analistas bregando por una transmisión de algo de lo inconsciente nunca colmable y siempre a pérdida. Se escribe en la soledad del acto creador, en un intento de plasmar y transmitir *algo*, algo que nace de esa experiencia íntima con relación al encuentro con lo inconsciente, propio y del otro; y que se nos impone a ser transmitido en una interrogación permanente de las teorías que nos sostienen. Transmitir es eso, es hacer llegar a alguien o poner al alcance del otro algo que se tiene en posesión, un conocimiento, una experiencia, una herencia. Del latín *transmittere*, derivado de *mitere*, *meter*, significa entre otras cosas 'traspasar', 'hacer pasar a otro una cosa de un lado a otro', expresó Aurora.

Buscando favorecer el intercambio nos movió a pensar con las preguntas: ¿para qué escribimos?, o ¿por qué escribimos? ¿Se escribe buscando una elaboración nunca completa de una experiencia que incomoda y que inquieta con relación al silencio y a la abstinencia del psicoanalista? ¿Escribimos, teorizamos y profundizamos, como dice Piera Aulagnier, en función de las cuestiones fundamentales de cada analista, y designando por tales el punto conjugado de resistencia y de fascinación que singulariza la relación de un analista con la teoría analítica?

Aurora volvió a cuestionarse: ¿es posible escribir la clínica? Clínica siempre enlazada a la teoría. Hizo referencia a que nos encontramos con la proliferación de modos de escritura. En ciertas tiendas, formatos de caso único para dar cuenta de la clínica como un modelo metodológico y un estilo de publicación. Y en el otro extremo la publicación más novelada que ya sorprendía a Freud por la aceptación que tenía.

Entre la creatividad y la repetición, lo novedoso y lo fundante, entre adhesiones y rechazos, relanzó la proposición de trabajar los estilos.

Acercó nuevas interrogantes. ¿Cómo respetar esos estilos, o darles verdaderamente lugar? ¿Podríamos pensar que lo que marca el estilo de un psicoanalista es uno más de los efectos del inconsciente involucrando su discurso y la singularidad con que ejerce su escritura y su transmisión?

Y tomó expresiones de Lacan, quien afirmaba que sus escritos no debían ser entendidos racionalmente, sino que debían producir en el lector un efecto similar a la sensación de ilustración que uno experimentaría al leer textos místicos.

Siguiendo este pensamiento recordó que Green decía, abriendo a lo paradójico, que la palabra analítica estaba emparentada con la escritura poética; algo de la dimensión poética se echa a andar en las palabras que un autor va eligiendo, generando un modo de transmisión riguroso pero alejado del discurso universitario.

Para finalizar, Aurora planteó que también en la transmisión del psicoanálisis, en la cual se impone hacer transmisible algo del orden de la experiencia del sujeto del inconsciente, se sitúa el lugar del psicoanálisis en la cultura.

En la riqueza del clima de intercambio logrado en la jornada se fueron desplegando pluralidad de perspectivas y posicionamientos de los cuales fueron surgiendo dos posturas: la noción, la concepción de la escritura como un don, y la postura opuesta de aquellos que se inclinaron a cuestionar ese sentido.

Con claridad un participante manifestó sentirse inclinado a cuestionar la idea de *don* en el sentido de que con ella se marcaría una diferencia, delimitación de frontera entre quien tiene aptitud de escribir y quien no la tiene, como si fuera una cosa de la naturaleza. Continuó diciendo que sería como en un contexto de reparto de bienes o de trueque o un juego

de toma y daca. Opinó que la frontera no puede quedar delimitada entre quienes tienen «el don» de la escritura y quienes no lo tienen, porque el que escribe también dice que lo que escribió es para ser desechado, o puede no saber para qué lo escribió.

Otro participante planteó que escribir tiene que ver con un don que posee la persona. Dijo que algunos pueden escribir no solo para el psicoanálisis, siguiendo normas y pautas, sino que también pueden escribir literatura. «Lo notamos muchas veces en las revistas. Y por algo siempre escriben los mismos. Eso hace pensar que algo tiene uno y que puede desarrollarse o no.»

En otra arista del intercambio se abrió la pregunta de si la escritura es algo que se aprende en la escuela o es un don. Fue entonces que una analista recordó una pacientita que tenía cuatro años: «... obviamente no sabía escribir, pero sabía que algo se marcaba por ejemplo con la palabra *mamá*. Me decía: “¿Cómo se dibuja la *m* de *mamá*?”. Y entonces yo le iba dibujando como ella me iba diciendo la *m*; y después me decía: “¿Cómo se dibuja la *a* de *mamá*?”, y le dibujaba la *a* y me decía: “Esta parece una casita, estas parecen dos casitas”, y así fue aprendiendo a dibujar la palabra *mamá*, tan cara en relación con su historia. Iba descubriendo la escritura en sesión porque era algo que le interesaba.

»Extrapolando, nosotros como analistas tenemos que poder ir descubriendo nuestra capacidad de escribir, hay algunos a los que les es más fácil, a otros les es más difícil. Pero la escritura es un trabajo que se va haciendo con mucho esfuerzo; enfrentarse, como el pintor que tiene que pintar algo, a la página en blanco es algo que angustia, tener que expresar una idea es algo que angustia. Bécquer en una introducción dice: “mis ideas como hijos mendigos buscan ropajes o buscan sus vestidos con los cuales poder salir”. Tomando esa metáfora la escritura es un *don*, pero no es un *don* que se tiene, sino un *don* que se da. La persona que escribe está dando algo que a lo mejor no tiene, cuando se escribe a veces el primer sorprendido es el que escribió, entonces está dando algo que no tiene. Es en ese preciso momento en que se quiere brindar(lo) que se empieza a construir(lo), a lo mejor tiene por ahí una idea medio en borrador y empieza a buscarle los ropajes adecuados. Es un *don* para los demás y tendría mucho de valentía. La gente que escribe se expone, dice lo que piensa, se expone a que todo el mundo le diga “eso es horrible, es un mamarracho,

está mal dicho, no coincido con tus ideas”. Tiene mucho de *don* para los demás. Si estamos acá es porque hemos transcurrido años y años en los divanes y eso nos hizo devenir analistas. Entonces tenemos un tesoro a transmitir, el tesoro de la escucha, que tiene mucho de tesoro, aunque paradójicamente fuese “peste” al mismo tiempo».

Surgió otro punto de discusión en torno a concebir un superyó institucional limitante de la escritura, lo que para algunos hace más factible escribir para afuera de la institución. Esta afirmación se cuestionó considerando que esa misma resistencia puede acicatear más al analista que se lanzaría a escribir como un desafío a una ley institucional que vive como distorsión y que quiere transgredir, es decir, su escritura recobra más fuerza erótica para burlar y desafiar esa ley institucional que entiende distorsionada. Afirmando que, entonces, lo que se entendía que podía apagar el impulso de escritura, lo redoblabla. Lo que quiere apagar el delirio, al final lo aumenta.

Este participante continuó refiriéndose al superyó no institucional, que sería el que encuentra el poeta en la noche, que despierta aterrado porque se tiene que sentar a escribir en la computadora a las tres de la mañana. Y expresaba: «Entonces este hombre está loco. Bueno, sí, el que escribe está loco, el analista también está loco, si no, no sería analista. Esto sería diferente de pensar en una escritura comunicacional, informativista. Es una locura escribir, es un delirio, y uno lo organiza precariamente y ayuda a vivir. Lo que no quiere decir que alcance a resolver las hendiduras; en otras doctrinas se ha hablado de disminuir los clivajes o ponerse frente a las estacadas, a los callejones sin salida también llamados antinomias; es decir, ponernos ante las antinomias sin prurito o sin temor de plantear que nos sentimos perseguidos, reivindicativos, nos sentimos erotómanos de lo que sale de nuestra escritura, defensores apasionados de lo que hemos hecho, y eso no excluye que al mismo tiempo estemos odiando lo que hemos hecho».

Otro posicionamiento lo enuncia quien piensa que un analista apasionado con lo que hace no siempre puede escribir. Cuánto de ese no poder se lleva al afuera, entonces surgiría el «porque hay reglas o porque la institución no es habilitadora». O, como dice el poema, «el otro no se conforma con nada». ¿Quién sería ese otro? Sería la propia inhibición o el propio superyó puesto afuera que hace que la persona sienta que nada la conforma, que las cosas nunca van a salir bien.

Entonces una participante expresó: «Nos fuimos deslizando de la complejidad del escribir a las instituciones y sus pautas. Volvamos a los núcleos del desear, del desear inconsciente, de la problemática personal, de por qué estamos en psicoanálisis, por qué aguantamos horas de este tipo de trabajo. ¿Por qué tratar de ver la problemática del escribir en psicoanálisis? Primero porque siempre hay obstáculos, y segundo porque si hay una escritura, la que sea, que no apela al otro, que no promueve en otros el deseo de escribir... Por eso me gustaba lo de dar, *don*, para promover en otros también la evocación de su clínica, la evocación de sus problemas con los pacientes y para promover la escritura.

»Escribir es loco, ponerse a hablar muchas veces también lo es, pero escribir sí es *deliria*, es salir del surco etimológicamente. ¿Qué surco? Podemos pensar otra vez las pautas, las reglas, las condiciones, pero en general es atreverse y jorobarse y sufrir y angustiarse con el poder primero, terrible, de la lengua.

»La lengua es una institución, somos escribientes de esa lengua y no escritores, y ahí voy a tocar el punto de la ficción. Pero entonces tolerar una cierta forma de escape, de margen, de litoral, de borde, son formas que se me ocurren y se les han ocurrido a otros de estar un poco fuera de lo genérico, de lo universal —y la teoría es universalizadora sin duda— y tocar algo singular. Ojalá pudiéramos escribir siempre lo que se nos ocurre en singular en la sesión. Escribimos en nuestros apuntes de sesión “suspira”, “movió la pierna”, “se le cayó el zapato”, “tiró el almohadón”. [Una voz interrumpe diciendo «pero eso es muy interesante».] Sí, muchas veces escribimos todo eso en el cuaderno, eso erótico, fuertemente impregnado que nos moviliza, que muestra la movilización psíquica de esos puntos del analizado, ¿cómo se retoma en la escritura para otro? Porque de eso después queda escrito *María, 38 años* [risas], digan la verdad, *tiene un problema con su pareja*. Pero no hay que decir *pareja*, hay que decir *matrimonio*, y ¡qué diferencia! Ojalá se pudiera sostener esa tensión de la diferencia escribiéndose en transferencia, porque diferencia dibujar la *m*, la *a*, inscribiéndose, dibujándose en un cuerpo erógeno en transferencia.

»Ahora, sabiendo que es una empresa de riesgo, nosotros analistas nos dibujamos con eso, también nos dibujamos, nos desdibujamos, ya que es una subjetivación de-subjetivante, todo ese juego se despliega y por eso es

muy delirante el momento de escribir. Y, en general, lo ha sido para todo escritor, salir de cierta intimidad, franquear esa barrera entre lo público y lo privado. Puntualmente, ¿qué de ello entonces es ficcional? La escritura en psicoanálisis tiene que tener una ficcionalidad. Tiene que poder ser verosímil, no verdadero. No apelar a que va a dar la verdad del caso clínico, la verdad del analizado, sino ser verosímil; que el otro transfiera, que el que me lee transfiera, no conmigo, sino con su propia experiencia clínica, que se le ocurran cosas, relaciones, asociaciones, y eso es una empresa de riesgo».

Profundizando en la reflexión y pensando a partir de Derrida se dijo que la escritura estaría en el psiquismo. Se planteó que podría ser un punto de vista bastante polémico en qué medida interviene ese dispositivo tecnológico que es la escritura con relación al pensamiento. Es decir, los pueblos ágrafos expresaban sin escribir. Este participante continuó diciendo: «Creo que hay ahí un punto de clivaje, en qué medida el pensamiento posescritural no es un pensamiento amarrado por la gramática. Me parece que la escritura es un dispositivo en sí mismo, del cual no podemos deshacernos, porque está en el pensamiento. Nuestro pensamiento es gramatical, no sé cómo sería el pensamiento del Neanderthal de 40 000 años a. C. En todo caso son inscripciones que se pueden ver en algunas de las pinturas rupestres que son bien importantes. Si uno sigue una vía de acercamiento de la palabra y la escritura a lo inconsciente, en un sentido “cierto delirio”, como se planteaba, en otro como formación de lo inconsciente, algunas formas de escritura pueden llegar a tener algo que ver con lo inconsciente. Otras quedarían demasiado alejadas. Porque si sumamos al dispositivo del pensamiento y de la escritura las normas gramaticales, las institucionales, el lenguaje es una regla también, no es cualquier intercambio; es ley también el lenguaje; es difícil despojarse de eso. Pienso que en las diferentes formas de presentación de los llamados materiales clínicos quizás haya una necesidad de escribir ante la soledad de la práctica analítica. Ahí sí me inclinaría más a pensar en la angustia como soporte de la escritura, y quizás también en la necesidad de dar testimonio de esa soledad y de ese encuentro.

»Cuando las instituciones editan —es otra regla que se suma—, también generan un pacto en última instancia político, que no es consciente, que no es explícito, pero es un pacto político. Habrá gente a la que le

interesa la escritura en determinado formato. Creo que si no tengo angustia cuando escribo no puedo escribir. Por otro lado es un esfuerzo de la libertad del pensamiento, es un dolor que implica recortar para otros. Es más fácil hablar. Cuando Joyce siente que su lengua es bastardeada por el imperio inglés, necesita bastardear esa lengua y destruirla, y hace el *Finnegans Wake*, que algunos creen que no es leíble. Es leíble; lo que pasa es que exige un esfuerzo; hay una burla, un odio de Joyce muy fuerte a quien le impone una lengua. ¿Cómo soportar la escritura en ese idioma impuesto? De algún modo todos tenemos algún idioma impuesto, porque, como se decía hoy, esto está asociado a la relación con el otro y a cómo el otro tiene esa escritura metida en la cabeza».

Otro interrogante que surgió en la discusión fue si son las normas de las revistas, las pautas, los arbitrajes lo que nos limita o lo que nos inhibe a escribir. Y esta participante hizo referencia a su experiencia en la Comisión de Indización, destacó —más que pautas y normas— la apertura al conocimiento de lo que hay más allá de lo que el escritor está queriendo decir.

Asimismo, hizo referencia a las normas de publicación como un determinado encuadre necesario para trabajar.

Sobre el final del intercambio se retomaron algunos puntos, interrogantes respecto a qué tanto tomamos las normas de publicación, cómo instrumentamos determinados criterios que nos darían un marco y que depende después de cómo cada uno lo pueda utilizar. Quien decía que es más fácil escribir para afuera decía que debía ser porque ahí hay un vínculo que funciona de una manera diferente con relación a la institución. También se dijo que si algo se viene discutiendo durante veinte años se puede tomar el para qué seguir discutiéndolo. En este sentido, sosteniendo la tensión, otro participante afirmó que si se sigue discutiendo es porque todavía no se encontró respuesta y sería interesante seguir discutiéndolo. Se propone pensarlo desde Winnicott como una madre ambiente suficientemente buena que permita el desarrollo de la espontaneidad y la creatividad en la escritura y ver cómo no obstaculizar algo que cada uno de nosotros trae para desarrollar, sin ponerlo ni como *don* ni como aptitud, sino como *ese algo* que está como potencial para ser facilitado, o no.

A la hora de ir concluyendo, Magdalena Filgueira manifestó que la esfinge quizá haya vuelto a sonreír. «Apertura a lo enigmático que pudiera

permitirnos pensar que la clave de resolución, la respuesta, pudiera no estar solo en las palabras, en la formulación del enigma y en su resolución. Si lo está sería en el mensaje, la palabra, código de lengua, tesoro sí de los significantes en lo simbólico. Lo simbólico que proviniendo de un otro no vamos a calmar ni colmar, salvo haciéndole tope en y con lo imaginario. Finalmente eso del otro se hace imagen en cada uno, en cada sí mismo, imagen acústica, imagen visual. Entonces una respuesta posible sería decirles *non liquet* a los textos freudianos. Recordaba a Agorio con relación a las Jornadas de Literatura y Psicoanálisis del año 2005, cuando la APU cumplió sus primeros cincuenta años de vida y evocaba el recuerdo que también Daniel Gil le brinda cuando muere, que alude al *don*, entonces ese *don* es darle a otro lo que no se posee. Conmueve y remueve el amor, y el diálogo platónico, amar es dar lo que no tengo a quien no corresponde, y entonces circula en esporas que también pueden “apestar”. A través del *don*, Rodolfo Agorio les dio a ciertos analistas lo que ellos ahora nos están dando y quizá no podamos escribir, inscribir o capturar en palabras, pero seguro nos relanza en el intento de la escritura en psicoanálisis.»

En la última instancia de la jornada, coordinada por Walkiria Navarro, se trabajó en torno a la «Re-presentación del sitio web de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay», web como tejido o malla de transmisión. Participó la actual coordinadora del sitio web de APU, Fernanda Bertúa, e hizo referencia a los diversos modos en que se intenta desarrollar las posibilidades que tiene el espacio, compartiendo expectativas acerca de los buenos efectos que tendrían esos desarrollos. Se propuso valorar la posibilidad de tener una revista solo digitalizada, que se publicaría solo, exclusivamente, online. Desafíos de escritura y publicación que interrogan, además, el cómo concretar e incentivar el siempre enriquecedor intercambio con los diferentes ámbitos de la cultura.

Las bibliotecólogas de APU, Martha Gómez y Patricia Francia, mostraron los frutos consolidados por la biblioteca virtual, sostenida por varias instituciones de nuestro medio, y brindaron pautas de orientación para saber cómo buscar referencias bibliográficas en la biblioteca online.

Finalmente, Luis Grieco hizo un recorrido sobre el estado actual de las publicaciones psicoanalíticas en América Latina de asociaciones integrantes de Fepal y cuáles de ellas están editando sus publicaciones en formato digital como revistas electrónicas.

Finalizada la jornada, quedaron ecos que tomaremos como otro de los dones ofrecidos en el tiempo inacabado del a posteriori.

«... Quedaron muchos canales abiertos para seguir pensando la escritura y el lugar del lenguaje y las letras en los psicoanalistas. Desde surcos para salir de ellos y delirar escribiendo, extasiarse frente a “la sonrisa de la esfinge”, guardar algo de la “peste” originaria o buscar modos de escritura que tengan el rigor y la cientificidad que exige la profundización teórica y al mismo tiempo la ficcionalidad que vuelva verosímil la transmisión de la intransmisible “verdad” de la experiencia clínica.» ♦

RESEÑA DE JORNADAS

Marcas de vida, marcas de muerte



ZULI O'NEILL¹



La jornada «Marcas de vida, marcas de muerte» fue organizada por la Comisión Directiva de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, con la participación de la doctora Silvia Flechner (presidenta), el Instituto Universitario de Postgrado en Psicoanálisis, representado por la doctora María Cristina Fulco (decana), y el Centro de Intercambio, representado por la doctora Fedora Espinal de Carbajal (directora). Tuvo lugar el sábado 25 de mayo de 2013.

Fue invitada a esta actividad la doctora Janine Puget,² quien brindó una conferencia titulada «Marcas actuales y pasadas». La psicoanalista argentina

trabajó en torno a las marcas que se traen, cuando se constituye una pareja o una familia, a través de la historización de la estructuración psíquica personal de cada uno de sus miembros. El guion del film *El otro*

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. zulioneill@hotmail.com

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. janinepuget@gmail.com

hijo, dirigido por Lorraine Levy, fue el pretexto para pensar puntos de problematización en torno a las marcas culturales y sus destinos en el encuentro con el semejante. Propuso la idea de una experiencia afectiva que algo modifica sin que sea necesariamente un aprendizaje. Destacó una vez más el valor de sostener la tensión de la pregunta que no busca respuesta y que interpela nuestra práctica y teorías. Provocativamente nos dejó planteada la interrogante: ¿marcas del inconsciente o menos conocimiento del otro?

El otro invitado fue el Espacio Interdisciplinario de Medicina Forense, Arte y Psicoanálisis, un proyecto del Departamento de Medicina Legal de la Facultad de Medicina de la Universidad de la República, cuyo coordinador es el catedrático profesor doctor Hugo Rodríguez.

Invitamos a escuchar una yuxtaposición de textos, relatos, escenas ambiguas que en su montaje daban una posibilidad fecunda de construir un diálogo entre nuestros saberes. Montaje que busca rescatarse de un racionalismo empecinado que muchas veces oculta, para no ver, lo que la realidad tiene de sutil, de esquivo, de equívoco, de insinuante e inasible para el entendimiento y aun para el corazón.

Formó parte, por ello, de esta propuesta un discurso único y vasto, el de la música, de la saxofonista barítono licenciada Alejandra Genta. Aparente paradoja inserta en la intersección de las matemáticas, los lenguajes, los ritmos, encuentros azarosos con las emociones del otro.

Participaron también dos discursos concernidos por lo social y la ley, por el saber científico, y ambos concernidos por la institución del Estado: lo policial y lo forense. Intervinieron el inspector principal (R) Luis Mendoza y el doctor Domingo Medero.

Finalmente participó el juez doctor William Corujo con —disponiendo de la estética de las palabras— «No se culpe a nadie», un cuento de Julio Cortázar que produce belleza y abre a un final incierto con relación a la índole de los vínculos que el hombre está dispuesto a establecer con su difusa verdad.

Nos interesaba no disociar razón y temperamento, no divorciar la reflexión en prosa de la poesía. Nos interesaba mantener la hibridez de un hecho y el magnetismo que lo vuelve singular. Interesados en la verdad que también preserva su penumbra, invitábamos a que algo ocurriera al proponer en el intercambio otros montajes posibles, ahora nacidos en el diálogo con el hacer del público.

Allí se dio el intercambio. Para dar cuenta de algo de lo sucedido, mejor lo expresa la carta de gratitud llegada a la *Revista* junto con lo escrito por la psicóloga Mariela Costal Garrido,³ que transcribimos.

La propuesta era seductora. Junto a la imagen convocante, un panel heterogéneo. Me venían asociaciones *ducasseanas* de lo siniestro y lo bello. Recientemente había leído en el *El ojo absoluto*, de Gérard Wajcman, que autopsia significa 'mirarse a sí mismo, ver con los propios ojos'.

El cuento elegido por los organizadores, «No se culpe a nadie», de Julio Cortázar, forma parte de una publicación que se llama *Final de juego*. Es un relato breve, denso y asfixiante que, más allá del agotador esfuerzo del personaje, obliga al lector a tomar aire desordenadamente más de una vez antes de terminar de leerlo, porque Cortázar utiliza con alevosía el olvido de puntos y comas, para generar el lúdico efecto que logra.

Para quienes conocen la obra, la pregunta ¿suicidio, homicidio o accidente? abre una interrogante, tanto a través de este cuento como de otros cuentos de dolor y de angustia. ¿Qué lleva a un individuo a esa división interna que no puede procesar? ¿Qué dolor psíquico lo sacude y lo desarma? ¿Y qué intervención tienen otros?

En búsqueda de una verdad que nos trasciende, nos quedamos con los titulares, sin el lenguaje «objetivo» del parte policial y sin la máxima del juez. A poco más podemos aspirar, porque la verdad es imposible. Y así lo subrayaba el saxo que ponía la nota diferente al encuentro y escondía la trágica historia detrás.

Janine Puget pide la palabra y habla de desacralizar la muerte, la verdad y el psicoanálisis. ¿Qué lugar damos a las marcas? Utiliza la metáfora del cuerpo como heridas que pueden cicatrizar a lo largo de un proceso y habla de las heridas en el tejido social, las que para no quedar abiertas deben encontrar su lugar, ser un recuerdo con la evocación de un dolor, siendo transformadas en «arte de la memoria».

Toma la película francoisraelí —premiada en el Festival de Cine de Tokio— *El otro hijo*, que reedita las diferencias entre judíos y palestinos. A punto de alistarse en el ejército israelí, un joven descubre que no es hijo biológico de sus padres, que fue intercambiado al nacer con un niño de una familia palestina. Ambas familias ven sus vidas sacudidas por la impresionante revelación, que obliga a todos a reflexionar acerca de ideologías, valores, identidades y convicciones. Marcas de culturas diferentes, en las que lo cultural los ubica como enemigos. Ahí, donde lo intolerable se vuelve tolerable, cada familia convive con el enemigo en casa y va construyendo su vínculo familiar para incorporar a ese hijo.

Janine Puget se pregunta y nos invita a interrogarnos: ¿qué frontera tienen las marcas? ¿Se pueden canonizar las marcas de lo biológico, lo social y lo político? «El enemigo de lo vincular es la propiedad.» ¿Busco marcas del inconsciente o busco producir situaciones fugaces que permitan tener menos conocimiento del otro? ¿Busco certezas o voy a la deriva con más desconocimiento que conocimiento?

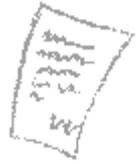
La discusión del último tiempo se ha centrado en el tema de la realidad del «otro» y el concepto de acontecimiento, lo nuevo contra la repetición y la función del azar, lo que persiste y lo que cambia y el principio de incertidumbre. Ese girar del mundo interno del sujeto al mundo vincular constituye un quiebre epistemológico y genera efectos en la clínica y en la lectura de su conflictiva. Así, el encuentro con otro es una ocasión para promover nuevas inscripciones psíquicas: el otro asigna, seduce, desafía, rechaza, con los otros se trenzan relatos de la historia, se unen recuerdos y se simbolizan acontecimientos.

Quedan las palabras de Sonia Cesio: «La presencia del otro constituye una posibilidad de placer y de dolor, y debería ser considerada como instituyente de marcas inevitables en toda relación entre dos o más».

De algunas marcas que llevan a estar, decir, trabajar es de lo que entonces se trataron estas jornadas. ♦

RESEÑA DE JORNADAS

Tertulia peatonal en el Microcentro



VI Jornada «Lacan en IPA: Las intervenciones del analista»

BEATRIZ PEREIRA¹

Recién llegada de la sexta jornada de Lacan en IPA, realizada en Buenos Aires en la sede de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (Apdeba) los días 31 de mayo y 1.º de junio de 2013, rondan y resuenan en mí las palabras de colegas de distintas procedencias a pocas horas de escuchadas, de colegas de distintas asociaciones que pertenecen a la IPA y de un grupo que no pertenece, Testimonios. Colegas procedentes de diferentes países, Argentina, Brasil, Colombia, Paraguay, Uruguay... Y quedé con afán de contar de la experiencia vivida.

UNA PRODUCCIÓN COLECTIVA: LA COLECTIVERA Y EL COLECTIVO 59

Y colectivera, me encontré en una esquina con Juan Carlos Capo² esperando un colectivo que lo llevara a Belgrano, a la calle Maure, sede en la cual se llevó a cabo la jornada.

1 Egresada del Instituto de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay
bepereira@adinet.com.uy

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. jccapo@netgate.com.uy

Y se dio entre nosotros el siguiente diálogo:

Juan C. Capo (JCC) —Con el telón de fondo de la enseñanza de Lacan, ¿estamos de acuerdo?

Beatriz Pereira (BP) —Sí, pero de diversas maneras. Me pescó sorprendida...

JCC —A mí también...

BP —La lectura, la discusión en talleres, en pequeños grupos, en plenarios dio lugar a que se abrieran avenidas conceptuales, transferencias múltiples. Era un vaivén, un bascular, como oí que se dijo, se dio un vaivén constante entre clínica, teoría, lenguaje, sentidos y sinsentidos, bajo la consigna «Las intervenciones del analista».

JCC —Eso, eso, lo de las avenidas conceptuales. Está bueno.

BP —Sabes que me brotan las ganas de escribir unas líneas compartidas... Una producción colectiva... Pero... ¿cómo?

JCC —No me preguntes a mí, ¡que no pude ni siquiera tomar el colectivo 59 para ir a la calle Maure!

BP —No seas holgazán. ¡Yo he ido caminando a la calle Maure!

JCC —Mirá, Beatriz, eso es muy meritorio, sos una peatona ejemplar. A pesar del impulso de cada uno de «cortarse solo», tomando la «corazonada colectivera» aparece tu propuesta: «Pensemos juntos, hablemos juntos, escribamos juntos...». Lacan critica el uso del «nosotros», caro a Hegel.

BP —Disculpa que te interrumpa. Apdeba queda en Belgrano... ¿en Las Cañitas?

JCC —Te cuento todo. El colectivo 59 nunca se materializó en lo real, nunca fue tomado por mí, te aclaro. No sé qué pasará hoy, ahora. Pero fue referencia mitológica ante la desesperación de encontrar un taxi y el temor de que el tachero me «piolara», como dicen. Eso quiere decir que me hiciera el viaje largo, y eso me costara más de lo previsto.

BP —Pero lo que te pregunté...

JCC —Sí, la calle Maure es lejos de acá, lejos del Microcentro. Y es en Belgrano, creo que está bien decir que está en Las Cañitas, un lugar de comida y bebida, locales uno al lado del otro. ¡Pensar que por ahí nació y vivió Borges!

- BP —A ti te lo puedo decir. El paisaje de Buenos Aires me dio a pensar en la esquizia del ojo y la mirada, y en cómo Lacan plantea que el sujeto es mirado, es literalmente «engullido» por el paisaje. Entonces, en medio de la ciudad levantada, como está ahora por el desaguisado que aparentemente están haciendo en la 9 de Julio, uno se siente arrebatado por los edificios altísimos, esos rascacielos que hacen el paisaje urbano y la multitud de vehículos como ruedas amenazantes.
- JCC —Yo, en más de una febril recorrida o laboriosa caminata (breve), me sentía un insecto, una larva, un sapo a punto de ser aplastado.
- BP —Y aparte de esa fenomenología individualista de la ciudad que tienes, ¿qué piensas de esta Jornada?
- JCC —Parece una ironía sangrienta...
- BP —Pero ¿qué dices?
- JCC —Sí, una ironía sangrienta de la historia. (No acostumbro acudir mucho a la historia. No quisiera que me tomaran por historiador.) Pero fijate que desprendido Lacan de IPA como se desprende un trozo de tejido sobrante de un cuerpo, surja un intento que ya lleva cinco o seis años...
- BP —¡Eso!
- JCC —... en que varios han, hemos, intentado reintegrar (horrible palabra) ese nombre, Lacan, a la mansión de donde fue excluido.
- BP —¿Y?
- JCC —Parece una tarea insana. Eso me parece, Beatriz. Y, sin embargo, hubo un grupo que emprendió con entusiasmo, casi diría con alegría, lo que puede ser testimonio de una soberana equivocación.
- BP —Me interesa lo que planteas... Pero ¿por qué sería una «equivocación» retomar la enseñanza de Lacan dentro de IPA? Quizás no se trate de un «reintegro» (seguramente imposible), pero sí del reconocimiento de su valor para el trabajo analítico... También me pregunto de qué historia estamos hablando... ¿La historia del psicoanálisis, entramada con la de las instituciones y, por lo tanto, con las afiliaciones y «excomuniones»? ¿La historia de nuestros deseos y frustraciones? ¿La historia de las luchas de poder que muchas veces se muestran como enfrentamientos «ideológicos» o «teóricos»?
- JCC —Tus palabras suenan muy edificantes. Repetís «historia», «historia», «historia», y sí, deseos y frustraciones se entiende, luchas de poder,

enfrentamientos ideológicos o teóricos... Me suena a cosa muy sobada. Háblame de otras cosas, Beatriz.

BP —Hay otros matices, sí. La experiencia de las calles de Buenos Aires. Estaba dispuesta a huir del centro porque a mí también me abruma el tránsito y las torres. Me alojé en una casa en un raro engendro llamado Palermo Hollywood, que de día es un viejo y tranquilo espacio del barrio Palermo y de noche se llena de gente, sobre todo jóvenes, que van de un boliche a otro, con música, tragos, comidas de todo tipo... Pero muy pacífico, amigable te diría. Lo hollywoodense es que hay toda una movida artística y bohemia, e incluso en cierta medida mediática, ya que hay algunos estudios de televisión en la zona. Lo que más me gustó fue andar sola, vagando por una gran ciudad. ¡Y después me fui a la calle Maure caminando!

JCC —La actividad se abrió con la exhibición de un film, recordarás. El film de Gérard Miller no me gustó. Me pareció hagiográfico, digitado por la familia Miller. Judith Miller, la hija de Lacan, mostraba el escritorio de Lacan como si fuera un remedo de un museo de Freud. Lacan no habría querido eso. En el film había una entrevistada que resultaba abrumadora en elogios a Lacan. Hubo sí una escena en que otra analizante, alemana, que fue cautiva de la Gestapo, cuenta que Lacan se incorporó, acarició su cara y pronunció las palabras «geste à peau». Fue un fragmento bastante comentado posteriormente.

BP —El Cartel de APU trajo material...

JCC —El material que presentó el Cartel de APU (me corresponden las generales de la ley) fue sobre el pivoteo establecido de modo forzado, promovido, entre transferencia imaginaria y transferencia simbólica. Se había trabajado bastante yendo del seminario «La relación de objeto» al seminario «La angustia». Así, cuando se dice que se sostiene o se trabaja en transferencia, un sendero por abrir es si se refiere a sostener la transferencia imaginaria, lo que la emparenta con la promoción de la relación dual, tomando como base la imagen especular, y refiriéndose a episodios que tuvieron lugar en tiempo pasado. Así, una historia de padre o madre del analizante puede ser trasladada y superpuesta a la relación con el analista. El Cartel, basándose en los seminarios nombrados de Lacan y en el libro de Jean Allouch *La sombra de tu*

perro, llevó una posición más bien contraria a este punto de vista. El fundamento es plantear la conveniencia de no comunicar al analizante las reminiscencias despertadas en el inconsciente del analista.

BP —Sí, fue un planteo que habría ameritado una discusión a fondo, que no se dio, y que podríamos retomar en APU en próximos encuentros, o fuera de APU. Algo que captó mucho la atención y «levantó polvareda» fue la expresión usada por un colega «nosotros los lacanianos», ¡se sintió a continuación un inquieto murmullo!

JCC —No me sentí representado por esa expresión del colega cordobés. Me pareció que desnaturalizaba el espíritu de la reunión. Conformábamos una heterogeneidad que no reclamaba, y espero que no reclame tampoco en el futuro, ninguna pertenencia identitaria. Con esa frase parecía aludirse a una apelación a una masa, a un espíritu de grupo identificado con el ideal de profesión de fe lacaniana. ¡Ahí está el Ideal! Hubo otros que expresaron su desacuerdo en términos parecidos.

BP —Sí, muy polémica la expresión «nosotros los lacanianos». Me pregunto: ¿existen «psicoanalistas lacanianos»? Me gustó el aporte de Marcelo Toyos, «Psicoanalistas intervenidos por Lacan», la «intervención» al modo del artista sobre el objeto soporte de su práctica creativa. «Y así asistimos hoy a sus intervenciones en el espacio público, en los objetos de la vida cotidiana y hasta en los símbolos más “sagrados” de una comunidad.» Entonces nosotros como psicoanalistas «intervenidos por Lacan» podemos a su vez intervenir el discurso analítico con otra posición, con otras herramientas teóricas que pueden abrir puertas cerradas hasta ahora.

JCC —¿Cómo viviste el taller clínico con el grupo Testimonios?

BP —Te cuento...

JCC —Esperá, disculpame. Ese taller me dio la oportunidad de cuestionar el complejo de Edipo... Creo que hasta usé, no recuerdo cuándo, pero fue en ese taller, el proyecto de escribir sobre «deconstrucción del complejo de Edipo». Ya había cuestionado con anterioridad, en ocasión de otro congreso, a gente que se definía como lacaniana pero seguía manejándose con el complejo de Edipo. Desde muy temprano Lacan habla de mito de Edipo, no de complejo, que se acerca más a cliché, esa construcción arquetípica a la que echan mano inmediatamente

los discursos psicológicos. Roudinesco habla de una «psicología de mostrador».

BP —Sí, que yo recuerde, Lacan solo habla de complejo de Edipo en el libro *La familia*, y luego lo abandona, como tú dices...

JCC —No tan pronto lo abandona, Beatriz. Pero va a privilegiar la palabra *mito* que no *complejo*.

BP —Era un concepto manejado en esa época por Freud junto con el de *imago*, tomado de Jung...

En cuanto al taller clínico, que me preguntabas, en general son instancias en las que me ubico en el registro de la ficcionalidad. Lo tomo como una especie de ejercicio con un valor relativo. En ese taller en particular se logró un nivel de espontaneidad importante, sin el acartonamiento o exceso de teorización que suele darse en otras situaciones parecidas.

JCC —¿Cómo pasaste en otras actividades?

BP —Sabes que en un taller teórico nominado «El agente y el cómo» (siempre con relación al eje central «Intervenciones») se citó a Lacan en el seminario «De un discurso que no fuera del semblante» (1971). Allí habla de «litoralizar»...

JCC —¿En qué consiste?

BP —En rodear de palabras, en no dar sentidos, tratando de no abusar del lenguaje. En no desconocer lo inabarcable del goce, en el sentido de lo real.

JCC —Te sigo en eso. Cuando uno profiere palabras, escucha su voz, ahí hay goce, en lo que se habla, en lo que se escucha, de lo que uno dice ante todo, de lo que le contestan también, sin duda.

BP —Dando otra vuelta por Buenos Aires, si estas inconvincentes y erráticas líneas se publicaran, habría que adosarles «La fundación mitológica de Buenos Aires», el poema de Borges...

JCC —Escribió en ese poema: «Irían a los tumbos los barquitos pintados / entre los camalotes de la corriente zaina». Sí, Beatriz. Es muy cierto lo que decís.

En un libro que compré en El Ateneo, llamado *La red austral*, pude enganchar, muy deprisa, una entrevista que le hizo la escritora María Rosa Oliver a Antoine de Saint-Exupéry, el autor de *El Principito*...

BP —Sí, él era piloto de guerra, transportaba el correo en un monoplaza en audaces vuelos, y escribía.

JCC —Bueno. Él le confesó a la periodista y escritora que no soportaba la vista de los rascacielos de Buenos Aires, que no toleraba verlos, que de seguro miedo le daban. Y junto con esta transcripción aparece la descripción de Borges sobre la ciudad, sobre la barriada de Belgrano, donde él vivía, por donde es la sede de Apdeba hoy, donde los edificios eran bajos y era todo campo y charcos y tapias de color rosado, donde Borges miraba detrás de las verjas de su casa, en aquel desierto poco más allá del cual estaba la pampa, y veía pasar a aquellos hombres llamados *cuchilleros*, o, como le dijo un periodista español, «navajeros» (Borges aceptó este término), que debían más de una muerte.

BP —Nosotros acá en la calle, esperando el colectivo... ¿No es extraño? Si no hubiera sido por este evento... IPA sigue siendo para mí un lugar desconocido y ajeno... Y Lacan sigue siendo enigmático. ¿Qué quieres que te diga?

JCC —Me parece bien lo que decís, me parece bien que lo digas. Y APU e IPA vienen de la mano, ¿no? Es bastante difícil en APU inclinarse por un interés lacaniano, mostrarse, mostrarlo. No sé, a veces me parece que es como mezclar el agua y el aceite.

BP —Pero en APU hay lugares donde trabajar y siempre queda algo en el tamiz. Interesa el debate, hacer llegar ideas, escuchar, hacer planteos críticos... Yo tampoco suelo mentar demasiado la historia...

JCC —No te creas, no te creas...

BP —... pero en mis vagabundeos lectores me encontré con algo que dijo José Pedro Barrán al final de su vida, cuando le otorgaron el Gran Premio Nacional a la Labor Intelectual. Resulta que venía conversando con un grupo de amigos, sabiendo que eran sus últimos días de vida. Evocaba una vieja película, *Lo que no fue*, y dijo: «La historia es también la historia de *lo que no fue*».

JCC —¿No te dije? ¡La historia otra vez!

BP —... A propósito de esto dice Daniel Gil: «lo-que-no-fue, que no es, ni será, *preña* nuestro pasado, nuestro presente, nuestro futuro, y *da a luz* pensamientos, sentimientos, actos, gestos, conductas, obras...». Lacan no fue en IPA, pero tanto lo que fue como lo que no fue...

JCC —¡Estás metafísica, Beatriz!

BP —¡Déjame terminar la frase!... Lacan nos atraviesa inevitablemente como analistas, afines o no a su enseñanza.

JCC —Ahí viene el real, Beatriz, ahí viene el colectivo 59. ¡Vámonos para Belgrano!

BP —¡Vamos, vamos! ♦

A LA MEMORIA

Adolfo Pascale Gálvez (1940-2013)



ÁNGEL M. GINÉS¹

El pasado 23 de mayo comenzamos a sentir la ausencia de Adolfo Pascale.

Animador destacado de las circunstancias que le tocaron transitar, el duelo de sus compañeros y sus alumnos matiza sentimientos de tristeza y de gratitud.

Adolfo desarrolló los perfiles de su personalidad juvenil participando activamente en los colectivos estudiantiles de los sesenta; es que él, como muchos de nuestros más destacados profesionales, docentes e investigadores, reconocía los espacios de la Asociación de los Estudiantes de Medicina (AEM) y de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU) como una experiencia relevante de su vida juvenil y universitaria. Eran espacios fraternos y diversos, con su torbellino de ideas y actividades, con innovadora creatividad que disolvía los límites de las disciplinas permitiendo que «nada de lo humano fuera ajeno». Con igual entusiasmo se interesó por las ciencias básicas y la investigación científica, pospuso las obligaciones curriculares y concentró su actividad en un laboratorio del Departamento de Fisiología orientado a investigar el estrés en modelos experimentales.

Por ese tiempo el movimiento estudiantil, la Facultad de Medicina y la universidad, estimuladas por las nuevas condiciones que otorgó la Ley Orgánica del 58, desplegaron múltiples proyectos transformadores; el Plan de Estudios del 68 en Medicina y el Plan Maggiolo para la transformación

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

de la universidad son ejemplo de ello. La VI Convención Médica Nacional elaboró su proyecto de Servicio Nacional de Salud.

De todos esos proyectos —interrumpidos por la dictadura— solo pudo ponerse en práctica y durante muy breve período el Nuevo Plan de Estudios de Medicina.

Empeñados en una transformación profunda de la enseñanza de la medicina, queríamos superar la enseñanza magistral y participar activamente en nuestra peripezia formativa, superar la fragmentación disciplinaria, encontrarnos con la persona en sus circunstancias —que jerarquizara la condición biológica—, pero en armonía y tensión con su condición social y subjetiva; a esta orientación se la denominaba «medicina antropológica». Algunos instrumentos indispensables para esas innovaciones fueron aportados por el psicoanálisis; un buen número de miembros de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), algunos de los cuales eran docentes reconocidos de la facultad, sobre todo en Psiquiatría y Psiquiatría Infantil, y varios estudiantes de los años superiores que tenían la doble condición de ser activos militantes de AEM en Plan de Estudios y estaban a la vez realizando su formación psicoanalítica, más un buen grupo de psicoanalistas que se sumaron a la hora de comenzar el nuevo plan. Esa intensa cooperación entre la Facultad de Medicina y la APU fue de notable fertilidad y dejó huellas permanentes en ambas instituciones.

Para Pascale y para algunos de nosotros, involucrados en aquellos acontecimientos, el camino al psicoanálisis despuntó con claridad en el horizonte.

Su primera aproximación en profundidad comenzó en 1968 cuando ingresó a un Grupo de Psicoterapia Psicoanalítica para estudiantes universitarios —obviamente sin costo— convocado por la Oficina Médica universitaria que residía en el Hospital de Clínicas y conducía Alberto Pereda Valdez. Juan Carlos Plá y Myrta Casas eran los terapeutas. María Cristina Fulco, compañera de Adolfo en el grupo, recuerda su finalización en circunstancias en que la dictadura ocupó el Hospital de Clínicas con soldados pertrechados a guerra.

Se graduó de médico en 1976 y orientó su actividad a la práctica psicoterapéutica y al estudio del psicoanálisis. Profundizó su pensamiento crítico con Tomás Bedó, con quien compartía además la pasión por la

música, la ópera y la literatura tanto como el rechazo por las simplificaciones dogmáticas.

En 1979 ingresó a los seminarios de la APU. Su trayectoria fue destacada, accedió a la condición de miembro titular, miembro de la Comisión Docente del Instituto de Psicoanálisis y coordinador docente. Entre sus múltiples aportes participó en la creación de *Temas de Psicoanálisis* en 1983, y fue coordinador de la publicación en su período fundacional.

Luego de la apertura democrática, Adolfo Pascale tuvo oportunidad de desarrollar todo su talento, creatividad y compromiso social en la construcción del Programa de Psicoterapia del Hospital de Clínicas y en el diseño y realización de la Diplomatura en Psicoterapia en Servicios de Salud. Sus aportes —durante un cuarto de siglo— fueron de tal magnitud que lo convirtieron en un imprescindible para estos innovadores y trascendentes emprendimientos universitarios; su actividad docente e investigativa, que podía superar las seis horas semanales, fue siempre honoraria.

Impulsó con inteligencia y firmeza la iniciativa de la Clínica Psiquiátrica universitaria que a partir de 1987 logró un notable avance en psicoterapia y procedimientos psicosociales abiertos a la comunidad, en la que convergieron en fértil cooperación las diversas orientaciones de psicoterapia (psicoanálisis, psicodrama, terapia conductual y cognitiva, terapia familiar sistémica, vincular psicoanalítica, psicósomática), que emplearon técnicas individuales, grupales y familiares, de lo que resultó el primer programa consolidado en nuestro medio en los servicios de salud.

Su huella aparece en todos los niveles del proyecto. En el rumbo político estratégico y ético de promover las bondades de la psicoterapia y las prácticas psicosociales como derecho a la salud integral de toda la población sin exclusiones; en los ateneos de psicoterapia y en los grupos de referencia y supervisión; en la docencia en la diplomatura y en la elaboración teórica de la praxis innovadora. Su reflexión conceptual sobre la experiencia en «La psicoterapia psicoanalítica como actividad hospitalaria», incluida en el texto publicado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República (julio, 2010) *El programa de psicoterapia del Hospital de Clínicas*, constituye un sólido fundamento abierto al futuro.

Que nuestra gratitud y la huella del compañero imprescindible superen el dolor por su ausencia. ♦

RESEÑA DE REVISTA

Calibán

Revista Latinoamericana de Psicoanálisis
vol. 11. n.º 1. Año 2013: Tiempo



GLADYS FRANCO¹

La revista de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal), en su nueva presentación con nombre propio (*Calibán*), va por el segundo número. En la tapa veremos que dice «volumen 11, n.º 1, año 2013», con lo que toma sobre sí la historia de publicaciones previas. Pero ahora la revista de Fepal se llama *Calibán* y el nombre es solo una de las novedades, aunque también importe, como importan en todos los casos las señas de identidad. El electo presidente de IPA, Stéfano Bolognini, ha saludado la aparición de la revista en correo enviado a su editor en jefe, Mariano Horenstein, con las siguientes palabras: «Pienso que *Calibán* es ahora el mejor modelo como revista psicoanalítica

contemporánea. Tiene riqueza científica, es atractiva y artística, ofrece una fuerte caracterización regional, muy impactante... Yo creo que *Calibán* va a ser fuente de inspiración (¡no de imitación!) para el nuevo *Journal* de la IPA, que estamos planeando». Al reseñar este segundo número y teniendo presente y fresco en la memoria el primero, no podemos menos que desear que estas palabras de Bolognini sean proféticas, porque efectivamente *Calibán* se muestra como un vehículo de transmisión atractivo y profundo.

El primer número de *Calibán* fue presentado en el marco del congreso de Fepal realizado en San Pablo en octubre de 2012, y acompañó el título y el espíritu del congreso (*Tradición-Invencción*) en su diagramación y contenido, poniendo en relación el discurso psicoanalítico con el discurso del arte en su inserción y representatividad latinoamericana.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
laletraescrita@gmail.com

Este segundo número toma como título *Tiempo* y permite que este vastísimo tema discurra por sus páginas, reiterando las virtudes estéticas y de contenido del precedente.

Las secciones en que se subdivide son varias y variadas. «Argumentos» agrupa trabajos relativos al tema que da título a la revista: el tiempo, en su compleja y específica cualidad en psicoanálisis, el tiempo del inconsciente contrapuesto a las artificialidades de la cronografía que marca la inmanencia de la condición humana, acotada, fugaz, fuente de la más profunda y auténtica angustia, es problematizado por cinco analistas latinoamericanos en interesantes trabajos. Ellos son Vera Lamanno, Javier García, Celso Gutfreind, Miguel Leivi y Bernardo Tanis.

Como en el número anterior, las imágenes que acompañan los textos no son arbitrarias, la sección «Argumentos» se ubica espacialmente a continuación de la fotografía de una magnífica intervención del artista plástico mexicano Santiago Borja en la que se observa cómo este sustituyó los tapices clásicos del legendario diván de Freud en Londres por telares americanos indígenas, tensionando de esa manera la representación de un modelo de la cultura dominante, en este caso el diván de Freud, un ícono del psicoanálisis, campo este —el psicoanalítico— en el que también pesa la tradición de las relaciones de dominación del Primer Mundo sobre el tercero.

El texto de la complejidad propia del territorio avasallado y la posibilidad de representaciones metonímicas (el balbuceo de *Calibán*, los colores y texturas indígenas) señalan las páginas de la revista como un hilo de sostén. De manera que no se pierde de vista que el *tiempo* del título es el tiempo que alude al objeto de estudio del psicoanálisis y también es el tiempo de América Latina, el tiempo histórico, el tiempo del psicoanálisis en este continente que también tiene, no obstante las profundas diferencias entre regiones y poblaciones, una prehistoria y una gestación histórica comunes a su gente. Los editores atienden al contexto en cada una de las secciones, y además del trabajo de representatividad regional, de líneas teóricas psicoanalíticas y de disciplinas afines, buscan que *Calibán*, la revista, sea una nueva señal de identificación para el psicoanálisis de la región, apelando a que la profundidad triunfe sobre la superficialidad de la lectura veloz, tal como queda manifestado en la muy interesante entrevista de Laura Veríssimo de Posadas y Mariano Horenstein a la destacada investigadora y profesora de literatura Beatriz Sarlo en marzo de 2012 (p. 105).

Raya Ángel Zonana, psicoanalista de la SBPSP, abre la sección «Vórtice» con su trabajo «De “Conclusiones, ideas, problemas”, un largo viaje hasta *Calibán*». La sección trata de «Escrituras psicoanalíticas (escribir, leer y publicar desde América Latina)», y Zonana, además de dejar

consignados los autores —psicoanalistas editores— y trabajos que integran la sección, enumera con agudeza los múltiples desafíos que implican las publicaciones psicoanalíticas. Escribir, leer y publicar en psicoanálisis: «Si el psicoanálisis trabaja con lo que se escapa, ¿cómo captarlo y apresararlo en la palabra, siempre tan insuficiente y escurridiza en sus sentidos?».

Los diferentes trabajos de la sección, con perspectivas y estilos distintos, ilustran diferentes formas de afrontar esa dificultad básica señalada por Zonana. Algunos autores, como Gloria Gataroff, hacen historia de las publicaciones psicoanalíticas en la región, memoria importante para justificar una nueva publicación —y *Calibán* lo es, aunque su número de tapa dé cuenta de sus antecedentes—. Lo nuevo alienta el espíritu de la revista, que se resiste a ser una mera acumulación de trabajos de psicoanalistas, y por el contrario busca ser un conjunto de textos —e imágenes— de psicoanálisis y de otras disciplinas que interactúen entre sí y de un número a otro.

Así encontramos en esta sección «Vórtice» que uno de los textos, «Reencontrando las raíces: Nuevos aires», de Luis Carlos Menezes (SBPSP), fue producido a partir de la lectura de la entrevista realizada por Laura Veríssimo y Marta Labraga al escritor Hugo Achugar, que fuera publicada en el número anterior de *Calibán*. El autor toma lo relativo a la situación de colonización del sur por el norte y las efectivas apropiaciones materiales que se

continúan en la apropiación ilusoria del conocimiento, comenzando por la estandarización de la traducción de los textos de Freud del inglés a otras lenguas, en particular a las *lenguas menores*, como consigna Horenstein en su editorial en referencia al español y el portugués, para el psicoanálisis. No obstante, el contenido de *Calibán* —revista que se edita en ambas lenguas— hace pensar en «lenguas mayores»; no es casual que en varios escritos se aluda a una filiación con la *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, la magnífica revista fundada por J.-B. Pontalis. Esto hace justicia no solamente al amoroso cuidado editorial de *Calibán*, sino a su apuesta por un psicoanálisis enriquecido por la complejización resultante del cruce con el discurso de otras disciplinas, posición de apertura a la sensibilización artística y a la escucha de la palabra de las fronteras, de territorios a los que el psicoanálisis se debe: la filosofía, la literatura, las ciencias humanas.

Esta no es una posición editorial estándar; precisamente señalan Ana María Andrade de Azevedo y otros en el final de su trabajo: «¿Yes, tenemos bananas?!», también en la sección «Vórtice»: «Las publicaciones tienen un papel clave en el mantenimiento de un posible círculo vicioso donde apenas una parte del conocimiento logra divulgación, justamente la parte que está más de acuerdo con patrones establecidos, y que por medio de la publicación adquiere el estatus de saber

oficial...» (p. 162). «¡¿Yes, tenemos bananas?!» analiza con acierto crítico un texto de D. Tucket publicado en el *Libro anual de psicoanálisis 2000*, en el que el autor enumera las características que han de tener los escritos psicoanalíticos para ser considerados científicamente aceptables para su publicación; «reglas lógicas de referencia y deducción», «claridad y exactitud» son algunas de las cualidades resaltadas por Tucket y discutidas por las autoras en este trabajo promotor de una escritura psicoanalítica que se acerque más a servir como vehículo de la *peste* promovida por Freud.

Marta Labraga (APU) en su texto «¿Escribir el psicoanálisis?» entiende que la adhesión a formas establecidas y regladas de transmisión, las pautas, la búsqueda de «transmitir con verdad [...] no solo es imposible sino que produce el efecto contrario de un saber cosificado, modelizado y estandarizado» (p. 134).

La sección «Dossier» se ocupa en este número de Walter Benjamin. Bellamente compaginada con ilustraciones tomadas del libro *Archivos Walter Benjamin. Fotografías, textos y dibujos*, recoge trabajos de filósofos, licenciados en filosofía y psicoanalistas. El primer texto, de Diana Sperling, inicia el dossier mencionando la dificultad para definir a W. Benjamin, y señala a la vez la riqueza y originalidad de su obra: «Pero esa misma originalidad hace difícil ubicar a Benjamin en la cultura. ¿Es un filósofo? ¿Un crítico literario? ¿Un historiador? Sí y no. Es, ante todo, un

inclasificable. Uno de los mejores críticos de Kafka y de Brecht, además de un agudísimo lector de Baudelaire y Proust, por mencionar solo algunos de los autores que merecieron su enfática atención. Sin duda un gran crítico literario, pero no se lo puede encapsular en esa categoría [...] por otra parte tiene un pensamiento netamente filosófico y una honda formación en ese campo, pero no ejerce como filósofo “profesional”» (pp. 172-173).

En la sección «Clásica y moderna», Sandra Lorenzon Schaffa presenta un trabajo sobre la obra de Fabio Herrmann con el título «Fabio Herrmann y la máquina de pensar de Freud», y nos acerca a algunas perspectivas que justifican plenamente su presencia en esta revista. Decía Herrmann: «El reino de lo análogo del psicoanálisis es la ficción, siendo nuestras teorías casi ficciones literarias —como la física, por ejemplo, es casi matemática—. Si la metáfora esencial de la física se da en sus ecuaciones, nuestra metáfora poética esencial se realiza en la ruptura interpretante de la teoría» (p. 223).

Finalmente cabe mencionar otras dos secciones de la revista: la sección «Ciudades invisibles», que muestra esta vez la ciudad de Bogotá en la mirada poética de Fernando Orduz («Bogotá, 2600 metros más cerca de las estrellas»), y la sección «De memoria», en homenaje a J.-B. Pontalis, en la que encontramos las emotivas evocaciones de Miguel de Azambuja, Marcelo Marques y Marilú Pelento. •

RESEÑA GRÁFICA DE *TEBAS LAND*

Dibujo a lápiz y carbonilla, versión de la puesta en escena sobre óleo de Ingres

NATALIA MIRZA LABRAGA



NORMAS DE PUBLICACIÓN

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

REQUISITOS DE PUBLICACIÓN

Los artículos para publicar en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP) deberán cumplir con los siguientes requisitos:

- Deberán tratar sobre un tema psicoanalítico u ofrecer interés especial para el psicoanálisis.
- Deberán ser originales e inéditos (no deben haber sido publicados en español) y ser de responsabilidad exclusiva del autor.

1. PRESENTACIÓN

Los artículos serán sometidos al sistema de revisión anónima con características de doble ciego por la Comisión Editorial y por la Comisión de Lectores Nacionales e Internacionales.

Se enviarán dos archivos a la dirección: revistauruguayapsi@gmail.com

El **primero** incluirá el artículo con los datos identificatorios del autor: nombre completo, institución a la que pertenece y dirección electrónica.

El **segundo** incluirá el artículo identificado con seudónimo; se cuidará que el nombre del autor no figure en el cuerpo del texto ni en la bibliografía.

2. FORMATO Y ESTILO

Cada artículo deberá tener una extensión máxima de 8000 palabras en letra Times New Roman, tamaño 12. En la extensión estará incluida la bibliografía, que deberá ajustarse, en lo que hace a citas y referencias bibliográficas, a la última versión de las normas internacionales de la Ame-

rican Psychological Association (APA): <http://www.slideshare.net/bibliopsicouy/gua-apa-6a-ed-zavala>
Se incluirá un resumen en español y en inglés con un máximo de 200 palabras.

3. ENTREGA

En ocasión de la entrega del artículo, el autor deberá firmar o enviar un formulario de autorización firmado por el cual:

- a. Cede gratuitamente y de manera no exclusiva los derechos de comunicación pública, reproducción, edición, distribución y demás acciones necesarias a los efectos de la difusión del artículo a través de la RUP y/o la web, en soporte papel, electrónico o telemático, amparado en la licencia Creative Commons, en su modalidad Attribution Non-Commercial Share Alike, lo que implica que no podrá ser utilizado con finalidad comercial ni modificado.
- b. Afirma y garantiza que el artículo no ha sido enviado simultáneamente a otro medio de publicación, que los derechos no han sido cedidos de forma exclusiva con anterioridad y que su publicación en la RUP no viola ni infringe derechos de terceros.
- c. Se hace responsable frente a la Asociación Psicoanalítica del Uruguay de la autoría del artículo enviado para su publicación.

4. PUBLICACIÓN

El artículo será aceptado o no para su *publicación*. La Comisión Editorial tendrá la responsabilidad de definir en qué número de la Revista será publicado. La Comisión Editorial no estará obligada a devoluciones respecto de los artículos recibidos para su ponderación.

NO SE RECEPCIONARÁN LOS
TRABAJOS QUE NO REÚNAN
LOS REQUISITOS MENCIONADOS.

Por mayor información consultar
www.apuruguay.org
o contactar a través de
revistauruguayapsi@gmail.com

TABLE OF CONTENTS

EDITORIAL	9
THEMATIC	
Maternal violence <i>Silvia Flechner</i>	19
Suffering in other. History of a kidnapping <i>Vivian Rimano</i>	33
Adolescent Onetti <i>Juan Carlos Capo</i>	47
Pain and growth by intertwining. Broadening the observable spectrum <i>Leandro Stitzman</i>	63
Oedipus. A way of considering it in our world today <i>Susana García</i>	85
With the jackknife of the father. Adolescence and the question of the father <i>Mariano Horenstein</i>	104
Vicissitudes of the structure of the family in the XXI century. Paternal function: decline/transformations <i>Marcelo Viñar</i>	119
Adolescents, the decline of patriarchy and the new structures of the family <i>Javier García</i>	137

POLEMOS

“Tiendas y contienidas” The pain of working together163

Shedding some light over the “present psychoanalytic Babel”
Ricardo Spector165

Comments on the paper by Ricardo Spector
Fanny Schkolnik & Carlos Barredo..... 175

ON ONE AND AN OTHER

The presence and the word of the analyst play the role of the third
Vida Maberino de Prego & Magdalena Filgueira185

CONVERSATION IN THE JOURNAL

With Fernando Cabrera
Walkiria Navarro & Aurora Polto 201

REVIEW OF ACTIVITIES

Trasmission, publication, library
Marta Díaz & María Martha Montes217

Marks of life, marks of death
Zuli O’Neill..... 230

Pedestrian gathering in Microcentro
 VI Conference “Lacan in IPA”: “Interventions by the analyst”.
Beatriz Pereira 234

IN MEMORY

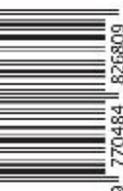
Adolfo Pascale
Ángel Ginés..... 242

REVIEW

Calibán-Revista Latinoamericana de Psicoanálisis. Time
Gladys Franco 245

GRAPHIC REVIEW

Tebas Land's
Natalia Mirza Labraga..... 249



117

RUP

MONTEVIDEO, URUGUAY,
OCTUBRE DE 2013

TABLA DE CONTENIDOS

EDITORIAL

TEMÁTICA

Violencia materna

Silvia Flechner

Adolescente Onetti

Juan Carlos Capo

Sufrir en otro.

Historia de un secuestro

Vivian Rimano

Dolor y crecimiento por
entrelazamiento. Ampliaciones
del espectro observable

Leandro Stitzman

Edipo. Un modo de pensarlo
en el mundo de hoy

Susana García

Con la navaja del padre.

Adolescencia y cuestión del padre

Mariano Horenstein

Los adolescentes, la declinación
del patriarcado y las nuevas
estructuras familiares

Javier García

Avatares de la estructura familiar
en el siglo XXI. Función paterna:
declinación/transformaciones

Marcelo Viñar

POLEMOS

Echando alguna luz sobre la
«Babel psicoanalítica actual»

Ricardo Spector

Comentarios sobre el trabajo
de Ricardo Spector

Carlos Barredo & Fanny Schkolnik

DE UNO Y OTRO

La presencia y la palabra del
analista tienen función de tercero

*Vida Maberino de Prego &
Magdalena Filgueira*

CONVERSACIÓN EN LA REVISTA

Con Fernando Cabrera

Walkiria Navarro & Aurora Polto

RESEÑA DE JORNADAS

Transmisión, publicación
y biblioteca

Marta Díaz & María Martha Montes

Marcas de vida, marcas de muerte

Zuli O'Neill

Tertulia peatonal en Microcentro.

«Intervenciones del analista»

Beatriz Pereira

A LA MEMORIA

Adolfo Pascale

Ángel Ginés

RESEÑA DE REVISTA

Calibán - Revista Latinoamericana
de Psicoanálisis. Tiempo

Gladys Franco

RESEÑA GRÁFICA DE TEBAS LAND

Natalia Mirza Labraga

NORMAS DE PUBLICACIÓN